

**José Vasconcelos**

**LA CREACIÓN DE LA SECRETARÍA  
DE EDUCACIÓN PÚBLICA**



**Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México  
Secretaría de Educación Pública**

LA CREACIÓN  
DE LA SECRETARÍA  
DE EDUCACIÓN PÚBLICA

LA CREACIÓN  
DE LA SECRETARÍA  
DE EDUCACIÓN PÚBLICA

JOSÉ VASCONCELOS



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

**Secretario de Educación Pública**  
Alonso Lujambio



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Director General**  
José Manuel Villalpando

**Consejo Técnico Consultivo**  
Rafael Estrada Michel, María Teresa Franco,  
María del Refugio González, Josefina Mac Gregor,  
Álvaro Matute, Santiago Portilla, Ricardo Pozas Horcasitas,  
Salvador Rueda Smithers, Antonio Saborit, Enrique Semo,  
Fernando Serrano Migallón, Fernando Zertuche Muñoz.

# LA CREACIÓN DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

JOSÉ VASCONCELOS

Presentación  
Alonso Lujambio

Introducción, selección y notas de  
Carlos Betancourt Cid

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

MÉXICO, 2011



**Portada:** Retrato de estudio, *ca.* 1922. FN-INAH.  
**Dirección editorial:** Lourdes Martínez Ocampo  
**Cuidado de la edición:** Ángeles Beltrán Nadal  
**Corrección de pruebas:** Estrella Olvera Barragán  
**Diagramación:** Adriana Pulido Solares, Gabriela Barrientos Simán  
**Diseño electrónico:** Adriana Pulido Solares  
**Diseño de cubierta y maquetación:** Lourdes Martínez Ocampo  
**Iconografía:** Mónica Barrón Echaury

Selección de textos pertenecientes a *La tormenta* y *El desastre*, de José Vasconcelos, y tomados de la edición hecha por el FCE.  
Primera edición de esta selección, 2011  
Primera reimpresión, 2011  
ISBN 978-607-7916-31-4

Primera edición electrónica, 2011  
ISBN: 978-707-7916-47-5  
Fecha de aparición: 2011-11-17

© Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. (INEHRM)  
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,  
Deleg. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.

Derechos reservados: los materiales publicados en esta página electrónica tienen todos los Derechos Reservados y el Copyright del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) o están reproducidos con el permiso de otros propietarios de los derechos de autor. Ningún material del contenido o de cualquiera de sus partes puede ser copiado, modificado, publicado, distribuido, vendido o traducido sin el permiso explícito y por escrito del INEHRM.

Los usuarios de esta página electrónica pueden descargar, salvar o imprimir los textos, los resultados de búsqueda o cualquier otra información sólo para uso personal, de docencia o de investigación, y deberán dar el crédito a este sitio.

[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
Alonso Lujambio	11
INTRODUCCIÓN	
Carlos Betancourt Cid	13
LA TORMENTA	
Internacionalismo californiano	17
Abajo Carranza	21
El retorno	23
Nos reconcilian las cosas	25
Un destino más fuerte	28
Recobra, peregrino, la ilusión...	36

EL DESASTRE

Prólogo	67
La Ley de Educación	75
El incidente de Venezuela	85
El homenaje a Zapata	86
Un centenario forzado	87
Entra Minerva en la universidad	89
Las bibliotecas	91
La educación se federaliza	100
El personal	106
Disciplina y reflexión	117
El contacto con el pueblo	122
Yucatán revolucionado	125
Uxmal y Chichén-Itzá	126
Las tentaciones del oficio	128
Ni con unos ni con otros	128
Maestro de la juventud	133
El "Día del Alfabeto"	138
Los misioneros modernos	140
Arte, inauguraciones y viajes	143
Disertación en Washington	145
La puntería de Wall Street	146
División en las filas	147
La huelga de la preparatoria	155
Disponga de toda la guarnición de la plaza	162
Mi último diálogo con Antonio Caso	165
Los caminos ocultos del destino	170
Piscinas y caballos	172
Resultó aliado de Serrano	177
El error del señor De la Huerta	178
Guadalajara, la ciudad clara	179
La cerámica	180
La Biblioteca Iberoamericana	181



La rebelión delahuertista	182
Aventura de pesadilla	184
La represión de las cámaras	186
Caín le teme a Abel	190
El estadio	194
Cómo me enteré de los Tratados de Bucareli	200
El gobierno de Oaxaca	200
Vidas fósiles	201
<i>La Antorcha</i>	203
Intento cismático	206
La Santa Croce	208
Salónica	209
Viena	210
Venecia	212
El hombre pone... y el diablo descompone	212
DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DE LA SECRETARÍA	217
CONFERENCIA LEÍDA EN EL "CONTINENTAL MEMORIAL HALL" DE WASHINGTON	225



## PRESENTACIÓN

### Alonso Lujambio\*

Nueve décadas han pasado desde que un hombre singular, con una vena pasional que irradiaba compromiso, puso a trabajar, sin descanso, a un equipo de hombres y mujeres con cualidades excepcionales, en una iniciativa de largo alcance que fomentó, como pocas, la consolidación del proyecto nacional de México: la Secretaría de Educación Pública. Hoy, sus frutos todavía se cosechan.

Su nombre era José Vasconcelos Calderón, y fue él quien sembró la simiente. Y desde entonces, sin interrupción, el frondoso árbol que comenzó a crecer bajo su égida nos ha ofrecido, en cada una de las generaciones cobijadas a su sombra, un hálito de esperanza que se manifiesta en el progreso de la patria.

Él mismo escribió: “Puede ser mala una regla, pero es peor no tener ninguna”. Con una noción ordenada de su labor, no se arredró ante las contrariedades. Concibió un sistema que se fundamentó en acciones concretas y que puso en marcha sin dilación. Del conocimiento elemental del mundo físico, se peregrinaba a la percepción moral del conocimiento para alcanzar, posteriormente, una elevación espiritual que conducía a la apreciación de lo bello. Física, Ética y Estética —así con mayúsculas y en este orden— fueron los elementos primordiales de su ruta.

---

\* Secretario de Educación Pública.

Con la puesta en práctica de sus ideas, colocó su nombre al lado de notables mexicanos que dedicaron sus bríos a la educación nacional: Gabino Barreda, Joaquín Baranda, Justo Sierra, entre otros. Junto a ellos, el intelectual oaxaqueño se elevó también como Maestro de la Patria, y después como Maestro de América. No permaneció en el anonimato que, lamentablemente, arropa a la mayor parte de los educadores quienes, desde su trinchera, libran la ofensiva diaria por erradicar el atraso y la ineptitud. No obstante esta circunstancia, el espíritu vasconcelista es motivo de inspiración para no cejar en su ilustre labor y aposentarla en el lugar que se merece.

Por ello celebramos este acontecimiento con un acercamiento al repaso autobiográfico de nuestro *Ulises criollo*, donde se reviven los avatares de esos días. Historia personal, sí, pero asimismo reflexión inmediata del actor central. Episodios circunscritos a una postura individual, también, pero con la fuerza evocativa suficiente para trasladarnos al pasado. En términos llanos, la potencia de la palabra vertida con tinta sobre el papel por un hombre a quien siempre le atrajo el desafío.

Así pues, recordar el establecimiento de esta noble institución y a su fundador se convierte en una doble celebración, que eleva el espíritu de la memoria a niveles insospechados. Y qué mejor que entregar al amable lector los sucesos narrados por quien comenzó la cruzada. Remembranzas que se tornan en disfrute y conocimiento, en placer por conocer una historia compartida que todavía nos arropa.

Así, me congratulo que desde el mismo despacho en que Vasconcelos ejecutó su itinerario por la defensa de la educación pública, continuemos caminando juntos, con sus afanes como modelo, poniendo en marcha la satisfactoria misión que nos corresponde en la tarea de construir un promisorio futuro para las generaciones que vendrán.



## LAS MEMORIAS DE UN SECRETARIO

Carlos Betancourt Cid\*

*¡Mi porvenir se ocultaba, pero asomé una que otra vez la punta!  
Un día, mirando a don Patricio [Trueba]  
de paso por el corredor del Instituto para entrar a la Rectoría,  
me vi, yo también, de Rector,  
atravesando las galerías con arcadas de un colegio más grande  
que el campechano...*

José Vasconcelos, *Ulises criollo*

El año de 1914 palidecía. Una vez erradicado el régimen ilegal de Victoriano Huerta, el movimiento revolucionario mexicano se encontraba en una crisis de difícil resolución. Entonces, José Vasconcelos, quien se había unido al antirreeleccionismo desde sus inicios, se aprestó a tomar una decisión. Vislumbró una ventana de oportunidad al colaborar sin premura en la gestión de Eulalio Gutiérrez, nombrado temporalmente Presidente por los acuerdos de la Soberana Convención. Un nuevo derrotero para la acción se le ponía enfrente al inquieto abogado e intelectual oaxaqueño.

Entusiasmado, dirigió su energía en provecho del recién estrenado gobierno. Por sus indiscutibles talentos y cualidades, se le concedió el nombramiento como Secretario de Instrucción Pública el mediodía del lunes 7 de diciembre, en una solemne ceremonia efectuada en Palacio Nacional. Sin muestras de duda, se pronunció en su primer discurso como funcionario por la fe-

\* Director de Investigación y Documentación del INEHRM.



deralización de la enseñanza, rumbo primordial de su propuesta. Empero la situación política estaba en ebullición y los planes para la reconstrucción nacional debían esperar más tiempo.

Las circunstancias en que se derrumbó la primera presidencia convencionista lo lanzaron al exilio. Pero no dejó de cavilar en torno a su proyecto educativo, esperanzado porque en algún momento lo podría ejecutar. No le sobraba la razón y aguardó con paciencia.

Alejado de México, escasa injerencia tuvo en los sucesos que se desarrollaron después de su partida. Con la tristeza a cuestas, desde Lima, Perú, explayaba su desconsuelo sobre la situación mexicana a un amigo que en esa época consideraba como íntimo: “Creo como tú que la situación seguirá estática mientras la manejen dos imbéciles malvados como Wilson y Carranza”.\*\* Cuando este último desapareció físicamente, al caer abatido el 21 de mayo de 1920, ningún obstáculo impedía la vuelta al terruño.

Entre los revolucionarios se destacó como un intelectual que no se arredraba ante las dificultades. A pesar de que su participación en los frentes de guerra había sido nula, la lucidez que lo caracterizaba fue inmediatamente valorada por los triunfadores del movimiento que puso fin a la hegemonía carrancista. Convertirlo en el encargado de la educación nacional parecía un paso lógico. Y así sucedió.

Le tocó al presidente interino Adolfo de la Huerta nombrarlo Rector de la Universidad Nacional. Desde ahí promovió sin descanso lo que debe considerarse su mayor logro como servidor público: la fundación de la Secretaría de Educación Pública que surgió bajo su égida y que hoy, a 90 años de distancia, se honra en recordar a su principal propulsor, colocando en manos del amable lector un recuento de lo que el mismísimo Vasconcelos

\*\* Se refiere a Thomas Woodrow Wilson, a la sazón presidente de Estados Unidos, y a Venustiano Carranza, ya para entonces Encargado del Poder Ejecutivo por mandato del Plan de Guadalupe. José Vasconcelos-Martín Luis Guzmán, Lima-Nueva York, 5 de julio de 1916. Fondo Martín Luis Guzmán Franco, Archivo Histórico de la UNAM.



plasmó sobre esas épocas en su vasto quehacer autobiográfico, legado escrito que no pierde actualidad y que se revitaliza con estas páginas que se ponen a la disposición de todos los mexicanos para celebrar el establecimiento de una de las instituciones que mayores beneficios ha traído a nuestra nación, después del parto que significó la revolución que acaudilló Francisco I. Madero, hace ya más de diez décadas.

La presente compilación arranca con los recuerdos contenidos en la última parte de su obra *La tormenta*, una vez que el largo destierro había llegado a su fin. Continúa, en su parte medular y con mayor extensión, con una selección dedicada a los pormenores de su ejecución pública durante los mandatos de Adolfo de la Huerta y Alvaro Obregón, que vertió con su inigualable maestría en el tomo titulado *El desastre*.

Al constituir ambos ejemplos directos de su palabra, se cierra esta edición con la inclusión de dos textos pronunciados de viva voz por Vasconcelos en esos años: el primero durante la inauguración del edificio que todavía alberga a la SEP, ubicado en la actual calle de República de Argentina, en el centro de la capital mexicana; y el otro, una notable conferencia, don-de se sintetiza la proyección del arduo trabajo que emprendió durante su gestión y que fue leída ante una numerosa audiencia en Washington, D. C., al finalizar su periplo sudamericano en 1922.

Que las memorias de este destacado mexicano sean motivo para que la vigencia de la Institución que con tanto ahínco creó y defendió, se proyecte hacia un futuro pletórico de esperanza, pues, sin duda, es en la educación donde debe radicar el principal elemento de desarrollo de las sociedades, y la mexicana no puede permanecer ajena a ello. “Enseñarnos a vencer la realidad en todos los órdenes, es más importante que enseñarnos la sumisión a la realidad”, premisa en la que nuestro *Ulises* siempre confió y que con esta nueva aparición de sus recuerdos trasciende más allá de su presencia física para otorgarnos una lección de vida que no debemos echar en saco roto.



## LA TORMENTA<sup>1</sup>

### INTERNACIONALISMO CALIFORNIANO<sup>2</sup>

... El deber de un gobierno de los mejores —en la estricta interpretación aristodemocrática o democrática auténtica— es imponer la justicia. La justicia, por supuesto, no consiste en que gobiernen los zapateros o los carpinteros, los obreros manuales, al estilo Marx;<sup>3</sup> no consiste en desposeer a un hombre de su hogar, su casa, su parcela, a estilo comunista; ni consiste tampoco en someter los impuestos a la regla única que ideó Henry

---

NOTA DEL EDITOR: Las notas no forman parte de los textos de José Vasconcelos; fueron aportadas por Carlos Betancourt Cid.

<sup>1</sup> Los trabajos autobiográficos de José María Albino Vasconcelos Calderón (1882-1959) son fuente ineludible para conocer su trayectoria y sus polémicas posturas. Se cuentan cinco volúmenes bajo este género en muy diversas ediciones, siendo las primeras en orden cronológico *Ulises criollo: la vida del autor escrita por él mismo* (1935), *La tormenta: segunda parte de Ulises criollo* (1936), *El desastre: tercera parte del Ulises criollo* (1938), *El Proconsulado: cuarta parte de Ulises criollo* (1939) y *La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia* (1959).

<sup>2</sup> Comenzamos este repaso de los recuerdos de Vasconcelos en el momento en que se encuentra exiliado en Los Ángeles, EE. UU., muy poco tiempo antes de que la desaparición física de Venustiano Carranza Garza (1860-1920), le permitiera terminar su largo exilio.

<sup>3</sup> Vasconcelos alude a la “dictadura del proletariado”, idea expuesta en los escritos del filósofo de origen judío germano Karl Marx (1818-1883).



George,<sup>4</sup> para situaciones locales, sin aplicación general a toda la economía de un pueblo.

Esto que postulo, el amor al prójimo, nada tiene que ver con el liberalismo político, infame tontería que usa la libertad para el abuso del rico. Lo que afirmo es eterno o, por lo menos, anterior a Henry George y a Carlos Marx, y ha sido, en esencia, la constante doctrina de los filósofos, desde Platón hasta los cristianos primitivos y los pocos estadistas que en el mundo han sido. El gobierno como factor de equilibrio de las clases y los individuos y como juez y azote de delincuentes. En el mundo moderno, lo mismo en la California de entonces que en el México callista, delincuentes son los enriquecidos al amparo del poder público, los enriquecidos más allá del uso y cuando el dinero empieza a servir para el abuso. Un gobierno capaz de cumplir tan sencillo programa requiere, eso sí, el más complejo conocimiento de la realidad; requiere un sabio; es decir: un filósofo.

A Henry George lo volví a leer en aquel tiempo. Se le hallaba en todas las bibliotecas populares y es de fácil, amena, impresionante lectura. Un gran talento incompleto; un hombre que descubrió una veta de la economía y supo seguirla hasta el fin, sacarle los frutos.

A Marx también lo leí en esa época. *El capital*, en tres tomos, andaba en las manos de los lectores de la Circulante. Lo hallaban muy oscuro... aquellas personas que no saben una palabra de la peculiar ideología hegeliana... En realidad, no tiene nada de oscuro y sí mucho de retrasado. Se funda en dos filosofías caducas: la de Hegel y la de Comte.<sup>5</sup> Tomarlo como nuevo era imposible,

<sup>4</sup> Henry George (1839-1897). Estadounidense que publicó en 1879 un ensayo titulado *Progreso y miseria*, donde propone la implantación de un impuesto único confisatorio, propuesta económica conocida como *georgismo* que se extendió en su tierra natal, además de Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda.

<sup>5</sup> Vasconcelos se caracterizó por ser un crítico hombre de ideas. Sin embargo, las contradicciones en su pensamiento y acción son igualmente recurrencia en sus posturas. Su oposición al positivismo comtiano, producto de la relación intelectual que estableció con sus pares del Ateneo de la Juventud, no deja de ser expresada en cualquier oportunidad.

si se quería tener en cuenta el abecé de la cultura general de la época. En cambio, en ciertos aspectos parciales y como arma de una lucha que a veces reclama todos los medios, ¡enhorabuena! Pero no con la tendencia de crear una sociedad marxista. Esa pesadilla hay que obsequiarla a los que, por ignorantes, no ven otra cosa y andan desesperados, o a los pícaros que de ella se sirven para lucrar.

De todas maneras, el ambiente de Los Ángeles lo recuerdo como uno en que las cuestiones sociales tenían primacía. La inquietud general empezaba a reventar por allá en tal forma que pocos meses después de nuestra permanencia por allá en el lugar comenzó la represalia del conservadurismo. A viva fuerza se cerraron clubes, se suprimieron diarios, y la Unión de los Industriales quedó disuelta, equiparada al comunismo y triunfante la “American Legion”, el germen de un fascismo *yankee* que aguarda su ocasión.

En cafés y modestas fondas pasamos horas largas discutiendo los métodos de Lenin<sup>6</sup> o las novedades introducidas en Educación por Lunacharsky.<sup>7</sup> Una de ellas le copié cuando me tocó diri-

<sup>6</sup> Pendiente de lo que acontecía en otras latitudes, Vasconcelos reflexionaba en la aplicación de los ejercicios de organización revolucionaria, como lo demuestra esta alusión al líder del movimiento que derrocó el zarismo en Rusia a finales de 1917. En este sentido, un historiador francés, cuyo trabajo ahondó en la labor vasconcelista al frente de la SEP, apuntó: “Los rusos le proporcionaron soluciones prácticas, respuestas momentáneas y puntuales a problemas ‘técnicos’ que amenazaban con obstaculizar su acción global: campaña contra el analfabetismo, multiplicación de las bibliotecas, publicación de ‘clásicos’, instauración de una pedagogía activa, etcétera. A través del ejemplo soviético comprendió la necesidad de elaborar un sistema estructurado que abarcara las actividades educativas (del jardín de niños a la Universidad) y culturales (de las artes plásticas al teatro y la danza, pasando por la lectura y el canto). Además, dado el estado ruinoso en el que se encontraba la educación nacional mexicana en 1920, Vasconcelos también se manifestó partidario de un cierto dirigismo e incluso de un cierto estatismo al abordar los problemas acuciantes (uno de los cuales es la educación) del México postrevolucionario”. Claude Fell, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 22.

<sup>7</sup> Anatoli Vasílievich Lunacharsky (1875-1933). Político ruso quien fungió como comisario del pueblo para la educación en el proyecto soviético tras la victoria revolucionaria de 1917.

gir la educación de México: la edición de los clásicos, que ciertos escritores de renombre local me han criticado suponiendo que se trata de una medida aristocrática... Oyen palabra clásico y caen en la trampa... No, señores despistados; la idea fue de Gorki<sup>8</sup> y la tomé de Lunacharsky... Gorki es plebeyo, plebeyo genial, que se acordó de los suyos y se dijo: “Hay que abaratar los clásicos... hay que darlos a los pobres... No es justo que sean privilegios de ricos...”. Qué mejor tesoro por repartir. Se necesitaba que en el cuerpo social desahuciado apareciese la excrecencia que se llama un revolucionario callista, que es lo mismo que reaccionario huertista —Portes Giles, Ortiz Rubios, Puiges Causaurancs, Padillas y Almazanes,<sup>9</sup> etc.—, para que la medida se repudiara como aristocrática; la medida de editar a precios populares los mejores libros de la Humanidad...

Humildemente confieso de dónde tomé el ejemplo de estas ediciones, que constituyen, entre tantas cosas ilustres que produjo la Secretaría de Educación de mi época, lo que más me ufana y regodea. De paso, también, mi edición de clásicos fue la mejor propaganda que se haya hecho en favor de México desde que el país existe. Pues no hay cosa parecida en castellano o no la había, y no existe persona culta de habla española que no haya admirado la colección o la haya bendecido, por el bien que hace a los humildes, por la honra que da a la misma patria que los enemigos de la edición deshonran. Amén.

<sup>8</sup> Máximo Gorki (1868-1936), cuyo nombre real era Alexéi Maximóvich Peshkov. Literato ruso, paradigma del escritor autodidacta, con intensa actividad en el ámbito cultural durante los primeros años tras el triunfo revolucionario en Rusia.

<sup>9</sup> Con el talante crítico que lo caracteriza, Vasconcelos hace referencia a sus enemigos políticos con la pluralización del apellido de los principales para extender su ataque a quienes los apoyaron, y no dejarlo solamente en: Emilio Portes Gil (1890-1978) y Pascual Ortiz Rubio (1877-1963), ambos presidentes durante la hegemonía callista; José Manuel Puig Casauranc (1888-1939), ministro de Educación de Plutarco Elías Calles (1877-1945); Ezequiel Padilla Peñaloza (1890-1971), quien fungió en el mismo puesto durante el periodo de Portes Gil, y Juan Andreu Almazán (1891-1965), camaleónico revolucionario, secretario de comunicaciones con Ortiz Rubio.



## ABAJO CARRANZA

... Apoyado en los recursos guerreros que proporciona el Norte, avanzó el movimiento de Agua Prieta<sup>10</sup> más de prisa que el del Sur, que capitaneaba Obregón en persona, y ésta fue la excusa que dio Obregón para preferir el Plan de Agua Prieta, que no había suscrito, al suyo de la conspiración del Sur.<sup>11</sup> Simple oportunista sin principios, favorito del éxito, pero no de la gloria, Obregón no logró escapar al carrancismo que derrumbaba, tal y como más tarde murió cogido en las redes del callismo que había creado, pero detestaba. Y triunfó el plan después de la falsa esperanza patriótica que brilló tres años más o menos, mientras Obregón se mantuvo en el poder, ajeno a las influencias del exterior. ¡Y rodeado de patriotas! Luego, cuando se rodeó de bribones, Obregón claudicó y el plan izó bandera.

Por entonces, con Agua Prieta triunfó el carrancismo sin Carranza; la plebe sin su jefe; con ella, una doctrina o pseudo-doctrina canalla, muy parecida a la que hoy se esgrime a propósito de Calles:<sup>12</sup> Carranza había sido un gran hombre, un estadista, un patriota, pero había cometido un error; la imposición de Bonillas;<sup>13</sup> o sea, oponerse al triunfo de Obregón; o sea, negarse a que una facción de los suyos se quedase con todo el botín... Lo demás, el crimen verdadero, quedaba absuelto, era perfecto.

<sup>10</sup> Plan revolucionario, firmado por Calles y los sonorenses el 23 de abril de 1920, en el que se desconocía al gobierno ejecutivo nacional de Venustiano Carranza.

<sup>11</sup> Álvaro Obregón Salido (1880-1928) expide un manifiesto fechado el 30 de abril de 1920 en Chilpancingo, Guerrero, subordinándose a los sublevados de Sonora.

<sup>12</sup> Con esta postura, Vasconcelos se refiere a los antiguos seguidores de Carranza, que se levantaron hasta deponerlo, pero que continuaron con el mismo sistema implantado por su jefe, principalmente durante el periodo de Calles, enemigo irreconciliable de don José en el momento de redactar su autobiografía.

<sup>13</sup> Ignacio Bonillas Fraijo (1858-1942). Embajador mexicano del gobierno carrancista ante Estados Unidos. Fue la propuesta civil de Carranza para sucederlo en la presidencia, con lo que buscaba atajar las ambiciones de los generales, principalmente de Obregón. El resultado de esta estrategia redundó en la estrepitosa caída del régimen carrancista.

En resumen: Carranza resultaba malo porque se había opuesto a Obregón, acaso lo único bueno que hiciera en toda su vida. Lo acusaron los suyos, no por lo que les había dado, que ya era cohecho, sino por lo que dejó de darles: el porvenir de la patria servido en un plato... Sus lacayos mataron al mal Viejo, y como no tenían con qué cubrirse el rostro de asesinos, echaron mano de Villarreal<sup>14</sup> y de mí, los supervivientes de la Convención de Aguascalientes, los que habíamos sostenido la bandera patriótica a través de seis años de vicisitudes.

A Villarreal le pagaron, por lo pronto, nombrándolo jefe de operaciones en Nuevo León para que desorganizara por allí el pablismo, la facción carrancista más fuerte en esa zona; después, con un ministerio, y más tarde, con la canallada de defraudarle una elección, de negarle el triunfo electoral en su propia aldea. Como que el peor enemigo del plan es el hombre capaz de sacrificarse a un principio.

A mí me dieron más tarde un ministerio,<sup>15</sup> o más bien dicho, me dejaron desgarrar la Constitución queretana para crear un Ministro de Educación que fue la única gloria de toda la revolución; pero Calles destruyó con saña ese ministerio, lo entregó a rateros; historia es ésta ajena al presente volumen, pero que no está por demás advertirla, dado que la vida de un hombre es fugaz y aun transitoria, como decía un chusco.

Por ahora nos quedan ya pocas páginas para concluir el presente volumen y me limitaré a sus marcos; diré cómo se consumó mi regreso a México y mi entrada al gobierno nuevo.

<sup>14</sup> Antonio Irineo Villarreal González (1879-1944). Revolucionario, quien se contó entre los redactores del Programa del Partido Liberal Mexicano (1906). Presidió la asamblea inaugural de la Convención de Aguascalientes en 1914. Distanciado de Carranza, se exilió en Estados Unidos, reincorporándose al país tras el triunfo del Plan de Agua Prieta. Fungió como secretario de Agricultura y Fomento tanto con Adolfo de la Huerta como con Obregón.

<sup>15</sup> Lo nombraron secretario el 12 de octubre de 1921.



## EL RETORNO

En mi humilde piso de la playa de Redondo me despertó una mañana la presencia de Antonio Villarreal. Llegaba misterioso después de una o dos semanas de ausencia. No había yo querido acompañarlo en el viaje que acababa de hacer a Sonora, porque le decía:

—Estamos con Obregón, no con Calles; además, dudo que esa gente de verdad se atreva a declarar la guerra a Carranza.

Pero Villarreal me confirmó plenamente el rumor de que ya andaba en los diarios *yankees*: la traición de Calles y el levantamiento general contra Carranza y en favor de Obregón.

—Y mire —añadió Villarreal sacándose del cinto quinientos pesos mexicanos en oro—: aquí le manda eso Fito<sup>16</sup> y dice que le apunta a usted un caballo...

Fito de la Huerta se había acordado de la disputa que tuvimos uno o dos años antes en el encuentro en San Antonio, Texas, y en la cual le había pronosticado la caída violenta de Carranza... Un caballo le había ganado en el póker de la política.

—Ese dinero —añadió Villarreal— es de la caja del Estado de Sonora y para que se incorpore usted al movimiento...

Me embolsé el dinero y dije a Villarreal, en broma:

—Dígale que todavía van a tener que darme satisfacción pública y un carro especial que me lleve desde la frontera a la metrópoli...

A los pocos días recibí un telegrama; pedían con urgencia una proclama redactada y firmada por mí para su distribución entre las tropas de Sonora y a fin de explicarles, justificarles el cambio de frente. La redacté y mandé por telégrafo. Se reprodujo en todo el estado... Los pobres, tenían que valerse de un desterrado para hablar a sus propias gentes; ¡como que lo que tenían que de-

<sup>16</sup> Felipe Adolfo de la Huerta Marcor (1881-1955). En 1920 fungía como gobernador de Sonora. Fue nombrado jefe de las armas por mandato del Plan de Agua Prieta del 23 de abril de ese año. Ocupó la presidencia interina de junio a noviembre. Él llamó a Vasconcelos para ocupar la rectoría de la Universidad.

cirles era lo contrario de lo que les estuvieron predicando durante los seis años miserables del carrancismo!

Descalificados ante la opinión por su servilismo ante Carranza, los obregonistas se amparaban en la palabra de veteranos de la revolución como nosotros, provisionalmente, y mientras podían darnos la patada y volver a las andadas. Las andadas que son el despotismo, el asesinato político, el abuso, el robo y la sumisión al plan...

Cuando, unas semanas más tarde, llegamos a México Villarreál y yo, por la vía de Monterrey, en la estación nos esperaba el general Obregón, con la directiva del partido suyo oficial, constitucional no sé cuantos. Y precisamente esa misma mañana, en el carro especial que nos conducía a la capital, supimos el asesinato de Carranza...<sup>17</sup> Cuando yo me enteré —¿por qué no se ha de hablar también de los pecados de la imaginación?—, recordé mi promesa de cuando el duelo de mi padre y bailé imaginariamente sobre aquella tumba cadalso de la justicia inmanente. “El que a hierro mata a hierro muere”, dijeron muchos. Luego, en la comida con que nos obsequió Obregón en los altos del Café Colón, mientras preparaba unos *cocktails* de su invención, se volvió a hablar del acontecimiento del día. “Despeja la situación”, dijo Obregón. Relataron otros las circunstancias que seguía comunicando el telégrafo y no se volvió a hablar del mal muerto... Sé que ya lo han transferido al Panteón de la Patria en calidad de ilustre... Allí está bien, en compañía de los aviadores que destruyeron aldeas en Jalisco para consolidar el régimen de Morrow, el Procónsul... Otro es el panteón, y aun otra la patria, de los que no comulgamos con el plan ni aceptamos sus glorias. Y aunque la patria nuestra se nos llegue a quedar sin territorio, lo invencible es el alma, y a ésa no se la entierra en mausoleos que fabrican hombres...

<sup>17</sup> Acaecido en la sierra de Puebla en el villorio de Tlaxcalantongo la madrugada del 21 de mayo de 1920.



La única broma que no perdoné a los de la comida en el Colón fue como sigue:

—¡Caramba!; a ustedes se les pasó la mano; aquí Villarreál y yo, con los pocos convencionistas que quedábamos, tan sólo pedíamos que se derrocara al Viejo... ¡ino que lo mataran...!

Todo lo soportaban los traidores en aquellos días en que anduvieron de mansos.

## NOS RECONCILIAN LAS COSAS

Miguel Alessio Robles,<sup>18</sup> que estuvo en la comida del Colón, me invitó a recorrer la ciudad en auto esa misma tarde. Era difícil abrirse paso porque en las calles había más baches que gente. Los edificios desportillados daban impresión de abandono prolongado. En los rostros de los transeúntes se advertía esa tristeza y estrago que sólo se observa en poblaciones largamente sometidas al atropello gubernamental. Los autos de los militares, de los funcionarios, pasaban precedidos de la insolencia de un silbato que les eximía de los reglamentos del tráfico. Con todo, era hermosa de ver la ciudad por el color vivo de sus fachadas, por la claridad del aire bajo el cielo azul. Llama la atención la variedad de los tipos en todos los tonos del mestizaje. No es bello el promedio femenino; pero, en cambio, produce excepciones que compensan, y ninguna carece de no sé qué suavidad, agilidad de raza con casta. Lentamente los recuerdos se fueron avivando. Había una impresión muelle en sentirse restituido, después de tantos años de vagabundeo, a la ciudad que en una época fuera para nosotros el mejor sitio de la Tierra. No importaba la desolación creada por

<sup>18</sup> Miguel Alessio Robles (1884-1951). Político y escritor coahuilense. Amigo muy cercano de Obregón, lo protegió en su domicilio particular en 1920 ante el asedio de Carranza, quien lo acusaba de conspiración. Durante esos años representó a México en España, para después incorporarse al gabinete obregonista como secretario de Industria, Comercio y Trabajo.

tanta barbarie; la ciudad se reharía y aún quedaban las viejas casas, tan sólidas que han visto pasar un siglo de vandalismo sin caerse.

Había algo de la impresión del que recobra una mujer violada a la que no se pudo defender.

Hablamos de Adolfo de la Huerta, recién nombrado presidente provisional por el congreso carrancista. Era, al fin y al cabo, un buen sujeto y muy buen amigo de ambos... El gabinete aún no se anunciaba, pero ya sonaban nombres...

—Y usted, ¿qué va a pedir? —interrogó de pronto Alessio.

— ¡Cómo!, ¡pedir! —protesté.

—Bueno; ya sé que usted no necesita pedir, pero le ofrecerán... Y ¿qué ha pensado?

—Pues lo único que tengo pensado es abrir mi estudio de abogado, como antes, como usted mismo.

Insistió Alessio:

—Quiero que me diga, porque yo ambiciono la Universidad, y a menos que usted la pida, me la darán a mí... De usted se dice que lo nombrarán para Hacienda...

—No, ¿qué iría yo a hacer a Hacienda? —repliqué—, ¿a convertirme en pagador de soldados? Pues ellos seguirán llevándose todo el dinero.

Claro que en Hacienda está la clave del plan: pero por eso mismo no hay que ir allí de amanuense de los banqueros. Habría que ir de jefe.

Luego, recapacitando, añadió:

—Tratándose ya de empleos, le confieso que me han partido, pues el único ministerio que me habría interesado, el de Educación, lo han suprimido... Para que vea, eso pediría, como cuando Eulalio...<sup>19</sup>

—Pero es —repuso Alessio— que hoy la Universidad equivale al ministerio, y justamente por eso, yo quería saber...

<sup>19</sup> Durante el primer gobierno convencionista, presidido por Eulalio Martín Gutiérrez Ortiz (1881-1939), Vasconcelos ocupó la cartera educativa del 7 de diciembre de 1914 al 15 de enero de 1915, breve periodo en el que las vicisitudes políticas no le permitieron hacer mucho.



—¡Ah, no, Alessio!; entonces no se preocupe; a una Universidad, con los lineamientos que le dejaron los carrancistas, yo no me paro... A menos —reflexioné al instante—, a menos que vaya para allá para deshacer el mal que hizo Carranza y a tomar la Universidad como base de un ministerio que no soñó ni don Justo...<sup>20</sup> Y de paso daríamos la primera patada a la Constitución de los carranclanes.

—Yo también —dijo Alessio—, de ir allá sería para arrojar a los protestantes que puso allí Carranza, y que han convertido en *High School* la escuela de Barreda...<sup>21</sup>

—Pues váyase allá, Miguel... Yo, lo que quiero es rehacer un poco mi hacienda, volver a mi trabajo profesional...

—No, Vasco; es que yo sólo iré si usted rehúsa. Si usted acepta ese cargo, yo también pediré que se lo den.

Era completamente sincero Miguel, y yo lo sabía. Durante mi largo destierro había sido de los pocos que de cuando en cuando se carteaban conmigo. Y aunque ahijado de Carranza, no había aceptado cargos; se había mantenido en una decente posición.

Con el tramonto se puso el cielo como de añil; se encendieron como llamas las vidrieras más altas y una extraña alegría permeó las cosas...

—Qué hermosa fiesta, Miguel, es México, cada tarde, a la hora que se pone el sol...; ya no me acordaba...

Caminábamos de la Reforma a la Alameda y la plaza y regresábamos.

—No tienen ningún interés los barrios nuevos —insistía yo—. Sigamos por el México perdurable...

<sup>20</sup> Justo Sierra Méndez (1848-1912). Funcionario, maestro e historiador, influencia clave en la generación del Ateneo de la Juventud. Refundó en 1910 la Universidad Nacional, que Vasconcelos recibió diez años después y a la que transformó radicalmente, pero sin perder la esencia de su iniciador.

<sup>21</sup> Gabino Barreda Flores (1820-1881). Educador poblano, impulsó en 1867 la Ley orgánica de Instrucción Pública del gobierno de Benito Juárez, que repercutió en la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, *alma mater* de casi todos los ateneístas, entre ellos, Vasconcelos. Se le reconoce como el principal promotor en México de la doctrina positivista de Augusto Comte, de quien fue alumno.

... Y añadí:

—Créame, Miguel. Si me decido a la vida pública, si mis condiciones son aceptadas, no me dedicaré ni siquiera a la Universidad. Me dedicaré a reformar el criterio de la escuela primaria, en las clases de historia. Será preciso saltar una, dos generaciones, para que algo limpio y fuerte pueda salir de este pudridero.

—Pues lo van a llamar y lo van a comprometer —insistió Miguel—. Y lo sé porque hablo mucho con Obregón. Figúrese: lo tuve escondido en mi casa cuando lo mandó aprehender don Venustiano... Y Obregón quiere un gabinete de fuerza. Invitará a don Fernando Iglesias,<sup>22</sup> a Antonio Villarreal, a usted, a lo mejor de la revolución. Es probable que yo también entre, más tarde, al gabinete, y no va usted a desairarnos...

—Bien, Miguel —dije apeándome del auto, frente al hotel en que estaba mientras acababa de acondicionarse nuestra antigua casita de Tacubaya— gracias por su paseo; me ha servido de mucho; ha sido usted mi gaceta; toda una gaceta de la ciudad y de las cosas nacionales...

## UN DESTINO MÁS FUERTE

Sí; un destino más fuerte que nuestra voluntad rige las circunstancias fundamentales de nuestra vida. Mantenía el propósito de dedicarme a mi trabajo profesional y aun había apartado ya oficina.

Tres días después de la conversación con Alessio, Villarreal me dijo:

—He hablado largo con Obregón. Está deseoso de rodearse de los mejores elementos. Opina que usted no debe retirarse a la vida privada. Yo también creo que debe usted hacerse el ánimo de servir a su país. Yo, probablemente, entraré al gabinete y usted

<sup>22</sup> Fernando Iglesias Calderón (1856-1942). Hijo del connotado político decimonónico José María Iglesias. Se desempeñó como alto comisionado de México en Estados Unidos en 1920. A su regreso en ese mismo año ocupó una curul en el Senado representando al Distrito Federal.



debe hacer lo mismo... Por último —agregó—, si no quiere usted un puesto político... está vacante todo, porque todos los altos cargos cambiarán de personal; le doy esta sugerencia: Pida la jefatura del Departamento Legal de los Ferrocarriles... Con la base de esa representación, usted puede crear un despacho de abogacía que lo hace rico en dos o tres años...

La ocasión era tentadora. Bastante había sufrido por escasez pecuniaria y tiempo era de pensar en el porvenir de la familia. Por otra parte, la base de la independencia política podía dármele una firme posición económica. Ésta sólo podía lograrla honestamente en el trabajo profesional... Pues no íbamos ahora a repetir la historia de los carrancistas, enriquecidos en el gobierno... Ir al gobierno, en cualquier forma, era como condenarme a la pobreza...

Por otra parte, me obsesionaba la idea de la Universidad, como base para crear el ministerio, que acaso transformaría el alma de México...

No reflexioné ni me desvelé el problema una sola hora de la noche. En todos estos casos decide por uno la fuerza irresistible que llamamos destino. Llegó De la Huerta. Con su habitual generosidad me abrió los brazos, me sentó a su mesa de Chapultepec, me trajo de allá para acá en visitas oficiales. A su lado estaba siempre Miguel Alessio, que en seguida comenzó a actuar como secretario de la presidencia. Y fue Miguel quien delante de mí recordó:

—Bueno; ¿por qué no le firmas un oficio a Vasco, para que se encargue de la Universidad...? Está de acuerdo Adolfo —añadió dirigiéndose a mí— en que debe restablecerse el Ministerio de Educación...

Con mi oficio en la bolsa me eché a la calle al día siguiente con dirección de la Universidad. La situación de todas las principales oficinas públicas había sido curiosa durante las semanas que mediaron entre la salida de Carranza y la llegada de Adolfo de la Huerta como presidente provisional. En la jefatura de Operacio-





nes Militares, que accidentalmente estuvo a cargo de don Pablo González,<sup>23</sup> se habían hecho nombramientos, creo que hasta de ministros. Precisamente Miguel Alessio y yo habíamos tenido la ocurrencia de visitar a uno de esos ministros de don Pablo, para que nombrara por telégrafo encargado de negocios en España a un amigo común: Alfonso Reyes.<sup>24</sup> “Al fin —advirtió Alessio— que De la Huerta ratificará el nombramiento...”.

Casi todos los demás nombramientos de ocasión fueron revocados. Y me tocó desposeer al pobre don Balbino Dávalos,<sup>25</sup> persona de toda mi estimación, pero que había tenido la debilidad de recibir un cargo de autoridad que no lo era.

Una calle antes del zaguán de la Universidad me encontré con Antonio Caso.<sup>26</sup> Antes lo había buscado yo sin hallarlo, y ahora él corrió a mi encuentro. Nos dimos el abrazo de rigor y le dije:

—Acompáñeme; vamos a la Universidad.

No tenía él idea de cuál era mi misión.

—Precisamente —dijo Caso— yo vengo de allá... estoy con don Balbino... excelente sujeto; vamos a hacer muchas cosas.

<sup>23</sup> Pablo González Garza (1879-1950). General revolucionario quien durante el periodo Constitucionalista comandó la División del Noreste. Tras la salida de Carranza de la Ciudad de México el 7 de mayo de 1920, las fuerzas a su mando ocuparon la ciudad capital, que dos días después recibió triunfante a Álvaro Obregón, ante quien declinó su candidatura a la presidencia al poco tiempo.

<sup>24</sup> Alfonso Reyes Ochoa (1889-1959). Oriundo de Monterrey, Nuevo León, lumbrera literaria del México de la primera mitad del siglo xx. Se cuenta entre los principales fundadores del Ateneo de la Juventud (1909). Desde entonces, trabó amistad íntima con Vasconcelos, que se prolongó por el resto de sus días. Véase Claude Fell (comp.), *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, México, El Colegio Nacional, 1995.

<sup>25</sup> Balbino Adolfo Dávalos Ponce (varias fuentes aportan Balkim como su segundo apellido) (1866-1952). Abogado y poeta colimense. Durante mayo y junio de 1920 ocupó interinamente el cargo de rector de la Universidad, otorgado por el general Pablo González.

<sup>26</sup> Antonio Caso Andrade (1883-1946). Filósofo y maestro. Representó el ala opositora más coherente contra la doctrina positivista, lo que lo colocó como uno de los líderes del ateneísmo. Junto con Reyes y Vasconcelos, forma la tríada más representativa de este movimiento intelectual mexicano. Fungió como rector de la Universidad durante una parte de la administración vasconcelista en educación.

No quise desengañarlo de inmediato; pero objeté:

—Lástima que le haya aceptado el nombramiento a don Pablo.

Nueva sorpresa de Caso. Se creía todavía en México que don Pablo podía llegar hasta disputarle la presidencia a Obregón...

—Venga, venga, Antonio —añadí—. Ahora verá cómo hacemos limpia de todo lo que sea carranclán... Sí; lo siento por don... pero, ¿cuándo aprenderá la gente a ver primero quién es quien los nombra, antes de aceptar...? Aquí nadie renuncia un cargo... a todo el mundo hay que renunciarlo. —Sin poder contenerme me irritaba...

Caso me siguió. Hallamos a don Balbino en pleno ejercicio rectoral; nos miró un poco extrañado por mi presencia; me dobió a mí el golpe que iba a darle, pero me hice el ánimo pensando: “fue hasta huertista y no se corrigen estas gentes...”. Le alargué el oficio, y casi sin dejar que lo leyera completo, advertí:

—Vengo a tomar posesión inmediata de todo; pero es usted mi huésped y puede disponer como tal...

Recogió unos cuantos papeles don Balbino y se marchó. Caso estaba aterrado.

—Debió usted hacer que le mandaran el aviso por los conductos legales—insistía.

—¿Y para entrar aquí él, usó conductos legales? —pregunté—. Convéngase, Antonio; éstas son las gentes que más daño hacen al país: los “cultos” que todo lo esperan del golpe de mano del primer general sin letras que los llame a “colaborar”... Le descubren virtudes al diablo, si le ven entorchados... Además —le dije riendo—, el gobierno entero de Carranza fue un gobierno que nunca contó “con mi reconocimiento”... Le faltó mi venia para haber sido legal... Comenzaba a ponerse divertida la tarea... Eso que hacemos con sus funcionarios, Antonio, eso mismo haremos con sus leyes, aguarde... No, no hay que reconocer la escuela Preparatoria que ustedes formaron —escuela libre, cuando los protestantes les quitaron la oficial—; hay que recobrar la oficial

y suprimir incluso la libre, que al fin y al cabo nació del mismo hedor.

—¿Pero tendrá usted poder para todo eso? —objetó Caso— Mire que los protestantes están muy bien apoyados...

—Mi poder, Antonio, —repuse—, durará lo que dure aquí dentro el ejercicio de mi voluntad sin cortapisas; puede ser media hora, pueden ser varios años. Lo único que no haré es transigir con el mal que se ha hecho ni con los que lo hicieron.

El personal inferior administrativo lo dejé casi intacto porque era honesto y para no hacer lo que Carranza, el de las venganzas mezquinas. De taquígrafa de confianza tomé a una señorita Marcrina porque la oí reñir casi con un sujeto que llegó a expresarse mal del antiguo rector carranclán, de quien había sido empleada predilecta.

A la Escuela Preparatoria llegué, por segunda vez, con el ceño de quien arroja a los mercaderes del templo. En el escritorio del director se halló el folleto en que la secta metodista de Estados Unidos lo designaba obispo y principal jefe de la propaganda en México. Publicamos esta circunstancia para informar a la opinión que, de pronto, pareció toda de mi lado. Eso no le impidió a la cobarde opinión soportar al mismo señor Sáenz<sup>27</sup> de jefe de la Educación Pública en la dictadura de Calles, cuando volvieron por derecho propio los protestantes a todos los cargos de importancia.

Por anómala, disparatada ley carranclana, en aquella época dependían de la Universidad diferentes escuelas secundarias y la Dirección Normal y Primaria con algunas escuelas primarias. La mayoría de estas últimas había pasado al poder del municipio, y éste era refugio de bribones que se quedaban con el dinero para sus vicios y malpagaban al personal. Sería de suponerse, pues, que el profesorado se mostraría ansioso de volver al régimen del Ministerio de Educación o, por lo menos, que apoyaría al hom-

<sup>27</sup> Moisés Sáenz Garza (1888-1941). Político y diplomático neolónés. Ocupó la cartera de Educación en 1928 y reformó el sistema con la implantación de la educación secundaria, así como la organización de escuelas rurales.



bre que pretendía libertarlo. El fenómeno no se produjo mientras no vieron los primeros palos dados. El peor mal de las dictaduras es que acaban con la dignidad, siembran la desconfianza, hacen que la gente suponga que son iguales todos, los honrados y los bribones. Además, las directoras, suerte de cacicas, nombradas por Carranza y sus favoritos, hacían presión en su personal. En medio del vacío más absoluto, seguía pegando, lanzando destituciones sin tregua. Y una mañana, para echarme en cara mi proceder “apasionado”, se me presentó una de las maestritas más poderosas en el gremio, María Arias,<sup>28</sup> inteligente, activa y muy apoyada por la anterior administración. En tiempos de Madero habíamos sido conocidos porque Madero la distinguió, y al triunfo de la revolución constitucionalista se había hecho célebre porque Obregón le entregó la pistola cuando el famoso discurso contra los hombres de la capital. Aparte de todo esto, María Arias había perdido mi estimación, por carranclana, pero estaba enferma; la traté con deferencia.

—Vengo a ver —me dijo con altanería— cuál es el criterio que sigue usted para sus nombramientos, porque la destitución de Fulana, etc., etc., es una injusticia...

La ira le encendía el rostro demacrado; era de cuerpo débil, bajita. “Ésta es la mía”, pensé, y con voluptuosidad y sonriéndole dije:

—Mi querida María: Mi criterio no puede ser más sencillo: es *el de mis pasiones*. ¿A qué otra cosa cree usted que he venido aquí, donde el sueldo es una miseria y las buscas, los gajes, los desprecio? He venido a dar rienda suelta a mis pasiones.

Se irritó aún más, y levantándose del asiento, exclamó:

—¡Pero es usted capaz de decirme que se inspira en la pasión y no en la justicia...!

<sup>28</sup> María Arias Bernal (1884-1923). Maestra a quien se recuerda por su vehemente reclamo ante la usurpación huertista y los sucesos de la decena trágica. Al ocupar Obregón la Ciudad de México en 1914, frente a la tumba de Madero, el general triunfante le obsequió su pistola en reconocimiento a su valor, lo que le ganó el apodo de *María Pistolas*.

—Sí, María. ¿No ve que mis pasiones son nobles? En este cochino medio —añadí— no basta la justicia; hay que humillar a los perversos y exaltar a “los mansos y limpios de corazón”. Acuérdesse: primero es la pasión. Mis pasiones son nobles; no tengo aquí parientes, ni protegidos, ni amigos; pero tampoco me quedará aquí dentro un solo bribón.

Se marchó encolerizada, pero a los pocos meses volvió; me ayudó más tarde con desinterés, porque ella también, en el fondo, era noble.

“¡Pasión! —me quedé pensando—. ¡Cómo le temen a la pasión! ¡Y qué más quisieran que una pasión generosa... el género de pasión que siempre ha vivido pisoteado, en estos territorios que aún no se libran de la maldición de haber sido aztecas!”.

Para designar director en la Preparatoria abrí un plebiscito porque sabía que tenía que ganarlo Caso, y era necesario enseñar a los jóvenes a darse autoridad noblemente; es decir: por el voto. Ésta fue la primera lección de Cortés a los indios, cuando creó autoridades en Veracruz. No las nombró a estilo Carranza, por orden de su “jefatura”; las hizo elegir por los vecinos.

Y me propuse hacer el mismo ensayo con los maestros. De una plumada podía quitarles al director que les impuso Carranza, un afiliado de la secta; pero quise que ellos mismos depusieran los mal nombrados y designaran sus jefes. Porque no destituí a los antiguos en seguida, se crecieron y comenzaron a presionar a sus subordinados para dominar en la asamblea. Toda la fuerza del carrancismo se movió para salvar a los secuaces de la Dirección de Educación Pública y, de paso, para eliminarme a mí de un puesto en que empezaba a mostrarme peligroso. Los diarios, que en todo ven la ocasión del escándalo, que les aumenta las ventas, y no son capaces de echarse a cuestras causa que no cuente con apoyo del gobierno, empezaron a dedicar a los debates primera plana. Y hubo timorato que me llevó la propuesta de los protestantes de que transáramos. Ellos no se explicaban mi animadversión; con gusto colaborarían conmigo...

Le contesté al parlamentario:



—Dícales que lo de la animadversión me lo reservo porque no se refiere al caso; me basta con la Constitución; ella prohíbe que sean maestros y funcionarios los ministros del culto. Hasta hoy, esta regla se ha aplicado a los católicos que, sin embargo, representan la religión nacional... Yo la estoy aplicando a los ministros de un culto extranjero...

—Pero esto le va a costar el puesto y no es justo que lo perdamos a usted por una nimiedad —me dijo el intermediario, que era del grupo híbrido de los siete sabios... Vicente Lombardo Toledano...<sup>29</sup>

—Mire —le dije, con palmaditas en el hombro—: de aquí me verán ustedes salir derrotado, pero no sentado a la mesa, en conciliábulo de compadres, para repartir los puestos entre las facciones y echar al cesto los principios...

Por último, me mandó llamar De la Huerta.

—¡No sabía, Pepe, que usted fuera católico! —me dijo...

—Pues bien: ahora ya lo sabe; pero católico o no, si yo he de seguir en Educación, saldrán de allí los protestantes porque han hecho política extranjera, y como esto le está creando a usted dificultades, vengo a entregarle mi renuncia.

Se portó entonces De la Huerta con gran lealtad de amigo y con firmeza de funcionario.

—No vuelva a decirme eso —añadió— vaya y haga lo que quiera. Nomás a ese Sáenz —aclaró—, el obispo, mándemelo por aquí... Yo le daré otra cosa porque, ya sabe usted, el hermano<sup>30</sup> es íntimo de Obregón... ya me traen loco.

Y todavía no quise destituirlos yo; esperé a que los destituyera la asamblea. Continuaron en ésta las deliberaciones y las intrigas.

<sup>29</sup> Vicente Lombardo Toledano (1894-1968). Político y abogado poblano. Se le considera como uno de los principales líderes laboristas. Fundó la Universidad Obrera de México y el Partido Popular Socialista. Autor prolífico, entre cuyas obras se destaca *El problema de la educación en México* (1924).

<sup>30</sup> Aarón Sáenz Garza (1891-1983). Abogado nacido en Monterrey, Nuevo León. Acompañó a Carranza durante el constitucionalismo, donde conoció a Obregón. Gracias a esta cercanía, fue coordinador de la campaña para la reelección obregonista de 1928.

Se llegó a atacarme violentamente cuando circuló la versión de que De la Huerta no me apoyaría. El carrancismo, el plan, los directores y directoras que veían en peligro su posición mal adquirida, formaron mafia y tuve que resistir aguaceros verbales. La labor que realizaba con los independientes consistía en asegurarles garantías para su opinión.

En una de las últimas sesiones, cuando ya se acercaba el instante de votar, pronunció un discurso violento, apasionado, en contra mía, una joven alta, delgada, no mal parecida, que días antes me había presentado una carta de recomendación para que no la quitara de una de las direcciones. Le había puesto mala cara porque no quería nombrar según compromisos amistosos a lo carranclán, sino de acuerdo con méritos, y ahora se vengaba de mí con una vehemencia que le encendía el rostro, la ponía bonita... Y me pasó por la mente una de esas ideaciones involuntarias, que resultan a veces imagen de un suceso próximo:

“A ésta —pensé— la tomaría de los puños, le callaría la boca con un par de besos”.

Cuando llegó la votación obtuve un triunfo aplastante. La asamblea repudió a los que me atacaban y nombró a un excelente sujeto, el profesor Morales,<sup>31</sup> a quien no conocía, y que fue uno de mis mejores colaboradores y fiel amigo. El principio democrático había triunfado, con la sola condición indispensable a su vida: ¡la libertad!

## RECOBRA, PEREGRINO, LA ILUSIÓN...

Con el camino despejado por el cese de los más notorios desorganizadores de la educación pública, nos dedicamos a extirpar las inmoralidades del personal secundario. Para dar una idea de

<sup>31</sup> Francisco César Morales Rivera (1886-1947). Pedagogo y literato hidalguense. Se encargó de la jefatura de Enseñanza Primaria y más tarde, de la Dirección General de Educación del Distrito Federal. Se destacan sus textos de lectura para primaria, en cuatro tomos, llamados *Alma latina*.



la corrupción que prevalecía, recordaré el caso de la directora de una de las principales escuelas de mujeres de la capital. No era maestra; su profesión había sido el teatro de género chico. La edad madura la había retirado de la escena y un político influyente la habilitó de pedagoga. No era precisamente perversa, sino un fruto natural del ambiente en que se movía. Casi no había alto funcionario del régimen caído con quien ella no se tutease. Y como el régimen nuevo era, en su mayoría, el viejo, con distinta careta, resultó que le pareció fácil burlarse del abogadito acabado de repatriar. Y llevó su audacia al punto de ofrecerme una fiesta, para que viera los adelantos de su escuela, y a la fiesta hizo concurrir al propio general Obregón y creo que también al presidente De la Huerta. No se dieron cuenta, sin embargo, ninguno de los dos personajes, de las intenciones de la directora, ni sé si se atrevió a hablarles de mí, ni ellos le habrían dado oído; pero se figuró que retrocedería yo al verla tan bien relacionada...

Informes preciosos me habían hecho saber la extensión de su técnica educativa. Escogía a las alumnas bonitas y las aleccionaba.

—Deja la taquigrafía, hijita; el trabajo es para las feas... Tú vístete bien y aprende a ser amable; yo te presentaré amigos que te puedan ayudar...

Llevaba años en aquella dirección y se la consideraba intocable.

En la tarde del día de la fiesta, una exhibición mediocre, le mandé el pliego de su destitución.

Me había bastado con exigir la exhibición de títulos profesionales para que la mayoría de las directoras carrancistas se quedaran sin derecho al empleo. Estaban ya remplazadas casi todas, pero me quedaba pendiente la jefatura de la escuela que regenteaba la rebelde que me había increpado en la asamblea de maestros. No acababa de designarles sustituto porque teníamos para esa escuela grandes proyectos. En general, lo que yo recibía era edificios, o, más bien dicho, lo que quedaba de construcciones escolares que los carrancistas no se preocuparon ni de hacer reparar. Recibíamos, pues, edificios en ruinas, y empezamos creando programas y personal. Para elegir éste fui poco amigo de andar

desenterrando antiguallas que no pueden prescindir de su pequeña tradición, lo que se hizo en tal o cual época pasada. Lo que yo comenzaba a hacer no se había hecho antes nunca, ni se ha hecho después, hasta hoy. Repito este lugar común obvio, sólo para explicar las dificultades que nos causaba nuestra propia exigencia de un personal competente y orientado hacia el momento creador que se iniciaba.

En estas condiciones nos hallábamos, cuando se presentó, a eso de las seis, la rebelde, que llamaremos Luisa. Quería hablar largo conmigo, expresó. No la había vuelto a ver desde las sesiones de la asamblea.

Recibiéndola de pie, dije:

—Se van los empleados dentro de media hora; entonces podremos hablar cuanto guste, o, mejor aún, si quiere... yo estoy ya cansado de todo el día de despacho...; nos iremos a dar una vuelta por el Bosque y luego la dejo en su casa.

Asintió ella con naturalidad, y media hora después rodábamos por Plateros y por Chapultepec. Su historia era breve, como la de la “Mimi” de La Bohemia, pero nada sentimental, ni galante; era una historia de tesón y de audacia...

—Le tengo mala voluntad —le dije— porque la nombró don Pablo. ¿Cómo puede una maestra que se respeta deberle su posición técnica, científica, al nombramiento de su general?

Y me explicó las circunstancias:

Ella, desde hacía tiempo, sentía vocación para una escuela industrial; su preparación en ciencia química le daba una base; había hecho estudios en Guadalajara. Y cuando supo que en la Jefatura de operaciones se repartían nombramientos, se valió de un amigo que le dio una tarjeta. El pobre don Pablo no la llegó a recibir; nada más firmó el nombramiento, y como quiera que sea, ella le estaba agradecida. Me gustó que no negara a don Pablo.

—El obstáculo principal, el del título, ya me lo ha desvanecido usted —le dije— porque no es usted, como otras, una buena



señora que consiguió una recomendación; tiene usted título de química en farmacia; pero la edad... Es usted muy joven...

No pasaba mucho de los veinticinco.

—Pero llevo diez años de trabajar —alegó ella.

En realidad, lo de la edad no me preocupaba mucho, dado que queríamos formar nuestro propio personal... Y reflexioné mientras ella hablaba.

Es arriesgado, me decía yo, el método de ponerse a improvisar educadores; pero está todo desorganizado y los antiguos están ya buenos en su mayoría para la jubilación. Además, otra cuerda me movió ella sin darse cuenta: La había yo llamado una aventurera de los puestos públicos, por la forma en que lo consiguió, y no se inmutó; sólo repuso:

—¡Es que tengo la seguridad de hacerlo bien: póngame a prueba!

Y yo pensé y me hablé a mí mismo: ¿y de cuándo acá tú tan puritano?; ¿acaso no eres tú también un usurpador, uno que llega a la Universidad por un golpe de la política? Y, sin embargo, repetí mentalmente lo que ella había dicho: “itengo la seguridad de hacerlo bien!”

Algo fraterno se estableció entre ella y yo.

Y por fin, después de una hora o más de lucha, le dije:

—Óigame bien: no quiero planes, ni ideas; las ideas las traigo yo, y los planes se le van a dar hechos en el Departamento. Lo que espero del personal es mucha lealtad para llevar adelante esos planes y que no se me erijan en geniecitos, porque si se desvían una línea de lo que se les tiene marcado... eso no es genialidad, sino indisciplina... Le voy a dar la dirección, a prueba, y sólo porque no tengo otra de momento a quien nombrar; no me agradezca nada; si de aquí a seis meses usted no ha dado resultado o yo encuentro otra que la supere, pierde la escuela. Y le daremos alguna clase para que enseñe y siga estudiando...

Aceptó con sinceridad, con honradez; luego, se puso contenta. En la puerta de su casa, al despedirla, se produjo el beso que

había presentado en la asamblea; pero fue beso de paz, no de amor, ni volví a verla nunca, sino en actos oficiales, y fue quizá la más brillante de mis directoras.

En las Facultades procuré poner, aun sacrificando ex discípulos y amigos, a directores que saben exigir algo de profesores y alumnos. Perseguí, procuré desterrar el tipo de director de épocas desorganizadas; director que procura sonreír con todo pretexto a los alumnos, adularlos y alzarles la nota, para que los “pobrecitos” no pierdan el año. A los pobrecitos que no merecen pasar por incompetencia o por pereza, se les hace un gran bien excluyéndolos a fin de que pronto se pongan a trabajar según sus aptitudes. Y gana de paso el nivel de la escuela.

En la Rectoría, mientras discutíamos una ley de Educación que debía crear un Ministerio Federal, se empezó a actuar ya como Ministerio. Invité de Estados Unidos y Europa a muchos desterrados o ausentes que debían contribuir poderosamente al gran impulso que tomó el trabajo. Sin exclusivismos ni exclusiones, se abrieron las puertas al mérito y fue mi mejor amigo el que mejor trabajó en la tarea común.

Pronto se sintió en el país que algo serio comenzaba. Y no faltó quien comparara nuestro pulso al de un motor en vibración, del cual está fluyendo la energía. Desde entonces mucho tonto ha habido que se llama a sí mismo o es llamado “dinámico”; el adjetivo tuvo suerte; pero no basta con moverse; es necesario saber a dónde se va. No es el propósito de este libro hacer la historia, ya muy hecha, de aquel fracaso. Me limito a señalar el momento de la odisea de *Ulises criollo*, en que éste, aun siendo un pobre Ulises americano, pudo sentir la emoción que se expresa en los versos del *Segundo Fausto*, canto del “Despertar”, y que, libremente, doy como sigue:



*Extinguiéronse las horas crueles.  
Huyeron el dolor y la dicha.  
Curando de tus males,  
saluda el esplendor del día.  
Verdes están los valles.  
Ondula el grano en las sementeras.  
Recobra, peregrino, tu ilusión.  
Mientras la multitud yerra indecisa,  
todo puede lograr el alma noble  
que se resuelve a la tarea de construir  
la más útil y noble existencia.<sup>32</sup>*

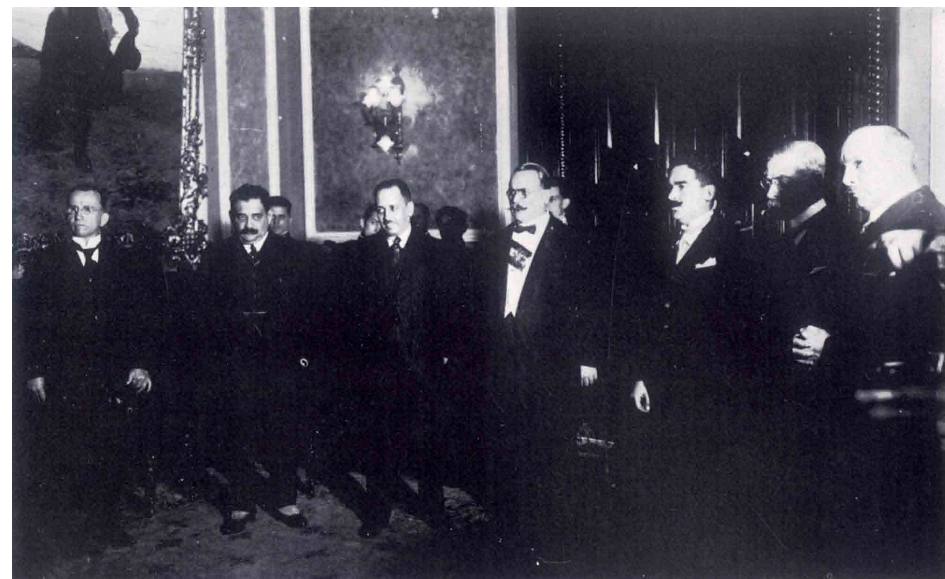
<sup>32</sup> Hasta aquí lo retomado de *La tormenta*.



José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, 1921.  
Colección particular, J. M. Villalpando.



José Vasconcelos al asumir su cargo como Secretario de Educación Pública en la ceremonia que se llevó a cabo en Palacio Nacional el 12 de octubre de 1921. Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia. FN-INAH.



Álvaro Obregón y su gabinete durante la toma de protesta del Secretario de Educación, José Vasconcelos. Aparecen, entre otros, Antonio I. Villarreal y Alberto J. Pani, 12 de octubre de 1921. FN-INAH.





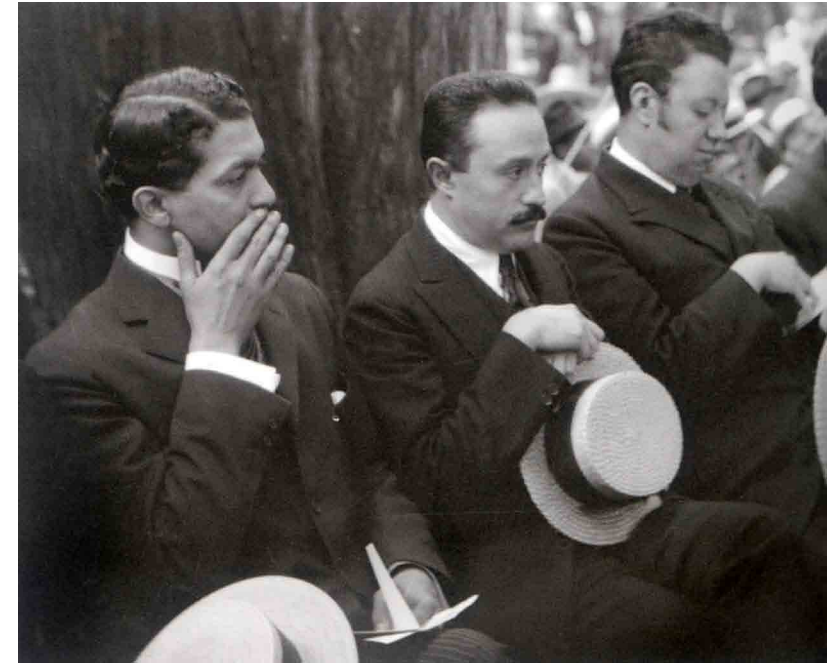
Álvaro Obregón con su Secretario de Educación,  
José Vasconcelos, *ca.* 1921. FN-INAH.



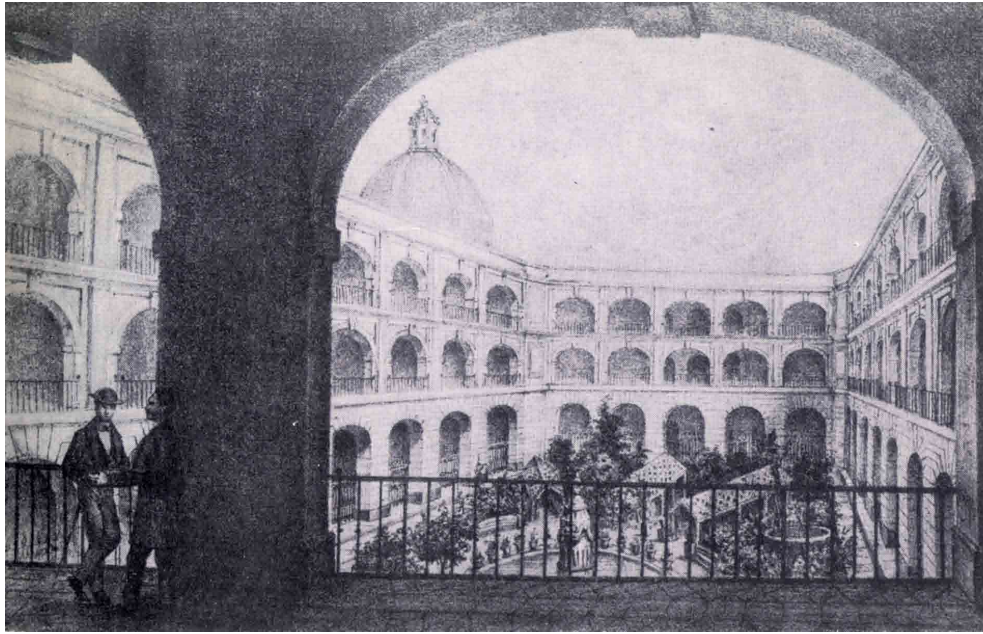
José Vasconcelos con Jaime Torres Bodet,  
su secretario particular, 1921.  
Archivo Histórico Concentrado  
de la Secretaría de Educación Pública (SEP).



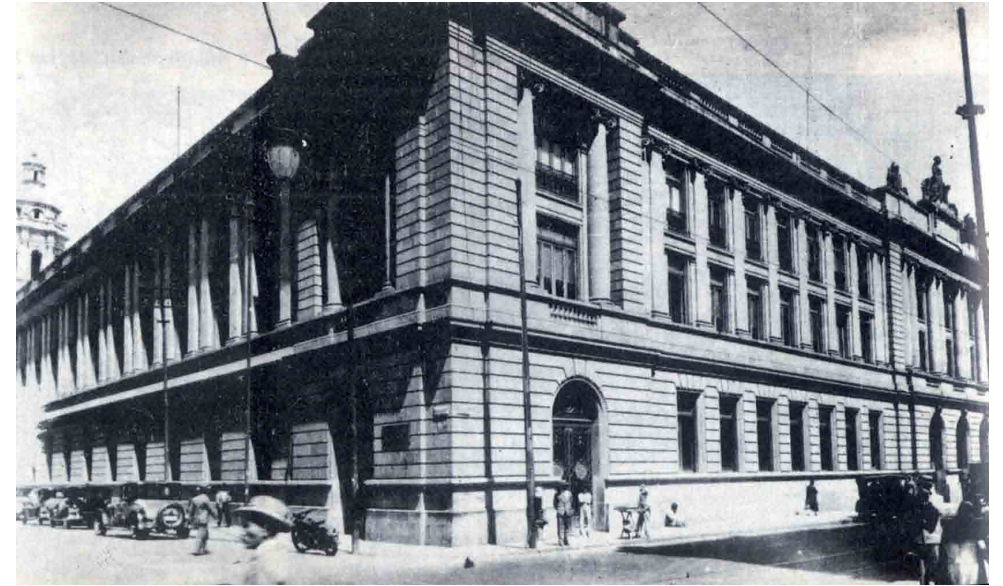
José Vasconcelos en su despacho de la Secretaría de Educación Pública, *ca.* 1922. FN-INAH.



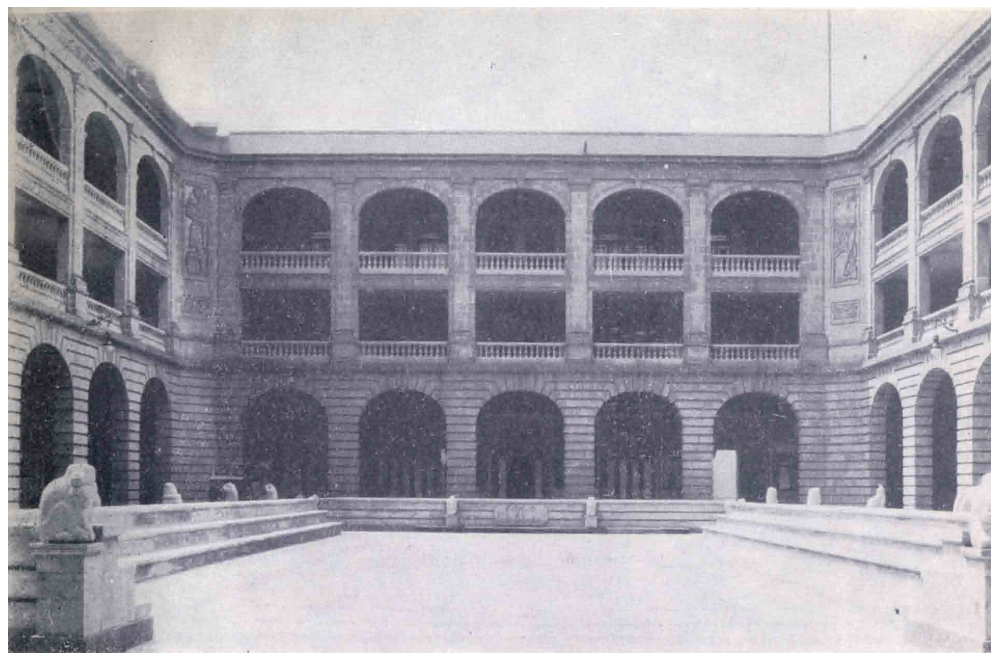
José Vasconcelos sentado entre Pedro Henríquez Ureña y Diego Rivera en una ceremonia en Chapultepec, *ca.* 1921. FN-INAH.



Litografía de Hesiquio Iriarte de 1872 que muestra el interior de la antigua Escuela Nacional de Jurisprudencia, que alberga desde 1922 a la SEP.



Exterior del edificio de la Secretaría de Educación Pública ubicado en las calles de San Ildefonso y República de Argentina, *ca.* 1922. Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



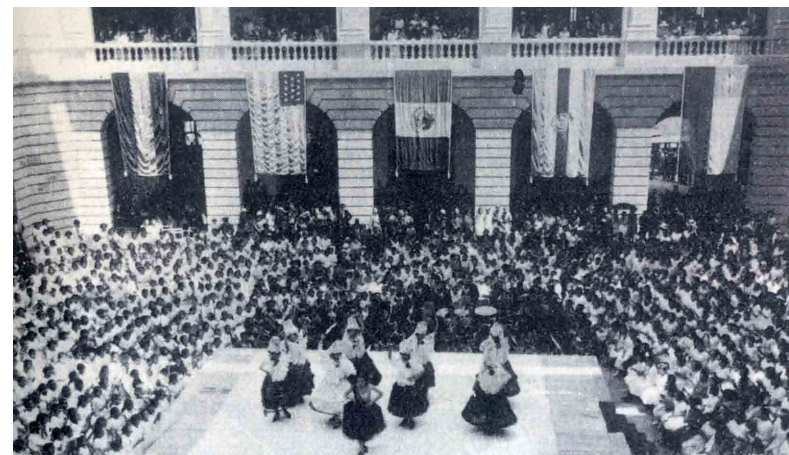
Patio segundo del edificio de la SEP.  
Archivo Histórico Concentrado de la SEP, *ca.* 1922.



Obras de reconstrucción del edificio realizadas en 1921, detalle.  
Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



Concurrencia que asistió a la inauguración del edificio de la Secretaría de Educación Pública el 9 de mayo de 1922.  
Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



Festival en honor a la República de Brasil, patio de la SEP.  
Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



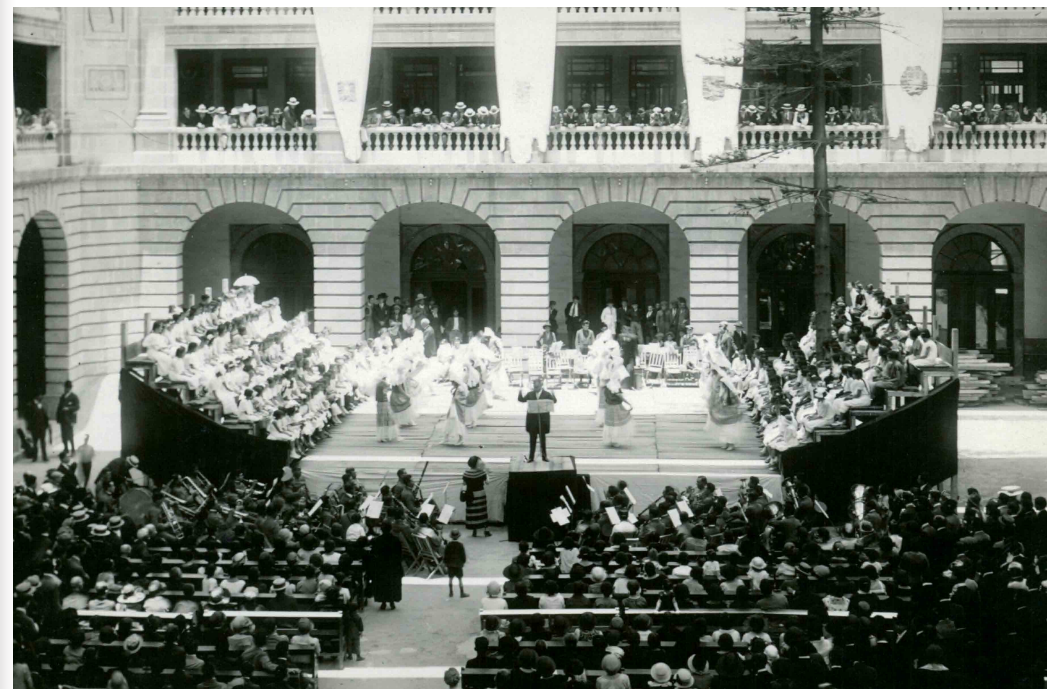
José Vasconcelos lee un discurso en el patio de la Secretaría de Educación Pública durante la celebración del Día del Maestro. Sentado en el sillón inmediato a su derecha, lo escucha Roberto Medellín, Jefe del Departamento Escolar, 1922. FN-INAH.



Roberto Medellín pronuncia un discurso durante la celebración del Día del Maestro. Atrás, sentado, se encuentra José Vasconcelos. Entre la concurrencia está también José Clemente Orozco, 1922. Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



Presentación de bailes mexicanos durante los festejos del Día del Maestro en el edificio de la Secretaría de Educación Pública, 1922.  
Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



Representación de grupos de baile acompañados de orquesta en vivo durante los festejos del Día del Maestro en el edificio de la Secretaría de Educación Pública, 1922.  
Archivo Histórico Concentrado de la SEP.



El 22 de diciembre, el primer mandatario, general Álvaro Obregón, presidió la ceremonia de entrega de reconocimientos a las alumnas de la Escuela Miguel Lerdo de Tejada. Lo acompaña el licenciado José Vasconcelos, Secretario de Educación, 1922. FN-INAH.



El licenciado José Vasconcelos durante un festival de una escuela primaria, *ca.* 1922. FN-INAH.





José Vasconcelos con Álvaro Obregón y funcionarios de la SEP en una ceremonia, 1923.  
FN-INAH.



Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón, José Vasconcelos y Fanny Anitúa en una ceremonia en Chapultepec, ca. 1922. FN-INAH.



José Vasconcelos en una sesión para grabar su voz,  
*ca.* 1922. FN-INAH.



José Vasconcelos al centro, acompañado de Roberto Montenegro,  
Carlos Pellicer, Bernardo Gastélum  
y Roberto Medellín, entre otros, en la estación Buenavista,  
*ca.* 1923. FN-INAH.



José Vasconcelos. Retrato de estudio, ca. 1922. FN-INAH.



## EL DESASTRE<sup>33</sup>

### PRÓLOGO

*... La presente narración abarca un período de madurez en que apagada, amortiguada la flama erótica, el anhelo se concentra en la obra social. Breves años en que fue mi pasión la multitud, sus dolores y sus potencialidades. Igual que otros amores, también me fue infiel, me traicionó con rufianes, hasta que la patria misma, impotente y deshonrada, me vio salir de su territorio entre las maldiciones de los ignorantes y las risas de los malvados. Al principio me propuse incluir en un solo volumen toda mi acción política desde el Ministerio de Educación hasta la campaña presidencial del 29. Y prometí llamar a ese volumen El Proconsulado porque tal es la índole del régimen iniciado en ese mismo periodo; pero habiéndose alargado la exposición con el relato de viajes y sucesos diversos, aparte el contenido de estas seiscientas y tantas páginas, bajo el rubro de El desastre, porque pintan el comienzo del desastre patrio [...] Coincide, a la vez, la época que aquí recuerdo con el Gobierno de Álvaro Obregón, hasta su muerte...*

San Antonio, diciembre de 1937

<sup>33</sup> Tercera parte de la autobiografía vasconcelista.

Caminábamos en el vagón privado más viejo y más modesto de los Ferrocarriles Nacionales. Los coches de lujo se los reservaban, para su uso particular, los generales victoriosos en la reciente asonada. Unas cuantas literas todavía deshechas ocupaban el centro; al fondo, en la cocina, nos preparaban el almuerzo, y en el reducido mirador y despacho conversábamos despreocupadamente. Visiones de la noche anterior se proyectaban sobre el trayecto cambiante en que aparecían, sembrados de trigo y maizales, cúpulas y torres repartidas en el llano, silos de haciendas y esparcidas arboledas, cerrado el horizonte con la muralla irregular y distante de montañas azules. Fertilidad del Bajío, no muy abundante, pero risueña, bajo el sol matinal que dulcemente enciende el paisaje. Parte del más brillante grupo universitario me acompañaba en misión de agente viajero de la cultura.<sup>34</sup> De oradores, Antonio Caso y Gómez Robelo,<sup>35</sup> de embajador de la pintura, Montenegro,<sup>36</sup> y Carlos Pellicer<sup>37</sup> y Jaime Torres Bodet,<sup>38</sup> para

<sup>34</sup> Las giras culturales que emprendió Vasconcelos, siempre acompañado de artistas e intelectuales, se iniciaron hacia principios de 1921, siendo Jalisco y Colima las entidades visitadas. Entre el 1 y el 7 de abril del mismo año estuvo en Querétaro, Aguascalientes, Zacatecas y Guanajuato. En diciembre arribó a la península de Yucatán. En abril de 1923, recorrió a caballo la sierra de Puebla.

<sup>35</sup> Ricardo Gómez Robelo (1884-1924). Poeta e intelectual, miembro desde los inicios del Ateneo de la Juventud. Su pasión por la literatura rusa le valió el apodo de *Rodión*. Con Vasconcelos trabajó en el Departamento de Bellas Artes y fue inspector de bibliotecas.

<sup>36</sup> Roberto Montenegro Nervo (1887-1968). Pintor y escenógrafo jalisciense que perfeccionó sus habilidades plásticas en Europa. Debido a la iniciativa vasconcelista de llevar el arte pictórico a las paredes de los edificios ministeriales, todavía se conserva una parte fundamental de su propuesta estética.

<sup>37</sup> Carlos Pellicer Cámara (1897-1977). Poeta tabasqueño. Colaboró cercanamente con el fundador de la SEP, con quien trabó íntima amistad. Lo acompañó, como uno de sus más fervientes seguidores, durante la malograda campaña de Vasconcelos a la presidencia en 1929.

<sup>38</sup> Jaime Torres Bodet (1902-1974). Poeta y diplomático nacido en la Ciudad de México. Miembro prominente de la generación autodenominada como los "Contemporáneos". Con Vasconcelos ocupó la Dirección de Bibliotecas. Tuvo una febril trayectoria en el campo educativo y desempeñó la cartera de este Ministerio en dos ocasiones, de 1943 a 1946 y de 1958 a 1964.



colmar el afán de poesía que late bajo la capa de sus incompreensiones y sus desengaños en todo público mexicano.

En la Escuela Normal de Querétaro, los maestros nos habían dedicado una fiesta. Corredores en arcadas, patios que se convierten en sala de baile nocturno interrumpido con piezas de concierto y de oratoria; siluetas de mujeres pálidas, ojos de bondad y cinturas de tentación. Y rostros de educadores modestos que se inflaman de entusiasmo al conocer nuestros planes y nos miran casi incrédulos, dispuestos, sin embargo, a la aventura de regenerar a un pueblo por la escuela.

Seudoconstitucionalistas ignaros y malévolos, en servil imitación de todo lo norteamericano, habían echado en manos de municipios, previamente despojados de sus rentas y de su autonomía, toda la carga de la educación primaria. Y nosotros tratábamos de resucitar la Secretaría de Estado que el porfirismo, bajo la acción ilustrada de Baranda<sup>39</sup> y de Justo Sierra, había dedicado en teoría a la educación popular. Restituiríamos, al mismo tiempo, la tradición latina que busca en todo unidad y regula, centraliza la enseñanza. Tradición ocultamente perseguida por los que dirigen a conciencia, pero desde la sombra, el galimatías de nuestras diversas y sucesivas constituciones. Ya por la prensa habíamos informado a la nación de nuestro propósito, y a falta de opinión pública, uno que otro político había apuntado que aquello lastimaba la soberanía de los estados. Pero si no existe opinión en pueblos habituados a la tiranía, sí es fácil aprovechar el instinto de rebaño con que se sigue y aprueba toda iniciativa gubernamental. Y en aquel instante, por ironía de las circunstancias, era yo el Gobierno en materia educativa. Y para hacer más notorio el cambio, y también más fecundo, decidí sobrepasar los estrechos límites del antiguo Ministerio de Justo Sierra, que sólo tenía jurisdicción en el Distrito Federal y dos territorios desiertos,

<sup>39</sup> Joaquín Baranda y Quijano (1840-1909). Educador yucateco. Fue nombrado ministro de Justicia e Instrucción Pública en 1882, trascendiendo por más de 19 años en el encargo. Entre su fecunda labor destaca la formación de la Escuela Normal Nacional de Maestros.

convirtiendo de una vez la institución proyectada en un amplio Ministerio cuyas funciones cubrirían todo el territorio patrio. Y en seguida desbordarían, como llegaron a desbordar en cierta medida, por todos los países de habla española.

Los militares nunca han respetado el federalismo cuando se trata de establecer guarniciones que tiranizan ciudades y aldeas, quitan y ponen gobernadores y deciden de las elecciones. Pero apenas se trató de que la Federación invadiese al país con maestros, se alzó en contra la patraña de una soberanía local, ya de por sí menoscabada y burlada. Era, pues, menester desautorizar a los opositores rompiendo el obstáculo legal y, a la vez, poner al Congreso General en condiciones de aprobarnos el presupuesto de gastos del nuevo instituto público. Se imponía la reforma del texto constitucional vigente, y para lograrla hacía falta el voto de una mayoría de las veintiocho legislaturas locales. Por los caminos ordinarios, una iniciativa de esta índole tarda a veces años para quedar consumada. Y nosotros, de hecho, estábamos ya trabajando con poderes y recursos de Secretaría de Estado. Contábamos, desde luego, con la ferviente colaboración del Presidente interino, don Adolfo de la Huerta, y con la promesa de apoyo del Presidente electo, Obregón. Y ya sólo urgía legalizar nuestra acción, dar prisa a la creación de su legalidad. Para ganar, y en breve plazo, la acción de las diversas legislaturas regionales, no había otro recurso que combinarlos todos: la gestión personal, el resorte político y, por encima de todo, la presión popular. Para crear esa presión movilicé a la intelectualidad, agrupada ya en torno de nuestra modesta Universidad Nacional,<sup>40</sup> y comencé a remover a los hombres de pensamiento, a los maestros y periodistas de los estados. Era indispensable crear un estado de ánimo tal, que quien osase oponerse a la reforma o demorarla quedase señalado como enemigo público o como objeto de irrisión y de escarnio. Tal el propósito de nuestro viaje por el corazón del país en aquella mañana prometedor y oreada de brisa campestre.

<sup>40</sup> La fundada por Sierra en 1910.



En primer lugar, visitábamos aquellos sitios en que ya nuestras gestiones escritas habían vencido casi toda resistencia. Pero a fin de dar notoriedad a nuestro triunfo y, en consecuencia, poder de contagio, en cada ciudad abríamos plaza por medio de conciertos, conferencias y mítines. Amigos espontáneos y vecinos entusiastas preparaban los festejos y congregaban al público. Si mal no recuerdo, fue Aguascalientes la primera capital de estado en que la declaración de reforma constitucional coincidió con nuestra presencia. Y esto dio lugar a festejos sociales lucidos. El gobernador del pequeño estado era persona culta, desinteresada, generosa. En no pocos casos los gobernadores nos veían con hostilidad, ya porque se sintiesen invadidos en sus funciones, ya porque pretendían aprovechar la reforma para cobrar más dinero del Tesoro Federal. Adelantaban la condición de que se les entregase en forma de subsidio la colaboración federal, para ser ellos quienes creasen las nuevas escuelas. Nunca aceptamos transacción semejante, que habría roto la unidad de nuestro plan y hubiera puesto los fondos escolares en manos no siempre escrupulosas, a menudo irresponsables. Además, ofendía mi orgullo de intelectual la pretensión del político, el cacique local, el simple jefe de banda, hecho gobernador, de convertirse también en educador. Si el trato se hubiese concertado con los directores locales de Educación, la situación hubiera sido totalmente distinta. Pero los pobres directores, mal pagados, son casi siempre los siervos inconfesos de tiranuelos de ocasión que pesan sobre cada provincia. Casi siempre un palurdo de antecedentes sombríos.

Los artistas que congregábamos hacían ver las ventajas que cada localidad obtendría mediante la cooperación de maestros federales de modelado, pintura y artesanías de todo género. Los oradores removían la fibra patriótica y la esperanza de tiempos ilustres. Y en las discusiones de comité tocábame fulminar con amenazas de vindicta pública a los intrigantillos y pedantes que por excepción hallamos en una que otra Legislatura. “Al que se oponga lo señalaré como enemigo de la cultura y no volverá a

ser electo”, apostrofaba yo, y no del todo en falso, pues recién caída la dictadura carrancista y estando en momentos de quedar bien los del nuevo Gobierno, existió cierta sinceridad de sufragio. No se vivía, como hoy,<sup>41</sup> el bochorno de que sea otra vez el Presidente de la República quien haga la lista de los diputados al Congreso. Procedíamos, según se ve, democráticamente; es decir: persuadiendo al gran público y denunciando ante él a nuestros enemigos, nunca comunicando órdenes de ninguna Superioridad. Y el haber nacido así de la libertad es una de las causas de la fecunda labor que en sus primeros años realizó el Ministerio de Educación.

Y no todo era fiestas. En el teatro de Aguascalientes hubo solemne velada en que Caso habló de filosofía, y otros más, de patriotismo; pero al día siguiente el artista Fernández Ledesma<sup>42</sup> dio los primeros pasos para la creación de una escuela de cerámica que debía recoger y organizar la tradición de los operarios locales, derivada de la Colonia.

En Zacatecas nos agasajó espléndidamente el grupo liberal después de garantizarnos el éxito de nuestra iniciativa. En Guanajuato, el Instituto del Estado nos abrió sus puertas; Caso disertó en sus aulas y partimos dejando amigos comprometidos a apoyarnos.

En Guadalajara los maestros se hicieron nuestros aliados fieles. La promesa que les hicimos de una Escuela Industrial para Señoritas quedó cumplida a los dos o tres años. Las maestras jaliscienses cuentan entre lo mejor del país. La distinción de raza que por allí prevalece libra a las normalistas de cierta cursilería pedante que en otros sitios les resta autoridad. Cierta gracia natural, que en muchos casos se resuelve en ejemplares de belleza

<sup>41</sup> Vasconcelos escribe este fragmento de su autobiografía en 1937.

<sup>42</sup> Gabriel Fernández Ledesma (1900-1983). Pintor y grabador nacido en Aguascalientes. Incursionó en el muralismo con aportaciones en el edificio de San Pedro y San Pablo, aunque es mayormente reconocido por su obra de caballete. En 1921 se encargó, junto con Montenegro, de la decoración del pabellón mexicano en la exposición internacional de Río de Janeiro.



extraordinaria y una inteligencia despejada, señala, en general, a aquella gente como una aristocracia dentro de nuestro territorio. Y de Guadalajara la emprendimos rumbo a Colima. En los estados pequeños nos resultó fácil ganarnos de inmediato a la Legislatura y al gobernador; las resistencias del provincialismo eran allí más débiles, y la necesidad de auxilios educativos, más urgente. Torpemente, cierta propaganda tiende a hacer creer que no hay nada en materia educativa antes de cada Gobierno que se hace propaganda. La verdad es que por debajo de la serie de administraciones salvajes que habitualmente padecemos, en cada estado ha habido siempre un grupo abnegado y amante del saber que constantemente realiza verdaderos prodigios, dados los recursos miserables que siempre ha tenido a su disposición. El gran florecimiento pasajero que logramos crear no hubiera sido posible de otra manera, pues lo que menos se improvisa es la cultura. En todas partes hallamos personal inteligente y bien dispuesto, heroico casi en medio de la indiferencia y el escepticismo de un pueblo burlado siempre, porque nunca ha sabido imponerse y exigir responsabilidades a sus gobernantes.

... De invitados pasamos una mañana en una de las huertas o quintas que producen la tuba,<sup>43</sup> soñando despiertos con la ilusión de establecernos alguna vez para siempre en los alrededores de Colima, en sana paz y disfrute. Montenegro y Ledesma hicieron algo más que sueños estériles. Pintaron acuarelas de vendedor de tuba y otros tipos entre casas y panoramas colimenses. Y puede decirse que estos ingenuos trabajos fueron el comienzo de la pintura de tema popular que más tarde hizo escuela. Así como también todo el renacimiento de la cerámica nacional parte del viaje que a Oaxaca habían hecho semanas antes Enciso<sup>44</sup> y Montenegro. Unos platos decorados que por allá crearon Enciso y Montene-

<sup>43</sup> Bebida colimense elaborada a base de coco y frutas.

<sup>44</sup> Jorge Enciso Alatorre (1879-1969). Pintor nacido en Guadalajara, Jalisco. Colaboró con Vasconcelos como inspector general de Bellas Artes. Fue uno de los principales organizadores de la exposición de arte popular de 1921 en el marco de las celebraciones de la consumación de la Independencia.

gro fueron las primicias de lo que es hoy una industria artística. Lo que menciono para que conste que no se improvisan ni salen espontáneamente del pueblo las industrias y las artes, sino que constantemente hace falta la intervención del artista culto para iniciar o para resucitar la producción artística. De ahí se deduce también la necesidad de que las funciones del Estado recaigan en personas inteligentes y bien preparadas, pues no puede hacer nada el artista abandonado a sus propios recursos y es el Gobierno quien únicamente puede, en los tiempos que corren, hacerse Mecenas y director, sistematizador de las actividades superiores, así como de las menores.

La Dirección local de Instrucción Pública nos obsequió con una fiesta matinal en el teatro del lugar. Asistió a ella el gobernador para demostrar su compromiso de sostén de nuestra iniciativa educacional. Y se sucedieron las acostumbradas recitaciones, los cantos acompañados al piano y las piezas de concierto. El tipo de la costeña del rumbo es lindo, esbelto, gracioso, bastante blanco y de ojos y pelo negros; aunque el símil sea sobado, hay que decir que recuerdan la ondulación de las palmeras. En los hombres predomina el tipo macho de largos bigotes y apostura charruna. En el ambiente había alegría. Se adivinaban los efectos que un poco de dinero dedicado a educación produciría en aquella raza tan bien dotada. Una gran finura de alma se revelaba en el modo de cantar, en la manera de sonreír. La emoción patriótica despertaba, entregada en esta ocasión a la esperanza más dulce. Y, de pronto, los niños que ocupaban media sala, en las lunetas, se contagiaron y se pusieron a conversar en alta voz, unos con otros. Y llenó el espacio una suerte de oleaje musical de voces frescas. En vano los oradores, los cantantes, pretendían hacerse oír; las maestras, impotentes ante aquella subversión inconsciente, hacían señas, se mostraban abochornadas. Se anunció que hablaría el futuro ministro, y los niños, por completo indiferentes a jerarquías, continuaron su algazara inocente. Una maestra pretendió distraerlos contándoles un cuento; pero no estaban los chicos para cuentos.



Por fin, no hubo más remedio que levantar el campo. Y salimos riéndonos de la ocurrencia, tomándola casi como un presagio de los buenos tiempos que venían para la escuela mexicana, en la que el niño iba a ser, ya no una carga, sino un tesoro.

Al día siguiente partimos para Manzanillo, a los baños de mar. Hasta la playa llegaban vendedores populares que ofrecen tuba, frutas y dulces. De allí sacó Montenegro el motivo de la vendedora de pericos que decora el vitral de la ex iglesia de San Pedro y San Pablo, titulada de las Discusiones Libres, en recuerdo de mis épocas de afición indostánica.

## LA LEY DE EDUCACIÓN

Aparte de la reforma constitucional, urgía presentar al Congreso la Ley que serviría de norma al nuevo Ministerio. Para formularla era menester el visto bueno del Consejo Universitario. Nunca he tenido fe en la acción de asambleas y cuerpos colegiados, y más bien me impacienta tratar con ellos. Sirven, a lo sumo, para dar alguna sugestión; pero, en esencia, para ratificar, legalizar la obra de un cerebro que a la hora de crear necesita sentirse solo, saberse responsable en lo individual. Por respeto al trámite, convoqué al Consejo y lo puse a discutir. Algunos consejeros exhibieron proyectos sabios. Don Ezequiel Chávez<sup>45</sup> escribió un libro impecable.<sup>46</sup> Pero yo ya tenía mi ley en la imaginación. La tenía en la cabeza desde mi destierro de Los Ángeles antes de que soñara volver a ser Ministro de Educación, y mientras leía lo que en

<sup>45</sup> Ezequiel Adeodato Chávez Lavista (1868-1946). Abogado y educador aguascalentense. Colaborador de primera línea de Justo Sierra Méndez, con quien constituyó el ministerio de Instrucción porfirista (1905). En 1923 ocupó la dirección de la Escuela de Altos Estudios, para después sustituir a Antonio Caso en la rectoría de la Universidad Nacional.

<sup>46</sup> Debe tratarse de "Iniciativa de ley de creación de la SEP Federal y de la federalización de la enseñanza", *Boletín de la Universidad*, 1, 1 de agosto de 1920, pp. 109-113.

Rusia estaba haciendo Lunacharsky. A él debe mi plan más que a ningún otro extraño. Pero creo que lo mío resultó más simple y más orgánico; simple en la estructura, vasto y complicadísimo en la realización, que no dejó tema sin abarcar. Lo redacté en unas horas y lo corregí varias veces; pero el esquema completo se me apareció en un solo instante, como en relámpago que descubre ya hecha toda una arquitectura.

En resumen: mi plan estableció un Ministerio con atribuciones en todo el país y dividido para su funcionamiento en tres grandes departamentos que abarcaran todos los institutos de cultura; a saber: escuelas, bibliotecas y Bellas Artes. Bajo el rubro de Escuelas se comprende toda la enseñanza científica y técnica en sus distintas ramas, tanto teóricas como prácticas. La creación de un Departamento especial de Bibliotecas era una necesidad permanente, porque el país vive sin servicios de lectura y sólo el Estado puede crearlos y mantenerlos como un complemento de la escuela: la escuela del adulto y también del joven que no puede inscribirse en la secundaria y la profesional. El Departamento de Bellas Artes tomó a su cargo, partiendo de la enseñanza del canto, el dibujo y la gimnasia en las escuelas, todos los institutos de cultura artística superior, tal como la antigua Academia de Bellas Artes, el Museo Nacional y los conservatorios de Música. También desde la escuela primaria operan juntos los tres departamentos, encargados cada uno de su función: las ciencias enseñadas por la escuela propiamente dicha; la gimnasia, el canto y el dibujo a cargo de especialistas y no del mismo maestro normal, y la Biblioteca al servicio de todos, en sus diversos departamentos: infantil, técnico, literario, etc. Tan coherente, tan sencillo y vasto resultaba el plan contenido en las cortas páginas de una ley que en seguida fue al Congreso, que me han contado que D'Annunzio<sup>47</sup> dijo de él, cuando un amigo se lo presentó en

<sup>47</sup> Gabriele D'Annunzio (1863-1938). Novelista y dramaturgo italiano. Su nombre real fue Gaetano Rapagnetta. Precursor del fascismo italiano y pieza fundamental en el posicionamiento político de Benito Mussolini.



Italia, que era una *bella ópera de acción social*. Y siempre me ha preocupado la opinión de los poetas.

Como departamentos auxiliares y provisionales establecí también el de Enseñanza Indígena, a cargo de maestros que imitarían la acción de los misioneros católicos de la Colonia, entre los indios que todavía no conocen el idioma castellano, y un Departamento de Desalfabetización, que debía actuar en los lugares de población densa, de habla castellana. Intencionadamente insistí en que el Departamento Indígena no tenía otro propósito que preparar al indio para el ingreso a las escuelas comunes, dándole antes nociones de idioma español, pues me proponía contrariar la práctica norteamericana y protestante que aborda el problema de la enseñanza indígena como algo especial y separado del resto de la población. A un grupo de antropólogos yanquis que me visitó por esos días y me ofreció los servicios de no sé qué Instituto que acababa de terminar investigaciones entre los indios de Bolivia, le dije: “Aquí ya tenemos investigado todo eso, y resuelto, desde hace cuatro siglos”. Y, en efecto, los educadores españoles en el XVI, después de ensayar la creación de institutos para indios, resolvieron que era mejor educar juntos a indios y españoles. Y eso evitó que entre nosotros aparecieran problemas terribles como el del negro en los Estados Unidos. Por otra parte, les dije: “Si hacemos reservación, como en los Estados Unidos, ¿quién va a distinguir al que es indio del que no lo es? Todos nosotros tendríamos que meternos a la reservación. Por fortuna, aquí dejamos de ser indios desde que nos bautizan. El bautismo dio a nuestros ancestros categoría de gentes de razón, y basta”. Sin la venia, pues, de la Smithsonian, organizamos nosotros nuestra campaña de educación indígena a la española, con incorporación del indio, todavía aislado, a su familia mayor, que es la de los mexicanos. Apenas salí del Ministerio se inauguró el consabido Instituto de Educación Indígena, que es remedo de Estados Unidos en materia de política indígena, y triunfó la antropología de la Smithsonian; así se impuso lo yanquizado en todo lo demás. Y se lo merecen, puesto



que nadie supo defender mi obra; antes al contrario, se sumaron todos, unos inconscientemente, otros a sabiendas, al coro de los que la negaban. Por la época que refiero, y mientras ocupé puesto oficial, todo era acatamiento y alabanza, con excepción de uno que otro artículo de diario grande que acostumbraba pegarle al funcionario que no se ocupa de ellos ni para subvencionarlos ni para encarcelarlos. Pero, en general, aun la prensa grande amordazó su rencor y su envidia porque era arrollador el sentimiento de aprobación a todo lo que empezábamos a realizar.

El problema de la posición de las escuelas federales nuevas frente a las que sostienen los estados y los municipios lo resolvió mi estatuto, evitando la competencia y asegurando la colaboración mediante convenios periódicos. A los estados les dejamos, por lo común, la atención de las escuelas urbanas. En el municipio que ya tenía escuela no abríamos otra, sino que fomentábamos la existente. Y, en general, tomó para sí la Federación la carga más pesada de la educación rural. A los particulares se les dejó en libertad de sostener escuelas, que en muchos casos fomentamos. Y para el reconocimiento de los grados sólo exigíamos que la escuela privada adoptase un mínimo del programa oficial.

Y lo que el Ministerio gastaba, lo administraba también por sí mismo. En el mismo presupuesto del Ministerio procuré eliminar el uso de partidas globales, que se prestan al abuso, y especificué en cada caso no sólo el número de escuelas, sino el costo, calidad y ubicación de cada una.

Y por lo que hace a las escuelas del Distrito Federal, que el carrancismo había entregado al Ayuntamiento de la capital, fue menester una lucha enconada para rescatarlas. Se hallaban en ruinas y cedió, al fin, el cuerpo de concejales, por presión pública y para librarse del compromiso, y después de firmar un convenio, nunca cumplido, de que anualmente pasarían al Ministerio dos o tres millones de pesos de tributo escolar.

A los tres meses, más o menos, de nuestra gira estuvo reunido el quórum de legislaturas necesario para la aprobación de la reforma



constitucional, pero no antes de que el Presidente De la Huerta terminase su interinato. Sin embargo, De la Huerta dejó a nuestra Universidad con un presupuesto de cerca de dieciocho millones y con facultades y acción como de Ministerio.

El día de la toma de posesión presidencial del general Obregón me hallaba en Palacio entre los grupos, cuando me llamaron para que desde el balcón dirigiese la palabra a la multitud. Y prometí que la obra de educación seguiría adelante. Al concluirse las ceremonias de protesta de los ministros, Obregón me llamó aparte y expresó:

—Me ha dolido que usted, el que más trabaja y menos gana de todo el Gobierno, no haya podido protestar como Secretario de Estado.

Le agradecí su sentimiento y repuse:

—La existencia del Ministerio será ahora cuestión de dos o tres meses, si usted nos apoya en la Universidad.

Obregón prestó ese apoyo sin reservas. Espontáneamente me autorizó para pedir a las Cámaras un presupuesto alto para el primer año de labores, asignación que, si mal no recuerdo, fue de veinticinco millones de pesos; una suma ridícula para una tarea seria, pero doble de la que había destinado a educación el Gobierno de Madero, triple de la que se pusiera a disposición de Justo Sierra en la época porfiriana. También circunstancia favorable fue que en el Ministerio de Hacienda entrase con el nuevo Gobierno el ex presidente interino De la Huerta, administrador honrado a carta cabal y amigo de la Secretaría en formación.

Yo no podía cobrar sueldo de ministro antes que el Ministerio existiese por ley; pero las eternas y desastrosas facultades extraordinarias que nuestros presidentes se hacen dar, en el mayor número de veces por incapacidad para prever las necesidades de la administración, sirvieron de mucho en nuestro caso, pues sin esperar formalidades de ley comencé a disponer de los veinticinco millones que nuestra iniciativa solicitaba. Nombré el personal indispensable para los distintos departamentos, que empezaron

a funcionar como dependencias de la Universidad, y abordé el problema de la casa para el Ministerio, vivo ya, aunque todavía se hallase sin legal bautismo.

Y empezaron las ofertas de los ricos de la ciudad. Al que me enseñó la casa más grande le dije:

—No me alcanza ni para una sola de las veinte direcciones que van a crearse. Además —comenté—, no soy yo carrancista.

Acostumbraron éstos inventar toda clase de dependencias por decreto, que luego se establecían mal que bien en casa alquilada o comprada. Esto de las compras solió ser pingüe negocio de agentes y funcionarios. Algunos aconsejaban rescatar el antiguo edificio del Ministerio de don Justo Sierra, una noble construcción colonial de la calle del Reloj;<sup>48</sup> pero aparte de que allí había instalado el carrancismo otra dependencia oficial, para mis planes no hubiera bastado con el pobre entresuelo que ocuparon Baranda y Sierra. El edificio entero resultaba minúsculo para la vasta labor que ya se hallaba en marcha. En resumen: sin comunicarlo a nadie, para no suscitar recelos de unos y alarma de un oficialismo que escatima lo que se gasta en atenciones educativas y no advierte los derroches del Departamento de Guerra, me puse a estudiar planos para levantar un gran edificio propio sobre las ruinas de un viejo proyecto de Escuela Normal. Detrás de los escombros de la antigua Normal de Señoritas estaba el hermoso patio de arcadas del antiguo convento de Santa Teresa, mismo que en mi tiempo de estudiante había albergado a la Escuela de Leyes. Aprovechar este patio, anteponiendo un antepatio y un palacio nuevo, tal fue la decisión adoptada. Y a fin de ponerla en obra, convoqué a ingenieros. Lo primero que me llevaron fue el proyecto viejo de Escuela Normal. Lo deseché por feo. En el sitio del actual antepatio colocaba un pabellón o sala de actos estilo porfirista; es decir: con mansarda francesa del siglo XVIII.

<sup>48</sup> Actualmente es la calle República de Argentina, en el Centro Histórico de la capital mexicana.



El patio del fondo era uno de los más bellos ejemplares del Renacimiento español de la Colonia. Seguir ese mismo estilo en toda la obra era lo indicado. Y antes de que se terminaran los planos, se comenzó a descombrar y a cavar. La obra se la di al que primero se puso a trabajar en ella: el ingeniero Méndez Rivas.<sup>49</sup> Me lo había presentado su hermano Joaquín, el poeta; pero no influyó la amistad en su designación para la obra; sólo el descubrimiento de sus talentos. Le vi desde el principio la decisión para comenzar y la constancia para concluir. Su educación militar, adquirida en el antiguo Colegio de Chapultepec, le había acostumbrado a la puntualidad, la precisión y el método para la tarea. Antes de que se concluyeran los planos ya habíamos terminado de levantar las montañas de escombros que llevaban cerca de ocho años apiladas. El camino ordinario para construir un edificio gubernamental era encomendarlo a la Secretaría de Obras Públicas. Allí tomaban un año o dos discutiendo fachadas y costos. En seguida la obra se daba a favoritos y la construcción se quedaba sin terminar, o se caía a los pocos años de concluida. Ejemplo: las pobres escuelas tan feas que hizo el porfirismo. Decidí, por lo tanto, hacer por nuestra cuenta y riesgo todas las construcciones. Y para no suscitar recelos, dimos la apariencia de reparaciones y adaptaciones. Un auxiliar importante tuvimos, y fue De la Huerta. Obtener la aprobación de un gasto regular era obra fácil; bastaba con obtener una firma del Presidente, y con gran liberalidad Obregón me firmaba todo lo que le ponía delante. Pero hacer efectiva la orden de pago, aun estando dentro del presupuesto aprobado, era ya otra cuestión, que requería gestiones especiales. Informé a De la Huerta de lo que estaba haciendo; le hice ver la urgencia de que no me faltasen, para la raya semanal de los operarios, treinta o cuarenta mil pesos, y lo llevé a ver el campo de desolación que era, en el cen-

<sup>49</sup> Federico Luis Gonzaga Méndez Rivas Echenique (1886-?). Ingeniero y arquitecto nacido en la Ciudad de México. Además de su trabajo al frente de la construcción del edificio de la SEP, también concibió las especificaciones técnicas y de construcción del Estadio Nacional que se ubicaba en la actual colonia Roma.



tro de la ciudad, un derrumbe largo tiempo suspendido. Expliqué a De la Huerta que el total de la obra requeriría setecientos mil pesos; acaso más. Me objetó al principio que no estábamos para construcciones; opinaba que era mejor alquilar un edificio o comprarlo ya hecho.

—Al contrario —le dije—; hacer obra material es deber de cada época, y será la gloria del nuevo Gobierno.

Por fin, cuando vio lo que proyectábamos confesó:

—¿Qué vale todo lo que aquí se gaste, Pepe, si en la Secretaría de Guerra una movilización de tropas nos cuesta, a menudo, cuatrocientos mil pesos...?

—Que nada le dejan al país —comenté.

Pero no nos bastaba con un palacio para el Ministerio; hacían falta muchos palacios, muchas casas; por primera vez en la historia de México iba a existir un Departamento de Educación. Y volví los ojos a la Colonia. Bajo la Colonia sí se habían consumado edificaciones en grande; allí estaba la Escuela Preparatoria para demostrarlo, y la de Minería, y la de Medicina, etc., etc. Durante la Reforma, los mejores conventos quedaron convertidos en cuarteles. Naves tan hermosas como la de San Pedro y San Pablo servían a la tropa para sus retretes. Y ni siquiera se habían instalado con higiene. Como Ministro de la Guerra fungía el general Enrique Estrada.<sup>50</sup> Era general improvisado, general de la revolución, pero no un hombre inculto; al contrario, había consumado estudios casi completos para la carrera de ingeniero civil. Era imposible que no simpatizara con nuestros planes. Lo entrevisté, y antes de veinticuatro horas tenía las órdenes necesarias para ocupar todo el edificio de San Pedro y San Pablo y otro enorme cuartel por Peralvillo. En San Pedro y San Pablo instalamos en la iglesia rescatada una sala de conferencias o de discusiones libres; en los viejos patios, que estaban a medio derruir y obstruidos por los escombros, levantamos el actual anexo de la

<sup>50</sup> Enrique Estrada Reynoso (1890-1942). Militar zacatecano. Fungió como secretario de Guerra y Marina durante el periodo de Obregón. Se opuso a la candidatura de Calles y se rebeló en diciembre de 1923, apoyando al delahuertismo.

Preparatoria. Fue necesario sacar toneladas de tierra para poner a luz las hermosas columnas de piedra del primer patio; en el segundo patio había una sola línea de arcadas de estilo italiano, impecable. Inmediatamente construimos las otras tres, según el mismo estilo; quedó así cerrado el patio, que es hoy uno de los más hermosos de la capital. En el centro levantamos un monumento a Las Casas. De haber sabido yo entonces un poco más de historia patria, dedico el monumento a Pedro de Gante o a Vasco de Quiroga, los educadores eximios. En lo de Las Casas ha habido ya demasiada influencia antiespañola, o sea antimexicana. Al cuartel de Peralvillo metimos albañiles y artistas, y lentamente, reconstruyendo sala por sala, lo fuimos ocupando con las dependencias de una Escuela Industrial de Señoritas. La escasez hizo que la obra se demorara, y apenas si a los cuatro años, al salir yo del Ministerio, pude inaugurar lo que es hoy Escuela de Industrias Gabriela Mistral.

La adquisición de estos dos campos de escombros abrió una pista. Hurgamos en el departamento de Bienes Raíces de la Secretaría de Hacienda. Allí están registrados las casas, los terrenos procedentes de la amortización de la Iglesia, y las propiedades todas del Gobierno. Había sido costumbre deshacerse de todo lo que era propiedad inmueble. A las administraciones derivadas de la Reforma del 57 les estorbaban terrenos y casas, que en muchos casos eran vendidos en vez de utilizados, y a pesar de que a menudo al día siguiente de la venta era necesario alquilar propiedades particulares para los distintos servicios de la administración; todo por el prejuicio implícito en la doctrina de la Reforma de que no debían las personas morales poseer bienes ni existir. El Gobierno sólo tenía derecho a los ingresos de los impuestos. El Palacio de los Virreyes no se vendió en ciertas ocasiones porque no hubo quien lo comprara, pues, además de la tonta teoría económica, el estímulo de las ventas ha sido el negocio. Contando con que De la Huerta era incapaz de sancionar ningún negocio de tal índole, empecé a rescatar para Educación Pública lo que queda-

ba: las sobras de la Amortización. Y nos hicimos de terrenos sin construir que parecían inservibles, y ocupamos antiguos camposantos ya clausurados y que se habían echado en olvido. A esta legítima voracidad se debe, por ejemplo, la existencia del Estadio Nacional,<sup>51</sup> de cuyos terrenos me apropié justamente en vísperas de una venta concertada por cierto ministro que era ya el lunar de la Administración. Estos terrenos ocupan varias manzanas, al extremo de una colonización moderna de lujo. En ellos logramos construir el estadio y la escuela primaria Benito Juárez,<sup>52</sup> orgullo de la ciudad. Y allí mismo estaría hoy la Escuela de Medicina, con lujoso edificio moderno, si nuestros planes no los hubiese truncado y deshecho la iniquidad que vino después.

Pronto el departamento de ingenieros de la Universidad tuvo más trabajo que el Ministerio de Obras Públicas. Y como era de esperarse, surgió la reclamación. Se me acusó en los diarios de usurpación de funciones. El Consejo de Salubridad me reclamó asimismo, porque sin avisarle ni obtener su permiso había yo quitado las letrinas de la nave de San Pedro y San Pablo, y las había remplazado con suntuosa decoración de azulejo artístico elaborado en Aguascalientes. A Salubridad respondí que lamentaba su queja, y que al abrir el pliego que la contenía pensé que me enviaban una felicitación por haber suprimido un foco de contagio en el centro de la ciudad.

En el ábside de esta ex iglesia inició Montenegro el movimiento de pintura mural que después ha trascendido más allá de la nación y es hoy práctica norteamericana.

<sup>51</sup> Máxima obra constructiva de la gestión vasconcelista, se inauguró el 4 de mayo de 1924. Se demolió hacia los años cuarenta del siglo xx. Sobre sus cimientos se levantó la unidad habitacional “Benito Juárez”, que sufrió daños irreparables por el sismo de septiembre de 1985.

<sup>52</sup> Construido en el terreno contiguo al desaparecido Estadio Nacional, este proyecto, concebido por el ingeniero Carlos Obregón Santacilia (1896-1961), se mantiene funcionando hoy día, en la calle de Jalapa, en la tradicional colonia Roma.



La obra, sin embargo, adolece de pobreza del asunto. No hallábamos qué representar, y di al pintor como tema una tontería goethiana: “¡Acción supera al destino: vence!”.

### EL INCIDENTE DE VENEZUELA<sup>53</sup>

Con objeto de forzar la reforma educativa y preparar el terreno para la aprobación de los gastos elevados que demandaba nuestro programa, había aprovechado toda ocasión de hablar al público por declaraciones en los diarios y por discursos. De un extremo a otro del país llegaban adhesiones y enhorabuenas. Los más remotos poblados se desperezaban con la certeza de que pronto les llegaría un maestro, o por lo menos, el paquete de libros de las nuevas bibliotecas ambulantes. Cada fiesta pública era ocasión de renovadas excitativas para que el pueblo entero se interesase en la labor de la Universidad y colaborase en ella. Y llegó la fiesta de la Raza. En México no se quiso hacer de ella ceremonia oficial mientras fue fasto racial español; ahora celebran el día como *Columbus Day*, porque así lo dispuso la Panamericana de Washington. Cuando propuse a Obregón que secundara el decreto, ya existente, de Irigoyen<sup>54</sup> y declarase día feriado el 12 de octubre, vaciló y acabó por decirme:

—Después de eso se vendría el proyecto de levantar una estatua a Cortés, y no es que en lo personal me parezca eso absurdo; pero se nos echan encima.

¿Quién? No lo dijo, pero todo el mundo lo sabe: el antiespañolismo y quien lo fomenta en la sombra.

<sup>53</sup> Con motivo de la permanencia en el poder del dictador Juan Vicente Gómez (1857-1935) en Venezuela, Vasconcelos pronuncia el 12 de octubre de 1920 una violenta requisitoria contra su régimen.

<sup>54</sup> Hipólito Yrigoyen y Robledo (1852-1933). Ocupó la presidencia de su país, Argentina, durante dos periodos: 1916-1922 y 1928-1930.

En la ocasión fueron los estudiantes los organizadores de la conmemoración. Les cedí, al efecto, el anfiteatro de la Preparatoria y prometí presidirlos. El escudo que había adoptado la Universidad era ya un compromiso. Además, en la Universidad manteníamos albergada, en secreto casi, una bandera dominicana rescatada cuando la ocupación de la isla por las tropas de Norteamérica. Morillo, el patriota dominicano que la había traído a México, estaba ya incorporado a la Universidad, en el ramo de acción latinoamericana. Un hermano de Blanco Fombona,<sup>55</sup> el novelista, escapado también de Santo Domingo después de resistir la ocupación yanqui, estaba, asimismo, con nosotros dando la clase recién fundada de historia de la América española. Con ira habíamos inaugurado esa cátedra, haciendo notar que existía un curso de ese género en cada universidad yanqui. En cambio, nosotros nunca habíamos otorgado el honor de cátedra especial a la lucha común y la existencia paralela de veinte nacionalidades hermanas por la lengua, la religión, la raza y la cultura. Se hallaba, pues, lanzado el hispanoamericanismo y el 12 de octubre era nuestro día.

## EL HOMENAJE A ZAPATA

... Esa misma tarde regresamos a México, después de que Peralta<sup>56</sup> eruditamente, a fuer de ingeniero y de general o coronel, me explicó la forma en que Morelos burló a los realistas en no sé qué palacio de Cuernavaca o de Cuautla. Mi atención estaba en las

<sup>55</sup> Horacio Blanco Fombona (1889-1950). Escritor venezolano, hermano de Rufino, quien, por publicar en Santo Domingo una fotografía de un hombre de apellido Bucklow es acusado de torturar a un campesino, fue expulsado, encontrando refugio en México donde colaboró dando clases en la SEP.

<sup>56</sup> Carlos M. Peralta (?). Ingeniero. Se desempeñó como jefe del espionaje zapatista en la Ciudad de México en 1917, su seudónimo era *Atl*. Ejerció su profesión en el gobierno del estado de Puebla, antes de fungir como Oficial Mayor de la SEP en la época de Vasconcelos.



ventajas que debería sacar de aquella visita. En el estado no había aún Legislatura porque no se habían celebrado elecciones después de la ocupación militar carranciana; pero obtuve facilidades para los agentes y los maestros que debían comenzar sus tareas de la federalización de la enseñanza, aun antes de que el Congreso aprobase la reforma.

En adelante, cada vez que el doctor Parres<sup>57</sup> o el ingeniero Peralta visitaban la capital se acercaban por la Universidad. Meses después, al crearse el Ministerio, no hallé mejor candidato para la Oficialía Mayor que Peralta, hombre de empuje y habituado a mantener contacto con las clases humildes que el Ministerio necesitaba conquistar para sus planes.

## UN CENTENARIO FORZADO

... Para acallarme a mí, el Comité proyectó una escuela que se llamaría del Centenario, y que pasadas las fiestas sería anexada a la Universidad. Establecieron la escuela en casa alquilada, con dotación mezquina; a tal punto, que no la quise recibir de un modo formal:

—Carrancistas habían de ser ustedes los de Pansi<sup>58</sup> —dije a la comisión—, para que osaran hablar de abrir una escuela sin hacer primero casa propia y adecuada.

<sup>57</sup> José Guadalupe Parres Guerrero (1888-1949). Médico que se incorporó en 1914 a las fuerzas del Ejército Libertador del Sur, estableciendo un hospital de sangre en la ciudad de Cuautla. A la muerte de Zapata, se entrevistó con Obregón y recibió el apoyo para ser designado gobernador de Morelos, responsabilidad que ejerció de 1920 a 1923.

<sup>58</sup> Con este apodo, Vasconcelos se refiere a Alberto José Pani Arteaga (1878-1955). Ingeniero nacido en Aguascalientes, se unió a la revolución desde la época de Madero. Con Obregón ocupó la Cancillería, desde donde presidió la Comisión para las celebraciones de septiembre de 1921. A la intempestiva salida de De la Huerta hacia la rebelión, se desempeñó como secretario de Hacienda. Vasconcelos

Pero el alboroto de las fiestas emborrachaba a la ciudad, deslumbraba a la República. No quise perder la ocasión de aprovechar aun esto para la propaganda de la labor educacional, en vísperas de la discusión de la Ley en el Congreso; de suerte que, sin desdeirme en mi negativa de asistir a banquetes oficiales y recepciones, tomé a mi cargo las sesiones de un Congreso de estudiantes latinoamericanos que se reunió aquel mes, y presidí recepciones universitarias sencillas en honor de huéspedes distinguidos que el Congreso llevó al país, tales como José Eustasio Rivera,<sup>59</sup> el novelista de *La vorágine*; don Ramón del Valle Inclán,<sup>60</sup> y el Ministro colombiano Restrepo.

Sin embargo, el balance de las fiestas nos fue altamente desfavorable. Cuando me presenté un sábado, como de costumbre, a cobrar a De la Huerta los cuarenta mil pesos de la raya para la obra del Ministerio y las escuelas nuevas, me previno:

—Ya no emprenda nuevas obras porque estamos por de pronto en apuros de dinero. Las fiestecitas de Pansi, comprendiendo los gastos extraordinarios de Guerra para equipo y vestuario de las tropas que han hecho desfiles, maniobras, nos cuestan once millones de pesos.

Mantenia De la Huerta en caja un saldo favorable de dieciséis millones; esa reserva estaba agotada. El gran empuje constructivo de los inicios de la administración obregonista sufrió su primer tropiezo por causa de Pansi, el Malhora de la administración, que no teniendo qué hacer casi en Relaciones, se había inventado el negocio del patriotismo retrospectivo. Nunca se habían conmemorado los sucesos del Plan de Iguala y la proclamación de Itur-

lo consideró como un enemigo personal, por eso lo menciona en sus escritos con este sobrenombre, entre otros.

<sup>59</sup> José Eustasio Rivera (1889-1928). Literato colombiano. Asistió en México como representante de su país a las conmemoraciones del centenario de la consumación de la Independencia. Su obra cumbre, *La vorágine*, se publicó en 1924.

<sup>60</sup> Ramón María del Valle Inclán (1866-1936). Poeta y novelista español, representante del Modernismo. En su segunda visita a México en 1921, invitado por Obregón, fue objeto de calurosas atenciones por parte de la sociedad mexicana. Editó en 1926 *Tirano Banderas*, su obra más difundida.



bide, ni volvieron a conmemorarse después. Aquel Centenario fue una humorada costosa. Y un comienzo de la desmoralización que sobrevino más tarde.

## ENTRA MINERVA EN LA UNIVERSIDAD

Carlitos Pellicer llegó una tarde a mi despacho.

—Vi en una vitrina de la joyería La Esmeralda —me dijo— una estatuilla de Minerva,<sup>61</sup> en mármol, que es un primor; debería usted comprarla; lo malo es que la cabeza la tiene rota y pegada con pasta.

—Tanto mejor —objeté—; la darán más barata. Vaya y trátela como para usted, porque si saben que la compra el Gobierno le subirán el precio. Así que usted la haya tratado, el tesorero de la Universidad irá a pagarla y a recogerla.

—Pero es necesario recibirla con una fiesta —replicó Carlitos—; no va a entrar así nomás, como cualquier *bibelot*.<sup>62</sup>

—Tiene razón, Carlitos; pero va usted a ver, en lugar de fiesta, lo que hacemos; levantaré una gran estatua de Minerva en el tope del edificio que estamos construyendo para el Ministerio.

Al día siguiente la estatua pequeña comenzó a decorar mi mesa de trabajo. Por la tarde me dirigí a la escuela de Bellas Artes, en donde Nacho Asúnsolo<sup>63</sup> y otros escultores recién llegados al país después de pasar uno o dos años en Europa trabajaban en

<sup>61</sup> Diosa romana de la sabiduría, equivalente a la divinidad griega Atenea, que fue seleccionada como numen tutelar de los miembros de la generación del Ateneo de la Juventud.

<sup>62</sup> Según la definición del Diccionario de la Real Academia Española, “1. m. Figura pequeña de adorno”.

<sup>63</sup> Ignacio Asúnsolo Masón (1890-1965). Escultor duranguense. Se encargó de las piezas escultóricas de Sor Juana, Amado Nervo, Justo Sierra y Rubén Darío, que se pudieron contemplar expuestas el día de la inauguración del edificio de la SEP el 9 de julio de 1922; además, es autor del frontispicio que adorna la construcción en la actual calle de Argentina donde, como lo deseó Vasconcelos, también se representa a la diosa Minerva.

talleres que les habíamos improvisado, a efecto de que paralelamente al movimiento pictórico, que ya tomaba fuerza, hubiese también actividad en la escultura mexicana. Y también, como en el caso de la pintura, procurábamos alejar al artista del trabajo burgués de los bustos de personajes del día, encomendándoles obra en grande.

—Miren las fachadas de las viejas iglesias —decíamos—; allí está la prueba de que el mexicano puede hacer escultura monumental.

Y le encomendé a Asúnsolo el grupo que hoy está en el remate de la fachada del Ministerio de Educación. Una Minerva cuyas proporciones pusieron en aprietos al ingeniero, que tuvo que reforzar sus cimientos, y de un lado un Apolo, del otro Dionisos, que debían representar, según el sentido nietzscheano, que después he adoptado en mi *Estética*: el arte apolíneo y el arte dionisiaco. En el centro, Minerva, la Sabiduría antigua, significaba para nosotros la aspiración hacia el Espíritu, el anhelo que más tarde vino a colmar el cristianismo. Es claro que poner detrás y más alta una cruz hubiera sido lo indicado y lo obvio; pero la jacobinería hubiese echado abajo el edificio antes de que quedase terminado. En los extremos o esquinas de la fachada debieron ir estatuas de la aviación que no se concluyeron, como no se concluyó el edificio por causa de mi separación de la tarea. En el antepatio debió ir una escalera monumental, y en las esquinas del primer patio, cuatro estatuas dedicadas a cada una de las razas que han contribuido a la formación del Nuevo Mundo o deben contribuir a ella: la blanca, la india, la negra y la amarilla, reunidas todas en un ideal de síntesis que comencé a titular: de la raza cósmica<sup>64</sup> o raza definitiva total.

<sup>64</sup> Ideas que plasmó en la obra *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana. Notas de un viaje a la América del Sur*, Barcelona, s. e., 1925. Esta versión fue la utilizada por Fell para su estudio sobre esos años, por ser la más completa, ya que ediciones posteriores aparecieron mutiladas. Véase Fell, *Los años del águila...*, p. 554, nota 3.



## LAS BIBLIOTECAS

Trazarse un programa sencillo pero coherente y completo, y en seguida desarrollarlo según van dando ocasión las circunstancias y provocando estas circunstancias cuando ellas mismas no se ofrecen, tal es el secreto de una labor que llega a ser grande. En cambio, si se procede sin plan director, el esfuerzo, por sincero y tenaz que sea, se perderá en el detalle, se dispersará en la confusión. La obra de la Secretaría, según ya se apuntó, debía ser triple en lo fundamental, quíntuple en el momento. Las tres direcciones esenciales eran: Escuelas, Bibliotecas y Dirección de las Bellas Artes. Las dos actividades auxiliares: incorporación del indio a la cultura hispánica<sup>65</sup> y desanalfabetización de las masas.<sup>66</sup> En el país había, hay todavía, una escasez de libros comparable sólo a la escasez de escuelas. En cualquier burgo americano de quince mil habitantes existe la Carnegie o la biblioteca municipal con quince o veinte mil volúmenes bien escogidos. Cuando nosotros empezamos a crear no había, ni en la capital, una sola biblioteca moderna bien servida. La Nacional, instalada en edificio bello, pero impropio, ha sido y sigue siendo almacén de libros más bien que casa de información y de lectura. Y para construir la verdadera gran biblioteca que al país hace falta, me daba plazos, porque era menester comenzar por construir un edificio de varios millones de pesos, el mejor edificio del país, algo que rivalice con la Catedral y el Palacio. Además, de director de la biblioteca

<sup>65</sup> El principal objetivo de Vasconcelos era integrar a los indígenas a la educación nacional, sin proporcionarles una atención especializada. Sin embargo, muy a su pesar, en un inicio creó dentro de la SEP un Departamento de Cultura Indígena, al que le otorgó un carácter “provisional”, pero que, tras su recorrido a caballo a la sierra poblana de 1923, donde observó las condiciones en que vivían los pueblos indios, recibió de su parte mayor atención, incluso la presentación de una propuesta de su pluma titulada *Programa de Redención Indígena*. Véase Fell, *ibid.* pp. 217-219.

<sup>66</sup> Entre los esfuerzos para lograr ese cometido, se promovió la “Fiesta del alfabeto”, celebración cívica de alcance nacional que se efectuó solamente una vez el 23 de septiembre de 1923.



estaba un personaje incapaz de entender el problema.<sup>67</sup> Pedí al Presidente que lo quitara de allí, pues era de sus íntimos, y, en efecto, le ofreció una Legación. Pero el buen señor, ya hombre de edad, contestó:

—Ya veo que me quiere usted mejorar, señor Presidente; pero, se lo ruego: no me quite de donde estoy; me hallo muy a gusto en este puesto oscuro.

Y fue necesario esperar. Yo no tenía prisa de apoderarme de aquel edificio inservible para el objeto de instalar una buena biblioteca moderna. Debíamos hacer nuestros edificios. Aparte de eso, la riqueza positiva de nuestra Biblioteca Nacional está en sus trescientos mil volúmenes escogidos, herencia de conventos y de coleccionistas coloniales. Esta parte del tesoro se hallaba segura porque la honradez del remiso director era intachable. Pero en libros modernos, la biblioteca es pobrísima. Hacían falta, pues, edificios y libros. Para llegar a obtener ambos era necesario despertar el interés del pueblo por la lectura. ¿Y por dónde ha de comenzar el que quiere hacer leer? ¿Hay en el mundo persona ilustrada que niegue que el comienzo de toda lectura culta está en los autores clásicos de la Humanidad?

En broma dije a Obregón un día:

—Lo que este país necesita es ponerse a leer *La Iliada*. Voy a repartir cien mil Homeros en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar...

Pero ¿de dónde iba a sacar cien mil ejemplares de *La Iliada*, otros tantos de la *Odisea*, y así sucesivamente, las toneladas de los cien mejores libros existentes? Hacer el pedido a las editoriales españolas, únicas que hubieran podido servirlo, demandaba tiempo y daba lugar a que alguien ganara comisiones que aumentarían considerablemente los precios. En consecuencia, lo obvio, lo comercial y lo patriótico era aprovechar las prensas del Gobierno dedicadas a imprimir informes que nadie lee, o libros de fun-

<sup>67</sup> Se refiere a Manuel Mestre Ghigliazza (1870-1954). Médico tabasqueño, fungió como director de la Biblioteca Nacional de 1920 a 1924. Había ocupado el cargo de gobernador de su estado durante el gobierno maderista.

cionarios, para la edición de los clásicos. El presidente Obregón las puso a mi disposición.<sup>68</sup>

Pero las imprentas del Gobierno habían sido consolidadas por el carrancismo en una gran central denominada Talleres Gráficos de la Nación, en la que todo era burocracia y política obrerista. Además, la planta misma, costosa y heterogénea, era deplorable. Y resultaba ridículo que una Secretaría como la de Educación no tuviese imprenta propia. Me di, pues, el gusto de romper otra reglamentación carrancista y comencé a construir talleres en uno de los patios de la vieja casa en que se hallaba entonces la Universidad, en Santa Teresa. Al mismo tiempo, hicimos venir de los Estados Unidos prensas y maquinaria de cosido, encuadernación. Y con sorpresa aparecieron por toda la República los primeros ejemplares, en pasta verde, de Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe, etc.; no llegué, ni con mucho, a los cien clásicos, sino apenas a diecisiete ediciones de más de veinticinco mil volúmenes la mayor parte de ellas. Y de los libreros españoles sólo obtuve cien mil *Quijotes* en edición económica para todas las escuelas y veinte mil diccionarios de la lengua. Y se construyeron edificios especiales para bibliotecas en algunos casos, y en otros se adaptaron viejas casas. Y cada escuela tuvo, por lo menos, un

<sup>68</sup> Se publicaron en total diecisiete clásicos: Homero, *La Iliada* (2 vols.) y *La Odisea*; Esquilo, *Tragedias*; Eurípides, *Tragedias*; Dante, *La divina comedia*; Platón, *Diálogos* (3 vols.); Plutarco, *Vidas paralelas* (2 vols.); los *Evangelios*; Romain Rolland, *Vidas ejemplares*; Plotino, las *Enéadas* (selección); Tolstoi, *Cuentos escogidos*; Tagore, *Obras escogidas*; Goethe, *Fausto*. Con tirajes de entre 20 y 25 000 ejemplares, los datos a la mano sobre su distribución son como sigue: Fell calcula que se repartieron entre julio de 1921 y septiembre de 1924 cerca de 130 o 140 000 ejemplares, cantidad que no representa, como el autor francés lo apunta, ni la mitad de lo editado. En los informes diversos del Departamento Editorial, se hace el siguiente desglose: de julio de 1921 a fines de febrero de 1922, se entregaron 21 248; del 1 de julio al 31 de diciembre de 1923, fueron 29 597; el 1 de enero de 1924 había en existencia en almacén 113 853 volúmenes. El presidente Obregón informó, el 1 de septiembre de 1924 que se distribuyeron 35 857 entre las bibliotecas de la República, además de 2019 entre escuelas y centros educativos y 16 127 obsequiados a solicitantes varios. Véase Fell, *Los años del águila...*, p. 492, especialmente nota 382. A los estudiantes se les vendía cada tomo a mitad de precio, es decir, a 50 centavos. Véase Salvador Azuela, *La aventura vasconcelista, 1929*, México, Diana, 1980, p. 17.





cuarto anexo, dedicado al servicio de biblioteca popular para uso de adultos y alumnos, para los vecinos todos. Evito dar al presente relato el carácter de informe; el que quiera enterarse en detalle puede hacerlo en los archivos y publicaciones de la época, en los boletines de la Universidad, del Ministerio<sup>69</sup> y de mi libro titulado *De Robinsón a Odiseo*,<sup>70</sup> donde explico los rasgos fundamentales de aquella obra, ya que no quiero repetirme con exceso.

Lo que aquí viene al caso recordar es el escándalo perverso que se produjo cuando empezaron a circular los clásicos. Periódicos malos, intelectualillos despechados y la porción idiota del público divulgó la inepticia de que era disparatado editar clásicos para un pueblo que no sabía leer. Junto con los clásicos editamos y obsequiamos dos millones de libros de lectura primaria, cientos de miles de textos de geografía y de historia; pero esto lo callaban maliciosamente los detractores y se insistía, se ha seguido insistiendo durante años, en que fue ridículo editar clásicos. No se reflexiona en que no se puede enseñar a leer sin dar qué leer. Y nadie ha explicado por qué se ha de privar al pueblo de México, a título de que es pueblo humilde, de los tesoros del saber humano que están al alcance de los más humildes en las naciones civilizadas. Mis detractores no han querido enterarse de que la más humilde biblioteca de Norteamérica cuenta con su colección de clásicos. Ni toman en cuenta que donde no hay, precisa crear. En realidad, la oposición a la medida es cosa tan imbécil que si la cuento es para que se vea la calidad de los enemigos que tuvo mi obra. No logré convencer a los que me censuraban desde el campo izquierdista, diciéndoles que, en Rusia, Lunacharsky había hecho otro tanto, por inspiración de Máximo

<sup>69</sup> Al asumir la rectoría, se volvió a publicar el *Boletín de la Universidad*, suspendido desde noviembre de 1918. Aparecieron siete números entre agosto de 1920 y diciembre de 1921. Ya como Ministro, Vasconcelos dispone la publicación del *Boletín de la Secretaría de Educación Pública* que entre 1922 y 1924 pone a disposición del público cinco números, uno doble.

<sup>70</sup> Cuya primera edición fue *De Robinsón a Odiseo: pedagogía estructuralista*, Madrid, M. Aguilar, 1935.

Gorki, el maestro proletario, ni a los aristócratas recordándoles que sus mismos hijos no disponían de textos para enterarse de ciertos clásicos que en el mercado sólo corrían en lengua extranjera. Cerrados se mantuvieron aun al argumento decisivo, o sea, la necesidad de conocer en nuestro idioma, y no en idiomas ajenos, las ideas esenciales de todos los tiempos.<sup>71</sup>

Entre los cargos más serios que con relación a bibliotecas se me han formulado, es que “dejé salir del país una colección célebre formada por un erudito que fue largos años director del Museo Nacional”. El caso vale la pena de ser referido. Se me ofreció, en efecto, en venta la colección a un precio elevado que el Gobierno no podía cubrir: cien mil pesos más o menos. Sin embargo, respondí que tomaría en cuenta la propuesta, y pedí el catálogo. Según era de mi deber, el catálogo lo pasé a las autoridades del Museo Nacional, por si en tantos años y por algún descuido alguno de los libros del Museo había pasado a la colección privada del director difunto. Antes de que las investigaciones concluyeran, supimos que la biblioteca entera había sido entregada ya en Austin, a la Universidad de Texas, que pagó por ella más de doscientos mil dólares. Los libros, claro está, no debieron salir del país; pero *salieron secretamente*, y con la complicidad de aduaneros que no estaban bajo mi jurisdicción. Tampoco lo estaba la policía, y no llegamos a tener datos para una denuncia formal. Lo que en el fondo haya habido es materia que sólo un juez de instrucción podría dilucidar plenamente. Lo que yo condeno

<sup>71</sup> Entre las críticas que levantó la polémica edición, sirva como ejemplo la pronunciada en el Congreso el 8 de febrero de 1921 por el representante legislativo de Chiapas, Luis Espinosa López (1885-1926): “¿Qué objeto práctico puede tener la intención del licenciado Vasconcelos, al pretender difundir estos conocimientos clásicos en el pueblo mexicano? Ninguno. Yo pensaría que los cientos de miles de pesos o millones de pesos que vayan a gastarse en estas obras, enteramente inútiles en mi concepto, debería de gastarlos la nación para mandar imprimir libros de texto y mandarlos a todos los ayuntamientos de la República, para fomentar así lo que más necesita el pueblo: aprender a escribir, a leer y a contar. ¿Qué tienen que ver los clásicos con nuestro medio ambiente cultural? Es un manjar que el pueblo no puede digerir, que no puede servirle para nada”. Citado en Fell, *Los años del águila...*, p. 65.

es una opinión mal intencionada y cómplice, que me ha estado acusando a mí de negligencia por no pagar a ciegas volúmenes que supuse podrían ser de la nación, y debían ser rescatados, no pagados. En cambio, nadie ha tenido una palabra de reproche para los que consumaron una operación notoriamente sospechosa. Esta inconsciente complicidad de la opinión en favor de lo turbio y en contra del funcionario que no acepta componendas es lo que señalo como pústula del tiempo. Pues mientras no aparezca una generación despejada, el caso que menciono se seguirá repitiendo. En el extranjero nos conocen y obran en consecuencia. Mis andanzas me han enseñado que están en venta la mayor parte de las bibliotecas privadas de México. Y cuando pregunté a un perito de compras de importante universidad si la biblioteca de Fulano y de Mengano, distinguidos bibliófilos particulares, era valiosa, guiñando el ojo me contestó:

—No han sido funcionarios; la biblioteca que por ahora nos interesa y nos ha sido ofrecida ya es la de otro caballero que también por muchos años ha sido bibliotecario oficial...

Por otra parte, pregunto a mis censores: ¿De dónde hubiera tomado cien mil dólares para hacer una propuesta equitativa? ¿Qué Gobierno ha pagado suma semejante por libros? Yo gasté más, es cierto, y no en los clásicos, sino en libros de lectura primaria; pero esta necesidad era más urgente y agotaba nuestras escasas partidas. Después de mí se ha gastado menos en libros; antes no se gastaba. Ochocientos mil pesos gastó la Secretaría de Guerra bajo Calles en un avión que se llamaba *Ejército Nacional* y que sirvió a un atolondrado para matarse. Y esto nadie lo censura. Pero que se hable de pagar cien mil por una colección de libros, y toda la opinión olfatea una estafa. Lamentable es, sin duda alguna, que salgan de México tesoros de sabiduría y arte; pero esto ocurre siempre en los pueblos que con el poder de producirlos pierden también la energía y los recursos necesarios para conservarlos. Y en vez de echar la culpa a quien más ha hecho por la cultura nacional, debería toda esa opinión cretina



reflexionar en la causa por la cual nos vemos desposeídos lentamente de toda nuestra herencia civilizada. Supongamos, en efecto, que la propuesta de la colección aludida me hubiese parecido limpia y que hubiese yo logrado arrebatarse a la voracidad de la Secretaría de Guerra cien mil dólares para pagarla. ¿Qué hubiese yo podido hacer con ella, si no es guardarla en cajones? Pues en Austin la instalación de libros se ha hecho en porción distinguida de un edificio que cuesta cinco millones de dólares, y no es sino una biblioteca universitaria. ¿Alguno de mis detractores se ha preocupado por la construcción de nuestra Biblioteca Nacional, antecedente necesario a la conservación de nuestra bibliografía? Nos dolemos todos de que el tesoro artístico de nuestro país vaya a parar al extranjero; pero ¿acaso se dice siquiera cuál es la causa? Si las iglesias no fuesen saqueadas periódicamente, la mayor parte de nuestros tesoros nacionales se habrían salvado. Si el país entero no juzgase intocables las Leyes de Reforma, tampoco viviríamos como parias de la cultura. Pues donde no hay fundaciones con derecho a poseer bienes de todo género, no puede haber colecciones privadas, ni museos, ni obra alguna permanente. En consecuencia, nada tenemos porque todo está a merced del atropello gubernamental, disimulado con la legalidad de las confiscaciones. En los gobiernos ignaros y militaroides que con tanta paciencia sufrimos, está la causa primordial de todos nuestros males. Esto no lo dicen los que escriben porque les es más fácil distraer sus remordimientos calumniando a uno que está desterrado porque supo enfrentarse al mal. En todo caso, hay razón para que el hombre honrado se descorazone en nuestro medio. Y todo esto lo grito porque el silencio es otra forma de complicidad y porque en el examen de conciencia de esta autobiografía es menester estudiar las acusaciones justas y también las infames.

Pese a los tropiezos que oponía el ambiente, hubo en el México de aquellos días colecciones de clásicos y bibliotecas circulantes cargadas a lomo de mula por aldeas y villorrios. Colecciones

que acompañaban al maestro rural y al misionero de la cultura, los emisarios de nuestro Ministerio que empezaron a enderezar la subconciencia de la nación.

No pude ni comenzar el edificio de nuestra Biblioteca Nacional. El plan grandioso que para esta obra tenía, lo detallo en mi libro ya citado *De Robinsón a Odiseo*. Pero logré, por lo menos, y mientras estuve en la Secretaría, defender el terreno que para una obra parecida había apartado la previsión de don Justo Sierra, el más ilustre de nuestros antecesores. En general, una de mis preocupaciones era recoger los hilos de lo que había dejado sin concluir Justo Sierra. Contrariaba así deliberadamente la táctica de todos los inútiles y los necios, que es deshacer, contradecir cuanto han hecho los predecesores. Pero yo recordaba el secreto de las grandes catedrales de Francia: debajo está el adoratorio druida; encima, la construcción romana, cubriendo apenas los sótanos; encima, la obra románica, y por último, todavía en la fachada, la torre suele ser del xv. ¡Tal es el método de la obra social en grande, tarea de las generaciones! De suerte que dondequiera que yo encontraba un cimiento antiguo, sobre él procuraba levantar un arco, una columna, un techado; después, para lo nuevo, siempre hay ocasión. Y don Justo nos había legado, había legado a la nación, salvándolo de las corrupciones del porfirismo, un hermoso lote ciudadano, el más valioso de la capital, situado frente a la Alameda. Por decreto había sido destinado dicho solar para una futura Biblioteca Pública de la Nación. Si los libros de nuestra gran Biblioteca, en un tiempo la mejor de América, nos los había dado la Colonia, ¿no era obligación de decoro que la República construyese, por lo menos, un albergue para tan excelso tesoro?

Confiado en el decreto nunca derogado, cada vez que pasaba por la avenida Juárez y veía el hermoso terreno descubierto, pensaba:

“Luego que concluya el palacio del Ministerio empezaremos la obra en grande que aquí hace falta”.



No contaba con el Malhora.<sup>72</sup> Próxima a finalizar mi gestión, y en vísperas de las disidencias y circunstancias que me obligaron a dimitir, leí una mañana en el diario la noticia de que el Gobierno sacaba a remate la valiosa propiedad. Según conté en páginas anteriores, De la Huerta ya había aceptado que era viciosa la práctica de vender los inmuebles de la nación cuando hacían falta tantos edificios para los servicios públicos más urgentes. Pero De la Huerta acababa de salir del Gobierno en condiciones de ruptura, y mi propia situación se había hecho tirante. Así es que al dirigirme a Palacio para hablar con Obregón sobre el terreno de la biblioteca metí en mi cartera dos documentos apresuradamente redactados: Mi dimisión y un acuerdo presidencial que dejaba sin efecto la convocatoria para el remate anunciado. Expuse a Obregón brevemente el caso y me desarmó en seguida, me obligó a restituirle la confianza que empezaba a fallarme, porque veía sus maniobras para la imposición impopular de Calles. Contestó lisamente en la ocasión el Presidente:

—Licenciado: cuando se comete un error, lo único que queda es corregirlo; no conocía las circunstancias que usted me expresa; el asunto se me presentó como un caso indiferente; prepáreme un acuerdo para que ese inmueble vuelva a quedar afectado a Educación.

Metí entonces la mano a la cartera y le dije:

—En previsión de que usted haría justicia, traigo aquí redactado ya el acuerdo.

Firmólo Obregón con su mano izquierda, que en este instante consumaba un acto ilustre, así fuese negativo.

Pasó el tiempo; llegó el callismo, cambió el personal de Educación, pero el Malhora se hizo más poderoso. Finalmente, triunfó; un hotel particular de su propiedad, o de socios suyos, usurpa a la fecha el espacio en que Justo Sierra y yo soñamos que se alzarían

<sup>72</sup> Alberto J. Pani.

cúpulas bizantinas, en el estilo de nuestras mejores iglesias, para albergar los tesoros de las imprentas del mundo.

Así fallan, así han estado fallando, ¡oh patria!, los esfuerzos y los ensueños de tus hijos mejores, aplastados por la política que otorga el mando a los imbéciles y a los malvados.

## LA EDUCACIÓN SE FEDERALIZA

Se cumplieron, por fin, los trámites y entró a discusión la iniciativa de ley mandada por nosotros a la Cámara a efecto de crear un Ministerio Federal de Educación Pública.<sup>73</sup> Era tal el convencimiento que en todo el país habíamos creado mediante discursos, declaraciones y anticipos de nuestra labor futura en forma de bibliotecas, escuelas y orfeones, maestros de deportes, maestros honorarios y misioneros, que ya ni los pocos diputados que aún suspiraban por la era carrancista osaron oponerse a la aprobación de la ley. Sin embargo, apenas iniciada la discusión, presentóse un peligro que no había previsto y que me llenó de irritación. No menos de diez diputados pretendieron lucirse adelantando iniciativas propias acerca de la forma en que debía organizarse la nueva Secretaría. Quién la quería dedicada nada más a la enseñanza rural; quién más pretendía que todo el esfuerzo se dedicase a los indios, mientras otros codiciaban el honor de forjar el nuevo organismo creándole departamentos y secciones a su fantasía. Inmediatamente comencé a fulminar por la prensa y en privado a los entrometidos. Desafiando sus vanidades insistí en que lo único procedente era aprobar los planes según los cuales estaba funcionando ya *de hecho* un organismo que necesitaba el espaldarazo de la legalidad para perpetuarse, pero no para ser. A las comisiones de la Cámara les hice ver los trastornos enormes que

<sup>73</sup> La iniciativa de ley presentada por Vasconcelos se imprimió en un pequeño folleto que alcanzó dos ediciones y comenzó a circular entre los políticos y la prensa en septiembre de 1920, lo que permitió la difusión del proyecto antes de ser discutido en la Cámara el 8 de febrero de 1921.



cualquier alteración al texto de mi ley acarrearía, porque estaban ya en operación todos los departamentos y según sus necesidades se habían formulado los presupuestos provisionales; presupuestos que la Cámara no estaría en condiciones de reformar sino varios meses después. Y me valí de la amenaza y de la intriga, de la oferta y del ruego, para lograr que las presunciones de los disidentes quedasen aplastadas. En público hice saber que presentaría mi dimisión si no se aprobaba mi ley, porque, añadí, no soy de los que trabajan con ideas ajenas, ni voy a hacer lo que en otros departamentos está haciendo el Gobierno, o sea someterse a la ideología carrancista que formuló la ilegal Constitución del diecisiete; Constitución aprobada por un grupo de incondicionales de Carranza sin consultar con la inteligencia del país ni con el pueblo. No aceptaría el Ministerio que se iba a crear, si eran otros los que me daban la pauta del trabajo respectivo; que vinieran a desarrollar sus ideas al Ministerio los mismos que las hiciesen triunfar en la Cámara; pero yo no me sometería. Al mismo tiempo, de ciudades y aldeas empezaron a llover mensajes, provocados por la simpatía que la labor en progreso despertaba de un extremo al otro del territorio. Pedían todos a la Cámara que se aprobase la ley tal como iba redactada de la Universidad. La ley era comprensiva y eficaz, y cualquier cambio perjudicaría el trabajo ya iniciado, determinarían trastornos graves. “El que se oponga a esta ley no será reelegido”, repetíamos en los corrillos de la representación nacional. Y el compatriota que ha vivido los años que siguieron, años de servilismo, en que la Cámara ha estado pendiente a la voz del Ejecutivo para adelantarse a obsequiar su mandato, se preguntará: “¿Por qué no obtuviste un *ucase* presidencial, según la costumbre?” Y, créanme o no los contemporáneos, respondo: Ni siquiera se me ocurrió hacerlo; primero, porque me pareció contrario a mi dignidad, pues creo que un ministro que no tiene autoridad moral para lograr mayorías en la Cámara debe retirarse del Gabinete. En segundo lugar, porque, y esto es lo extraordinario, aquella Cámara no hubiera obedecido consignas presidenciales. Y el presidente

Obregón por entonces aún no las daba. Fue necesario hacer, por lo mismo, obra de persuasión individual. El mejor sistema para ganarnos votos consistió en llevar a los diputados a ver lo que estábamos haciendo. En los barrios mismos de la ciudad sobraban ejemplos impresionantes.

En la colonia de la Bolsa,<sup>74</sup> en la época la más abandonada y miserable, teníamos funcionando una escuela que era un ensayo para redimir al hampa misma, la parte más pobre y deshonesto de una gran ciudad. Alquilando una casa en ruinas y un gran solar anexo, habíamos comenzado por ganarnos la colaboración de los vecinos, que se organizaron en brigadas para el barrido de las calles, la limpieza de las atarjeas. Ni siquiera consultamos al Ayuntamiento de la capital, eternamente dedicado a la política y patrimonio de gentes que al año de estar de concejales exhibían automóviles y propiedades, pero que nunca visitaban siquiera las barriadas plebeyas. Sin recursos tampoco para emprender obras de saneamiento en forma, logramos que los padres de familia y los alumnos dedicaran el sábado por la tarde a recoger las inmundicias y a quemar las basuras. En la escuela pusimos baños y peluquería. Y la primera campaña no fue de alfabeto, sino de extirpación de piojos, curación de la sarna, lavado de la ropa de los pequeños. En seguida, como era el hambre la causa de sus retrasos mentales y de sus males físicos, aprovechando una modesta asignación dimos gratuitamente el desayuno a todos los alumnos. Mucha resistencia encontró al principio esta medida, que se consideraba inaudita y antieconómica: regalar un poco de leche y pan a las criaturas desamparadas. Sin embargo, se estaba haciendo cosa parecida, y en grande, en la Argentina y se sigue haciendo. A los pocos meses de creada esta escuela era impresionante contemplar los resultados. Tan notorios fueron, que los políticos empezaron a querer aprovecharla, antes que nadie los agentes de la CROM, que ya asomaban la oreja de sus ambiciones perversas. En diferentes ocasiones retiramos de

<sup>74</sup> Actual colonia Guerrero.



allí a propagandistas que pretendían enrolar para las filas de los partidos oficiales disfrazados de obreristas a la gente que nosotros educábamos. Mientras estuve en la jefatura de Educación, no avanzaron un paso estas intrigas; la gente nos seguía sin coacción porque le dábamos pan del cuerpo y del alma, y levantaba los hombros ante los que iban a ofrecerles el paraíso en la tierra, pero a cambio de vender su voluntad a los líderes. Nunca les pedimos nosotros ni un voto para algún recomendado, algún amigo. El bien ha de hacerlo el Estado por deber cristiano y no por camaradería de partido; menos por interés de quien traiciona su propia conciencia si pretende aprovechar para sí un servicio que no paga con su dinero, sino con dinero del Estado, que es dinero de todos. Aquellas gentes debían a los contribuyentes, en todo caso, la gratitud, y también un poco a nosotros, los maestros y funcionarios, que, por sueldo corto y públicamente cobrado, dedicábamos a la obra nuestros desvelos. Y la canalla de los políticos que se introducían entre los ignorantes para sacar provecho de engaños viles no hubiera merecido nunca otra cosa que el desdén de la gente si no fuese porque el Gobierno se transformó en dictadura, degeneró tristemente y llegó exigiendo adhesiones para la imposición electoral a la vez que recortaba los dineros dedicados a desayunos escolares y anulaba la obra que iniciamos, con lo que nos echaba a nosotros a la oposición rencorosa, que es propia del que mira traicionada la ocasión de redimir a un pueblo. Pero estábamos en los comienzos de nuestra tarea y antes de que los ambiciosos se diesen cuenta de lo que iba a significar.

En la Legislatura que aprobó la ley de Educación dominaban los hombres de bien. Entre los diputados había muchos maestros de escuela que por espíritu de clase nos ayudaron contra los políticos. Prueba de la calidad de aquellos primeros congresos del obregonismo, elegidos con relativa abstención del Ejecutivo, es el número de diputados que fue necesario asesinar, plagiar, torturar y comprar cuando se llegó, más tarde, a la brutal empresa de consumir la imposición presidencial de Calles. Contribuía,



pues, al ímpetu de nuestra labor la convicción de que se podía lograr algo en el Congreso nacional por medio del convencimiento y las excitaciones del patriotismo. En regímenes como los que habían existido antes y como los que vinieron después habría sido totalmente imposible lograr algo parecido. A los pistoleros que más tarde se erigieron en diputados no se les habla, no se les persuade; se les dan órdenes. Y como sólo puede dar esas órdenes el tirano, ningún ministro que se respete aceptaría prostituir su empresa apoyándola en el mandato de un déspota ignaro.

Roberto Medellín,<sup>75</sup> a quien debíamos la organización del ensayo de la colonia de la Bolsa, llevó algunos diputados a visitar la escuela. Elena Torres, a quien habíamos encargado del servicio de desayunos, que pronto se extendió a otras escuelas, aprovechaba sus relaciones con los políticos para hacer la propaganda de nuestros establecimientos. Y pronto hubo desfile de diputados por las obras de edificación que en distintos rumbos de la ciudad se llevaban al cabo. Los disidentes se sintieron en minoría, comprendieron que no era el momento de contrariar una empresa que tomaba proporciones de oleaje, y la ley fue votada en conjunto; los presupuestos que a ella presenté anexos, por valor de treinta o treinta y cinco millones, fueron aprobados sin discusión.<sup>76</sup> Y acaso con uno o dos votos en contra, votos de carrancistas que defendían el sistema norteamericano de enseñanza, la ley pasó al Senado. En el Senado, Alfonso Cravioto,<sup>77</sup> el poeta,

<sup>75</sup> Roberto Medellín Ostos (1881-1941). Químico veracruzano. Quizá el más activo colaborador de Vasconcelos en su aventura educativa al frente de la SEP. Llegó a ocupar la rectoría de la UNAM (1932-1933) y dirigió el Instituto Politécnico Nacional (1937).

<sup>76</sup> En 1923, se aprobó el presupuesto más alto ejercido por un ministerio educativo en México: 52 362 912 pesos, aunque Vasconcelos afirmó que solamente se gastó treinta y ocho millones. Empero, debido a la urgente necesidad de recursos que disparó la rebelión delahuertista, en 1924 la disminución fue significativa, quedando el total para ejercer en ese año en 25 593 347 pesos. Véase Fell, *Los años del águila...*, p. 46.

<sup>77</sup> Alfonso Cravioto Mejorada (1884-1955). Político y poeta nacido en Pachuca, Hidalgo. Fundador de la revista *Savia Moderna* (1906), antecedente aglutinador del

se encargó de apresurar los trámites. Obraba como poeta, amigo de la cultura, pero también procuraba señalarse como obsecuente al nuevo régimen porque había sido bonillista y carranclán, y pretendía sincerarse. En el fondo seguía de incondicional y se preparaba para la hora de los *yes men*, hombres que dicen que sí al que manda, hora que pronto volvería a sonar. Cravioto obtuvo que la nueva dependencia del Ejecutivo tuviese tercero o cuarto lugar en categoría de protocolo, por encima de Guerra y otras más, y esto con grave resentimiento de no pocos ministros y muchos políticos que, no habiendo podido evitar que la Secretaría se creara, deseaban que ocupara el último lugar en la lista oficial, a pretexto de que era la recién creada. No fue así porque los tiempos eran de simpatía por la cultura.

Por vía de fórmula dije a Obregón, una vez que la ley quedó aprobada:

—Es éste mi último acuerdo como rector, y ahora procede que se sirva usted nombrar Ministro de Educación Pública.

Se rió campechanamente, y tomando su calendario dijo:

—Veamos: ¿qué día quiere que sea la protesta ministerial?

Y se cumplió ésta, con gran sencillez y en el sitio usual del Salón de Embajadores, delante de los empleados y el personal y con todo el público que cupo en la sala, quedando afuera, en los corredores, buena porción de gente contenta.<sup>78</sup>

Las actividades de la nueva Secretaría alcanzaron bien pronto extendida notoriedad en el extranjero; las principales revistas de Norteamérica se ocuparon de ellas y se habló en Washington de la posibilidad de que los Estados Unidos también creasen un Departamento Federal de Educación. No se comprende, en efecto, por qué hay departamento federal de bosques o de caza y pesca y no existe uno para las atenciones de la cultura. Simple atraso administrativo de los anglosajones, que todavía no acaban de sobrepasar el obstáculo que es para ellos el no haber sido plenamente

posterior ateneísmo mexicano. Constituyente de 1917, fue un ferviente promotor del artículo 123.

<sup>78</sup> Lo que sucedió el 12 de octubre de 1921.



romanizados. El romano tenía el secreto de la organización y nos dejó a todos los pueblos latinos bien ordenada la cabeza y la voluntad sistematizada. El anglosajón sigue de empírico lo mismo en derecho que en ciencia. Pero lo que a mí me divertía era la lección que se derivaba de que en Washington, lejos de condenarse nuestro sistema francés de ministerios centralizados, se empezaba a reconocer sus ventajas, con bastante desazón para los educadores del carrancismo, que se creyeron muy modernos y avanzados al suprimir el Ministerio que había creado Justo Sierra. Andaban en esos días protestantoides y yanquizados con la cola entre las piernas, aunque no sin sueldo, pues tuve la debilidad de sumarlos también a nuestra tarea, confiándoles posiciones administrativas. Desde ellas se mantenían emboscados, confiando en la tradición que hace medio siglo les favorece y que no tardaría en echarme a mí por donde se arrojó a Alamán,<sup>79</sup> por donde se van todos los que en México pretenden ser mexicanos y no agentes del complejo y poderoso sistema de la dominación extranjera.

## EL PERSONAL

Cuando Sarmiento<sup>80</sup> consumó su obra educativa en la Argentina, primero se aprendió de memoria a Horacio Mann;<sup>81</sup> en seguida, por si algo se le olvidaba, acarreó con doscientas o trescientas maestras norteamericanas y las estableció en la pampa. Más tarde, y por la misma época en que yo trabajaba en México, Le-

<sup>79</sup> Se refiere a Lucas Alamán y Escalada (1792-1853). Político guanajuatense, de brillantes ideas, quien ha sido calificado como el representante del conservadurismo mexicano, a pesar de que sus propuestas económicas eran bastante liberales.

<sup>80</sup> Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Su nombre real fue Faustino Valentín Quiroga Sarmiento. Político y pedagogo argentino, quien ocupó la presidencia de su patria de 1868 a 1874, destacando su interés por difundir ampliamente la educación y la cultura.

<sup>81</sup> Horace Mann (1796-1859). Pedagogo estadounidense, promotor incansable de la educación subvencionada por las entidades públicas y reflejada en posturas no sectarias.

guía<sup>82</sup> contrató para el Perú no sé cuántos maestros y un director de educación, de Norteamérica. Pero el caso de México no era el mismo. México tuvo Universidad antes que Boston, y bibliotecas, museos, diarios y teatro antes que Nueva York y Filadelfia. En México basta con rasgar un poco el subsuelo para que aparezcan los brotes de la vieja cultura enterrada por la barbarie de los gobiernos. Y a pesar de esta barbarie, nunca han faltado entre nosotros personas enteradas, profesionales que han completado en Europa y Norteamérica su aprendizaje. Así, por ejemplo, la generación de maestros formados en las escuelas normales de Justo Sierra era notable. El carrancismo la hizo a un lado, por incapacidad de entenderla y por espíritu de facción. Estando yo desterrado en Nueva York me enteré del paso de cien maestritas, dizque revolucionarias, enviadas por el carrancismo a Boston, *en viaje de estudio de un mes*. Apenas tuvieron las pobres ocasión de librarse de los efectos del mareo contraído en los barcos sanitarios y mal servidos de la Ward Line. Eran en su mayoría el desecho del ramo, porque habían sido escogidas con criterio revolucionario; es decir: por favoritismo de los mandones. Gozaban de mayor influencia las que carecían de título profesional. Y a esas mismas se encomendaron las direcciones de las escuelas, a pretexto de que habían estado en Boston. Regresaron llenas de presunción, y como no sabían otra cosa hablaban de establecer los métodos de Norteamérica, los sistemas que no habían digerido ni podían digerir puesto que no conocían lo suyo. No tenían pericia en la tradición de su patria. Entre gente así estaban repartidos los puestos de significación. Para la purificación del personal, eché mano de las maestras del viejo régimen y, además, de preferencia, de los talentos jóvenes que nuestro propio trabajo iba desarrollando. Y como ocurre siempre que se escoge de buena fe y en atención a méritos reales y no a consideraciones políticas, empezamos a

<sup>82</sup> Augusto Bernardino Leguía y Salcedo (1863-1932). Político peruano. Se desempeñó como presidente de su nación por varios periodos, 1908-1912 y 1919-1930, conocido este último como el "Oncenio de Leguía". Proclamó la ley orgánica de enseñanza (1920) con clara influencia estadounidense.



descubrir verdaderas aptitudes, y en no pocos casos, brillantes, extraordinarios talentos creadores. Naturalmente que para proceder de esta suerte hace falta que los de arriba sean idóneos. Anteriormente, y en el nefasto período carrancista, los más altos jefes de la Educación procedían de escuelas secundarias de la frontera yanqui. Un célebre director de la escuela que fundó Barreda era graduado apenas de *High School* de Norteamérica. Y enseñaba, para aumentarse el sueldo de director, química elemental en los mismos laboratorios en que se habían hecho ilustres Almaraz<sup>83</sup> y tantos técnicos mexicanos. Y cuando a alguno de estos educadores del carrancismo, restablecidos después por el callismo, les apuraba la opinión tachándolos de impreparados, se inventaban vacaciones; partían, bien expensados, a Columbia de Nueva York o a Missouri para regresar a los cuatro meses con un certificado de asistencia a *conferencias de pedagogía o de filosofía*, documento que, debidamente inflado por la prensa adicta, al cabo de unos meses se les convertía en *diploma de doctorado*. Y ya no se apeaban el doctor, aunque nunca habían pasado por las aulas de su patria, y en rigor, tampoco por las del extranjero.

Eliminé con tanta facilidad, y de una sola plumada, a todo el personal espurio de la índole acabada de señalar, que nunca hubiera pensado que pocos años más tarde, no sólo en Educación, sino en todos los ministerios, el personal técnico, secundario pero decisivo, los jefes de departamento, los consultores, serían, como ocurre hoy, gente divorciada de nuestras escuelas, ignorante de nuestra tradición y barnizada apenas con el oropel de media docena de cursos mal comprendidos de alguna Universidad norteamericana. Por entonces, y como para combatir con el sarcasmo tan nefasta simulación, hice una frase: “No me inspiro en Boston para mis reformas —afirmé— sino en Xochimilco. Contemplad allí a los indios —explicaba—; ved cómo aprovechan el abono y la tierra, en reducido espacio y con el resultado de que producen las

<sup>83</sup> Andrés Almaraz (?-1909). Químico. Profesor de esta materia en la Escuela Militar y en la Escuela Nacional Preparatoria. Descubrió el procedimiento para extraer el guayule mediante sosa cáustica.

mejores lechugas del mundo y las flores más hermosas. ¿Acaso no sería absurdo mandarlos a estudiar horticultura al Maine? Pues así ocurre con el saber en todas sus ramas. Enhorabuena que nuestros técnicos vayan a Europa y Estados Unidos, pero no antes de que las escuelas del país les hayan dado todo lo que ellas puedan dar. Mandar estudiantes sin esta preparación es perderlos para nosotros y hacerlos que se pierdan para sí mismos, porque después no encontrarán acomodo ni entre nosotros ni en el extranjero...”. No contaba yo con el pochismo que hoy elimina a los nacionales en beneficio de los *encartados del alma*, que son los que aprenden las primeras letras en el extranjero y luego regresan a la patria a mandar y dirigir antes de aprender y readaptarse.

En consecuencia, decliné cortésmente la insinuación que se me hizo de que importara centenares de profesores norteamericanos que, seguramente, habrían fracasado en nuestro medio, como fracasaron en el Perú. Pero la selección, purificación del personal nativo, no resultaba tan fácil. Agobiado estuve varias semanas por la insistencia de otro tipo de educador que llamaremos, a falta de otro nombre, el “investigador”. Procede también de permanencias cortas en Estados Unidos. Se dedica por allá a lo que las universidades llaman *research work*; pero *research* no en la física ni en la química, sino en las ciencias sociales y el servicio social o *social service*. Los de esta filiación constituyen una casta peligrosa que por lo común se apoya en políticos. A menudo son también políticos menores, pero capaces de intrigas y daños. A mi departamento, donde, por el momento, la política no metía baza, se presentaban los *researchers* con piel de oveja, y casi siempre recomendados por don Ezequiel Chávez, el maestro que escuchábamos y atendíamos, consultábamos constantemente, pero descontando las debilidades derivadas de su carácter bondadoso. Cada *researcher* busca sueldo sin horas fijas de trabajo. Reclaman, además de sueldo, viáticos para excursiones de objetivo vago. Y traen su sermón científico-religioso aprendido del *social service*: “Si no queríamos quedar fuera de la técnica moderna debíamos





consumar una investigación científica de las condiciones que vive el pueblo bajo en las ciudades y el campesinado desvalido”. “Sin esos datos no es posible formular planes acertados”, afirmaba con la tenacidad de lo que es obvio cierto solicitante femenino, hasta que resolvió:

—Vaya usted al campo a investigar; tómese los meses que crea necesarios para redactar informes y formular gráficas; cuando usted esté de regreso ya habremos nosotros transformado las condiciones que va a estudiar y no leeremos sus informes; primero, porque ya estarán retardados; segundo, porque no tendremos tiempo de estudiar, dedicados como estamos a hacer. El estudio ya lo hice —le añadía yo en broma— en años de bibliotecas y no como los carrancistas que usted trataba, que venían a estudiar o a decir que estudiaban en puestos públicos destinados no a aprender, sino a enseñar.

Pero no entendía; regresaba de sus excursiones cargada de legajos y de ideas.

—Por Dios: no me dé ideas; las ideas las fabrico yo o las compro en folletos de a cincuenta centavos; déme actividad creadora. No me diga cómo están los indios; ya sé cómo están: con hambre de cuerpo y alma; no me cuente cómo es la vida de los barrios pobres; no vivo yo encerrado en el Gabinete; visito a los pobres, no me hacen falta sus informes, *reportes*, dicen los técnicos pochos... Lo que el país necesita es gente que ya sepa lo que hay que hacer y se dedique a ello con sinceridad.

Libre de momento de la molestia de los teóricos nacionales, me defendía también de los esfuerzos de penetración de los extranjeros. Una comisión de poderosa institución extranjera me ofreció gratuitamente consejeros técnicos. Les contesté lo mismo:

—Tengo técnicos y mejores que los que ustedes podrían darme, porque conocen el medio, pertenecen a él. Si ustedes quieren ayudarme de buena fe, mándenme material escolar regalado; hacen falta esferas de geografía, compases de dibujo, mapas, ban-

cos escolares. Los maestros, los músicos, los técnicos, todo lo que es el espíritu de la enseñanza, aquí abunda y no lo cambiamos.

Y había, en efecto, personal inmejorable.

Nunca pagaré mi deuda de colaboración a los centenares de maestros de ambos sexos que en todo el país tomaron las labores de la nueva Secretaría como misión de patriotismo y tarea personal fervientemente cumplida.<sup>84</sup> Nombro a pocos porque la memoria me falla y el espacio de que dispongo es limitado; pero lo que diré de algunos es justicia que abarca a grupos enteros. Ni habría podido realizarse labor tan considerable si no hubiese producido el país, de pronto, un verdadero ejército libremente aprestado, de mentes capaces y corazones honrados.

Mi colaborador más constante y más experto, el más inteligente y más leal, fue Roberto Medellín. Lo había conocido de condiscípulo, pero no había vuelto a verlo en muchos años. Lo extraje de la Preparatoria a causa de su fama como profesor de Botánica. Y me sedujo desde luego su carácter íntegro y su capacidad para distinguirse fuera de los puestos gubernamentales, en su profesión de químico, de la cual vivía más bien que de los sueldos del Estado. Profeso animadversión de la gente que alcanza notoriedad en el servicio público y por obra de la política, pero nunca sabe sostenerse a cierta altura en las actividades privadas luego que les falta el soporte oficial. En general, a los principales funcionarios de educación los tomé así, de la vida privada y no de los cuadros de la burocracia, mucho menos de la política. Pero al mismo tiempo no podía dar los puestos más notorios a personas desligadas de la política; esto puede hacerlo un presidente, no un ministro en regímenes como el nuestro. A Medellín, por lo pronto, lo hice director del Departamento Escolar, en donde sus capacidades ayudaron a crear

<sup>84</sup> Los siguientes datos aparecieron en el *Boletín de la SEP* de 1924, aunque sólo proporcionamos aquí el número de maestros oficiales para dar una idea del “ejército” educativo que comandó Vasconcelos: 1910, 16 370; 1920, 17 206; junio 1921, 17 084; diciembre 1921, 18 992; diciembre 1922, 20 639; junio 1923, 24 019; y diciembre 1923, 26 065. Véase Fell, *Los años del águila...*, cuadro en p. 166.

toda la rama de enseñanza técnica, que fue la más importante contribución del Ministerio a la cultura nacional.<sup>85</sup> Era Medellín mi brazo derecho. Pero nació con el Ministerio el problema del subsecretariado y el oficial mayor, problemas políticos ambos y que era necesario cuidar no estorbasen la acción empezada. Costumbre perniciosa, pero inveterada, ha sido que el subsecretario lo nombre el Presidente, no el ministro. Se considera que de esta suerte se debilita el poder del ministro, se aumenta la intervención, más o menos tiránica, del Presidente sobre las secretarías de Estado. Pero la suerte, que en aquel momento soplaba toda entera en nuestra dirección, hizo que Obregón se fijase en un hombre eminente por sus virtudes. Para subsecretario nombró al profesor don Francisco Figueroa,<sup>86</sup> general de la revolución y el personaje que había salvado a Obregón cuando, huyendo de Carranza, se había refugiado en Guerrero, en donde don Francisco, de vieja cepa maderista, ejercía funciones de gobernador y comandante militar, o algo por el estilo. A don Francisco lo conocí personalmente en una comida que ofrecía en Cuernavaca el gobernador Parres durante una segunda visita que al estado hice a propósito de la organización del sistema escolar. A la hora de los postres habló don Francisco en forma tan sobria, elocuente y digna, que me ganó en seguida la voluntad. Y cuando días después me notificó Obregón su deseo de nombrarlo subsecretario, desde luego expresé una aprobación efusiva. Era un hombre honrado con quien seguramente me entendería, le dije. Y don Francisco, pasados los cincuenta años, alto, un poco enjuto y de ojos claros y dulces, con gran cortesía natural se puso a colaborar con un ministro joven que disfrutaba fama de atrabiliario. Y mostró desde el comienzo tan sincero deseo de servir al país con toda su experiencia y sus luces, que

<sup>85</sup> Por ejemplo, el *Boletín* informó que hacia marzo de 1924 había 31 300 alumnos inscritos en la educación técnica solamente en el Distrito Federal. Fell, *ibid.*, p. 203.

<sup>86</sup> Francisco Figueroa Mata (1870-1936). Revolucionario guerrerense. Se tituló como profesor de instrucción primaria en 1895. Representó a su estado natal en el Constituyente de 1916-1917.



en seguida nos obligó a todos a la consideración respetuosa; más tarde nos ganó el afecto más firme. Y sucedió que de ese banquete de Cuernavaca salió también el oficial mayor, que no fue otro que aquel zapatista exaltado que al principio nos miraba con desconfianza en la primera visita a Cuernavaca: el ingeniero Peralta, hombre un poco rudo, pero ejecutivo y honrado. Su experiencia en materias de ejidos y agricultura me pareció un tesoro para la difusión que hacíamos de escuelas en el campo; a todas las dotábamos de una huerta y un taller, aparte de la biblioteca obligatoria. Preparé el terreno en aquella comida hablando a Peralta de la ocasión de desarrollar sus energías desde un departamento federal, y con franqueza me expresé su entusiasmo. A los pocos días, y previa la venia del Presidente, le mandé un telegrama de dos palabras: “Ruégole venir”. Ya sabía él a qué y se presentó en seguida. El alto personal del Ministerio quedó integrado en forma envidiable.

En la nueva Secretaría, Peralta representaba el zapatismo, es decir, el anhelo popular e indígena, pero encarnado en un hombre culto y trabajador, no en un político egoísta. Por su parte, el profesor Figueroa nos ligaba con los normalistas de toda la República, que eran, como si dijésemos, la osamenta poderosa del cuerpo educativo nacional. Y para representar al espíritu, seguían en Bellas Artes y en Bibliotecas los poetas, de jefes de Departamento, algunos, como Torres Bodet, que empezó a sistematizar el servicio, y como Gómez Robelo, que fomentaba las Bellas Artes. Este Gómez Robelo, que no es otro que el Rodión de nuestros círculos estudiantiles, regresaba del destierro por haber sido huertista; pero no se dedicaba a declararse revolucionario, como los huertistas que más tarde ocupó Calles. Su error juvenil procuraba repararlo trabajando por la cultura con toda la fuerza de su genio.

... Aprovechábamos en la Secretaría el descanso dominical para efectuar ciertas excursiones que al mismo tiempo que des-

canso nos daban oportunidad de visitar algunas obras, ensanchar determinados trabajos.

... El Departamento de Bellas Artes nunca se repuso de la pérdida de Rodión.<sup>87</sup> La acción del hombre extraordinario es irremplazable. Por eso es tan lenta la tarea de la cultura; requiere un conjunto de circunstancias que rara vez coinciden, y un hombre de genio que consume la síntesis. La Escuela de Bellas Artes que Rodión se preparaba a transformar quedó entregada al caos de siempre, aunque el público no se diese cuenta de ello. Al contrario; aplaudía, con razón, ciertos progresos, como la campaña contra el academismo llevada adelante por los principales artistas jóvenes y como las Escuelas de Pintura al Aire Libre implantadas por el distinguido pintor impresionista, de educación parisense, Ramos Martínez.<sup>88</sup> Famosa fue la escuela de paisaje abierta en una antigua finca de Coyoacán; pero también en la vieja escuela se trabajaba. Las clases nocturnas de dibujo y pintura se abrieron a todo el mundo para cursos rápidos, y eran de verse las salas pobladas de niños y de adultos dibujando del natural, pintando o modelando. Un poco más tarde, para la enseñanza del dibujo en las escuelas se aprovechó el sistema elaborado por el artista Adolfo Best<sup>89</sup> a base de ciertos elementos decorativos primarios, indefinidamente combinados, según la fantasía de los alumnos. Para el cultivo de la música contamos principalmente con dos hombres extraordinarios: el maestro Julián Carrillo,<sup>90</sup> el célebre

<sup>87</sup> Se refiere a Gómez Robelo, quien murió en 1924.

<sup>88</sup> Alfredo Ramos Martínez (1871-1946). Pintor regiomontano, educado en Europa. A partir de 1930 se autoexilió en Los Ángeles, California, donde pasó sus últimos días.

<sup>89</sup> Adolfo Best Maugard (1891-1964). Pintor y decorador oriundo de la capital mexicana. Durante la gestión vasconcelista, perfeccionó un sistema de representación que fue utilizado para la enseñanza del dibujo en las escuelas primarias. Consistía de siete elementos básicos que, combinados, permitían elaborar diseños de "carácter mexicano". Véase Fell, *ibid.*, pp. 434-444, donde se reproducen las figuras que explican el método Best.

<sup>90</sup> Julián Carrillo Trujillo (1875-1965). Compositor y director de orquesta nacido en el estado de San Luis Potosí. Se le recuerda esencialmente por su aportación



director de orquesta y compositor, y don Joaquín Beristáin,<sup>91</sup> creador de los orfeones y los cuerpos de bailes folklóricos que se propagaron por toda la República y determinaron la rehabilitación del canto popular. La orquesta del Conservatorio, reorganizada, salió de la capital después de su temporada de conciertos y comenzó a recorrer las principales ciudades del país en gira que fue primera y única. Pronto escasearon los recursos y la orquesta no volvió a salir de la capital.

Se empeñó también Carrillo en fomentar la existencia raquítica de dos orquestas que contaban con personal distinguido: la de Guadalajara y la de Monterrey. Ambicionábamos descentralizar la cultura sin perjuicio de la calidad, y estableciendo en distintas regiones centros de creación y de difusión. Pensábamos que una vez que el gusto del pueblo por la música se levantara al conocimiento de lo clásico, el porvenir, la cultura general del país, estaba a salvo.

Por su parte, Beristáin y sus profesores estimulaban, organizaban, creaban el folklore, pero sólo para despertar por su medio el gusto superior, no para convertir lo popular en fetiche, ni en único ejercicio de arte, como ocurrió más tarde, en el derrumbamiento y corrupción de toda nuestra obra.

La capacidad de trabajo de Carrillo y de Beristáin era asombrosa. La cultura musical de ambos era profunda. Procedían los dos de nuestro viejo Conservatorio y de él tomaban las inspiraciones y el personal. Sin que les estorbasen recomendados de políticos que nunca lograron inmiscuirse en nuestras tareas.

teórica-musical conocida como *Sonido 13*, que propone la utilización de microtonos de su propia invención.

<sup>91</sup> Joaquín María Beristáin (1865-1936). Violinista y pianista, nacido en la Ciudad de México. Nieto del famoso compositor de principios del siglo XIX Joaquín Beristáin (1817-1839). Fue discípulo del notable músico Melesio Morales Cardoso (1838-1908). Impartió clases en el Conservatorio Libre de Música. Durante el ministerio vasconcelista se encargó de la Dirección de Cultura Estética, desde donde uniformó la enseñanza del solfeo y canto coral en las escuelas primarias. Además, creó una escuela de baile.

Para la enseñanza técnica, Medellín se rodeó de ingenieros y hombres de ciencia mexicanos. Mancera,<sup>92</sup> Massieu,<sup>93</sup> procedentes de la Escuelas de Minas o del antiguo Colegio Militar, eran cada uno personalidades en su ramo; además, caracteres ejecutivos, creadores que dejaron obra, como en la escuela de Industrias Químicas y sus dieciséis industrias instaladas en pabellones construidos ex profeso, o como el Instituto Politécnico de Tacuba, que se quedó sin terminar, y aun así ha estado produciendo buenos resultados.

Las tareas del Departamento Administrativo estuvieron confiadas a empleados capaces, tenedores de libros o profesionales de la administración, cuyo mejor elogio es que salieron todos del Ministerio conmigo, porque los que nos remplazaban necesitaron gente de confianza para los negocios particulares de los altos jefes. Los nuestros salieron pobres todos, y lanzados a la calle con encono, porque habrían sido un remordimiento y un estorbo para los nuevos. En general, procuraba aprovechar profesionistas en el ramo respectivo y hombres que no se habían fatigado en las rutinas de la burocracia, sino que procedían de la competencia privada. Nuestras oficinas despachaban con la prontitud y el orden de los bancos. En las primeras horas de la mañana, todas las puertas permanecían abiertas para que el público hablase

<sup>92</sup> Gabriel Mancera García (1839-1925). Ingeniero y filántropo hidalguense. Debido a su gran fortuna, producto del trabajo en la minería dentro de su estado natal, ofreció innumerables muestras de generosidad, entre ellas, una estación de ferrocarril en Tulancingo.

<sup>93</sup> Dos hermanos fueron colaboradores de Vasconcelos. Luis Víctor Massieu Pérez (1876-?). Ingeniero capitalino. Cursó sus estudios en el Colegio Militar, aunque no se dedicó a la carrera de las armas. En 1921, se hizo cargo de la jefatura de Enseñanza Técnica e Industrial para dirigir posteriormente el Departamento Escolar de la SEP. Wilfrido Massieu Pérez (1878-1944). Hermano menor de Luis Víctor, también formado en la disciplina castrense, se graduó como teniente del cuerpo de Ingenieros. Al retirarse de la milicia, sobrevivió gracias a su labor docente, impartiendo clases en la Escuela Práctica de Ingenieros Mecánicos. Ya en la SEP, Vasconcelos le solicitó revisar el proyecto para la Escuela Técnica de Ferrocarrileros para constituir más adelante el Instituto Técnico Industrial, en el Casco de Santo Tomás, que sirvió de base para la creación del actual Instituto Politécnico Nacional.



con los jefes sin esperar turnos de audiencia y tomando en sus manos los expedientes de cada negocio.

Para las compras de todo género se adoptó el sistema de trato directo con los comerciantes, haciéndose públicos los pedidos, que en seguida se daban al mejor postor, pero después de que el ingeniero se cercioraba de la calidad. En seguida de concertado un trato, pasaba al subsecretario para su revisión y no se pagaba sin su firma. Este sistema me dio muy buenos resultados más tarde, cuando Obregón me mandó, en lugar del excelente señor Figueroa, a un subsecretario del círculo de amigos del Presidente.<sup>94</sup> Ningún pago se hizo sin su firma, después de que yo había dado el sí de palabra; de suerte que a mis enemigos no les quedó ni el recurso de la calumnia porque uno de los de ellos era el conducto obligatorio, el testigo forzoso de toda transacción.

Por su parte, el director de Educación Primaria y Normal, el distinguido y honorable profesor Francisco C. Morales, observó con el personal de los normalistas una conducta de estricta equidad, ascendiendo conforme a méritos y manteniendo la disciplina sin necesidad de rudezas, con libertad en el orden y consideración en la exigencia del deber.

## DISCIPLINA Y REFLEXIÓN

... A los pocos meses el sueldo de ministro me resultó suficiente; pagaban entonces cien pesos diarios, más el auto y el chofer. Nunca gasté arriba de mil quinientos mensuales y el resto comencé a guardarlo. La única erogación extraordinaria la originaban

<sup>94</sup> Bernardo José Gastélum Izabal (1886-1981). Sinaloense, médico de profesión, quien incursionó en la vida educativa de su estado natal, donde estableció la Universidad de Occidente, antecedente de la actual Universidad Autónoma de Sinaloa. Tras una exitosa carrera diplomática en Sudamérica, se incorporó a la SEP en 1923 como Subsecretario. A la salida de Vasconcelos, lo sustituyó en el despacho de Educación, hasta el arribo de Calles al poder, quien lo colocó al frente del Departamento de Salubridad Pública.

las audiencias públicas. Es costumbre, o creo que lo ha sido, en todo caso yo la tuve, obsequiar unos cuantos pesos a los necesitados que se cuelean en las audiencias y que no es posible servir con empleos. Eran las tales audiencias la parte desgarradora de la tarea. La infinita prole de los sin trabajo de clase media toma por asalto las antesalas de los ministerios. El aumento incesante del personal creaba puestos; pero, en general, los reservaba para los maestros titulados que pedían empleo, y no había sitio para los sin carrera, los sin profesión, que constituyen el mayor número de solicitantes. A menudo, la súplica de alguna buena mujer es interrumpida con sollozos. Provoca angustia su rostro de honestidad y de pobreza; se quisiera inventar puestos públicos a millares, cosa imposible; además, me había trazado la norma de no colocar sino personas instruidas en alguna técnica. A maestros distinguidos dimos los principales puestos administrativos; en las posiciones más altas se utilizaron profesionales reputados en su especialidad, de preferencia sobre los que recurren al Gobierno y la política porque han fracasado en el consultorio o en el bufete. Si habíamos de exigir la calidad era preciso hacerse sordo a las recomendaciones, así viniesen apoyadas por amigos o familiares, y también, endurecerse el ánimo para no ceder ante los ojos que imploran un sueldo aun sabiendo que no son capaces de compensarlo con un servicio. Y es en estos casos extremos cuando la dádiva suaviza el dolor de la negativa.

... La corrupción no viene del ambiente; la difunde como una peste el mal gobernante. Pero hay casos en que siendo una mujer o un hombre todo lo buenos que es posible exigir, no sirven, sin embargo, para el puesto en que acertó a colocarlos el poder de una influencia mal empleada. Esto es lo que nos ocurrió con una de las directoras de escuelas de labores femeninas. Hay la idea de que sabiendo un poco de costura ya se entiende lo bastante para dirigir esa cosa vaga en la mente ignorante que es una Escuela Industrial de Mujeres. En nuestro plan entraba poner esas escuelas en manos de personal de primera y exigíamos no sólo el título



de maestra normalista, sino también preparación especial en cursos de oficios de mujeres. Y nos sobraba personal competente, perfeccionado con cursos complementarios en el extranjero. Y no hubo más remedio que mandar el cese a la buena señora que acababa de darnos una comida en su escuela para demostrarnos cómo adiestraba a las alumnas en el arte de poner bien la mesa. No estuvo mal puesta la mesa, porque la señora procedía de familia decente; pero de allí a mostrar capacidad para dirigir escuelas que estábamos convirtiendo, por primera vez, en modelos de acción técnica ilustrada, había un abismo.

... Comenzaba mi día a las siete de la mañana; desayunaba frutas y café, y a las ocho ya estaba visitando las obras, trepando andamios, urgiendo prisa, tomando nota de lo que hacía falta para apresurar su entrega. A las nueve llegaba a la oficina salpicado de cal. No había querido adoptar el sistema humillante del reloj marcador de la hora de entrada de los empleados, pero adopté otro. Al llegar a mi mesa de trabajo tocaba los timbres y convocaba a todos los jefes de departamento. Se presentaban éstos puntuales porque habían sido bien escogidos entre gente de honor, y es inevitable que un jefe cumplido fuerce a todos sus subalternos a serlo. Irritados algunos empleados viejos de que se les exigiera puntualidad cuando es uso en oficinas de Gobierno la pereza, comenzaron a apodarme “el Ministro Lechero”. ¿Qué horas eran esas de llegar a las nueve o antes, cuando se supone que un ministro caballero ha ido al teatro o a una fiesta la noche anterior y se levanta con la fresca de las once? No contaban con que yo no iba a fiestas ni a teatros. Ni siquiera correspondía visitas. Hay que prescindir del compromiso social si se quiere realizar obra. Ni el escritor, ni el profesional, ni el político podrán consumir tarea de fondo si no se someten a regla casi monástica, si no prescinden de los halagos del trato y aun de las satisfacciones de la familia y los amigos.

En acuerdos con los jefes de departamento se pasaba la mañana; tres taquígrafas despachaban la correspondencia y tomaban



al dictado comunicaciones, declaraciones, discursos y órdenes. Al mediodía, las mañanas de audiencias se abrían las puertas para todo el mundo. Penetraban a veces hasta doscientos, solicitantes en su mayoría. El uso de audiencia pública es un consuelo democrático que permite al público ponerse en contacto con los funcionarios; pero es inútil, aparte de penoso, por la repetición de la negativa. Las comisiones de importancia, y aun las menores, no se dan porque alguien fue a entrevistarnos; mal funcionario es el que no sabe escoger por sí o por sus ayudantes. Y las ideas que lleva el público valen poco para el que ya tiene un plan.

A los periodistas se les daba en la secretaría particular un boletín con noticias de las últimas obras realizadas. A menudo insistían y pasaban a hablar conmigo. Al principio fueron agrias mis relaciones con la prensa. Dominaba en ésta el viejo elemento porfirista, que a menudo me molestaba; me inventaron una vez que había mandado vender como papel viejo los incunables de la Biblioteca Nacional. Les respondí con grosería. No necesitaba de su propaganda; me hacían bien sus ataques y no tomaría la venganza de negarles informaciones. Allí estaban todos los archivos de la Secretaría para que se enterasen de cuanto quisiesen... Irritado por la incompreensión, por la sistemática oposición de mala fe, solté a menudo palabras poco dignas de un funcionario en tiempos normales; pero estábamos en lucha con el ambiente; eso explica, si no excusa, improperios que a mí mismo me pesaron por su injusticia, como aquel que tanto éxito alcanzó, cuando dije, refiriéndome a las dos lumbreras del antiguo régimen, Bulnes<sup>95</sup> y Moheno,<sup>96</sup> que me censuraban a menudo en

<sup>95</sup> Francisco Bulnes Muñozcano (1847-1924). Político y orador capitalino, con estudios de ingeniería. Su carrera como polemista ha quedado plasmada en una extensa bibliografía, cuya característica principal es la reflexión crítica sobre la historia mexicana. Se destacan entre sus obras *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención del Imperio* y *Las grandes mentiras de nuestra historia: la Nación y el Ejército en las guerras extranjeras* (ambas de 1904).

<sup>96</sup> Querido Moheno Tabares (1874-1933). Político y abogado chiapaneco. Como parte de la xxvi Legislatura federal, criticó duramente al gobierno de Francisco I. Madero. Tras la decena trágica (9 a 18 de febrero de 1913), se desempeñó como

secretario desde los despachos de Relaciones Exteriores y de Fomento durante el régimen huertista.

sus publicaciones: “Son los dos bueyes cansados del porfirismo”. Para los revolucionarios, la frase fue un alivio, porque a todos nos fatigaba la pedantería de los defensores de un régimen que en resumen nada había hecho por la cultura nacional. Y ahora que se ensayaba de buena fe un renacimiento, no se nos contestaba sino con la insidia, el denuesto, la calumnia. Amarga la boca, de la pelea, me juntaba a comer con los poetas, los artistas de la Secretaría, cambiando de restaurante, y disolviendo la bilis con un par de vasos de vino y mucha conversación agresiva, o jocosa, y sueños de grandeza en la obra. La prensa era libre entonces y la opinión y ambas se desquitaban con saña de las épocas prolongadas en que no se permite la crítica.

... Y es de justicia añadir que a la postre la prensa se rindió; al final de mi gestión no tuve mejores aliados que los periódicos, defensores todos de mi tarea, mientras no los venció el terror callista, que obligaba a condenarme o a silenciar mi nombre y exaltaba al que me ofendía. Hubo, sin embargo, un período no muy corto en que la honestidad del propósito nos juntó a todos en patriótica colaboración. Así, por ejemplo, cuando llegó a la Cámara de Diputados mi proyecto de ley, toda la prensa del país, que ya lo había divulgado, ejerció presión favorable.

Terminada la comida de mediodía, que raras veces hacía en casa, dormía siesta de veinte minutos en un sillón del despacho particular. Regresaban las empleadas a las cuatro y comenzaba el dictado. A menudo, audiencias especiales me robaban una o dos horas; pero el resto de la tarde se dedicaba a conferencias con los altos empleados del Ministerio y la discusión de la labor de los distintos departamentos. A las siete levantaba el campo y me dirigía a mi casa. Allí tomaba por cena unas frutas, jugaba con mis hijos un rato y luego me encerraba en mi biblioteca. Nadie entraba a interrumpirme, a excepción de mis hijos pequeños. La presencia de los niños es como el rayo de sol que penetra en una

secretario desde los despachos de Relaciones Exteriores y de Fomento durante el régimen huertista.



alcoba; no perturba la meditación: la ilumina. No pasa lo mismo con la gente crecida; no la tolero cuando tengo que trabajar; se me figura que me espían.

En tales horas de soledad ordenaba el trabajo del día siguiente, inventaba las tareas próximas. Imaginé así el escudo universitario que presenté al consejo, dibujado toscamente y con su leyenda: “Por mi Raza Hablará el Espíritu”, pretendiendo significar que despertaba nuestra raza después de la larga noche de su opresión. Éramos, como el judío, un pueblo que de su dolor secular debía extraer fuerza para las creaciones poderosas.<sup>97</sup>

Ocho y hasta nueve horas de sueño pacífico me dejaban expedito para las tareas del día siguiente. Y esto duró casi cuatro años.

... La Secretaría que estaba creando era mi amada exclusiva.

## EL CONTACTO CON EL PUEBLO

La idea de acercar la Universidad al pueblo era promesa de mi discurso inaugural de la Rectoría. Los recursos multiplicados del Ministerio nos permitieron darle más cumplido desarrollo. La labor iniciada en el suburbio miserable de la Bolsa se fue exten-

<sup>97</sup> En la siguiente propuesta de Vasconcelos, dada a conocer el 27 abril de 1921 en la sesión celebrada por el Consejo de Educación, se define la motivación para la creación del lema y el escudo universitarios: “Considerando que a la Universidad Nacional le corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana, y teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de organización de los pueblos, sustituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las federaciones constituidas a base de sangre e idioma comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana, y a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representa una nueva expresión de los destinos humanos: se resuelve que el escudo de la Universidad Nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda: ‘POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU’; se significa en este lema la convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima. Sostendrán el escudo un águila y un cóndor apoyado todo en una alegoría de los volcanes y el nopal azteca”.

diendo a otros barrios de la ciudad y pronto alcanzó difusión en los estados. En Puebla creamos una escuela popular de pequeñas industrias y artesanías. En Orizaba se fundó otra, y todo esto motivaba viajes frecuentes. Un tipo de enseñanza a la vez práctica y teórica combinaba los cursos de carpintería y de herrería, por ejemplo, con las conferencias sobre historia o sobre arte. Con puros obreros se formaron los orfeones, pero sin recurrir a los sindicatos, que todavía por entonces no funcionaban con autonomía. La alianza de estudiantes y obreros, un poco a la manera rusa, se hizo moda que no dejó de dar frutos. Pero el punto vivo de la unión de todas las clases debían darlo las escuelas. Al efecto, procuramos que las enseñanzas manuales impartidas en ellas tuviesen carácter útil; por ejemplo: empezamos a dedicar los talleres de las escuelas nuevas a la producción de material escolar, como bancos de clase, de los cuales había y sigue habiendo urgencia a millones. Y en vez de la antigua práctica de llevar hasta las sillas y los pupitres de las fábricas de Norteamérica, hicimos regla que el Ministerio habría de producir en sus talleres lo más elemental siquiera en materia de muebles, tal como ya lo empezaba a hacer en cuanto a libros, por medio del Departamento Editorial.

Pero el plan abarcó aún más; nos propusimos invertir en México y en talleres privados mexicanos todo el dinero que la Secretaría estaba gastando en habilitar sus diversas dependencias. Una huelga de los carpinteros y ebanistas de importante fábrica local nos dio la oportunidad de ensayar otro sistema que concurría al mismo fin. Convocamos a los huelguistas y les ofrecimos un contrato para la inmediata manufactura de todos los muebles del nuevo palacio de Educación, que pronto iba a abrir sus puertas. Y bastó un anticipo de menos de cincuenta mil pesos para que el comité de huelga organizara una Sociedad de Ebanistas en cooperativa. Esa sociedad obtuvo después todos los contratos de nuestro departamento; además, sirvió los pedidos de otras secretarías. Pudimos entonces convencernos de la capacidad, la seriedad

de los obreros mexicanos, cuando se ven libres de la coacción gubernamental y de la acción de los líderes.

Obras de lujo, como ciertas mesas del despacho de Educación Pública, fueron trabajadas por ebanistas independientes con un esmero y un arte que hace tiempo habían olvidado los maestros de labor. El dibujo de las mejores piezas les era entregado por nuestros artistas. Enciso, el pintor tan experto en cuestiones coloniales, se dedicó a revivir el mueble de tipo español antiguo. De la Escuela de Industrias Químicas nos surtían los cueros para los sillones de estilo arcaico. Y cada vez comprábamos menos al comercio; todo lo hacíamos en el departamento y lo hacíamos mejor y a más bajo precio.

Recuerdo la ocasión en que asistimos un grupo de los más íntimos colaboradores a contemplar la vidriera artística que acababa de terminar Montenegro en el Salón de Discusiones del antiguo San Pedro. Anteriormente todas las vidrieras de color, hasta los emplomados más vulgares, se encomendaban a casas francesa o italianas, productoras de horribles modelos en estilo cromo. Al descubrirse la obra de Montenegro, alguien la comparó con una vidriera que por esos mismos días había estrenado el Palacio de Hierro en su nuevo edificio, encomendado a ingenieros y artesanos traídos de Francia.

—Es muy superior —convinieron todos—, por el colorido del dibujo y aun por la solidez, la obra de Montenegro.

—Ya lo creo —expuse yo—; como que lo del Palacio de Hierro es obra de extranjeros... No puede el extranjero competir con nosotros.

Estas palabras en un pueblo vigoroso suelen ser arrogancia y “chauvinismo”. En un pueblo como el nuestro, enfermo de un justificado complejo de inferioridad, eran parte de la tarea del educador, utilizaban los triunfos de aquel incipiente renacimiento, para despertar los ánimos e infundirles confianza en las propias capacidades.



Con frecuencia visitábamos las poblaciones cercanas a la capital para inspeccionar las obras de construcción de las escuelitas locales o para llevarles libros o maestros que les daban conferencias.

... Estimulada por la Secretaría, la iniciativa particular cooperaba en todas partes en la gran obra de construcción educativa. El modelo siempre recordado era el de los misioneros católicos que antaño llegaban a los pueblos sin un centavo en el bolsillo y al cabo de dos quinquenios habían levantado capilla y aulas, talleres y campos de cultivo. Esto era educar, no redactar informes como los *researchers*. Los maestros de música visitaban también a los pequeños poblados, seleccionando el talento local, creando coros y representaciones.

#### YUCATÁN REVOLUCIONADO<sup>98</sup>

... Las escuelas se hallaban en el más completo abandono, pero contaban, como las del resto del país, con un personal de primera, formado en las escuelas normales de la época de Sierra. En verdad, el único grupo que ofrecía promesa era el de las maestras normalistas del estado, aseadas, inteligentes, patriotas. La cordialidad con que nos recibían resultaba conmovedora. En cada uno de los patios escolares de Mérida hubo fiesta con cantos, música y discursos floridos. Consumaba en esa época nuestra Secretaría un reparto de pianos por todas las escuelas del país. La promesa de una docena para Mérida entusiasmó al personal; pero hacía falta de todo. Algunas escuelas tenían dotación mediocre, pero las más se hallaban en la miseria y no alcanzaban los edificios para alojar a la mitad de los niños en edad escolar. En las aldeas, la situación era todavía peor.

<sup>98</sup> La visita a la península de Yucatán, que incluyó, además de excursiones a las zonas arqueológicas de Uxmal y Chichén Itzá, las ciudades de Mérida y Campeche, se inició el 27 de noviembre y culminó el 11 de diciembre de 1921.



... Celebróse una velada formal en el teatro más grande de Mérida. Asistieron las mejores familias y el pueblo. Hablaron Pellicer y Henríquez Ureña,<sup>99</sup> recitó versos Torres Bodet y dije yo algunas palabras, afirmando que en la obra que se desarrollaba necesitábamos de la colaboración de todas las clases de la sociedad. Los de arriba debían contribuir, enseñando el que sabe al que no sabe. La democracia no podía existir sin cierta nivelación económica y cultural de los habitantes. La mejor manera de evitar represalias futuras era educar a las masas, era convirtiéndolas a la comodidad de la vida civilizada. Al indio, que ha sido la amenaza de los blancos en la lejana y aislada mal poblada península, se le vencía instalándolo de propietario; incorporándolo a la cultura de la nación. En toda la sala hubo respuesta favorable. Gran número de personas de la clase alta habían secundado ya la tarea desanalfabetizadora que consumaba la Secretaría por medio de los maestros honorarios. Cada cual sentíase colaborador potencial de la empresa patriótica que se desarrollaba.

## UXMAL Y CHICHÉN-ITZÁ

... Toda la mañana subimos, bajamos, exploramos y nos hicimos retratar; hablamos sobre la necesidad de que el Gobierno tome por su cuenta la labor de las excavaciones, los estudios arqueológicos, aunque sólo sea para detener el abuso de las misiones extranjeras, que acarrear con los mejores ejemplares con rumbo a los museos de su país. El empeño había de resultar vano. Apenas lográbamos quitar a la Secretaría de Guerra una porción de lo que anualmente gasta en sostener el pulpo de un ejército inútil para

<sup>99</sup> Pedro Henríquez Ureña (1884-1946). Hombre de elevada cultura, hijo de dos intelectuales dominicanos (Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carbajal). A su llegada a México en 1906, aglutinó a su alrededor lo más granado de la juventud inquieta por transformar la cultura del país. Como un verdadero "Sócrates", influyó enormemente en la generación ateneísta mexicana, con quienes trabó íntimas relaciones, especialmente con Alfonso Reyes.



la guerra extranjera, y ya los diarios, los periodistas, los envidiosos, nos acusaban de estar derrochando dineros. Derrochando, porque hacíamos unas cuantas escuelas; en cambio, ninguno de estos rufianes de las letras ha escrito jamás una palabra en contra de los dispendios del Ministerio de Guerra. El Departamento de Arqueología dependía en aquella época del Ministerio de Agricultura. Me había empeñado en recobrarlo para la Secretaría de Educación; pero mi buen amigo Antonio Villarreal usaba su influencia con los diputados para impedir la accesión legítima. ¿Empezaba a sentir celos del crecimiento del Ministerio de Educación, en contraste con la modorra de su ínsula de Agricultura política?

... Al día siguiente, por la tarde, un tren nos dejó en Valladolid. En el remoto corazón del trópico dejaron nuestros ancestros una ciudad de gruesos muros, patios enlosados, balcones herrumbrosos, ventanas de reja y jardines de flamboyanes. Todo se encuentra en el más patético abandono. Nadie ha vuelto a pintar las fachadas; los muros derruidos no vuelven a alzarse y las puertas de gruesa madera están partidas, desportilladas. A las oscuras ventanas asoman cabezas curiosas de mirar la comitiva oficial; atravesamos la población en manga de camisa porque el calor no permite gran ceremonia. Y procuramos compensar con la sonrisa cordial el desgarbo que la sensibilidad pueblerina pudiera tomar a desdén. La visita principal fue para la escuela; acto cívico pedagógico, himno nacional, coros, saluciones. Recorremos unas cuantas salas desprovistas del material necesario, y como en todas partes, admiramos la fina sensibilidad, el talento de las maestras, que suplen con su ingenio lo que falta de libros y material. Prometemos un piano, por lo pronto; después, ya veremos; depende del país que se imponga a las Cámaras, se imponga al Gobierno, para que dedique más dinero a la enseñanza. Prometimos poco, para tener la certeza de cumplir; desde Mérida libré órdenes para el embarque de los pianos, que serían prenda de nuestra seriedad.



## LAS TENTACIONES DEL OFICIO

... Pero desafío a mis críticos para que digan si hay mujer que pueda ufanarse o indignarse de algún deshonesto intercambio de favores. O siquiera el caso de que alguien cobrase sueldos sin prestar ordinario servicio de oficina o de escuela. Y no procedía por reflexión, sino por irritación. Me ofendía que alguien me creyese capaz de distraer fondos del Gobierno en gastos indecorosos. Y en cuanto a mi propio dinero, bastante lo trabajaba para que fuese a derrocharlo y, además, no hubiera alcanzado para unos cuantos días de juerga. Solicitantes bonitas solían llegar a las audiencias, y por regla general las desahuciaba:

—Aquí se trabaja duro y se paga mal; usted no necesita sacrificarse; cátese mejor; está muy bonita...

Y se marchaban furiosas... A gente de teatro le presté ayuda una o dos veces, pero a distancia. Modestamente colaboramos por corto tiempo con una compañía de revistas que inició al público en el gusto del baile, el canto popular que pronto degeneró según está hoy, envilecido en lo soez y lo canallesco.

Intervinieron en el apoyo concedido a la empresa de revistas los mismos artistas de la Secretaría que en ella hacían de escenógrafos o de directores artísticos. Y de las artistas de la compañía no cobré ni el honor de una cena.

## NI CON UNOS NI CON OTROS

El Gobierno estaba dividido en dos bandos: el del partido Constitucionalista, que había postulado a Obregón y que encabezaba el general Hill,<sup>100</sup> y el de los independientes, que nos limitábamos

<sup>100</sup> Benjamín Guillermo Hill Salido (1874-1920). Militar revolucionario, oriundo de Sinaloa. Se formó en la disciplina castrense en Roma, Italia. Participó entre los primeros a favor del antirreeleccionismo, fomentado por Madero. Durante la lucha armada peleó al lado de Obregón, con quien compartía lazos sanguíneos. Al iniciarse el período presidencial obregonista, se ocupó de la cartera de Guerra y Marina,

a trabajar dentro del Gobierno sin ninguna filiación partidista. En la Cámara tenía mayoría el primer grupo. Y se hacían esfuerzos dentro del constitucionalismo por atraer a los independientes. A veces los esfuerzos llegaban a la amenaza. Así ocurrió cuando llegó el momento de la discusión del presupuesto de Educación para su segundo año de ejercicio. La figura políticamente fuerte de los independientes era De la Huerta. Calles también pertenecía a los independientes porque no lo querían los del Constitucionalista, afiliados a Hill. Antonio Villarreal se había aliado con los constitucionalistas. Los disidentes del constitucionalismo de Hill empezaron a buscar apoyo en Calles y en De la Huerta, que estaban, por el momento, unidos. Y Calles, viéndose repudiado de los políticos, empezó a trabajar las organizaciones obreras, comenzó a fomentar el sindicato de la CROM. Unos ocho días antes de que se discutiera mi presupuesto recibí la atenta, cordial visita de una comisión del partido Constitucionalista. Iba, entre otros, el licenciado Martínez Celis (?),<sup>101</sup> que pereció más tarde al lado de Serrano,<sup>102</sup> y que era un joven orador de arrastre y honestidad.

hasta su intempestiva muerte, acaecida sólo dos semanas después de asumir esa responsabilidad.

<sup>101</sup> El signo de interrogación es de Vasconcelos. Quienes efectivamente murieron ese 3 de octubre de 1927, en el poblado de Huitzilac, Morelos, fueron: generales Francisco R. Serrano, Carlos A. Vidal, Daniel M. Peralta, Miguel A. Peralta, Carlos Ariza Pineda, mayor Octavio R. Almada, capitán primero Ernesto Noriega Méndez, capitán Augusto Peña, licenciados Rafael Martínez de Escobar, Otilio González y Enrique Monteverde, además de los civiles Antonio L. Jáuregui, José Villa Arce y el periodista Alonso Capetillo. Es famoso el escape de este atentado del tabasqueño Francisco Javier Santamaría, narrado en un breve libro titulado *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre* (1939).

Por asimilación de apellido, Vasconcelos debe referirse a Rafael Martínez de Escobar (1889-1927). Abogado tabasqueño. Se afilió al antirreeleccionismo y, tras el movimiento armado de 1910-1911, sostuvo la fórmula Madero-Pino Suárez del Partido Constitucional Progresista. Su actividad legislativa lo llevó a ocupar la curul en varias ocasiones tanto en el Congreso de su estado como en el nacional. En 1927 apoyó a Francisco R. Serrano, lo que le costó la vida en la matanza de Huitzilac.

<sup>102</sup> Francisco Roque (algunas fuentes lo citan como Rufino, que era el nombre de su padre) Serrano Barbeytia (1889-1927). Militar oriundo de Sinaloa, pero que ligó su trayectoria con el llamado grupo Sonora. Obregonista de primera línea,

Me invitaron a inscribirme como miembro del partido, con lo que, me aseguraron, quedaría resuelta la aprobación íntegra de mi presupuesto, tal como lo mandara. Decliné, afirmando que mientras estuviera en el Gobierno prefería mantenerme alejado de la política. Y empecé a buscarme apoyos entre los independientes de la Cámara, sin romper con la mayoría. Sin embargo, corrieron voces de que mi presupuesto sería destrozado. Cuando me presenté a defenderlo llevaba ya clasificados a todos los representantes populares, con la biografía de cada uno, y advertí: “Al que se oponga a mi programa o lo escatime, lo desnudo en la discusión, haré ver sus móviles, denunciaré partidos y personas”.

El monto del presupuesto lo había discutido con Obregón, cerciorándome antes con De la Huerta acerca de la posibilidad máxima del Tesoro. Pues de nada servía que se votasen en papel sumas que después no se habrían de cubrir. Existía, en efecto, la costumbre de aprobar fuertes sumas para Agricultura y para Educación, por *vía de propaganda*, aunque se supiese que no serían gastadas. En cambio, en Guerra cada año se gastaba más de lo votado por las Cámaras, a título de imprevistos y extraordinarios. Presenté a Obregón un proyecto por cuarenta millones de pesos, bien detallados en cuanto a su empleo. Insistió Obregón en que era mejor pedir cincuenta millones, por si se podía disponer de esa suma. Acepté su indicación, pero dispuse mis gastos de modo que no se perjudicase el programa si sólo se contaba con los cuarenta millones. Mi cálculo fue tan aproximado, que en ese año, el mejor de todos los que ha tenido la Educación Pública en México, se gastaron en realidad únicamente treinta y ocho millones, debiendo advertirse que el dinero valía entonces mucho más que hoy, a razón de dos pesos por dólar. Y cuando los opositores quisieron morder en mi presupuesto pretendiendo rebajarlo, se encontraron que no existían las partidas globales usadas por otras secretarías.

fungió como secretario de Guerra y Marina (1922-1924). Al oponerse a la reelección de Obregón en 1927, se convirtió en candidato y sufrió las consecuencias. Murió fusilado en Huitzilac, Morelos, el 3 de octubre de 1927.



—No hay aquí partidas globales —expliqué— porque nosotros sabemos en qué vamos a gastar el dinero. Y aquí estoy para aclarar el empleo que ha de darse al último centavo. Para reducir este presupuesto —añadí— tendrían que cerrar escuelas, instituciones. ¿Votarán los señores diputados por que se suspenda el servicio, apenas iniciado, de los desayunos escolares? ¿Suprimirán con un voto adverso la nueva escuela de Industrias?

Y así sucesivamente, cada partida discutida en detalle no podía menos de ser aprobada. Pronto vieron los de la camarilla política que llevaban la de perder. Su mayoría vacilaba. Y Antonio Díaz Soto,<sup>103</sup> desinteresadamente, se hizo mi aliado. Pertenecía él al partido agrarista; un viejo partido revolucionario que poco después reorganizamos para enfrentarlo a los partidos personalistas. En ese partido agrarista, formado con los veteranos de la revolución, maderistas y antiguos zapatistas, acepté la vicepresidencia honoraria, y puede decirse que este movimiento nació de la discusión del presupuesto en la Cámara. Allí los elementos independientes se sumaron, y aunque estaban en minoría se impusieron, porque contábamos con gentes capaces y de prestigio y porque era buena la causa que defendíamos, patriótica y ajena a todo partidarismo.

Con el apoyo de dos o tres oradores como Díaz Soto y como Roque González Garza,<sup>104</sup> el ex villista que figuraba de independiente y se había reconciliado conmigo, al igual que los zapatis-

<sup>103</sup> Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967). Político potosino. Opositor al régimen de Díaz desde los días del Partido Liberal Mexicano, en el cual formó parte fundamental junto con hombres como Ricardo Flores Magón o Camilo Arriaga. Su tendencia agrarista lo condujo al lado de Emiliano Zapata, convirtiéndose en el asesor más brillante del Ejército Libertador del Sur. A la muerte del caudillo suriano, Díaz Soto y Gama se integró al obregonismo, que apoyó con su vehemente oratoria desde la tribuna de la Cámara de Diputados como representante del Partido Agrario, del cual fue fundador.

<sup>104</sup> Roque González Garza (1885-1962). Político nacido en Saltillo, Coah. Desde 1908 se afilió al antirreeleccionismo, desempeñando una incansable labor. Estrechó relaciones con Francisco I. Madero, a quien siguió fervientemente durante la fase armada que lo llevó al poder. Fue el segundo presidente nombrado por la Convención de Aguascalientes, donde representó a Francisco Villa. En los años veinte del siglo

tas, y con oportunas, tajantes observaciones que desde la tribuna pude lanzar contra los disidentes, nos fue fácil ir salvando, en una sesión de tarde y noche, casi todas las partidas. Y ocurrió algo más: los ánimos se fueron caldeando de entusiasmo ante el desarrollo de los planes por venir y las muestras de lo ya realizado, de suerte que al final, deshecha la oposición, que no era sino de un pequeño grupo de políticos, por unanimidad casi, la Cámara votó más dinero del que pedíamos. ¡Caso sin precedente! Y resultó de un modo casi mecánico. Al discutirse las partidas finales, decíamos, por ejemplo: Para escuelas rurales nuevas, un millón de pesos. Y algún diputado gritaba: No; es muy poco; que sean dos millones. Y la votación recaía unánime. Salí, pues, con cincuenta y dos millones aprobados, en vez de los cincuenta que pedíamos. El triunfo era halagador para el político, pero me lo amargaba la tristeza de saber que nunca serían pagadas esas sumas. Al contrario, ya en Hacienda, y pese a la buena voluntad de De la Huerta, empezaba la merma.

... De todas maneras, la aprobación del presupuesto nos proporcionó un triunfo espectacular, que si por una parte consolidó la posición de la Secretaría de Educación, por otra parte provocó celos que bien pronto habrían de organizarse directamente en mi contra. No les convenía a los que dentro del Gobierno conspiraban por la Presidencia como sucesores de Obregón, que el país se diera cuenta de que uno de los ministros trabajaba mientras los otros hacían política.

Menos aún les convenía mi posición independiente a los que andaban preocupados en atraerse elementos para sus grupos, en previsión de la campaña presidencial futura. Conversando con Obregón, alguna vez le dije:

—No me importan los partidos ni los grupos, porque mucho será que termine junto con usted. Me asquean los políticos y ten-

---

pasado obtuvo una curul en la Cámara de Diputados, apoyando principalmente al Partido Nacional Cooperatista (PNC).



go ganas de verme en mi despacho profesional ganando dinero, como antes.

Y lo cierto es que al comienzo del Gobierno obregonista ninguno de los ministros, mucho menos Obregón, cometió peculado ni se ocupó de negocios propios. Si mal no recuerdo, Ortiz Rubio fue ministro unos meses y tuvo que salir por causa de no sé qué lío de explotación de bosques. Yo fui consejero de la Caja de Préstamos a razón de cincuenta pesos mensuales y una gratificación anual o bianual que fue de poco más de mil pesos. Y la cobré una vez, porque pronto el exceso de trabajo de la Secretaría me obligó a faltar a las juntas. Para emplear en algo mis ahorros, que ya importaban unos quince o veinte mil pesos, me metí a un mal negocio. Me metió en él Pedro Henríquez Ureña, que también sumó sus ahorros a los míos para la compra de un terreno por la colonia Juárez, donde empezamos la construcción de una casa. Se encargaron de esta obra ingenieros que no pertenecían a la Secretaría de Educación, y salió toda muy cara y mal hecha, precisamente porque nunca acudía a ver la obra. Me parecía ruin dedicarle media hora a una casita privada en construcción, cuando por otro lado surgían edificios públicos escolares de valor de millones de pesos y de hermosura y magnitud jamás vistas en la República.

Ya tendría tiempo, al retirarme del servicio público, de hacer dinero para mi familia; por lo pronto, era necesario dedicar hasta el último minuto y el mejor pensamiento a la tarea que demandaba la patria. Y la patria de pronto se nos había vuelto grande y abarcaba el Continente.

## MAESTRO DE LA JUVENTUD

Ocurrió, en efecto, que empezaron a llegarnos comunicaciones oficiales y privadas y recortes de prensa de todos los países de habla española. Diversos factores concurrían para hacer de la Se-

cretaría de Educación de entonces punto de mira de la hispanidad. En primer lugar, el incidente de Venezuela había atraído hacia nosotros la atención continental.<sup>105</sup> En segundo lugar, operaba el *Boletín de la Universidad*, en que se daba cuenta de nuestras iniciativas, nuestros trabajos, y que circulaba en todos los centros universitarios y escolares del mundo. En tercer lugar, nos dio notoriedad la edición de los clásicos que circuló profusamente, ya regalada, ya vendida a bajo precio, por todos los pueblos de habla castellana, llenando en todos ellos un vacío. En cuarto lugar, la revista *El Maestro*,<sup>106</sup> que difundíamos en número crecido de ejemplares, con noticia de nuestras tareas y colaboraciones ilustres y sección especial dedicada a los asuntos hispánicos. Sin sentido de erudición como tanta revista técnica, sino con propósitos de resurgimiento moral y político del mundo latino frente a las naciones poderosas del momento. Si a todo esto se agrega el carácter nacionalista que se daba a la tarea en las artes, y en la literatura, y en la enseñanza, la intervención que ejercitábamos en el baile popular para proscribir exotismos y *jazzes*, reemplazándolos con jota española y bailes folklóricos de México y de la Argentina, Chile, etc., todo en festivales públicos y reforzado con proclamas e incitaciones a la confianza y orgullo de lo tradicional y vernáculo, se comprenderá por qué un día me llegó, caído del cielo, por la vía del telégrafo, un mensaje en que los estudiantes de Colombia me notificaban que, siguiendo la costumbre de nombrar periódicamente un “Maestro de la Juventud”, se habían

<sup>105</sup> Véase *supra* nota 53.

<sup>106</sup> El subtítulo era *Revista de cultura nacional*. El tiraje se calculó en cincuenta o sesenta mil ejemplares por cada aparición. Subvencionada y coordinada directamente por la SEP, era repartida gratuitamente y alcanzó 15 números, dos de ellos dobles. Véase Fell, *Los años del águila...*, pp. 499-510. Se cuenta con una versión contemporánea, facsímil, publicada por el Fondo de Cultura Económica, dentro de la colección *Revistas Mexicanas Literarias Modernas*, bajo los autores Enrique Monteverde (?) y Agustín Loera y Chávez (1894-1961), quienes la dirigieron.



fijado en mí en aquella ocasión y me pedían que aceptara la designación.<sup>107</sup>

Me pareció, desde luego, excesivo el honor y, además, comprometido. Y no respondí sino hasta que tuve los pormenores del caso. Comprendí entonces que no debía rehusar, porque el nombramiento significaba un esfuerzo para vencer el localismo de las patrias americanas, un generoso deseo de la juventud colombiana de acercarse a México, el antiguo aliado de Colombia y el país hermano por la sangre, la tradición, el idioma y las vicisitudes adversas de la política del siglo independiente. Y contesté a la designación en mensaje que anda en alguno de mis libros y que se publicó profusamente.<sup>108</sup>

... Por conducto de González Martínez,<sup>109</sup> a la sazón ministro en Chile, supe que Gabriela Mistral,<sup>110</sup> cuya fama de poetisa y maestra comenzaba, quería trasladarse a México, y en seguida por cable la invité a colaborar en la Secretaría fijándose de inmediato la fecha de su arribo a México. Por su parte, el doctor

<sup>107</sup> Tras levantar polémica entre la juventud colombiana, el refrendo de tal distinción se efectuó el 30 de mayo de 1923 en el marco de la Cuarta Asamblea de Estudiantes, reunida en Bogotá.

<sup>108</sup> Lo hizo a través de una carta dirigida al intelectual Germán Arciniegas Angueyra, principal promotor del nombramiento, fechada el 28 de mayo de 1923. Apareció en el *Boletín de la SEP*, I, 4, 1923, pp. 601-606. Además, se reprodujo en la revista *El Maestro*, III, p. 425 y, tiempo después, en la compilación de la oratoria vasconcelista titulada *Discursos, 1920-1950*, México, Ediciones Botas, 1950, pp. 57-64.

<sup>109</sup> Enrique González Martínez (1871-1952). Médico y poeta jalisciense. A pesar de la diferencia generacional, pues casi una década lo separaba del núcleo ateneísta, su influencia entre ellos debe considerarse relevante. Sirvió al gobierno de Huerta, por lo que en un principio fue maltratado por los revolucionarios, pero con el tiempo se afianzó nuevamente como puntal de la labor poética mexicana, lo que le hizo objeto de variados homenajes. Es amplia su trayectoria como diplomático. Se le consideró para el premio Nobel de literatura de 1949.

<sup>110</sup> Gabriela Mistral (1889-1957). Poetisa y pedagoga chilena. Su nombre real fue Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga. En 1922 arribó a México, invitada por Vasconcelos, a quien apoyó sin descanso en su labor de consolidación de la educación mexicana. Entre sus esfuerzos destaca la antología titulada *Lecturas para mujeres*.



Gastélum,<sup>111</sup> nuestro ministro en Uruguay, pendiente desde entonces del desarrollo de la Secretaría, invitó sin éxito a Juana de Ibarbourou<sup>112</sup> para que visitase a México. No aceptó la poetisa insigne, pero el anuncio de su invitación fijó las miradas en el foco de México. Y Obregón estaba encantado de que se hablara de su Gobierno en el extranjero.

En los Estados Unidos, las revistas independientes consagraban espacio a la obra que se realizaba en México y la encomiaban; pero pronto los banqueros empezaron a parar la oreja, según se verá en lo que sigue. No agradaba, en realidad, a nadie, en el Norte, el giro notoriamente nacionalista y suriano, en vez de nórdico, que nuestras actividades tomaban. Por prestar alojamiento a un derrotado de la política de Zelaya<sup>113</sup> en Nicaragua, el departamento de Estado de Norteamérica había tirado de las orejas a don Porfirio; no era de esperarse, pues, que se mantuvieran ahora indiferentes los del Norte frente a un programa de hispanismo constructivo y coherente. El “poinsettismo”<sup>114</sup> se sintió amenazado en sus bases.

<sup>111</sup> Véase *supra* nota 94.

<sup>112</sup> Juana Fernández Morales, mejor conocida como Juana de Ibarbourou (1882-1979). Poetisa uruguaya. Se le sitúa dentro de la corriente del Modernismo, aunque se le vinculó después con posturas de vanguardia. Se hizo acreedora del Premio Nacional de Literatura de su país en 1959.

<sup>113</sup> José Santos Zelaya López (1853-1919). Presidente de Nicaragua de 1893 a 1909, derrocado por Estados Unidos. Se refugió por un tiempo en México, lo que provocó el descontento del vecino del norte contra el régimen de Porfirio Díaz.

<sup>114</sup> Con este término, Vasconcelos engloba el mal que él considera han hecho a nuestro país los enviados oficiales del gobierno estadounidense, desde la obtención de nuestra independencia y hasta entonces. Joel Roberts Poinsett (1779-1881). Fue el primer representante oficial de Estados Unidos ante el gobierno federal de Guadalupe Victoria en 1825. Su injerencia en los asuntos internos mexicanos provocó su expulsión en 1830.

A poco de pasar Haya de la Torre<sup>115</sup> por Panamá, los estudiantes de la pequeña república istmeña también me votaron su adhesión hispanoamericanizante, al declararme su maestro.<sup>116</sup>

En México los estudiantes se mantenían reservados; más bien no acababan de tragarme. La necesidad de imponer disciplina a una grey que durante la anarquía carrancista se había acostumbrado a holgar me había creado diversos conflictos. Las expulsiones rápidas de algunos alumnos resultaban saludables; pero lo que más rencores me atraía entre el elemento poco laborioso era la presión que se sabía ejercíamos en los sinodales para que se mostrasen rigurosos en los exámenes. Las escuelas de Medicina y de Leyes estaban sobrecargadas de alumnos y con frecuencia repetía la recomendación: “Reprueben a muchos”; “eliminen a los inútiles”, “oblíguenlos a cambiar de escuela”. “En la Facultad de Industrias Químicas nos hacen falta los que en Jurisprudencia y Medicina sobran”. Y no se atrevían a organizarme huelgas, a declararse enemigos, porque me veían entre ellos inaugurándoles edificios, creándoles gimnasios, laboratorios y mejoras nunca soñadas. Todo esto les imponía respeto, pero no cariño. Y sólo mucho más tarde, cuando ya estaba fuera del Ministerio y en la oposición franca al callismo, fue cuando los estudiantes de México desbordaron su generosidad y se convirtieron en mis aliados.<sup>117</sup>

<sup>115</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979). Político e ideólogo peruano. Fue un luchador social a quien se considera entre los fundadores de los partidos de masas en su país. Desterrado por su gobierno, al llegar a México fue nombrado por Vasconcelos como “maestro misionero” y se integró al comité de redacción de *El Maestro*.

<sup>116</sup> Fue elevado como “maestro predilecto” por la Asociación de Estudiantes de Panamá y la Sociedad Camena, que agrupaba a las alumnas de las escuelas técnicas de ese país, a través de un mensaje fechado el 11 de agosto de 1923.

<sup>117</sup> Así se lo demostraron en la campaña a la presidencia que encabezó Vasconcelos en 1929.



## EL “DÍA DEL ALFABETO”

El Departamento de Desalfabetización, auxiliado por el cuerpo innumerable de los maestros honorarios, extendió sus actividades por todo el país. Eulalia Guzmán,<sup>118</sup> su directora entusiasta y competente, había creado brigadas. Se trataba de un servicio de emergencia patriótica, les habíamos dicho, y había que proceder como en vísperas de guerra o frente a una calamidad como la peste. Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas. La mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, a quien no sabe. Y se vieron clases privadas en que las amas de casa reunían a los criados propios y a los vecinos para enseñarles a leer. En las plazas públicas, al anochecer, celebrábamos verdaderos mítines. Con ayuda de las orquestas populares del Departamento de Bellas Artes, convocábamos a la multitud. En seguida se alzaba al aire el pizarrón, y sobre la plataforma improvisada la maestra de primeras letras daba su lección. El cine también ayudaba proyectando frases, explicando giros a la vez que las películas científicas o de viajes retenían a las masas. Rápidamente se fue desarrollando trabajo parecido en todos los centros de población. Y llegó el momento en que Eulalia consideró oportuno hacer una exhibición general de los resultados obtenidos en un semestre de trabajos formales. Y giró circulares, obtuvo la colaboración de todos los maestros regulares del país y de todos los particulares aficionados, para celebrar lo que llamó el “Día del Alfabeto”.<sup>119</sup> En la prensa de la época pueden verse las fotografías de procesiones sin número, formadas por niños, maestros y particulares, que con banderolas y músicas desfilaban por las calles, se detenían en los puntos de reunión para escuchar a los conferencistas, que celebraban la labor realizada, pregonaban estadísticas

<sup>118</sup> Eulalia Guzmán Barrón (1890-1985). Maestra normalista zacatecana. Encabezó a partir de 1923 la campaña nacional contra el analfabetismo. Durante esa época publicó sus ideas pedagógicas en el libro *La escuela nueva o de la acción*, México, Editorial Cultura, 1923.

<sup>119</sup> Véase *supra* nota 66.

y estimulaban al público para la continuación de la lucha contra la ignorancia.

Efícaz y sonada fue esta fiesta. Junto con la adhesión de las Cámaras, el ruido de la prensa y el éxito extranjero contribuyó a despertar a los ambiciosos de la política, que contemplaron alarmados nuestros avances en la opinión. Y empezaron a decir que usaba yo la Secretaría para hacerme bombo, acaso con fines presidenciales. Decían esto los agentes de los que no trabajaban en sus secretarías, pero sí las usaron exclusivamente para prepararse un partido político personal. Así es que respondí:

—Háganse bombo también ustedes, pero no obsequiando sinecuras, sino realizando trabajo, como yo lo hago.

Mi mejor, mi única propaganda era el *Boletín* de la Secretaría,<sup>120</sup> apretado de informes de la labor cumplida. A los diarios jamás les dimos un centavo de subvención; nunca pagamos esas hojas ilustradas en que se retrata al ministro frente al bufete que le da importancia. Ni siquiera porque el bufete en que nosotros trabajamos lo habíamos creado también, con manos mexicanas, y era el más bello, más imponente, de todas las secretarías de Estado. La costumbre de regalar suelditos a los reporteros jamás la seguimos. Los ayudábamos dándoles noticias interesantes. Y al que se portaba mal le cerrábamos la puerta, desafiando además a su diario, con el castigo de negarle nuestros informes.

No nos hacía, pues, la prensa la propaganda; nos la hacía el trabajo, y de paso ayudábamos a hacer los diarios, concediéndoles material de interés para la nación.

<sup>120</sup> Sobre este *Boletín*, el historiador galo apuntó: “[Su] organización general reproducía directamente la de la secretaría, como señala Vasconcelos en la presentación del primer número. Incluye secciones correspondientes a los principales departamentos previstos en el proyecto de ley de septiembre-octubre de 1920. También aquí se da un sitio importante a las reacciones de la prensa de la capital, y no se cita a la de provincia sino muy rara vez”. Fell, *Los años del águila...*, p. 498.



## LOS MISIONEROS MODERNOS

La inspiración para la enseñanza de los indios nos vino, como era natural, de la tradición española. Por haberla negado, olvidado, nada logró la República en su siglo de vida independiente. También nos sirvió la tradición de apoyo en contra de la doctrina que ha estado permeando a los maestros de México, llevándolos a la imitación del sistema norteamericano de abordar el problema indígena. Sistema fundado en la etnografía positivista, que exagera las diferencias de razas y hace del salvaje un ser aparte, una especie de eslabón del mono y el hombre. Los educadores españoles, desde antes que apareciera la etnología, por intuición genial, y también por experiencia, habían abandonado, después de ensayarlo, el sistema de aplicar a los indios métodos especiales y ubicación escolar separada. Y en lugar de la separación escolar establecieron la fusión de las castas en la escuela y en el culto. De esa fusión ha resultado la homogeneidad de nuestra raza nacional, la relativa cohesión de las castas. En tanto que del protestantismo cientifizante que, antes de mi gestión y después de ella, ha estado creando colegios especiales para indígenas, no puede resultar sino un remedo de la situación norteamericana enconadamente dividida por motivos de color y de raza. Adoptar el sistema norteamericano equivale, por lo mismo, a deshacer la obra social más profunda y eficaz de la Colonia, el maridaje estrecho de indios y blancos.

La tesis etnológica que va implícita en el sistema de la enseñanza en común de indios y blancos la desarrollé más tarde en mi libro *La raza cósmica*;<sup>121</sup> pero la idea central de la tesis era ya la esencia del programa que impusimos, en realidad, y no consistía sino en un desarrollo de la vieja tesis católica española de la igualdad de los hombres ante el Espíritu.

No se nos escapaba que en ningún caso podríamos realizar labor tan eficaz como la de los misioneros españoles porque para

<sup>121</sup> Véase *supra* nota 64.

ello nos faltaba el personal adecuado. Por competentes que sean los maestros normalistas modernos, cada uno de ellos tiene encima el peso de montaña de una familia. El obstáculo mayor de todo apostolado. La fuerza del misionero consistió en que, libre de mujer, hijos y parientes, se formaba la familia espiritual entre los mismos que civilizaba y salvaba. Aparte de esto, ¿quién podría entre los maestros laicos revivir el fervor de los misioneros, que creían salvar, no sólo el cuerpo, también y principalmente el alma de sus educandos? Si tan bien enseñó el misionero las labores del campo y los oficios es porque todo trabajo manual lo veía como secundario frente al interés máximo de la enseñanza espiritual que redime las conciencias. El maestro laico, encadenado a una filosofía ramplona que, en el mejor de los casos, con Voltaire y con Rousseau, no niega el alma pero tampoco la toma muy en serio, no puede hablar del espíritu; quizá por esto mismo resulta deficiente para enseñar las artes del trabajo productivo que aseguran el sustento. Y cayó la instrucción en la verbología de textos que simplifican y resumen la teoría científica y la vuelven inútil por desligada de la práctica.

Pero no teniendo otro material de que echar mano, pensamos que lo mejor era combinar el personal, y a falta de un maestro completo como el fraile, que sabía cultivar un campo y aserrar, ensamblar la madera, de una mesa, nosotros empezamos a mandar grupos de maestros: uno de artesanías que enseñara a labrar la tierra y a forjar el hierro; otro que fuese artista y pudiese inspirar a la población el gusto de la belleza, único camino que le queda al laico para acercarse a las cosas de Dios, y otro más para que incitase a la acción social y a la colaboración en la obra patriótica; otro, finalmente, para las primeras letras y las matemáticas.

Y nació así el misionero de tipo moderno, por lo común un maestro normalista que hacía de jefe del grupo de educadores y convivía con los indios, ayudándolos a levantar la escuela con los recursos locales, y enseñando los rudimentos de la pedagogía a jóvenes de cada localidad, que en seguida quedaban encargados



de la incipiente enseñanza. Detrás de este iniciador llegaba la misión escolar con sus peritos de agricultura y de oficios y artes. También recorría los lugares el lector, que en la plaza pública divulgaba capítulos de historia y de geografía, leía de los diarios y proyectaba cintas cinematográficas culturales. A su lado solía caminar el músico encargado de despertar el interés local por el arte sonoro, y así sucesivamente, según las posibilidades pecuniarias y el personal de que en cada caso podía echar mano.<sup>122</sup>

Tarea tan distinguida requería talento de primera capacidad. Para obtenerlo hicimos de los misioneros los más bien pagados entre todos los maestros de la Secretaría.<sup>123</sup> Y no contentos con usar lo mejor del normalismo, lanzamos una convocatoria que cualquiera puede ver en las publicaciones del ramo, invitando a los poetas jóvenes, a los artistas, a los hombres de letras y de talento de todo el país, para que nos dieran su colaboración, como quien presta servicio militar de la cultura. Uno o dos años les pedíamos que dedicasen a visitar las zonas indígenas y a convivir en ellas, con los indios.

Maestros de esta índole fueron por tiempo más o menos corto algunos de nuestros mejores poetas y artistas jóvenes. Entre los extranjeros, persona eminente como Gabriela Mistral desempeñó este servicio más de una vez.<sup>124</sup>

<sup>122</sup> Con el objeto de realizar una acción efectiva de propaganda cultural, tecnológica y sanitaria en las zonas rurales del país, la primera misión se llevó a cabo en octubre de 1923 en Zacualtipán, Hidalgo. Al año siguiente, en mayo se ejecutó el proyecto en Cuernavaca. Hacia el invierno, ya con Vasconcelos fuera de la secretaría, continuó el esfuerzo, que se amplió a las capitales y ciudades principales de los estados de Puebla, Guerrero, Colima, Sinaloa, Sonora, Nuevo León, Hidalgo y San Luis Potosí.

<sup>123</sup> Se les asignó la cantidad de 10 pesos diarios, elevado salario si se considera que un maestro ciudadano ganaba ocho.

<sup>124</sup> La poetisa contaba con la experiencia práctica, pues había sido maestra rural en su país. Sobre su labor en México, Vasconcelos afirmó: "Guardado, en interior discreto y fecundo, su don de poesía superior y revestida de manto apostólico, limpia la intención y activo el paso, Gabriela trabajó más de un año por las aldeas de la República, ejerciendo de maestra rural ambulante, envuelta toda su gloria en rebozo pueblerino, ignorada su fama de aquellos a quienes servía, depositando en cada una



## ARTE, INAUGURACIONES Y VIAJES

... Y una de las exigencias de nuestro programa era poner en contacto, cada vez que fuese posible, al gran público con el gran artista, no con las medianías. Y lo que antes sólo escuchaban las clases relativamente adineradas que se pueden pagar un billete de ópera, se puso al servicio de las multitudes. Entre los que recuerdo, fue éste mi mayor derroche y el más fecundo, sin duda.

... Las actividades de la Secretaría me estaban ligando demasiado con los obreros. En mi viaje a Orizaba para la apertura de una Escuela Industrial, toda la plana mayor del sindicalismo orizabeño me había dado un banquete. En los centros obreros de la región veracruzana fomentábamos la escuela de los trabajadores. Un alcalde obrerista de Veracruz había dado mi nombre a una escuela construida de nuevo, desde sus cimientos. Y todas las mañanas de los domingos llenábamos los teatros de la capital con público en gran parte obrero, al que dedicábamos conferencias de cultura general, conciertos y bailes de escenario.

Quitarme la dirección de toda aquella tarea a fin de colocarla en manos más dóciles, comenzó a ser preocupación de todos los aspirantes a suceder a Obregón. El mismo Obregón, que no quería sombras, empezaba a alarmarse de mi creciente acción pública y preparaba un golpe que el viaje mío iba a facilitar.<sup>125</sup> Consistía el golpe en cambiarme personal directivo del Ministerio. El subsecretario y el oficial mayor se hicieron mis adictos. Sustituirlos con personas más aprovechables en las combinaciones que para la transmisión del mando se urdían, fue decisión que se preparó durante mi ausencia. Por lo pronto, yo me decidí a gozar de aquellas vacaciones incomparables, con toda voluptuosidad y despreocupación.

de las almas postergadas un grano de fe en la existencia, una brizna de aquellos conocimientos que encienden luz en medio de la desolación y el quebranto". "Homenaje a Gabriela Mistral", en Vasconcelos, *Discursos...*, p. 224.

<sup>125</sup> Fue enviado con título de embajador especial y visitó Brasil, Argentina, Chile y Uruguay entre agosto y diciembre de 1922.

La voluptuosidad de la bahía de Río de Janeiro y de la selva del trópico; las caídas del Iguazú. Las visiones magníficas me emborrachaban de júbilo anticipado.

Antes de partir, rogué a De la Huerta:

—Préstele a mi oficial mayor, Peralta, la misma confianza que a mí me tiene, facilítele exactamente las mismas sumas que a mí me ha estado dando para las obras escolares, que no quiero ver paralizadas con mi viaje.

Prometió De la Huerta y cumplió. Meses después, sin embargo, y así que regresó de su malhadado viaje a Nueva York como Ministro de Hacienda,<sup>126</sup> De la Huerta me dijo:

—Ya no podrá haber aumento de gastos en Educación, Pepe, porque los banqueros se oponen. Una de las más serias objeciones que me hicieron fue que se gastaba demasiado en educación...

Sobre esto insistiremos más adelante. Pero los primeros relámpagos de la tempestad que amenazaba la torre del Ministerio apenas levantado estallaron durante mi viaje al Sur. Los detalles de este viaje no los repetiré; los he escrito en mi libro *La raza cósmica*.

Me despedía de la ciudad con la fiesta magnífica de la inauguración del edificio del Ministerio. Hacía meses que ocupábamos la sección del frente, y paso a paso, según se terminaba un ala, en seguida ensanchábamos las oficinas. La ceremonia de inauguración, sin embargo, se fue aplazando porque condenábamos la costumbre de la ceremonia oficial de primeras piedras que luego se quedan en puro proyecto. Nosotros celebrábamos el rito de última piedra, y así se hizo. La Secretaría descubrió en su remate una Minerva que, muy serena y hermosa, preside el frontón del edificio, escoltada de Dionisos y Apolo. El día de la inauguración, después del concierto y discursos, se sirvió comida hecha en

<sup>126</sup> En el que negoció el tratado Lamont-De la Huerta, signado por los banqueros estadounidenses y el representante de México. Con ese documento, que reanudó el servicio de la deuda pública exterior, se dio el paso inicial para el reconocimiento, aunque significó el principio del alejamiento entre el presidente Obregón y su ministro de Hacienda, que redundó en la rebelión de diciembre de 1923.



nuestras escuelas industriales para siete mil maestros, empleados y obreros.<sup>127</sup>

## DISERTACIÓN EN WASHINGTON<sup>128</sup>

... A los pocos meses de mi regreso empecé a inaugurar los nuevos edificios escolares y bibliotecas. Llevé a Obregón en triunfo por los barrios pobres donde funcionaban los salones de lectura y los comedores escolares, las escuelas taller y las escuelas granja. La ciudad nos aclamaba y en el resto del país el empuje de la Secretaría era notorio. Las invitaciones para visitar las escuelas federales recién creadas en los estados me sacaban a menudo de la capital. Nunca hice viaje que no tuviese por objeto inaugurar escuela ya construida, mejora ya terminada; nunca para repartir promesas ni averiguar cuáles eran las necesidades. Ésa es labor de inspectores, no de ministros. El ministro debe saber. La conveniencia de que el alto funcionario se movilice no debe confundirse con la tontería de convertirlo en agente viajero. El gerente de una fábrica no recorre los distritos de su clientela; dirige la distribución y hace función de cabeza. El funcionario sin cabeza viaja y convierte su oficio en verbena que pagan los que trabajan. Por donde íbamos se hacía patente el fruto de dos o tres años de labor sincera.

<sup>127</sup> En su emotivo discurso, pronunciado el día de la inauguración del edificio, Vasconcelos concibió así este gran logro: “Heredamos unas ruinas y un mal proyecto, y no quisimos hacer ceremonia alguna cuando se colocó la primera piedra, porque sólo la última piedra es orgullo de los fuertes y sólo sobre ella levantaremos cantos. Hemos trabajado procurando responder en cada detalle a la transformación moral que se ha operado en la República apartándonos del pasado inmediato y pensando en el destino propicio para poder levantar un edificio símbolo, como este que veis ahora de proporciones nobles; sólido y claro como la conciencia de la revolución madura”. En Vasconcelos, *Discursos...*, p. 41. En esa construcción sigue despachando el Secretario del ramo.

<sup>128</sup> Donde pernoctó, a la vuelta de su periplo sudamericano, en diciembre de 1922.

Sin embargo, yo andaba triste; triste por lo que sentía de agitación mezquina bajo la trama gubernamental, y triste por el contraste de lo poco que hacíamos y lo que había visto en el Brasil y en la Argentina. Y a cada editorial, a cada nota en que se elogiaba al Gobierno porque gastaba dinero en educación, respondía yo con advertencias graves: No se deje engañar la opinión; no se ufanen los amigos de buena fe; lo que estamos haciendo es apenas un comienzo, no un coronamiento. Nuestra educación pública ha estado descuidada durante todo un siglo; no es posible que en dos o tres años se rehaga. En la Argentina, en el Brasil, las escuelas primarias, más bien atendidas que las nuestras, son espaciosas, numerosas, ricas y alegres. En el Brasil y la Argentina los presupuestos de educación pública son dobles, triples que los nuestros. México, que por su tradición colonial debiera estar a la cabeza de la América española, está rezagado. Es menester que el público nos preste apoyo, no tanto por lo que ya hemos hecho como por lo que todavía falta por hacer. No imaginábamos que no sólo ya no se haría, sino que todo lo hecho se vendría abajo lentamente al producirse un régimen como el de Calles, cómplice de la vieja intriga contra todo lo mexicano.

### LA PUNTERÍA DE WALL STREET

... En las discusiones con los de Wall Street, alegaba el Gobierno escasez de recursos para cubrir las enormes sumas que por concepto de intereses se debían desde el desbarajuste carrancista, y los banqueros tomaban en sus manos el presupuesto oficial para discutirlo y señalarle recortes. Y no fueron a dar con la Secretaría de Guerra; el ejército les mantiene al país quieto y sumiso. Según el propio De la Huerta, lo primero que apuntaron en Wall Street fue el gasto que se consumaba en escuelas. ¿Para qué quería tanta escuela una población de mestizos? Además, el Departamento de Educación estaba funcionando sin consulta, sin consejo de



las misiones educativas yanquis. Y peor aún, no me perdonaban los de Lamont la posición que tomé cuando me visitó cierta delegación neoyorquina, en vísperas del Consejo de Ministros que suponían había de tratar sobre la reanudación del servicio de nuestra deuda. En mi mejor dialecto del *Bowery*, les expuse lo que repetía en público: Que toda la deuda exterior de México era una larga cadena de estafas de la Banca Internacional. Y que si algo debía pagarse en atención a los inversionistas de buena fe, ello debería hacerse eliminando a los banqueros y comprando en el mercado los despreciados bonos de nuestros títulos.

### DIVISIÓN EN LAS FILAS

Así como en el Ministerio todos trabajábamos con disciplina espontánea y colaboración unificada, en la Universidad todo era desorden. Particularmente, la Escuela Preparatoria seguía siendo un desastre. No habíamos logrado hallarle un buen director y casi no dependía de nuestro arbitrio nombrarlo. Habíamos puesto a Antonio Caso en la rectoría<sup>129</sup> y, en general, designábamos para los cargos universitarios a los recomendados del rector. En algunos casos fue tan notorio el fracaso, que en un momento de desesperación había decidido convertirme en el director y, al efecto, me trasladé dos horas por la mañana a la Dirección de la Preparatoria. Apoyando a los muchachos laboriosos en contra de los grupos de estudiantes políticos, pude restablecer la disciplina a cambio de media docena de expulsiones. Pero Caso se resintió. ¿En qué situación quedaba él, nos dijo, si uno de sus directores era el ministro, a quien no podía dar órdenes?

—Déme sus órdenes como rector —le contesté—, que yo las obedeceré como director, no como ministro.

Pero ni daba órdenes ni nunca las había dado, y eso era lo grave. Su posición de rector la servía muy decorosamente; más

<sup>129</sup> A partir del 12 de diciembre de 1921.

aún: ceremoniosamente. Nadie como él para decir un discurso académico y para presidir un cónclave literario; pero sus capacidades administrativas eran nulas y no se dejaba ayudar. Rodeado de pequeños aduladores que le incitaban a los celos conmigo, lentamente nuestras relaciones amistosas se fueron agriando.<sup>130</sup> Para no romper con él me había retirado de la Dirección de la Preparatoria, y de común acuerdo habíamos designado director a un favorecido de Caso: el señor Lombardo Toledano. Tiene Caso la debilidad de los parientes. A Lombardo lo recomendó porque un hermano de Caso había contraído matrimonio con una de las hermanas de Lombardo. Otra hermana de Lombardo estaba para casarse con Pedro Henríquez Ureña, que tenía también influencia en el Ministerio. Creí, pues, que el ingreso de Lombardo a la Dirección de la Preparatoria conciliaría intereses, me uniría de nuevo con mis colaboradores de primera categoría: Caso y Henríquez Ureña.

... Para compensar a Lombardo lo autorizamos para que habitara con su familia un departamento interior del edificio de la Preparatoria. Y le dije al entregarle la escuela:

—Le doy seis meses para que haga lo que quiera, pida los recursos que necesite y desarrolle su programa; confío en su éxito.

Lo primero que hizo Lombardo fue resucitar unas circulares giradas en la época de mi gestión como rector, en las que se recomendaba a los estudiantes el acercamiento a los obreros, la unión de estudiantes y obreros un poco a la rusa. De las cosas buenas del sovetismo fui el primer imitador mexicano. Pero Lombardo no recogió el antecedente de su propio jefe; se presentó como iniciador de la acción universitaria entre los obreros. Y empezaron en la Preparatoria las juntas políticas y los discursos radicaloides. Lombardo procedía de un seminario poblano; su educación había sido católica y había sido, además, un buen auxiliar de la

<sup>130</sup> La relación entre ellos provenía desde antes del movimiento revolucionario de 1910. Juntos promovieron actividades culturales diversas, encaminadas a desvirtuar el positivismo en boga, que redundaron en la formación de la asociación civil conocida como el Ateneo de la Juventud (octubre de 1909).



administración de Victoriano Huerta cuando la militarización de la Preparatoria. Su nuevo celo lo atribuíamos al deseo de borrar su pasado. Pero la Preparatoria comenzó a convertirse en centro de agitaciones, dirigida desde la CROM, en donde Lombardo hacía méritos.

—Impongan disciplina —mandaba yo a suplicar de cuando en cuando.

Y para unificar la gimnasia y el canto, le mandé al maestro Beristáin. En todas las escuelas no universitarias teníamos ya establecidos orfeones y fiestas deportivas. La Universidad, por la abstención de Caso, se mantenía ajena al plan general. Beristáin, con su tino de viejo maestro, logró que Lombardo le aceptara algunos maestros de canto; lo autorizara para organizar. A los pocos meses, la Preparatoria contaba con un buen orfeón. Entonces Lombardo invitó a la prensa y me llevó a presidir; mientras se desarrollaba el programa de Beristáin, idéntico al que se daba desde hacía dos años en otras escuelas, Lombardo, con inconsciencia perfecta, me dijo:

—Ya ve usted la labor que he iniciado.

No le dije nada. Se conocía que no leía los diarios, o no quería enterarse. Se sentía inventor de lo que ocho mil espectadores contemplaban domingo a domingo en nuestros festivales de Chapultepec.

Lo que hice con los maestros de canto lo repetí con los de educación física. Desde hacía tiempo era mi ideal hacer del preparatoriano un tipo de eficiencia física, moral e intelectual; aspiraba a que pudiera reconocerse entre mil al preparatoriano joven, como ocurre con el cadete de West Point, o como ocurría en tiempos de don Porfirio con el cadete de Chapultepec. ¡Joven atlético, culto y cortés, dispuesto a usar el talento y la fuerza en el servicio de la justicia! Quería desterrar de nuestro ambiente universitario el preparatoriano de tipo usual, enclenque, pálido y de músculos flácidos, en la boca el cigarrillo, en los dedos la mancha de la nicotina. En el hermoso anexo que habíamos obsequiado a la Preparatoria



construimos una gran piscina. En el colegio contiguo hice construir otra piscina menor, dedicada a las alumnas, separada de la de los hombres, todo con anexos de baños y gimnasios. Para celebrar la inauguración de la piscina mayor hicimos una fiesta y le dije a Lombardo:

—Ahora se podrá lucir; exhiba su escuela; haré que venga Obregón a descubrir la estatua de Las Casas, en el patio nuevo.

Salvo por la hermosura de las nuevas construcciones, que eran obra del Ministerio, la fiesta resultó una desilusión. El mismo Presidente advirtió el contraste de aquella nuestra mayor escuela y las otras que regenteábamos directamente. Con gesto anémico y brazos emaciados hicieron los alumnos un remedo de evoluciones gimnásticas. En Medicina, en Jurisprudencia y en Ingeniería, en la Normal, teníamos ya lograda una juventud atlética; ¿por qué la Preparatoria se quedaba atrás?

—Es que no había gimnasio —alegó Lombardo—; usted ha descuidado esta escuela...

—Bueno, pues ahora ya tienen gimnasios y tienen piscinas —y riendo, aconsejé—: Publique un reglamento que diga: *Nadie saldrá de aquí que no sepa nadar...*

Bastaba, por supuesto, con que yo sugiriera algo para que no se hiciese. Todas las noches, en el interior del edificio de la Preparatoria, que decoraban artistas como Orozco<sup>131</sup> y como Fernando Leal,<sup>132</sup> mis subordinados Lombardo, Henríquez y De la Selva<sup>133</sup>

<sup>131</sup> José Clemente Ángel Orozco Flores (1883-1949). Pintor jalisciense. Desde muy joven se interesó por la creación plástica, a pesar de haber perdido parte de un brazo en un accidente con pólvora. Colaboró en varios periódicos como caricaturista. Su obra mural, iniciada gracias a Vasconcelos, es reconocida mundialmente.

<sup>132</sup> Fernando Leal (1896-1964). Pintor potosino. Decoró con toda libertad las paredes de la Escuela Nacional Preparatoria en el edificio de San Ildefonso. Además, se conserva su trabajo muralístico en la Capilla del Cerrito, en la basílica de Guadalupe, en la Ciudad de México.

<sup>133</sup> Salomón de Jesús Selva (1893-1959). Poeta nicaragüense, mejor conocido como Salomón de la Selva. Incansable viajero, desde muy joven comenzó su peregrinar, al marcharse a estudiar a Estados Unidos, becado por su gobierno. Profundizó sus lazos de amistad con Pedro Henríquez Ureña, quien lo introdujo en el círculo

hablaban del ministro ya próximo a desvariar. El exceso de trabajo me tenía reblandecido; la paranoia se había desatado. Y con la ayuda de Morones,<sup>134</sup> al advenimiento de Calles, si no es que antes, Lombardo sería el ministro; un hermano de Antonio Caso, Alfonso,<sup>135</sup> profesor universitario y ayudante de Gasca,<sup>136</sup> el de la CROM, sería el subsecretario. Había que tolerarme, mientras tanto, mis desplantes, mis injusticias y vanidades. Entre tanto, afuera, en el país, los partidarios de Calles, gente toda a sueldo de Gobernación, se apoderaban de las uniones obreras y amenazaban a los empleados públicos que rehusaban declararse callistas.

En algunos ministerios el propio ministro había forzado a los empleados a formar ligas en apoyo de la candidatura de Calles. El judío Haberman,<sup>137</sup> que entró a mi Secretaría como humilde

ateneísta. Durante el periodo de Vasconcelos como ministro de la SEP, publicó su libro *El soldado desconocido* (1922), con ilustraciones de Diego Rivera.

<sup>134</sup> Luis Napoleón Morones (1890-1964). Político nacido en la capital mexicana. Desde los estratos más bajos del gremio obrero, para la cúspide de la organización y del poder político que esto significa, Morones transitó hasta convertirse en uno de los hombres más influyentes en el México de los años veinte del siglo pasado. Fundador de la Confederación Regional Obrera Mexicana (1918), combinó sus actividades gremiales con la función pública, dirigiendo una secretaría, la de Industria, Comercio y Trabajo, durante la presidencia de Calles. Su filiación al Jefe Máximo lo remitió al exilio en 1935.

<sup>135</sup> Alfonso Caso Andrade (1896-1970). Hermano de Antonio Caso. Destacó principalmente en el campo de la arqueología mexicana. Sus aportaciones al conocimiento de las civilizaciones prehispánicas le han dado fama mundial. También realizó estudios de jurisprudencia. A la par con su preparación en la Escuela de Altos Estudios, se dedicó a la docencia e impartió la cátedra de filosofía del derecho, además de trabajar como abogado en la secretaría de Industria y Comercio.

<sup>136</sup> Celestino Gasca Villaseñor (1890-1981). Líder obrero y político oriundo del estado de Guanajuato, cuyo nombre real era Celedonio. Se relacionó con el Constitucionalismo al participar activamente en la formación de los llamados “Batallones Rojos”, formados por obreros incorporados al ejército, que fueron primordiales en el triunfo de Carranza. Durante la presidencia de Obregón gobernó el Distrito Federal, hasta la rebelión delahuertista, cuando volvió a tomar las armas a favor del régimen. En 1961 encabezó un fallido golpe de Estado, que lo condujo a la cárcel.

<sup>137</sup> Robert Haberman (1883-1962). Abogado, supuestamente nacido en Nueva York, aunque algunas fuentes lo ubican como oriundo de Rumania. Emigró a México en 1917, donde actuó con gran soltura, tanto en el ámbito obrero como en los diversos gobiernos posrevolucionarios, a los que ayudó en las negociaciones de



maestro de inglés, para descararse más tarde como agente y consejero de Calles en persona, pretendió hacer lo mismo con los empleados de Educación. Lo desautoricé públicamente; lo amenacé con la cesantía. Las escuelas profesionales que dan el tono a la opinión estudiantil, la de Jurisprudencia, la de Medicina, la de Ingenieros y la de Electricistas, tenían directores leales y cultos; ellos y los alumnos eran, por lo tanto, violentamente anticallistas. Pero allí estaba la Preparatoria y con ella la plana mayor de la Universidad como un enigma. Lombardo, Alfonso Caso, los prefectos de la escuela, no disimulaban sus relaciones con la CROM callista.

Al edificio principal de la Preparatoria me presentaba rara vez; Orozco me hacía mala cara cada vez que me asomaba a ver sus frescos. Pero al anexo iba casi todos los días porque no concluían aún las obras sanitarias. Estábamos dotando a la escuela, por primera vez en su historia, de retretes a la americana, casi lujosos. Y me había propuesto desterrar la baja costumbre de mantener las paredes cubiertas de letreros obscenos o simplemente rayadas por la impertinencia de muchachos malcriados. “El que pegue papeles o ensucie los muros de este nuevo edificio será expulsado”, había yo dispuesto, y comuniqué la orden a Lombardo, que no la objetó. Una mañana, según discurría por el segundo patio del anexo, después de discutir con *Atl*<sup>138</sup> de olas y panoramas a la japonesa, me llamó la atención un aviso impreso, pegado en una columna. Para los avisos había una tabla especial, pero allí estaba

reconocimiento y comercio con Estados Unidos. Su colaboración ideológica en la formación del Partido Socialista del Sureste (1921) fue notoria. Jefe del Departamento de Lenguas Extranjeras en la “SEP de Vasconcelos”, fundó posteriormente una escuela de estudios sociales.

<sup>138</sup> José Francisco Gerardo Murillo (1875-1964). Pintor nacido en Guadalajara, Jalisco Conocido mejor por su seudónimo *Dr. Atl*. A los 19 años partió a Europa, becado por el gobierno, donde recogió importantes enseñanzas, que después compartió con la pléyade muralista a la que Vasconcelos encargó la decoración de los edificios públicos. Durante la revolución tuvo mucha actividad, ya fuera al lado de Carranza, sirviendo de enlace entre los obreros en la formación de los “Batallones Rojos”, o tratando de aglutinar a los jóvenes artistas desde su periódico *La vanguardia*.

el anuncio insolente, repartido también sobre los muros recién preparados para el fresco. Me acerqué; se trataba de una circular en que se citaba a los alumnos de una sociedad estudiantil para una junta próxima.<sup>139</sup> Vi entre las firmas la de un hermano de Lombardo, estudiante joven.

— ¿Quién pegó este papel? —pregunté al conserje.

— Los mismos que lo firman —asentó.

— ¿Les advirtió usted que eso está prohibido?

— Sí, señor; pero me apartaron a un lado; no me hicieron caso.

No pregunté más; al regresar a la oficina firmé la orden de expulsión de la escuela, de los firmantes, por ocho días. Y la transmití a Lombardo, pasando, por supuesto, aviso de cortesía al rector. No existía entonces la farsa de autonomía que inició el callismo; el rector era funcionario nombrado por el Ministerio; sin embargo, se respetaban las formas. No salvé conductos. Pero estaba decidido a hacerme obedecer. A veces conviene echar sobre el vaso pleno la gota que provoca el derrame.

Pronto lo comprendieron así mis emboscados enemigos del plantel; supe que se habían guardado la orden, pero que andaban en pláticas con los de la CROM. Ya no era posible, decían, tolerar mis arbitrariedades. A los dos o tres días de conferencias secretas con mis enemigos políticos, Lombardo llamó a los estudiantes, a grito abierto, desde el balcón del corredor de la Dirección, y les expuso a su modo la situación. Expulsaba yo, sin oírlos, a tres estudiantes; pero como uno de ellos era su hermano, él se abstenía en el caso y lo dejaba a la consideración de los alumnos. Hubo gritería, y los agentes del director, muchachillos que disfrutaban de pensiones oficiales pagadas por el Ministerio, obtenidas quizás a través de Lombardo, excitaron a los grupos y propusieron una asamblea general deliberativa en el anfiteatro. El secretario, secuaz de Lombardo, prestó las llaves del salón. Y en la acalorada

<sup>139</sup> Azuela recuerda que se trataba de un anuncio del periódico *Don Juan*, al que califica de ingenioso, que era publicado por Miguel Aguillón Guzmán (1901-¿?), joven veracruzano que llegó a ser gobernador interino de su estado natal (1942). Véase Azuela, *op. cit.*, pp. 22-23.

sesión que en seguida se celebrara, dos o tres profesores lanzaron contra mí cargos furibundos. Entre ellos estaba Alfonso Caso, por quien tenía yo simpatía personal por sus méritos y porque, siendo hermano de Antonio Caso, lo creía mi amigo. Habíamos comido juntos varias veces. De su cambio de actitud supe por el discurso en que me condenaba. No recuerdo el nombre de los otros dos profesores; pero al tener noticia de lo que hicieron les mandé el cese por andar soliviantando a los alumnos.<sup>140</sup>

Los profesores que así disciplinaba se habían declarado intempestivamente, y frente a los alumnos reunidos, en disidencia abierta con mi gestión. Pero no se les había ocurrido renunciar a sus cargos, que, desde luego, no derivaban de oposición a cátedra, sino de nombramiento mío. Entre nosotros nadie renuncia un cargo. Por eso mismo un cese, única manera de librar a la administración de un mal servidor, es algo que conmueve a todo el personal, a toda la sociedad. Cada uno se siente herido en lo más vivo: la confianza de cobrar indefinidamente un sueldo que sostiene el presupuesto familiar o lo completa. En tiempos de tiranía, el cese ejerce efectos saludables de pánico y no hay quien lo comente, aunque todos, por lo bajo, lo censuran; pero en épocas como aquélla, de libre expresión y de respeto a las garantías del hombre, el cese provocaba, empezó a provocar, el enojo del personal y las críticas de la prensa.

Don Ezequiel Chávez se hizo portador de la alarma de los empleados. Sabía todo el mundo el respeto, la estimación que nunca regateábamos al viejo maestro. Y comprometieron a don Ezequiel para que tomase la defensa de los cesados. Me hizo ver los inconvenientes del escándalo, la dureza del castigo.

Le pregunté:

—¿Qué hubiera hecho usted de ministro; qué haría en cualquier parte del mundo un rector a quien, de pronto, un profesor se le convierte en agitador que incita a los estudiantes contra su

<sup>140</sup> Sus nombres eran Enrique Schultz y Agustín Loera y Chávez.



jefe, abusando de su calidad de maestro y sin renunciar previamente a su cargo?

Inclinó la cabeza don Ezequiel, pero no se dio por vencido. Habló en seguida de magnanimidad: ¿Por qué no los perdonaba? Todo quedaría en paz.

—Hay casos —repuse— en que la bondad es debilidad. No es el momento de perdonar. Así que los ánimos se seren en por el cumplimiento de la justicia, veremos si conviene perdonar; por ahora, es necesario que la paz se restablezca a fondo; es decir: después de que la justicia se cumpla.

## LA HUELGA DE LA PREPARATORIA

Entretanto, Lombardo eludía vernos; se ausentó de la capital; pretextó visita a sus familiares por Teziutlán o qué sé yo. Pero sus agentes seguían activos. Una mañana informaron los diarios que se preparaba una gran manifestación estudiantil en contra del ministro. El centro de reunión era la Escuela Preparatoria: la hora de cita, las once. Lombardo, el director, seguía ausente.

A eso de las diez, Medellín, que salía de dar su clase en el plantel, vino a decirme que los alumnos estaban amotinados en el patio principal, en espera de refuerzos de otras escuelas para emprender una marcha por el centro de la ciudad, después de apedrear el Ministerio. Apenas acabó de hablar, tomé el sombrero, y sin avisar siquiera a los secretarios, dije a Medellín:

—Vamos allá.

La Preparatoria está a media cuadra, a la vuelta del Ministerio. En el camino intentó Medellín disuadirme, pero le expliqué:

—Les desharemos su manifestación antes de que la comiencen; sígueme.

Lo que menos esperaban los alumnos era verme aparecer por el zaguán principal de la escuela acompañado nada más que de Medellín. Pero tampoco yo esperaba el espectáculo que se me ofre-



ció a la vista. No bien traspuse el umbral, vi todo el enorme patio grande apretado de gente. Un grupo numeroso obstruía el espacio desde el zaguán hasta la escalera. En el pensamiento tuve un instante de vacilación: ¿Cómo iba a abrirme paso entre aquella multitud hostil? ¿No era mejor regresarme? Por fortuna, me dominó el impulso; abiertamente y en tono enérgico, adelanté exclamando:

—A un lado; háganse a un lado; ¿qué hacen aquí?; ¿por qué no entran a clase?

Y con el ademán que hacían mis manos se fue partiendo en dos la masa humana que llenaba el corredor de la izquierda rumbo a la escalera. Apenas adelantaba y se cerraba detrás de nosotros la multitud. Los que estaban delante me veían asombrados; se plegaban para dejarme avanzar; pero de atrás y al fondo del patio, según corrió la voz de mi presencia, empezaron los gritos: “¡Abajo Vasconcelos!” “¡Muera!” “¡Mátenlo!” Pronto la retirada estuvo cerrada y no quedó otro recurso que seguir hacia la escalera. Empezaron a llover pedruscos. Mientras los veía de frente, los muchachos se contenían; el peligro iba a estar en el momento en que les diera la espalda para subir los escalones, a la mitad del corredor. Empujando casi a los grupos, con Medellín siempre a mi lado, trepé unos escalones y al instante sentí la masa humana, agresiva, a mi espalda. Por instinto, di media vuelta y me paré, enfrentado otra vez a la avalancha, que volvió a vacilar, retrocedió. Por un instante se hizo un vacío en derredor, y entonces dos o tres muchachos heroicos se separaron de los suyos y se pusieron a mi lado gritando:

—Nosotros lo escoltamos; esto es una atrocidad.

Les toqué los brazos en ademán de confianza, y di otra vez la vuelta para subir con calma, sin demostrar apresuramiento. En el descanso de la escalera me volví de nuevo y advertí que ya no nos seguía todo el grupo hostil. La ascensión del segundo tramo de escalones fue fácil. En el corredor del entresuelo apenas había gente, y tranquilamente ganamos la oficina de la Dirección. Entrando en ella, cerramos la puerta de vidrio. Unos

minutos después los estudiantes, rehechos, se apretaban contra la vidriera, amenazantes, pero sin intención de forzar la entrada.

Adentro quedamos Medellín y yo, dos o tres empleados, un prefecto leal, Romano Muñoz, y dos estudiantes. Los demás prefectos habían hecho causa común con los amotinados. Sin perder tiempo, me valí de un estudiante para lanzar la orden: *Que todo el mundo entre a sus clases*, que despejen el patio o *lo hago despejar*. Comunicada la orden desde el entresuelo en voz alta, provocó una gritería feroz. Se repitieron los mueras y volaron piedras. En el salón del fondo, despacho del director, había sobre la mesa un teléfono. “Ésta es una defensa—, pensé— pero no lo usaremos sino en último extremo”. Pedir el auxilio de los bomberos era el procedimiento usual en el caso; pero yo sabía que los bomberos o quien los mandaba no era muy de fiar para nosotros. El cuerpo de policía, todo entero, estaba dominado por el callismo y seguramente harían todo lo posible en favor de mis enemigos, retardando la llegada del auxilio; peor aún: convirtiéndolo a nuestro daño. Afuera sonaron golpes en la puerta del cancel. Un criado todo asustado entreabrió: era una comisión de estudiantes que pretendía parlamentar.

—No trato con rebeldes —grité—; que cumplan la orden de entrar a sus clases; no vine a discutir.

Pero insistieron y les permitimos la entrada; eran estudiantes neutrales; no aprobaron la actitud de la mayoría; querían hablar conmigo para ofrecerse como aliados. No pasaban de una docena. Y pudieron destrozarnos allí dentro; pero eran sinceros. Empezaron a proponerme medios para el restablecimiento de la calma; yo no los oía. En esos momentos, enfrente de la puerta y vidriera de por medio, un grupo numeroso rodeaba a un orador que arengaba a los de abajo, en términos violentos, urgiéndolos a seguir adelante con los preparativos de la manifestación; *era necesario demostrar al tirano que no se le temía; ya bastaba de soportar*. Asomándome, vi al que hablaba; escuché las voces que decían:



“Es Azuela. ¡Viva Azuela!”<sup>141</sup> Y me informaron: Es el líder más reputado; es un alumno inteligente y probo. Era un muchacho delgado y alto, de perfil noble, y ardorosa, seductora elocuencia. Y le sentí la pasión indignada, y me entró una gran tristeza y el deseo de llamarlo para decirle:

—¿Qué he hecho para que ustedes me quieran tan mal? ¿Acaso no me saben desvelado para servirlos? ¿No ven, por lo menos, todo este esplendor material que va ganando la vieja escuela que todos amamos? ¿Quieren que me largue yo para que todo esto lo pisoteen los salvajes que intrigan en favor de Calles?

Pero no eran instantes de suplicar; dominando la onda que acerca el llanto a los ojos, me refugié en una ira compensadora del instante de debilidad.

—Vayan a recorrer los grupos —dije a los de la comisión pacifista— y díganles que ya terminó su manifestación y que en este momento se reanudarán las clases, y al pasarse lista se cargará falta a todo el que no responda. Y convóquenme aquí, a la oficina, a todos los prefectos.

Se fueron los muchachos bienintencionados, pero no se presentó ningún prefecto, aparte del que ya se nos había agregado.

Afuera, el tumulto arreciaba, interrumpido únicamente por los discursos incendiarios. De pronto entró alguien que avisó:

—Ha llegado el subsecretario, Gastélum, con uno de los secretarios particulares; pero no lo dejan avanzar; no puede llegar hasta aquí.

Después supe que Gastélum se había portado como un leal; apenas le informaron que estaba yo sitiado en la Preparatoria, tomó su sombrero para ir a reunirse conmigo. Ante la insistencia de alguno de los presentes, tomé el teléfono y pedí el auxilio de los bomberos. Pero, desconfiado, les advertí:

<sup>141</sup> Salvador Azuela Rivera (1902-1983). Nació en Lagos de Moreno, Jalisco. Incansable promotor de la cultura mexicana. Además de ser ferviente vasconcelista durante la campaña presidencial de 1929, consagró su vida al estudio de la revolución, lo que lo llevó a ser el fundador en 1953 del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, hoy de las Revoluciones de México (INEHRM).



—No vayan a mandar una docena de hombres; se trata de dos mil o tres mil amotinados; y si no mandan fuerza suficiente es mejor que no venga nadie, porque sólo lograríamos enfurecerlos más.

Minutos después ocurrió lo que temíamos. Llegaron los bomberos y les mandé abrir la parte posterior del edificio. No eran arriba de una docena. Los muchachos los vieron entrar al patio y se echaron sobre ellos. En un instante cortaron las mangueras; las convirtieron en azotes. Llovieron las pedradas y de pronto sonaron tiros. Se oyó la corneta del escuadrón. Y me entró una profunda pena; aquellos tiros podían significar un estudiante muerto o malherido; ya tendrían mis enemigos cargo serio en mi contra, con el cual me perseguirían toda la vida. Pero lo que pronto supimos fue, por el momento, peor. Al jefe de los bomberos le habían volado las narices de un balazo y sus hombres lo habían sacado del plantel retirándose, sin preocuparse de los que quedábamos sitiados en las oficinas.

—Pero, esos tiros —pregunté—, ¿con qué derecho han disparado los bomberos?

—No, no dispararon los bomberos; los disparos los hicieron obreros de Morones, agentes de la CROM, que andan revueltos con los estudiantes y son los que los incitan.

Esta circunstancia la pudo comprobar Gastélum, que no siendo bien conocido de los muchachos pudo mezclarse entre ellos y en algunos casos logró calmarlos. La verdad es que a partir de los tiros todos perdieron la cabeza. Un grupo juvenil irrumpió de pronto, para decirme:

—Señor: le rogamos que mande abrir la puerta. Los muchachos corren de un lado a otro y creen que usted los ha encerrado mientras viene la tropa.

Yo no había dado orden parecida ni había mandado llamar tropa; la puerta la habían cerrado ellos mismos, o la habían cerrado, quizá de mala fe, los directores del motín. Lo que nosotros queríamos era que los grupos se dispersaran en cualquier forma.

Pero no di a conocer mi perplejidad; con calma, y como si cediera, les dije:

—Bueno; lleven la orden de que se abra la puerta; ábranla ustedes mismos y digan que pueden retirarse los que gusten y no serán aprehendidos.

¡Qué más queríamos, que el que se retiraran! Para transmitir órdenes, para observar la situación, salían los pocos que estaban conmigo. Hubo un momento en que me dejaron solo. Entonces, detrás de mí, por una puerta excusada del interior de la oficina, surgió un mozo; temblaba todo y no podía expresarse:

—Señor —dijo balbuciendo—; venga por aquí; nos esconderemos en un pasillo secreto que conduce a la azotea; lo van a matar; ya vienen a matarlo.

La actitud del pobre hombre, tan desesperada, me hizo reír.

—Cálmese —le dije—; no pasará nada; pero siéntese allí, tranquilícese, y si llega el momento, huiremos.

Sobre la mesa alguien había dejado un bastón; me palpé la bolsa trasera por instinto; bien sabía que no llevaba ninguna arma. Pensé en el bastón como un recurso postrero, aunque inútil. Entraron de pronto seis o siete muchachos y no supe en el primer instante si venían a golpearme o eran de la mediación. Avancé hacia ellos:

—¿Qué pasa?

—Nada, señor; que ya empiezan a salir; abrimos por fin la puerta.

—¿Y hubo algún estudiante herido?

—Sí; muchos contusos pero ninguno muerto; los tiros los dispararon los de la CROM. El jefe de los bomberos se fue mal herido. Y ya los muchachos empiezan a dispersarse.

Entonces me dirigí al teléfono y hablé con Jurisprudencia, escuela que queda casi frente a la Preparatoria. Era necesario evitar que la tomaran por asalto los dispersos. Me contestó Manuel



Gómez Morin<sup>142</sup> que, al recibir la noticia que corrió por la ciudad, de que me tenían sitiado los estudiantes en la Preparatoria, primero no la quiso creer porque todos decían: “¿Qué fue a hacer allá el ministro, a meterse a la boca del lobo?” Pero al ver que no estaba en el Ministerio y no pudiendo entrar a la Preparatoria, tomó la decisión acertada de instalarse en su escuela para evitar que los de Jurisprudencia se sumaran al disturbio. El doctor Parra,<sup>143</sup> director de Medicina, hombre leal y valiente a pesar de sus años, hizo otro tanto en su Facultad. Los de Ingenieros Electricistas se organizaban, pero a fin de acudir a mi rescate. Más de dos horas había durado el motín, pero lo habíamos dominado. Las escuelas profesionales no hicieron causa común con los de Preparatoria, porque eran leales sus directores, porque no había razón para que los estudiantes me odiasen, porque no querían los estudiantes ni oír hablar de lo que olier a callismo. Y Lombardo se había exhibido como callista. Y el plan de conquistar para el callismo las escuelas había fracasado.

Dueños del campo quedamos mientras se retiraban por las calles, en dispersión, los grupos. En seguida, la Dirección se fue llenando de amigos y de curiosos. El doctor Gastélum entró con su ayudante, un tanto maltratado de la ropa, limpiándose los anteojos. Medellín había soportado el chubasco recorriendo los grupos vacilantes o adictos. A la puerta se había mantenido el prefecto leal, Romano Muñoz, luchando a veces a viva fuerza

<sup>142</sup> Manuel Gómez Morin (1897-1972). Político e ideólogo chihuahuense. Se le considera parte fundamental del grupo conocido como los “Siete Sabios”, jóvenes amigos que compartieron juntos los avatares del conocimiento en la Escuela Nacional Preparatoria hacia 1915 y que demostraron grandes cualidades intelectuales. Gómez Morin ocupó la rectoría de la UNAM en 1933. En 1939, fundó el Partido Acción Nacional (PAN).

<sup>143</sup> Guillermo Parra (1859-1934). Médico que, como director de la Facultad de Medicina, cargo que ostentó del 20 de mayo de 1920 al 21 de junio de 1923, buscó mejorar la enseñanza mediante la selección meditada del personal docente, efectuada por medio de exámenes de oposición. Impulsó la construcción del Laboratorio de Análisis Clínicos y el gabinete de Radiología en el Hospital Juárez.

con los que en el momento del tumulto pretendieron forzar la entrada. Acercándose todavía excitado, me dijo:

—Han estado a punto de lincharlo, señor.

Hallábanse allí diez o doce reporteros, y al instante preví las cabezas de los principales diarios: “Vasconcelos, a punto de ser linchado por los estudiantes”. Repudié, por lo mismo y al instante, la versión.

—No son capaces de linchar los estudiantes —afirmé—; aquí no ha habido más que una mala inteligencia.

Pero fue inútil; la frase hizo fortuna entre los profesionales del *réclame*.

Interrumpiendo la charla, redacté a los reporteros declaraciones escritas: La escuela no se cerraba; esa misma tarde se reanudarían los cursos. El Ministerio decretaba el cese del director Lombardo y la expulsión de todos los alumnos que hubiesen encabezado la revuelta.

Cerca de las dos nos fuimos a comer en grupo de amigos; después me fui a Tacubaya a dormir una buena siesta, porque la tarde prometía ser movida. Los de Lombardo apelarían a su último recurso: la huelga general del estudiantado.

#### DISPONGA DE TODA LA GUARNICIÓN DE LA PLAZA

Obregón estaba ya prevenido de que podían ocurrir sucesos desagradables.

—Nuestra actuación en la Preparatoria —le había confesado días antes— ha sido un fracaso y me propongo hacer una limpieza de todos los malos elementos; pero me acusarán de arbitrario, me echarán encima a la masa estudiantil.

Y, en respuesta, afirmó Obregón:

—El único reproche que podría yo hacerle es que no haya procedido antes; haga lo que crea conveniente.



A las cuatro, y cuando ya los diarios de la tarde publicaban los detalles del escándalo en la Preparatoria, me dirigí a hablar con el Presidente. Rara vez lo veía fuera de los días de acuerdo y salvo cuando me invitaba expresamente a su casa. Me recibió en seguida, sonriente.

—Lo felicito; han estado ustedes muy bien; ya Gastélum me contó; se han portado con serenidad; la situación de esa escuela provocaba ya el clamor del público.

No quise imponerle de la evidencia de la mañana: el hecho de que las agitaciones estaban encabezadas por agentes de la dependencia semioficial de la CROM. Pero sí le informé que la situación no se había liquidado, que la trama era honda y que ahora tendríamos que enfrentarnos a una huelga de todas las escuelas.

—Disponga usted —me dijo sin vacilar— de toda la guarnición de la plaza si es necesaria para mantener el orden.

—Basta —repuse— con un teniente y veinte hombres que den garantías a los muchachos que asistirán esta tarde a las clases de la Preparatoria.

Y estuvo la escolta en la escuela, a las órdenes del enviado del Ministerio, para impedir que los disidentes interrumpieran las clases. Y ya para las cinco, muchos de los cursos se estaban dando.

A eso de las seis me entrevistó el consejo directivo de la Federación General de Estudiantes. Eran sus componentes muchachos de profesional, serios y bienintencionados. Les expliqué, sin ocultar nada, los motivos grandes y pequeños del conflicto, las ramificaciones que tenía y mi decisión de impedir que las escuelas fueran usadas para fines de propaganda política presidencial.

—Mientras yo esté aquí —les dije— no entrará el callismo. Ahora, ustedes saben lo que hacen.

Esa misma tarde, a las ocho, se reunió la asamblea, ante la cual los de Lombardo expusieron sus quejas y pidieron el apoyo de todo el estudiantado para la huelga de protesta contra el Ministerio.

Mientras se desarrollaba la discusión estudiantil en el salón del Museo, fuera, en la calle, empezaron a reunirse los agentes de Morones en número de varios cientos, que se dedicaron a hostilizar a los muchachos leales. Entre los que discutían en la sala circuló la versión de que por causa de los escándalos de por la mañana, ya Obregón me había pedido la renuncia. Se nombraría otro ministro, entrando como subsecretario Lombardo. La versión era absurda, pero hizo vacilar a unos cuantos. Esa misma tarde me había revelado Obregón uno de los motivos de su antipatía hacia Lombardo:

—Nunca se lo quise decir, licenciado; pero ese director hizo que reprobaran en el examen a mi hijo, nada más, según expresó, para que se viera que él era capaz de hacer quedar mal al hijo del Presidente.

Podrían sustituirme a mí, habrían de sustituirme cuando se convencieran de que no transigía con lo de Calles; pero mientras mandase Obregón, Lombardo estaba perdido. Pero no me preocupaba Lombardo; me preocupaba la situación en que podría dejarme una declaración de todos los estudiantes en contra de mi política. Si de verdad me repudiaba el estudiantado, renunciaría, no porque a ello me obligase su acuerdo, sino por dolor de sentirme incomprendido. Esto no lo dije a nadie; a todo el mundo le puse cara dura. El sentimentalismo es mal aliado de la pelea.

Nos paseábamos por el salón del Ministerio en grupo de los íntimos, cuando anunciaron la presencia de los agentes de Seguridad que enviaba la Inspección de Policía. Los hice entrar; los encabezaba Valente Quintana, el futuro atormentador de León Toral,<sup>144</sup> el instrumento ciego de todos los que han mandado.

<sup>144</sup> Valente Quintana G. (1890-1968). Nació en Matamoros, Tamaulipas. En 1923 formaba parte de las Comisiones de Seguridad de la Inspección General, de las que llegó a ser jefe. Investigó en primera instancia el asesinato de Álvaro Obregón, en 1928, a manos del fanático religioso José de León Toral (1900-1929), quien murió fusilado. Quintana alcanzó el puesto de Jefe de la Policía en 1929, gestión durante la cual instauró el destacamento femenil. Su fama como detective fue retomada por la industria filmica, que lo caracterizó en la película de los años treinta del siglo xx, *El mensaje de la muerte*.



—Venimos —dijo— a prestarle garantías y a ponerme a sus órdenes.

Les respondí con sequedad:

—Yo no necesito garantías ni quiero aquí, en el Ministerio, vigilancia. Vayan al Museo, donde están reunidos los estudiantes, y protejan a los que en este momento están amenazados por los de Morones y la CROM.

Se fueron de mi presencia, desconcertados, y no volví a verlos, por fortuna. Ni un día hubiera durado en el Ministerio si hubiese tenido que recurrir a tales gentes para sostenerme. Nunca hubo en nuestro edificio ni un gendarme. Cerca de las nueve concluyó la sesión estudiantil. Los de la directiva me visitaron para informarme que se había aplazado la resolución sobre la huelga para una asamblea general fijada a corto plazo.

—Es necesario, maestro —agregaron—, que el rector Antonio Caso diga algo; su apoyo sería decisivo para convencer a los que vacilan; qué ¿no está enterado?; ¿no ha hablado con usted?

—Descuiden —les dije—, que yo hablaré a Caso pidiéndole que nos ayude.

A las diez estaba durmiendo en mi casa.

## MI ÚLTIMO DIÁLOGO CON ANTONIO CASO

Me levanté temprano al día siguiente, como de costumbre; temprano, también, visité las obras. Pronto íbamos a inaugurar ostentosamente la Escuela Belisario Domínguez.<sup>145</sup> Otras más estaban en construcción avanzada, y a las nueve, como siempre, llegué a la Secretaría. Todo el mundo estaba en su sitio. Telefoné

<sup>145</sup> El Centro Cultural Belisario Domínguez, ubicado en las calles de Héroes y Zarco, en la actual colonia Guerrero, fue inaugurado en junio de 1923. Se trató de una de las primeras llamadas “escuelas-tipo” que comenzaron a funcionar. Tenía capacidad para 1000 alumnos, que contaban con 18 salones de clase, gimnasio, estanque para natación y estadio. En los decorados de sus muros participó el artista guatemalteco Carlos Mérida (1891-1984).

a la Preparatoria; se daban las clases con pocos alumnos, pero sin disturbios. Y parecía que nada hubiera ocurrido la víspera si no fuese porque los diarios traían en primera plana toda clase de detalles falsos y exactos sobre los sucesos ruidosos.

La rutina del día nos tomó las primeras horas, y a eso de las once llegó Antonio Caso. Lo pasé a un lado del gran salón, a un pequeño privado. Mi primera idea fue que iba a decirme de golpe, y con la efusión que él usa en la tribuna: “Perdone que yo le haya recomendado y casi impuesto a un sujeto como Lombardo”. Pero Caso no es en lo privado como en la tribuna. Él mismo dice, para justificar su reserva, que es menester guardar las distancias. Y no prescinde de las formas solemnes, ni en la amistad. Apenas se hubo sentado enfrente del pequeño escritorio que yo ocupé, me tendió un pliego sin decir palabra. Lo leí. Era su renuncia. Se la devolví riendo y le dije:

—Bueno; comprendo su desazón por la conducta de sus amigos; pero usted ¿qué tiene que ver con todo esto? No le acepto la renuncia; aquí está, se la devuelvo; rómpala o la rompo yo.

Tomó el pliego Caso, pero para colocarlo sobre mi mesa, insistiendo:

—No Pepe; he venido a renunciar y esa renuncia es irrevocable, a menos de que usted haga justicia.

—¿Qué haga justicia! ¿Y en qué forma?

—Pues reponiendo en su clase a mi hermano; a un profesor no se le destituye de esa manera.

Aunque sorprendido de comprobar que no iba a dar excusas porque una Facultad de su Instituto Universitario se me había insurreccionado, sino que, al contrario, iba a pedírmelas, con toda calma, con la paciencia a que me obligaba la vieja amistad y la posición de superior oficial del amigo, entré en una larga explicación del conflicto.

No se trataba de Fulano ni de Mengano, sino de una intriga del callismo para apoderarse de las escuelas en previsión de las elecciones presidenciales. No podía yo revocar los acuerdos



dados, porque ello sería abrir la puerta de nuevo al enemigo. Él, Antonio Caso, no podía simpatizar con una banda de brutos como era la callista. Por otra parte, apelaba a su amistad; él había visto cómo le habíamos dejado hacer en la Universidad su arbitrio. Y ¿cuál era el resultado? El fracaso en la Preparatoria era clamoroso. ¿No se había dado cuenta de que toda la opinión estaba en contra de la situación de esa escuela? ¿No había visto que los mismos diarios pedían medidas de rigor para poner término a la anarquía, ya crónica, de aquel plantel? ¿Cómo, pues, me pedía una cosa que yo no podía dar, ni él daría en mi caso?

Nada; en vez de presentarme renuncias, que era ayudar a mis enemigos, y a los enemigos de las escuelas, él debía firmar declaraciones haciendo constar su sentir. Ya hacía tiempo que la gente se preguntaba “¿Qué hace el rector?” Todos esperábamos que aconsejase públicamente a los alumnos, en uno u otro sentido, y no que se limitase a renunciar. ¿Por qué no decía su opinión en el caso concreto?

—No puedo, Pepe, porque Alfonso es mi hermano.

—Sí —le dije—; ¡y Lombardo es su conculñado! ¿Y qué diablos importan todos los parentescos del mundo —exclamé— cuando se trata de la verdad y la justicia? ¿Es o no es usted maestro de los jóvenes?

—Sí, Pepe; pero se trata de mi hermano.

Aquella insistencia cerrada me desconcertó, pero me dominé. ¡Es mi hermano! Durante mucho tiempo se me quedaría la frase grabada como un estribillo irritante.

Alegué más, supliqué; todo en vano. En cierto momento, Caso hizo ademán de levantarse para marchar. Lo retuve y le dije:

—Mire, Antonio: vamos a dejar a un lado la amistad que nos ha unido y que no me ha bastado para decidirlo; dejemos, también, a un lado el interés de la escuela, que no me ha servido para convencerlo. Y vamos a considerar la situación de hombre a hombre y como si fuésemos, no amigos, sino rivales. No lo creo; pero permítame imaginar que le han estado envenenando a

usted el alma en mi contra, y que usted me ve en estos instantes como un político que quiere abusar de usted y de su posición, para arrastrarlo al bando en que él se ha colocado, para valerle de usted a fin de salvarse. Pues bien; puestos en ese terreno, le voy a decir una cosa que quizás usted no sabe, pero que yo ya sé. Lo que le informo es esto: *que ni con la ayuda de usted triunfarán en este incidente mis enemigos*. Mire usted, Antonio; fíjese bien en lo que digo: Los estudiantes lo adoran a usted y no me quieren a mí. No es del caso averiguar las causas, aunque se pueden señalar rápidamente. A mí me ven como un político de paso y casi como un verdugo porque exijo severidad en las pruebas y les quito a los directores complacientes; les obligo al deporte, los saco de sus aulas oscuras y les doy instalaciones modernas que no agradecen, porque se las da el político. Sin embargo, muy a su pesar, los estudiantes, en su próxima asamblea general, van a votar apoyándome; van a desautorizar a Lombardo. Y si usted renuncia, usted nos hará más difícil la situación; usted arrastrará a muchos, pero triunfará el buen juicio, el interés de la escuela. Y usted caerá junto con mis enemigos. ¿No ve usted que con sólo representar yo el anticallismo, los estudiantes todos se van a pronunciar a mi favor y en contra aun de usted? En suma, Caso, que perderá usted no sólo la rectoría, sino también su prestigio ante los alumnos. Óigalo, Antonio: como líder se quedará usted anulado si sigue a Lombardo; si sigue a su hermano.

—Tiene usted razón en lo que dice, Pepe, y comparto su opinión; tampoco yo quiero a Calles; pero es que Alfonso es mi hermano.

Dejó el asiento; se marchó sin dar la mano. Sentí una gran pena; a poco entró Gastélum al saloncito.

—¿Qué dijo Caso? ¿Retiró su renuncia?

—Ay, doctor —le dije—; dice que Alfonso es su hermano. De ahí no sale: ¡Alfonso es su hermano!



Se dio en seguida a los diarios la noticia de la renuncia de Caso y de su aceptación.<sup>146</sup>

Y no lo siguió la Universidad. Los directores de profesional se presentaron. Confiaban en que sus escuelas votarían contra la huelga. Comisiones de estudiantes entraron y salieron esos días a su arbitrio por el Ministerio. Espontáneamente recibíamos adhesiones, ofertas. Pronto se vio que teníamos ganada la partida. El mismo Calles, bien informado, se apresuró a escribirme una felicitación “porque había sabido imponer el orden en la escuela”.

Y nos dolía haber perdido a Caso, y convine con Gastélum en que él lo mandaría llamar para ofrecerle clases y comisiones que le compensasen, en parte, las entradas que perdía al dejar de ser rector. Nuestras familias se visitaban, y desde ese momento dejaron de hacerlo. En la soledad de mi diario retiro nocturno, pensaba en la amargura del hogar de Antonio; perdía de pronto, y por un capricho, el mejor puesto público de toda su vida. Con Macías,<sup>147</sup> el rector carranclán que lo tuvo de subordinado a media paga, Caso había sabido ser plegadizo. Durante el hueratismo, durante el porfirismo, Caso había logrado mantenerse disciplinado, ya que nunca servil; sólo ahora, conmigo, se había puesto intransigente. Nadie volvería a darle la posición oficial que yo le había conquistado.

Sin embargo, era menester darle disculpas, hacer cualquier cosa para obligarlo a que aceptase lo que iba a proponerle Gastélum: una comisión de novecientos pesos, más o menos su sueldo de rector, para que escribiese una *Estética*. “Después de todo —pensé—, el día en que yo renuncie no habrá quien me ruegue para que acepte nada; quizás hasta del país volverán a

<sup>146</sup> Caso renunció el 28 de agosto de 1923. Lo substituyó en el puesto de rector Ezequiel A. Chávez.

<sup>147</sup> José Natividad Macías (1870-1948). Licenciado en Derecho, nacido en Silao, Guanajuato. Ocupó la rectoría en dos ocasiones: la primera del 1 de junio de 1915 al 22 de noviembre de 1916; la segunda, del 3 de mayo de 1917 al 7 del mismo mes, pero de 1920.

echarme”. Y entonces, ya lo sabía por experiencia, ni quien se acordara de que uno podía pasar hambres.

Una o dos semanas después, Caso aceptó la comisión; volvió a tomar sus clases, pero ya antes había circulado por la ciudad una versión que me infamaba: Caso había tenido que vender su biblioteca privada para no perecer de hambre; yo le había reducido a ese extremo. Yo era ingrato con mis amigos...<sup>148</sup>

## LOS CAMINOS OCULTOS DEL DESTINO

Según lo esperábamos, la agitación estudiantil fue decreciendo por sí sola. En la Preparatoria colocó Medellín un buen jefe, el doctor Vallarino.<sup>149</sup> Celebraron reuniones las directivas estudiantiles, y sin necesidad de asamblea general quedó derrotada la iniciativa de la huelga. No se interrumpió un solo curso. En seguida, para borrar resentimientos, fuimos levantando las expulsiones. Pero me quedaba una preocupación, curiosa si se considera que no tenía del interesado otro dato que el haberle escuchado su discurso vehemente en mi contra. Hasta que un día pregunté:

—Y aquel joven Azuela, ¿por qué no veo su nombre entre los que han quedado autorizados para volver al colegio?

Me respondieron:

—Parece que se ha marchado a los estados para terminar su preparatoria; no está en la capital.

Y reflexioné: Cada vez, en estos movimientos equivocados solemos perder a los mejores.

<sup>148</sup> Fell considera esta ruptura como la disolución del ateneísmo. Véase Fell, *Los años del águila...*, p. 347.

<sup>149</sup> Ángel Vallarino (?). Médico y docente que se cuenta entre los que propusieron la autonomía universitaria en 1914, con el documento titulado “Proyecto de Ley de Independencia de la Universidad Nacional de México”. Algunas fuentes lo colocan como director de la ENP todavía en 1925.



Y el caso de Azuela se me había de asociar, años más tarde, al caso de Herminio Ahumada.<sup>150</sup> En una huelga preparatoriana anterior, Ahumada había sido el líder. Protestaban los alumnos porque no acepté la terna que les pedí para la dirección del plantel. Les hice ver que las bases de mi solicitud me autorizaban a rechazar sus designaciones si en mi opinión eran insuficientes para lo que yo exigía en favor de la escuela. Sostenían los del grupo rebelde a un candidato que era amigo mío muy próximo; pero precisamente la presión que se hizo sobre mí por esta causa, añadida a inconvenientes que no es del caso recordar, me obligaron a sacrificar una amistad al interés de la escuela.

Y los estudiantes se habían lanzado por las calles, denigrándome a grito abierto. Fue todo, en aquel caso, producto de descontento estudiantil, sin ocultos propósitos de política extraña. Y todo se arregló a la larga. Entretanto, fungí de director, según ya lo he indicado. En ese carácter recibí a una comisión de los descontentos. Ahumada la presidía. Su presencia me fue simpática; pero se mostraron todos muy altaneros y me habían estado molestando por la prensa; así es que al sentarlos enfrente de mí, en la dirección, exclamé:

—Primero que nada, quiero saber con quién trato. A ver —expuse, dirigiéndome a Ahumada—: ¿cómo se llama usted? Voy a hacer que el secretario traiga su expediente; si es usted un mal alumno, uno que ha repetido cursos o ha tenido muchas faltas o calificaciones muy bajas, lo expulso, por dañino al establecimiento.

Ahumada sonrió y aceptó el reto. Su expediente era impecable.

—Usted perdone —le dije—, pero váyanse; no modificaré mis acuerdos.

<sup>150</sup> Herminio F. Ahumada Ortiz (1899-1983). Notable deportista sonorenses, quien también se recibió de abogado. Tuvo una destacada participación en la Olimpiada de París en 1924, donde corrió en las pruebas de 100 y 200 metros planos; en esta última competencia estuvo a punto de alcanzar el pódium: quedó en cuarto lugar. Apoyó irrestrictamente a Vasconcelos durante la campaña presidencial de 1929. Como diputado contestó el IV informe del presidente Manuel Ávila Camacho en 1944.



Y Ahumada se quedó confuso y resentido y no volvió a verme. A veces lo encontraba en los concursos atléticos, dirigiendo los encuentros; era el “as” de los corredores y desempeñaba clases de cultura física; lo querían los muchachos; lo aclamaban en los estadios las multitudes; seguía siendo líder. Un día llegó hasta la tribuna oficial para la venia del comienzo de los ejercicios. Procuré sonreírle, pero él no se dio por entendido. El ajetreo de la pista le levantaba sobre la frente la melena del intelectual. Una melena ligeramente colorada. Mi hija tenía por entonces doce años. Nunca sospeché que unos hilos de aquel mechón colorado habrían de revivir años más tarde en la cabecita adorable de mi primera nieta.

Pasaron, en efecto, los años, y el destino clemente me otorgó un par de dones preciosos: en Azuela, un amigo de las horas difíciles;<sup>151</sup> en Herminio Ahumada, otro hijo.<sup>152</sup>

## PISCINAS Y CABALLOS

... En el último año fue necesario prescindir de la equitación, porque las actividades de la Secretaría desbordaban. Así, por ejemplo, los conciertos sinfónicos que empezaron a darse de mañana, con un brillo nunca alcanzado antes en la ciudad. Llevé a uno de estos conciertos a Obregón, que, sin tener en música la comprensión emotiva inteligente de un Madero, sí tenía bastante sentido de la cultura para soportarlos. Le gustaban, sin embargo, más, los festivales al aire libre. Por el momento, a mí también, porque ellos eran creación y germen para el desarrollo de muchas artes nacionales, del traje, la danza y el canto. Sacar el espectáculo al sol era una de mis preocupaciones. En esos días pasó por la ciudad una actriz catalana de talento. Le vimos en el teatro una *Electra* y en seguida le mandé ofrecer ayuda para que diera esa misma re-

<sup>151</sup> Véase Azuela, *op. cit.*

<sup>152</sup> Casó con su hija María del Carmen.

presentación en el viejo hemiciclo de Chapultepec. Montenegro improvisó un escenario griego y la representación fue un éxito pingüe para la artista;<sup>153</sup> deslumbrante para el público.

... De otra manera, si no se mantiene el tono de alta cultura, sucede lo que pasó en nuestro México: que la boga del folklore iniciada por nosotros, como un comienzo para la creación de una personalidad artística nacional en grande, falta de empuje constructivo y de programa completo, ha caído en lo popular comercializado. Canción, producida a centenares, como los *jazzes*, los *blues*, los tangos y rumbas del mercado de Norteamérica. Arte de embrutecimiento, ingestión de vulgaridad sincopada, mecanizada, revertida al balar de las becerras, según ocurre en el canto de las que divulga el cine de Hollywood. Lo popular como base para el salto a lo clásico, había yo recomendado en el discurso de inauguración del edificio del Ministerio, y sin pasar por el puente de lo mediano.<sup>154</sup> Por falta de quien le diera los cauces, aquel movimiento ha caído en el plebeyismo, que hoy comparte con los toros la atención de un público degradado.

Para sacar el baile popular de la monotonía de los jarabes y las zandungas, era menester crear una raza fuerte y vigorosa de bailadores. Las ideas artísticas de nuestro pueblo se renovaban por comparación de los bailes españoles y sudamericanos que exhibíamos en los festivales. El *jazz* lo prohibí, lo desterré de las escuelas. Pero la población mestiza de nuestro territorio está muy lejos de la lozanía que hace falta para crear la plástica del bailarín.

<sup>153</sup> Que era Margarita Xirgú Subirá (1888-1969). La presentación se efectuó en mayo de 1922. Véase Fell, *Los años del águila...*, p. 478.

<sup>154</sup> Lo asentó con las siguientes palabras: “...una verdadera cultura que sea el florecimiento de lo nativo dentro de un ambiente universal, la unión de nuestra alma con todas las vibraciones del universo en ritmo de júbilo semejante al de la música y con fusión tan alegre como la que vamos a experimentar dentro de breves instantes, cuando se liguen en nuestra conciencia los sonos ingenuos del canto popular entonado por los millares de voces de los coros infantiles, y las profundas melodías de la música clásica revividas al conjuro de nuestra orquesta sinfónica. Lo popular y lo clásico unidos sin pasar por el puente de la mediocridad”. Citado en Fell, *Los años del águila...*, p. 550.



Hacía falta crear primero la alegría en las almas, la salud, el vigor de los cuerpos.

Nunca he sido muy partidario del deporte, que considero como un paliativo del sistema absurdo de vida creado por la gran industria y el clima deplorable de Inglaterra. El único ejercicio sano es el de la labor del campo o de las industrias domésticas si se trata de la mujer. La máquina en el taller y en el hogar ha producido estos monstruos, flacos o gordos, pero emaciados, mal musculados que somos los hombres modernos.

Para salvarnos de la tuberculosis se han inventado entonces esos aburridos pasatiempos que se llaman el tenis y el *baseball* o el *football*. Ninguna boga de pateadores de pelota nos dará jamás la impresión de los frescos de los primitivos italianos, que nos enseñan en un lienzo el fuerte muchacho que pisa la uva dentro de la cuba de madera, con ritmo idéntico al que en seguida, terminada la faena, desarrollará en la danza, tomada de la cintura su compañera, una doncella que a su vez creó músculo largo y dúctil, levantando hasta la cabeza la canasta de los racimos. Raza que, como la nuestra, descende de gentes que practicaron tales faenas gloriosas, origen de la estatuaría y la música, no puede resignarse a ver arte, ni ejercicio siquiera, sino servil mecanización del músculo, en todos esos saltos y carreras que tienen por objeto colocar una pelotita dentro o fuera de un marco o de una pista.

No podíamos inventar pisa de uva donde ha dejado de haber viñedos; pero hice un ensayo para derivar el deporte hacia el gusto de la creación, cuando invité a los atletas a que cavasen los cimientos del estadio en proyecto, mediante voluntaria y gratuita dedicación de dos horas diarias de tarea. Ejercicios de esta índole tienen que ser fécondos y más agradables que el deporte, llamado juego por los que no saben jugar. Sin embargo, mientras no se originase un método nuevo había que pasar por la etapa del deporte y, en consecuencia, en todas nuestras obras escolares creamos gimnasios y piscinas. Me animaba también a ello una consideración política obvia que ya he explicado en algún libro.



La necesidad que tenía el Gobierno de secularizar la educación física, cuyos gérmenes, bastante exigüos, se hallaban, sin embargo, dominados por el personal de la Asociación Cristiana de Jóvenes, institución protestante aunque presume de laicismo y en todo caso extranjerizante. Y como no soy amigo de prohibiciones ni de persecuciones como medio de proselitismo; como creo que una doctrina y una práctica se vencen y sustituyen únicamente por medio de doctrinas y prácticas mejores, antes de abrir mi ofensiva me dediqué a construir gimnasios mejores que el de la Asociación, piscinas al aire libre superiores a la piscina oscura de los norteamericanos. Creamos, a la vez, una Escuela de Educación Física para la preparación de los maestros que habían de remplazar a los atletas formados en la institución de los protestantes.

Condeno como traidores a los que después echaron abajo todo mi programa el hecho de que todos los gastos de la Asociación Cristiana protestante se cubren con las contribuciones de los mexicanos. En muchos casos también con la contribución del Gobierno nacional, que de ese modo se ha confesado incapaz de educar de por sí a sus ciudadanos. El porfirismo, en efecto, contribuyó con cantidades considerables para el edificio de la Asociación, a la vez que clausuraba gimnasios como el de la Preparatoria. Ante esta ceguera de los que son tenidos entre nosotros como inteligentes y como estadistas sabios, nada tiene de particular que nadie protestase cuando Calles, revirtiendo otra vez a los métodos solapados de la protestantización, anulara mi esfuerzo dando a la Asociación un subsidio en efectivo de cien mil pesos, cuando tanta escuela nuestra estaba todavía sin gimnasio ni baños, y entregando la dirección del deporte escolar, otra vez, a los protestantes de la Asociación.

Lo que aquí relato es, por lo menos, la historia de un bello despertar que en seguida se apagó en la sombra; la angustia de un aborto. Todo fue labor de unos tres años y labor de un ministro, no de un presidente. Y el poder de un ministro en nuestro régimen constitucional es nulo; por eso, a pesar de la resonancia



nacional que tuvo nuestro ensayo, no quedó al día siguiente ni quien lo defendiera; menos, quien lo continuara. Al contrario, toda una sucesión de voluntades perversas se coludió para anularlo, pulverizarlo. No lo corrompieron porque lo que es de diamante sólo se aniquila a golpes de maza; pero lo volvieron polvo de oro, con que taparon sus desnudeces; gasa hipócrita de sus corrupciones y supercherías.

Con dolor hablo de aquellos esfuerzos malogrados; dolor por la patria que ha perdido en el desastre y no porque a mí se me haya privado de nada, pues más dinero he tenido después, en ocasiones, y más tiempo libre para mis propios ejercicios de la fantasía. Y hasta más ufanía me procura, si de vanidad queremos ocuparnos, la evidencia del fracaso determinado por mi separación. Ufano estaría yo, y no despechado, si sólo por egoísmo hubiese actuado. La obra, sin embargo, no se habría producido si sólo egoísmo la hubiese guiado. Y es altivo y desolado el dolor con que hoy rememoro las oportunidades que perdió mi gente, cuando dejó derrumbarse todo aquel edificio que hubiese sido una especie de corsé contra la lasitud de la raza y un campanario de sus clamores, una torre de sus anhelos, si la inepticia y la traición no lo echan abajo.

Durante muchos meses, temprano, los domingos, y antes de presentarnos al teatro para el concierto o al parque para el festival, mis hijos y yo, con algún amigo, ensayábamos el *basketball* en el recién concluido gimnasio o ejercitábamos la raqueta en las mesas de la Escuela de Química de Tacuba y estrenábamos las piscinas. La última que nos tocó disfrutar, ya concluida del todo, fue la del grupo escolar Benito Juárez, próximo al Estadio Nacional.<sup>155</sup> Y aunque el agua de México es en toda estación bastante fría, era grato remover la fluidez azulosa de un ancho estanque rodeado de jardín, ennoblecido por la ligera arquería del departamento de vestidores.

<sup>155</sup> Véase *supra* nota 52.

Cada escuela de la capital, según nuestro proyecto, debería tener un campo deportivo, y llevábamos ya inaugurados, concluidos, media docena por lo menos. Antes de aquella administración no existía uno solo. Más tarde, los ministros, a imitación de las estrellas de Hollywood, se han hecho piscinas lujosas, pero en sus casas particulares; ni una sola para los niños de las escuelas.

Obregón, que tanto gozó el día en que inaugurábamos la primera célula artístico-deportiva en la flamante Escuela Belisario Domínguez, baños, gimnasio, piscina, estadio, estaba destinado a convertirse en el destructor de su propia obra. Durante los años que gobernó por intermedio de Calles no hubo quien continuara lo bueno de su administración, pero sí muchos que le empeoraron todas las inepticias, todos los vicios en potencia. Los vicios estaban, según ya lo supondrá el lector, en el Ejército. El instituto que después de haber sido desdeñado y casi vilipendiado por Obregón, que tan bien lo conocía, comenzó, sin embargo, a ser festejado, favorecido, porque se acercaba la hora de las matanzas, la supresión de la voluntad colectiva en beneficio de un presidente testaferrero, mediante el cual Obregón soñó retener indefinidamente el mando.

## RESULTÓ ALIADO DE SERRANO

... Ambicionaba un Gobierno honesto que no se dedicase a destruir la labor educativa. Y a ese Gobierno le hubiera pedido una legación en España para estudiar y descansar. Quizás después de cuatro años y desde fuera del Gobierno me hubiera animado a entrar a la política con ambiciones de jefe, porque ya desde Educación había advertido que la solución del problema patrio no está en la posición subordinada de los ministerios, sino en la Presidencia, que es la cabeza. Y mientras no sea de primer orden la Presidencia, mientras no sea el Presidente el autor del programa a desarrollar, de nada sirve que se rodee de ministros ilustres. En

todo caso, de haber tenido sueños políticos —y lo que entonces deseaba era escribir obras— los habría encauzado por el camino limpio de una elección popular, no por designación del Presidente en funciones, ni siquiera por la del partido que ejercita el mando. Me consideraba, pues, incapacitado por mi posición; por eso, sinceramente, daba oídos sordos a todas las insinuaciones de que yo también me lanzara a competir.

### EL ERROR DEL SEÑOR DE LA HUERTA

... Asco daba estar con el Gobierno, y mis mejores amigos me reprochaban mi tolerancia de aquella situación; me acusaban de reblandecimiento del carácter, si no es que de complicidad, en lo que ocurría “¿Qué espera para renunciar?”, repetían. Esperaba terminar media docena de edificios que serían el testimonio de la obra de cuatro años y no quería yo que fuesen inaugurados por un quídam callista que seguramente hubiera ocupado mi puesto de inmediato. Juzgaba, asimismo, que no convenía desertar de la situación antes de las elecciones, que ya estaban próximas, pues precisamente el callismo deseaba contar para entonces con todos los ministerios, y el mío era una espina clavada en la víscera infecta de su ambición. Y, por último, no hallaba el modo de romper con Obregón, que en cada ocasión y ante cada queja cedía en forma que me desarmaba, me ataba por el afecto, y lo seguía como se sigue al amigo que está cometiendo yerros pero que todavía, en el último instante, puede, quizás, rectificarse.

La renuncia de De la Huerta,<sup>156</sup> por lo mismo, no me arrastró ni tenía por qué hacerlo. Ningún compromiso me ligaba políticamente más que con Obregón.

<sup>156</sup> Que apareció en la prensa, en el periódico vespertino *El Mundo* el 22 de septiembre de 1923 y que significó la ruptura definitiva de De la Huerta con el presidente Obregón.



### GUADALAJARA, LA CIUDAD CLARA

Del viaje al Brasil había traído un par de profesores normalistas; matrimonio joven que recorría las escuelas dando conferencias sobre su país. Gabriela Mistral hacía algo parecido en lo que respecta a Chile, y ya Alfredo Palacios<sup>157</sup> nos había visitado rápida pero fructuosamente. Mi aspiración era hacer de México una Metrópoli del Continente latino; una Atenas, no por la ridícula pretensión de emular a la antigua, sino por el amor a la cultura y por la liberalidad, la hospitalidad para el talento extranjero. A cada uno de nuestros visitantes sudamericanos o españoles, procurábamos informarlos detalladamente y los hacíamos viajar por el interior del país.

... Aún no pasaba, por entonces, sobre Guadalajara el huracán de los odios callistas. Estaba la ciudad alegre y confiada. Y divertida con su nuevo juguete: la escuela de industrias femeniles que nuestro departamento había fundado y sostenía con particular interés. De Guadalajara extrajimos nosotros el talento para las labores femeniles, la cocina, el dibujo, el canto, la danza, y lo llevamos a las escuelas de la capital. Del laboratorio de nuestra nueva Escuela Industrial sacaría mañana el educador la semilla de cultura que hace falta en el resto del país. En democrática colaboración juntáronse en el edificio de la Escuela Industrial de Señoritas todas las clases sociales; los obreros y la aristocracia, unidos por el sueño de un México que empezaba a realizar la promesa tanto tiempo demorada. Luego, por la noche, tomó amplitud la fiesta y congregó a la ciudad entera. Zuno,<sup>158</sup> el nuevo gobernador, dispuso el Palacio de Gobierno y la plaza para una recepción y conciertos públicos. A imitación de nuestras

<sup>157</sup> Alfredo Lorenzo Palacios (1880-1965). Abogado y político argentino. Varias veces diputado y senador. Se afilió al Partido Socialista en 1896. Se le considera el primer diputado socialista de América (1904). Participó en la reforma universitaria argentina de 1918. Como Vasconcelos, fue nombrado Maestro de América por el Congreso Latinoamericano de Estudiantes (1920).

<sup>158</sup> José Guadalupe Zuno Hernández (1891-1980). Gobernador de Jalisco en 1923.

escuelas de la capital y por acción de los maestros federales de arte, se habían creado también en Guadalajara coros folklóricos de centenares de niños. Desbordaron los escolares por el jardín y las aceras y calles vecinas. Arriba, en el balcón central, ocupamos sitios de observación el jefe de las Armas, el gobernador Zuno, el director de Educación y los de mi comitiva, incluso Carvalho,<sup>159</sup> el poeta brasileño.

Y subieron las voces infantiles proclamando una nueva era de la patria. La iluminación artificial puso misterio en los rostros. Campanas, cohetes y bandas militares de resonantes latones avivaron el júbilo de una población que gozaba un instante de falsa esperanza, en vísperas de las atrocidades de la guerra religiosa que Calles desataría para vengarse del repudio que todas las clases conscientes de la nación le manifestaron.

#### LA CERÁMICA

Visitamos a Tlaquepaque a fin de inaugurar una exposición que hacían de sus productos los indios después de que los artistas de la Secretaría les habían aconsejado, a efecto de mejorar la calidad de sus barro, para lograr consistencia mayor, y el estilo del dibujo, decaído en la monotonía de las grecas a lo azteca. Al efecto, aconsejaron el retorno al floreado de la Colonia, que era remedo de la loza china que traían los galeones. La tarde entera había sido una sucesión de impresiones gratas. Ni siquiera había faltado la corrida de aficionados, celebrada en un corral.

<sup>159</sup> Ronald de Carvalho (1893-1935). Poeta brasileño. Pasó una breve temporada en México hacia junio de 1923, cuando pronunció cuatro conferencias sobre la historia y las letras de su país, que fueron muy concurridas. Para despedirlo, Obregón le ofreció una cena privada.



#### LA BIBLIOTECA IBEROAMERICANA<sup>160</sup>

Inauguramos una biblioteca al costado de la Secretaría, en la antigua y hermosa nave de un templo que de otro modo hubiese ido a dar a manos de los militares. Asistió el cuerpo diplomático; leí un discurso cuyo tema no recuerdo. En el lienzo del ábside, Montenegro había pintado conquistadores, monjas y misioneros. Un gran retrato de Bolívar, pintado por un venezolano que estuvo de paso entre nosotros, decoraba el muro del fondo. Bajo el coro proyectaba yo mandar pintar la entrevista de Guayaquil, en que Bolívar y San Martín sellaron la armonía del Continente. Diego Rivera,<sup>161</sup> que todavía no pintaba monos para los políticos, me había pedido ser él quien se encargase del mural *hispanoamericanizante, hispanizante*. Y estuvo Obregón tan contento en la fiesta, que le dijo al oído a Gastélum, mientras yo leía el discurso:

—Qué buen presidente haría Vasconcelos; lástima que...

Nunca explicaba cuál era la lástima. Me contó Gastélum la ocurrencia, y le dije:

—No me prestaría yo a ser otro Calles; pero, en fin, si se tratara de librar al país del callismo, cuenten conmigo. Citen, más bien, a Convención y que salga de ella designado el candidato.

... El trabajo seguía normal en el Ministerio; prueba de ello, la serie de inauguraciones que por aquellos días consumamos, en vísperas de la catástrofe. Sin embargo, la Secretaría mirábase rondada por los políticos. Grupos de diputados entraba a menudo a conversar... ¿Por qué no había de ser posible evitar el choque

<sup>160</sup> Inaugurada con la presencia de Álvaro Obregón el 25 de abril de 1924.

<sup>161</sup> Diego Rivera (1886-1957). Su nombre completo fue Diego María de la Concepción Juan Nepomuceno Estanislao de la Rivera y Barrientos Acosta y Rodríguez. Pintor guanajuatense. Considerado el principal representante de la Escuela Mexicana de Pintura y, por tanto, de la actividad muralística mexicana iniciada a propuesta de Vasconcelos. Estudió en Europa, becado por el gobierno de Porfirio Díaz. Incursionó en la vanguardia cubista. Además de su trabajo plasmado en los muros de los edificios públicos, se reconoce con creces su pintura de caballete.

De la Huerta-Calles, lanzando, por ejemplo, mi candidatura? El mismo De la Huerta sugirió una vez a sus amigos que me prepararan para el caso. Me visitó Zubaran<sup>162</sup> y me lo dijo. Al buen amigo Zubaran le expresé, como a los demás:

—Convoquen a Convención; no hagan de mí otro Bonillas...<sup>163</sup>

#### LA REBELIÓN DELAHUERTISTA<sup>164</sup>

... Desde un principio se vio que la sublevación militar era poderosa. Esa noche estuve en el castillo acompañando a Obregón unos momentos y escuché el aviso que daba Serrano, el subsecretario de Guerra, de otro pronunciamiento ocurrido en las cercanías de Tampico. Para el día siguiente ya era público que también el general Estrada,<sup>165</sup> con toda su división, desconocía al Gobierno en Guadalajara, y nos llamaron a Consejo.

<sup>162</sup> Rafael Zubaran Capmany (1875-1948). Abogado y político campechano. Revolucionario desde los tiempos maderistas. Al lado de Carranza desempeñó importantes encomiendas, entre ellas, la secretaría de Gobernación del gabinete constitucionalista. Durante el gobierno obregonista se encargó del ministerio de Industria, Comercio y Trabajo desde el primer día de la gestión y hasta el 26 de diciembre de 1921. Se unió a los delahuertistas, por lo que se exilió del país y volvió hasta el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas del Río.

<sup>163</sup> Véase *supra* nota 13.

<sup>164</sup> Una vez que Adolfo de la Huerta renunció a la secretaría de Hacienda, el Partido Nacional Cooperatista (PNC) apoyó su candidatura a la presidencia. Empero el respaldo de Obregón a Calles para que lo sucediera lanzó a los seguidores de don Adolfo a la rebelión, que inició el 7 de diciembre de 1923. El propio Obregón se puso al frente del ejército y sólo tres meses después logró sofocar el movimiento.

<sup>165</sup> Véase *supra* nota 50.



En la antesala de la Presidencia se hallaban Colunga,<sup>166</sup> Pansi, Serrano, don Amado Aguirre,<sup>167</sup> el de Comunicaciones, y el que escribe. Había reserva en todos los rostros, y Colunga, dirigiéndose a mí, inquirió:

—¿A usted qué le parece?

—Muy sencillo —repuse—; yo tengo un plan para que en veinticuatro horas cese la revuelta. Ya lo expondré en el Consejo; pero se lo anticipo: el plan es que salgan del Gobierno todos los callistas y saldré yo también para dejar al Presidente en libertad de que haga limpia; sólo así desarmaremos a los sublevados.

Los presentes pusieron mala cara. Luego, en Consejo, así que Torreblanca, el secretario, terminó de leer los mensajes cruzados entre el Presidente y sus generales pronunciados, que todos coincidían en el cargo evidente, innegable, de que el Gobierno era parcial en la contienda electoral, me llegó mi turno de hablar y expuse:

—La solución es la renuncia de todo el Gabinete para que el Presidente escoja uno nuevo que esté libre de sospechas de parcialidad electoral.

Don Amado Aguirre no se contuvo; a él le parecía que mi proposición era un absurdo: él tenía a honra confesarlo, y no sólo él; también todo su personal en Comunicaciones era callista. Calles representaba la revolución; además, era cuestión de lealtad para el señor Presidente...

<sup>166</sup> Enrique Colunga Meade (1877-1946). Abogado, nacido en Celaya, Guanajuato. Se hizo seguidor de Madero cuando éste pasó por León, aunque más tarde fundó un partido en apoyo de la fórmula Félix Díaz-Francisco León de la Barra. Obtuvo un cargo en la Secretaría de Gobernación durante el régimen de Carranza. Sustituyó a Calles en la última etapa del gobierno de Obregón en el ministerio del Interior.

<sup>167</sup> Amado Aguirre y Santiago (1863-1949). Militar originario de Jalisco. Durante la guerra contra Huerta, ayudó a Obregón a reunir, mediante préstamos forzados a la iglesia, más de tres millones de pesos. Su actitud al ejecutar esta tarea le valió el calificativo de jacobino. Participó como diputado constituyente en 1916-1917. En 1920 se encargó de coordinar la campaña de Obregón a la presidencia. Ya durante el periodo obregonista fungió como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.



Fueron las declaraciones del señor general y ministro la mejor justificación de los rebeldes. Guardaron silencio los otros ministros, pero Serrano intervino. Había que meditar lo que yo decía; él, por su parte, estaba dispuesto a ofrecer su renuncia, si de algo servía... Y fue Obregón quien desechó de plano la idea.

... No renuncié ese mismo día porque hacerlo era tanto como solidarizarme con los rebeldes. Tampoco me pidieron la dimisión porque el Gobierno se sentía moralmente débil y culpable, y yo era su antifaz, era la única prueba fingida de la imparcialidad en la disputa.

No fue nombrado Calles jefe militar de la represión, como lo deseaba. Un general Martínez<sup>168</sup> vino con su división desde Chihuahua y se dirigió contra los de Veracruz. Obregón en persona tomó el mando de las fuerzas que operaron contra Estrada en Jalisco.

## AVENTURA DE PESADILLA

El primer golpe que Pansi<sup>169</sup> asestó a la Secretaría de Educación fue la supresión de los pagos de la partida destinada a la revista *El Maestro*, que había llevado la fama de un México culto a todos los pueblos civilizados. Distribuíamos setenta y cinco mil ejemplares. Y aunque nunca alcanzó el periódico una alta calidad filosófica o literaria, ni era su objeto revelar talentos nuevos, sí prestó eminentes servicios en la divulgación de la cultura básica y en la propaganda mexicana en el extranjero.

<sup>168</sup> Eugenio Martínez (1868-1932). Militar natural del estado de Nuevo León. Comenzó su carrera en las armas al lado de Obregón y lo acompañó en la mayor parte de sus campañas. Combatió contra las fuerzas villistas en el centro del país. En julio-agosto de 1920, fue el artífice de la rendición de Francisco Villa, con quien se reunió en Sabinas, Coahuila, logrando pacificar al tenaz guerrillero y a sus seguidores.

<sup>169</sup> Tras la renuncia de De la Huerta a la cartera de Hacienda del gobierno obregonista, Alberto J. Pani lo sustituyó.

—En un tranvía de Londres vi a una persona que leía *El Maestro* —me dijo en cierta ocasión un amigo viajero.

Y mis viajes posteriores por España y por el Sur me revelaron la existencia de no pocos amigos ganados por las dos empresas más discutidas de mi gestión: la publicación de *El Maestro* y la edición de los clásicos. Envenenaron, sin embargo, el ánimo de Obregón diciéndole que se murmuraba en público que *El Maestro* me hacía propaganda, lo que niego señalando su texto. El hecho es que con pretexto de que se necesitaba dinero para la guerra se suprimió la partida que sostenía la revista.

Y, en efecto, la guerra costaba, según lo prueba la famosa táctica de los cañonazos de cincuenta mil pesos. A cada general dudoso le mandaba obsequiar Obregón cincuenta mil pesos.

—Sale más barato que batirlo —agregaba con sorna.

El despilfarro crecía sin medida con motivo de cada movilización. Los capitanes y los tenientes no se quedan atrás de los generales; todo el mundo gasta en uniformes, en monturas, en mujeres y en juergas y en inversiones para el mañana dudoso. Desde que la Administración se vuelve un botín, ya no hay dinero que baste y los servicios todos se resienten o se arruinan.

Con dificultad, y halagándole la vanidad, pude conseguir órdenes terminantes de Obregón para que no se suspendiese el pago de las rayas semanales en las escuelas por terminar.

—Si no lo hace usted —le advertí—, esas escuelas va a inaugurarlas Calles. Y —añadí— si me quedo en el Gobierno es por verlas inauguradas.

Se daba, pues, término, mal que bien, a la labor de cuatro años; pero ya no se creaba, ya no se avanzaba. Se estaba en aquel instante precioso en que los frutos maduran y el trabajo rinde su aureola. Mientras afuera se consumaban o se preparaban los combates, en la capital se verificaban conciertos magníficos en las plazas o en el patio de la Secretaría.

Y la fama de nuestra capital atraía, por primera vez, a los artistas del Sur del Continente. Entre otros, una actriz famosa, que

llamaremos Luciana, llenaba los teatros, interesaba a toda la ciudad. Nunca le dio un peso de subvención la Secretaría, ni ella lo necesitaba; pero contó, eso sí, con el apoyo que consiste en ofrecer local gratuito y facilitar el anuncio, recomendar el espectáculo como una alta creación artística.

### LA REPRESIÓN DE LAS CÁMARAS

... Asqueado de mí mismo, me puse a redactar un telegrama en que presentaba a Obregón mi renuncia. Lo firmé el 28 de enero de 1924. Le decía que no podía servir lealmente una situación que ofendía mis más arraigadas convicciones, y me ponía a sus órdenes como particular y como amigo.<sup>170</sup> Llegó Gastélum, le enseñé el mensaje y me dijo:

—También yo renunciaré; nos iremos juntos. Pero ya verá cómo no es necesario; el general hará justicia.

Se mandó al telégrafo la renuncia y poco después se me presentaron don Ezequiel Chávez y el licenciado Manuel Gómez Morin. Llegaban, expresaron, a manifestarme su pena y a ofrecerme su renuncia; no podían figurar más en un Gobierno que asesinaba en plena calle a los senadores.

—Aguarden —les dije—, que nos iremos juntos; ya renuncié yo. Y si no se hace justicia, ya tendrán ustedes ocasión de retirarse conmigo.

Aceptaron esperar. Por la tarde recogí mi archivo y di a la prensa la noticia de mi dimisión. El texto lo guardé para publicarlo más tarde con la respuesta de Obregón. Se apoderó de la

<sup>170</sup> Francisco Field Jurado (1882-1924). Jurisconsulto nacido en Campeche. Fue miembro del Partido Nacional Cooperatista, que lo postuló al Senado para representar a su estado natal. Desde su curul se opuso tenazmente a la Convención General de Reclamaciones, mejor conocida como los Tratados de Bucareli. Tras numerosas amenazas, entregó a un amigo una carta sellada y le pidió que fuera abierta en caso de su muerte. En ella responsabilizaba de lo que le sucediera a Luis. N. Morones. Sufrió un atentado mortal en la colonia Roma el 23 de enero.



noticia, como era de esperarse, la oposición. En La Habana hicieron publicar los delahuertistas una renuncia declaración completamente apócrifa que ni siquiera me ocupé de desmentir. Y los diarios de la capital me dedicaron editoriales congratulatorios, llamándome gran ciudadano. Bien sabía yo que al triunfo del Gobierno todos ellos se volverían contra mí para llamarme ingrato contra Obregón, porque no lo seguía en sus crímenes.

No había motivo para que abandonara el despacho mientras no fuese designado mi sucesor. Se pasó el tiempo en recibir visitas. Contemplaba con tristeza las oficinas suntuosamente decoradas por los mejores artistas de la época, y en la mejor época del arte mexicano. Todo estaba envuelto en simbolismos de carácter universal que no llegarían ni a comprender los imbéciles que habrían de sucederme. Entre la mayoría de los empleados había consternación. Paco Morales,<sup>171</sup> siempre entusiasta y leal, quiso mover al profesorado. Lo convencí de que no había nada que hacer. Sólo de un movimiento nacional que barriera las facciones, cambiara el corazón de los ciudadanos, podía esperarse algo.

—Entretanto —le dije—, ya esto está muerto desde hace tiempo; lo está desde que Obregón se decidió a apoyar a Calles, pues no se concilian los esfuerzos civilizadores de un departamento con el plan de entregar la presidencia a un salvaje. Había sido un bello sueño el propósito de levantar el país por medio de la educación. Cuando apenas comenzábamos, nuestro presupuesto fue burlado y reducido para pagar tropas adictas, para enriquecer a generales, para fortalecer de nuevo al militarismo que nos deshonra desde hace un siglo... Yo me retiraré a la vida privada, Paco; me dedicaré a escribir. He perdido aquí cuatro años de mi vida. No dejo en firme sino unos cuantos edificios que no tardarán en ser albergue de fariseos. Y precisamente porque nuestra obra ha sido aquí noble y fecunda, ella se volverá contra nosotros. No nos será perdonada. Usted no volverá a figurar porque es honrado y leal, y así los mejores, en esta tarea gloriosa

<sup>171</sup> Véase *supra* nota 31.



y malograda por el ambiente, no levantarán cabeza. Sobre mí, como sobre ustedes, pesará el estigma de haber sido probos entre los pícaros, aptos entre los ineptos, patriotas entre mercenarios, nobles entre rufianes. Y porque nuestra obra y nuestra presencia será una acusación viva contra la iniquidad de los que vienen, no nos dejarán en paz, procurarán aniquilarnos, para que no quede en pie ni el reproche de nuestra presencia frente al mal que se nos viene encima. Ya verá a ese Calles posesionado del mando. Me ha tocado a mí verlo tirado en cama, con la neuritis, agarrándose la pantorrilla acalambrada y gritando de dolor y de rabia. Así ocupará la silla presidencial, litera de su parálisis progresiva, desde la cual cada grito de dolor ha de convertirse en una orden para el fusilamiento de algún patriota.

Salían del despacho los amigos y asomaban a la Secretaría particular, donde laboraban cabizbajas las taquígrafas. En un rincón tenía su mesa mi fiel amigo dominicano Manuel Cestero.<sup>172</sup> Enemigo de todas las tiranías del Continente, el pobre muchacho cuarentón hallábase consternado del desastre nacional.

—¡Lo que pudo ser México para toda la América, Pepe! —decía, y callaba.

Macrina, la genial secretaria, se nos había ausentado para casarse con un buen sujeto; pero nos visitaba en la hora de angustia. Allí estaba María Pérez Castro, silenciosa, infatigable para el trabajo, modesta, cumplida, delgada y morena, leal y ferviente bajo su apariencia de imperturbabilidad. Y allí trabajaba, por último, mi fiel Julieta, linda de verse, ojos negros, crenchas tupidas, delgada, flexible apostura y apasionada amiga.

¿Qué sería de toda aquella noble familia oficial? Ninguna tenía bienes de fortuna; se les habían pagado buenos sueldos, pero nada de favores ni gratificaciones extraordinarias; nada fuera de

<sup>172</sup> Tulio Manuel Cestero Leiva (1877-1954). Literato dominicano. Participó con asiduidad en la prensa de su país. Su novela más recordada es *La sangre*, en la que ataca abiertamente la situación que vivió su patria bajo las riendas de Ulises Heureaux (1845-1899), quien había gobernado despóticamente a la isla por más de una década y que condujo a los dominicanos a la bancarrota.

la ley y el honor. Eran tan competentes que no les faltaría dónde hallar trabajo. Pero ¿volverían a sentir por su trabajo aquella devoción y fervor del que sabe está contribuyendo a una obra ilustre y grande?

Afuera, el patio sin escalera era símbolo de tantas cosas como quedaban a medias. Por toda la república teníamos obra que se quedaría sin concluir; peor aún: sería desvirtuada, prostituida, traicionada...

—No le aceptarán a usted la renuncia —afirmaba Gastélum, que después sospeché tenía instrucciones de calmar mis indignaciones y de retenerme hasta que llegase el momento de que al Gobierno le conviniese echarme.

—Yo también lo creo —asentí—. En este momento no le conviene al Presidente mi renuncia. Y la retiraré si él me lo pide y promete públicamente el castigo de los asesinos. De todos modos, Gastélum, esto está ya concluido; lo ha concluido el callismo que nace. No me iré hoy, pero me iré mañana. Y a usted mismo lo echarán después de que lo aprovechen.

... Pasaron dos o tres días, y sucedió lo que Gastélum había previsto: mandó Obregón una súplica de que retirara mi renuncia, prometiendo bajo su palabra castigar a los asesinos de Field Jurado, que decía conocer... Yo también los conocía... Y aunque no tuve mucha fe en la palabra de quien ya nos la había violado en la Convención de Aguascalientes, no quise dar lugar a que se pensase que abandonaba al Gobierno en días de angustia. Con la promesa de Obregón de hacer justicia, el honor se ponía a salvo siempre y cuando se diese a la promesa un plazo prudente. Así que concluyera la rebelión y el Gobierno se rehiciese, ya habría tiempo de volver a exigir el castigo de los asesinos; por ahora, no podía rehusar un plazo de confianza a quien me había dado toda la suya para la obra ministerial consumada.

Y quién sabe; acaso esta promesa envolvía también el prestigio del Gobierno tan maltrecho por su conducta en los últimos meses. Si después de destruido el delahuertismo, el Gobierno



se apartaba de los callistas, les quitaba el apoyo oficial para las elecciones, sin duda entonces surgirían candidatos nuevos y toda la sombra que pesaba sobre el país se vería disipada. Aún podía Obregón volver sobre sus pasos y salvar a la patria...

Llamé, pues, a los periodistas y les dije:

—Acabo de retirar mi renuncia porque tengo confianza en Obregón. Él hará justicia en lo de Field Jurado tan pronto como acabe la revuelta.

Pobre Field Jurado. Había sido condiscípulo mío en Campeche; se había puesto gordo después de ser un buen mozo blanco y despejado. Dejaba viuda y tres hijos..., según nuestra costumbre de la clase media, en el más cabal desamparo. Todo lo que pude conseguir de Obregón, más tarde, fue una pensión firmada a regañadientes, con gesto que me reveló su complicidad mejor que todo un expediente de Juzgado... Naturalmente, a los pocos meses, y al consolidarse el callismo, ya nadie pagó la pensión a los herederos del mártir. Mal podían hacerlo traidores que debían todo su poderío a la firma de los Tratados indignos...<sup>173</sup>

### CAÍN LE TEME A ABEL

Con su visión tan clara de la realidad, Obregón se daba cuenta del odio que se acumulaba sobre su cabeza, como nube que esconde el rayo. Pero no temía a Júpiter, que tantas veces había sido su aliado. Una premonición certera lo prevenía contra el atentado personal, y repetía:

<sup>173</sup> Se refiere al resultado de las pláticas llevadas a cabo en la Ciudad de México entre el 14 de mayo y el 15 de agosto de 1923 en un edificio de las calles de Bucareli entre representantes obregonistas y del gobierno de Estados Unidos. En ellas se llegó a un común acuerdo en torno a las reclamaciones estadounidenses que abrió el camino del reconocimiento al régimen de Obregón. Sin embargo, los acuerdos generaron una fuerte oposición y, aun hoy día, representan un asunto polémico cuando se revisa la actuación del presidente mexicano, pues se les ha considerado como una postura entreguista.



—Duraré hasta que alguien se decida a cambiar su vida por la mía.

Y en verdad, jamás estuvo el tiranicidio más bien justificado; pero a Obregón todavía había de darle largo plazo la mala fortuna que pesa sobre nuestra patria. Y en el plazo, la iniquidad se consolidaría como partido callista. Acaso para olvidar las responsabilidades de su diabólico plan, Obregón se solazaba en aquellos días en las fiestas que celebrábamos para la inauguración de los nuevos edificios educativos. Sólo a la apertura de la Biblioteca Cervantes<sup>174</sup> no concurrió porque se hallaba fuera de la ciudad. En la terminación del edificio de esta biblioteca me salvó de un disparate don Francisco Icaza.<sup>175</sup> Recién llegado a México, enfermo y ya casi anciano, según es de costumbre empezaron a molestarlo en la prensa los envidiosos. Que si había hecho o no había hecho en una comisión del Archivo de Indias. Salí en su defensa, en declaraciones terminantes, y el ilustre poeta se me volvió muy adicto. A menudo conversábamos. Se le nombró para decir el discurso de la inauguración de la biblioteca y fue a visitar el edificio, que estaba en los últimos retoques. Regresó alarmado. Le daba pena decírmelo; pero, en fin, creía que era de su deber; a no dudar, yo lo sabía; pero el escultor, sin duda algún ignorante, había puesto a Cervantes sin un brazo, en el nicho del frente; ahora bien: Cervantes era manco, pero no porque le faltase el brazo, sino porque lo tenía tullido...

Solté en seguida la risa...

—¡De la que nos hemos librado, don Francisco...!; bien se iban a reír de nosotros los eruditos...; aquí el ignorante he sido yo, junto con el escultor y los ingenieros...; en seguida correré el

<sup>174</sup> Efectuada el 28 de enero de 1924. Se ubicaba en la 7ª calle de Ciprés núm. 186, en la colonia Santa María la Ribera.

<sup>175</sup> Francisco Asís de Icaza y Breña (1863-1925). Crítico literario y poeta, nacido en la capital mexicana, pasó largo tiempo de su vida en Europa en labores diplomáticas. Impulsor de instituciones culturales, entre las que se cuenta la Academia Mexicana de Historia (1919). Destaca entre su obra el *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España* (1923), donde rescató el trabajo de Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916).

aviso de que le pongan a ese Cervantes un brazo tieso... ¡Ja, ja, ja!; muchas gracias, don Francisco...

Pocos meses después el esclarecido hombre de letras murió en la pobreza. El último teniente sabe que su familia tendrá pensión cuando muera. Don Francisco expiró con la amargura de dejar viuda distinguida y dos hijas preciosas, sin patrimonio, sin esperanza de que México las repatriara de España con los honores debidos a su abolengo mental... Todas estas son heridas en el corazón del patriota.

Y el corazón patriota andaba en aquellos días consumando las inauguraciones de nuevos institutos que fueron promesa, como quien entrega a caníbales un vaso de Sèvres o una porcelana del Ming.

A la inauguración de la Escuela Gabriela Mistral asistió Obregón.<sup>176</sup> El hermoso patio del antiguo cuartel y más antiguo convento se hallaba desconocido; le habíamos retirado los escombros, que fueron toda la herencia que recibimos, y conservando nada más la fachada, que es muy noble, le habíamos reconstruido el interior en doble piso. Al frente, una hermosa escalera descubierta, y al centro de las dos ramas de gradería, la estatua de la Maestra, para la cual había servido de modelo un retrato de la Mistral. Cebáronse en mí las malas lenguas diciendo que le había levantado estatua a una mujer todavía viva. La misma Gabriela no había querido estar presente en la ceremonia de apertura y, por otra parte, se había ausentado unas semanas antes. Lo cierto es que yo no le daba importancia al caso. En vez de copiar una estampa, el artista Asúnsolo había tomado de modelo a una poetista que deja obra ilustre en la lengua. Los festejos de ese día revistieron singular opulencia porque no acostumbábamos estrenar casas vacías, sino instituciones vivas. Desde hacía meses la escuela funcionaba en el barrio, aumentando las clases según avanzaba el trabajo de albañilería. Una buena directora tenía

<sup>176</sup> Destinada a la educación primaria, se inauguró el 8 de julio de 1922. Se ubicaba en la calle de Sadi Carnot núm. 63, en la actual colonia San Rafael.



funcionando los talleres de cocina, con estufas modernas y viejas recetas México-españolas. Mi empeño de reformar el modo de comer de nuestro pueblo había impuesto el guiso a base de aceite de oliva (en lugar de la grasa de puerco o la manteca vegetal yanqui), y los arroces, el garbanzo. Los resultados trascendían a toda la barriada. Infinidad de señoras de clase media eran nuestras discípulas. Las niñas pobres de aquel vecindario llenaban las clases de costura y los talleres de industrias nuevas, como enlatado de frutas y conservas, trabajos en cuero y en cartón, etcétera, etcétera. Desde que llegamos con Obregón, en el coche presidencial, una tupida multitud lanzó confeti, produjo aclamaciones. Adentro, el ancho patio rebosaba de adolescentes. Un murmullo de alegría circulaba entre la muchedumbre y contagiaba los ánimos, ensombrecidos por las hecatombes recientes. Nunca se habían visto en el país fiestas sino para conmemorar matanzas, y ahora, casi cada semana lográbamos convocar multitudes para el testimonio gozoso de la obra educacional realizada por entre el fragor de la destrucción y la disputa.

Al frente, en el templete, una linda mujer de veinte años, tipo andaluz clásico, bailaba sevillanas aprendidas en nuestras escuelas. Comenzaba a hacerse maestra de baile y tenía proposiciones para el teatro. Era una de las creaciones del Ministerio y ponía en el público elación voluptuosa, contagio de belleza y ritmo.

... Cerrando el programa hubo bailes colectivos y ejercicios gimnásticos acompañados de música. Señalando los grupos de jovencitas de clase pobre, le dije a Obregón:

—Mire cómo sudan, y no hemos podido instalarles los baños. En otras escuelas les dejamos buena ducha y estanque; aquí harían falta unos cien mil pesos para acondicionar un gimnasio. Pero ¡qué se van a ocupar de eso los salvajes que vienen detrás de nosotros...!

Se quedó callado; nunca defendió a Calles; se le hubieran vuelto en contra sus propias anteriores palabras.

## EL ESTADIO<sup>177</sup>

Si he hablado de construir un estadio por valor de más de un millón de pesos, se ríen de mí y seguramente me niegan la autorización. Sin embargo, el estadio iba a ser el coronamiento de la obra realizada en Educación Física y de la sección de Bellas Artes en la rama del canto y del baile. Cada una de mis nuevas escuelas tenía un estadio modesto; el de la escuela de por Tacuba tiene capacidad para seis mil personas. En la Escuela Industrial Corregidora de Querétaro se había inaugurado con pompa un gimnasio femenino, con baños y pista con gradería para unas dos mil personas. Y hacía falta el Estadio de la Ciudad, del país.

Y comencé, como en otros casos, a apoderarme primero del terreno libre que estuviese a mano. Por La Piedad estaba un viejo panteón abandonado. Por el horror a las tumbas y el poco precio del terreno en la región, un vasto lote había escapado a la codicia de los explotadores de los bienes nacionales. Cuando Pansi intentó sacar a remate este terreno había yo logrado que Obregón lo impidiera y que lo cediese a Educación. Pero ¿de dónde sacar el dinero para la obra?

Detesto esas construcciones de hierro que en cincuenta años tienen que ser derribadas, a estilo rascacielos de Estados Unidos. Admiro a los pueblos que saben construir para la eternidad, ya sea con piedra, como los romanos; con ladrillo, como los babilonios, o con simple adobe macizo y durable, como los incas del Perú. Pero la resistencia necesaria para sostener graderías con sesenta mil personas sólo puede darla el hormigón, que resulta carísimo. Sin embargo, insistía yo en que se hiciese de hormigón aunque no se terminase. Una circunstancia me hizo cambiar de

<sup>177</sup> El Estadio Nacional fue el máximo proyecto constructivo impulsado por el ministro de Educación. Se comenzó su edificación en terrenos del antiguo cementerio de La Piedad en marzo de 1923. La intención de Vasconcelos era crear un espacio en el que se pudiera representar una mezcla de teatro al aire libre con escenarios modernos para una gran audiencia.



determinación. Nuestro ingeniero en jefe, Méndez Rivas, conversó con el ingeniero de la Fundición de Monterrey.

—No quiero huacaleras —exclamé.

Pero cuando me ofrecieron hacer la obra a crédito abrí los ojos y me puse a pensar. Se me consoló con la idea de que más tarde el hierro podría cubrirse con hormigón o con material. Para discutir el contrato exigí una conferencia con el gerente de la negociación, don Adolfo Prieto.<sup>178</sup> Estuvieron presentes a la plática el subsecretario Gastélum y Méndez Rivas con el ingeniero de la Fundición. Siempre tenía yo en caja algún sobrante. A diario mi primera tarea era llamar al jefe del administrativo para un corte de caja. Entiendo que esto hace todos los días el jefe de un banco, y yo me preciaba de tener la oficina al corriente, lo mismo que un gran negocio privado. Para ese efecto, se había suprimido mucho del papeleo antiguo, se habían modernizado los archivos, el sistema de copia, la contabilidad. Entreabriendo sobre mi mesa la cartera, vi que podíamos disponer de unos sesenta mil pesos, poco más o menos. Y empecé a tratar el precio de la armazón ya instalada, como si se pagase al contado.

—De aquí se irá usted —le dije al gerente— con un cheque por sesenta mil pesos; de manera que va a ser usted pagado por adelantado, no sólo al contado.

Bajaron un tanto los precios. En aquel tiempo el Gobierno debía un dineral a la Fundición por causa de los ferrocarriles y no sé cuántos otros dispendios. El señor Prieto aseguró que nos hacía precio especialmente moderado, porque no quería que construyésemos con hormigón; quería que la Fundición tuviera el honor de hacer un trabajo que le serviría de anuncio. Por mi parte, le expliqué que no tendría que pagar comisión alguna a nadie, por ningún concepto, razón por la cual exigimos una rebaja del diez por ciento sobre los precios ya convenidos. En suma: nos comprometimos por cerca de cuatrocientos mil pesos, sin saber

<sup>178</sup> Adolfo Prieto y Álvarez de las Vallinas (1867-1945). Empresario industrial, nacido en Asturias, España. En 1907, fungió como director de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey. Se distinguió como un gran filántropo.

cómo iba a pagarlos. Y el contrato quedó firmado en seguida. Platiqué entonces con Obregón, con De la Huerta; la obra sería grandiosa; además, indispensable para una ciudad como México; bastaría con que de cuando en cuando me diesen unos cincuenta mil pesos con carácter de extraordinario, sin perjuicio de las otras obras. Ambos aceptaron, pero no bastaba. Pensé entonces en un recurso democrático. El personal de la Secretaría estaba bien pagado; jamás habían recibido ocho pesos diarios los maestros de las primarias y se pagaban siete diarios por cátedra en la Universidad. El personal administrativo disfrutaba de buenos salarios. Ninguna taquígrafa ganaba menos de cinco pesos diarios y no teníamos sino empleadas competentes, nada de protegidas de los jefes; la que no cumplía con su trabajo, salía. De suerte que mis subordinados eran todos gente de honor y, además, contagiada de entusiasmo por la obra que se realizaba.

¿Sería una arbitrariedad pedirles un día de haber? Sin mucho reflexionarlo y contando con el patriotismo de los donantes, lancé la invitación en forma un tanto mañosa: Si nadie se oponía, se darían instrucciones al tesorero para que retuviese un día de haber de todo el personal. Esto produjo cerca de doscientos mil pesos, porque nadie se negó a contribuir. El producto de las cuotas de alumnos universitarios, aunque escaso, sirvió también de ayuda porque procurábamos acumularlo. No sé si treinta mil o cuarenta mil pesos fueron tomados de esta fuente. Total: que la armazón de hierro quedó pagada quizás antes de que acabase de erigirse. La compañía, por su parte, cumplió religiosamente. Para cemento, para ladrillo, echamos mano de las ayudas extraordinarias que el Gobierno federal también nos hizo formales.

Mucho discutimos y mucho se discutió después la forma y el tamaño del estadio. Me negué a hacer una simple pista de carreras. Lo que me interesaba por encima de todo era tener un teatro al aire libre para presentar los cuerpos de bailes y de gimnasia, los coros de las distintas escuelas. En consecuencia, se estudiaron las proporciones atendiendo a las exigencias del oído, no a las exi-



gencias del código de los deportes. Es decir: que preferí obtener un espacio abierto en que la voz humana no se perdiese, a un espacio más amplio en que fuera necesario usar altavoces. Por otra parte, en aquel momento los altavoces apenas comenzaban. Y el problema deportista, el tener una pista a propósito para campeonatos de carrera y juegos de *football* y *baseball*, se resolvería de un modo muy sencillo: construyendo una pista todo lo grande que se quisiera en la parte posterior del estadio. Para eso se reservó al fondo un terreno amplísimo. Todo esto se dijo, se publicó, se pregonó. Sin embargo, hubo desde el principio críticas porque la curva de los corredores no resultaba suficientemente amplia, y así que dejé la Secretaría, lo primero que hicieron fue recortar la gradería, dejándolo todo afeado e inconcluso.

Por lo pronto, sin embargo, la gente comenzó a admirar la construcción que se levantaba como un coronamiento de los cuatro años de labor educativa nacional.

Obregón, que había visitado la obra dos o tres veces, comenzó a sentirse entusiasmado. Su clara visión del sentimiento público le hizo comprender el efecto de aquella obra cumbre de su Administración en lo material. No sospechaba que la fiesta con que íbamos a inaugurarla demostraría que, también en lo espiritual, se había consumado en su período de Gobierno uno de esos milagros que ocurren sólo de tarde en tarde en la cultura de cualquier país.

El deseo de salirme pronto de aquel Gobierno apresuró un tanto la fecha de la inauguración. La víspera se trabajó durante veinticuatro horas consecutivas, con doble equipo de operarios. Al frente de la portada levantamos un mástil para sostener una bandera blanca que llevaba al centro el escudo que inventamos al estadio, con simbolismos complicados en torno a un sol muy hermoso.

Cuando llegué con Obregón, en el coche presidencial, le dije, señalando la escalera inconclusa:

—Estos que vienen atrás de nosotros no serán capaces ni de terminar esa escalera; se quedará así colgando de un lado.

Nada contestó Obregón, pero mi decir fue profético. A poco tiempo hubo una cuarteadura en la fachada por desequilibrio ocasionado por la falta del ala izquierda de la rampa de ascenso. Una multitud de más de sesenta mil almas aclamó el comienzo de los juegos. Un desfile de atletas, hombres y mujeres jóvenes, ágiles, consumaron ejercicios acompañados de música. Luego, un coro de doce mil niños cantó desde uno de los brazos de la enorme gradería. Un grupo de mil parejas en traje nacional bailó en la arena un jarabe. Otros grupos bailaron danzas españolas, lo único admitido en la ceremonia, lo español y lo mexicano. Ninguna música inútil, ninguna representación que no fuese resultado de alguna de las actividades cotidianas de nuestras escuelas. La dirección de Cultura Física, con su escuela anexa de reciente creación, lució allí lo que puede hacer el atletismo mexicano sin necesidad de la tutela de los extranjeros.<sup>179</sup>

Hacia un sol vivo de marzo. Hubo insolaciones leves porque no nos había alcanzado el dinero para construir toldos. En uno de los intervalos, Obregón, deslumbrado por lo que veía, tuvo un momento de arrepentimiento y de sinceridad que, a pesar de todo, le agradecí.

—Lástima, licenciado, que esta labor se interrumpa...; imagínese lo que esto sería con otros cuatro años más de dedicación. ¡Si usted quisiera seguir...!

No entendí, de pronto, pero comprendí poco después, cuando se formó el primer Gabinete callista. Lo formó Obregón y lo integró con enemigos personales de Calles, tales como Pansi, que aunque ya andaba quedando bien, había murmurado de Calles, y Calles le tenía sentenciado el cese. Un mes antes de tomar po-

<sup>179</sup> El Estadio Nacional se inauguró oficialmente el 4 de mayo de 1924, con la presencia del presidente Obregón. El proyecto original fue elaborado por el arquitecto José Villagrán García (1901-1982), pero sufrió severas modificaciones, tanto por las observaciones de Federico Méndez Rivas como por las del propio Secretario de Educación.



sesión, en efecto, Calles había dicho a los periodistas reunidos en su casa:

—A ese Pansi le faltan para salir los días que a mí para entrar.

Ocho días antes de tomar posesión, le dictó Obregón el Gabinete con Pansi en primer lugar, como secretario de Hacienda; se mordió los labios Calles y aceptó el nombramiento de Pansi. En diferentes ocasiones, amigos comunes me habían dicho: “Calles quiere que usted siga en Educación; lo va a mandar invitar; no le importa que usted no sea su amigo; desea retenerlo...”.

A Obregón, en respuesta de su observación en la fiesta, le contesté:

—¡Qué quiere usted, general; ya todo esto se lo llevó el diablo! No hablamos más del asunto.

El general Amaro<sup>180</sup> estaba entre el público y supe que se había entusiasmado. Al día siguiente recibí un telegrama suyo de felicitación. Se lo agradecí cordialmente. Nunca tuve choque alguno con él; si tanto lo he censurado es por lo que hizo en el Gobierno de Calles. En lo personal, de ninguno tengo agravio.

La inauguración del estadio fue la apoteosis de la obra educacional obregonista. En lo de adelante, cada vez que en el país o en el extranjero quería el Gobierno dar muestra de su labor, lo primero que hacía era exhibir la película tomada en la fiesta del estadio.

Al salir a la calle para tomar los autos, un joven se desprendió de los grupos de curiosos y gritó: “¡Viva el Maestro...!”

Era la primera vez que me daban en público este título y pensé con amargura: “El maestro que ya se va...”.

Y el país queda, otra vez, en manos de Huichilobos.<sup>181</sup>

<sup>180</sup> Joaquín Amaro Domínguez (1889-1952). Militar zacatecano. Se inició en la revolución en 1911 al lado de Domingo Arrieta León (1874-1962). Fungió como secretario de Guerra, cargo en el que se mantuvo por más de siete años. Se le considera el reformador del Ejército Nacional, al que reorganizó implantando disciplina y técnica. Dirigió el Colegio Militar de 1931 a 1935.

<sup>181</sup> Con esto se refiere a la elevación de Calles como “Jefe Máximo”. Irónicamente, la toma de posesión callista se efectuó el 1 de diciembre de 1924 en el Estadio Nacional.



## CÓMO ME ENTERÉ DE LOS TRATADOS DE BUCARELI

Habíamos mantenido relaciones cordiales con las universidades de Norteamérica. Particularmente con la de Texas. Un rector texano había sido nuestro huésped, y con motivo de su visita concertamos un intercambio de becas. Cuatro o seis jóvenes mexicanos fueron a Austin pensionados por la Secretaría. El profesor Handman, de Texas, sociólogo eminente y escritor distinguido, había hecho dos viajes a México, se había interesado por la labor educativa que vio crecer. El profesor Hackett, perito en historia de nuestro país, daba esa cátedra en Austin y nos había visitado varias veces. No tuvo, pues, nada de extraordinario que aquel año la Universidad de nuestra antigua provincia resolviese confiarme la honrosa tarea de pronunciar el discurso de cierre de cursos, misión que se encomienda en las universidades yanquis a educadores preeminentes, a pensadores y maestros ajenos al instituto que los invita.

## EL GOBIERNO DE OAXACA

El Gobierno de Oaxaca había quedado vacante por el asesinato que Obregón hizo de su gobernador. Ninguna liga tuve con García Vigil,<sup>182</sup> que me parecía un ambicioso por encima de sus tamaños; pero habían sido cordiales nuestras relaciones administrativas. A través de algunos diputados habíamos hecho gruesos envíos de material escolar a distintas escuelas rurales de la serranía. Uno de nuestros más activos misioneros, el conde Fox,<sup>183</sup> es-

<sup>182</sup> Manuel García Vigil (1882-1924). Político, militar y periodista oaxaqueño. Apoyó a Madero y después militó en las fuerzas constitucionalistas. Jefe de artillería de Pablo González. Participó en la Convención de Aguascalientes. Diputado constituyente en 1916-1917. Gobernador de Oaxaca de 1920 a 1923. Fue fusilado por participar a favor de la asonada delahuertista.

<sup>183</sup> Maximino Valdés Fernández, Conde de Fox (?-1951). Periodista español, oriundo de Santander. En su ciudad natal editó el periódico *El Cantábrico*. Publicó

critor español, llevaba dos años de recorrer la sierra de Juárez en nombre de la Secretaría satisfaciendo las más urgentes necesidades. Más de media docena de misioneros inspectores de categoría tenían cubierto el territorio de la Mixteca y la costa. En el Istmo contaba yo con amigos personales, políticos y maestros, y con la plaza pública, es decir, con la simpatía de las vendedoras del mercado, las tehuanas hermosas que se ufanaban de haber sido llevadas en estampa a los murales de los edificios de la capital. En Tlaxiaco tenía los parientes de mi esposa y antiguas amistades de los Calderón. En la capital del estado no conservaba sino remotos parientes; pero todo el partido de García Vigil, que contaba con lo mejor del estado, al quedar disperso por la muerte de su jefe, comenzó a buscar mi apoyo en la capital. Nunca engañé a nadie; a todos los paisanos advertí que mi posición en el Gabinete estaba concluida, que inauguraba mis escuelas para retirarme y que mi retiro significaría distanciamiento total del Gobierno.<sup>184</sup>

## VIDAS FÓSILES

... El General Obregón, que acababa de declarar que era genial mi obra educativa, decidió que a Oaxaca la gobernase un pobre sujeto que antes del año se retiró él mismo abrumado por la responsabilidad que el azar le echara encima. En privado se dijo que el General Obregón opinaba que yo era mucho para Oaxaca... Yo era un águila, afirmó, y Oaxaca me iba a resultar una jaula... Necesitaba yo más espacio para mis aptitudes. A los pocos días, amigos comunes sugirieron que si yo pasaba por Relaciones, a platicar con el Ministro, seguramente allí encontraría una buena comisión en Europa. Al mismo tiempo, en artículos pagados a la prensa diaria, la Secretaría de Educación, a cargo del Doctor

el libro *De México a Necaxa* (1919), donde relata sus impresiones en esa zona en la sierra poblana.

<sup>184</sup> Presentó su renuncia definitiva el 30 de junio de 1924, que fue aceptada dos días después.



Gastélum,<sup>185</sup> inició esa campaña que después se ha hecho la verdad oficial, a saber: que mi obra educativa había sido prácticamente nula y que lo bueno de ella se debía al Gral. Obregón... y en lo de adelante, a cada escuela que repintaban, le ponían el nombre de Escuela Álvaro Obregón...

Consecuentemente con el cambio oficial, toda la opinión empezó a rectificar acerca de mi persona y acerca de mi obra. En lo de adelante, ya ni mis amigos pudieron escribir un artículo en que se me mencionara, sin anteponer las palabras rituales: “pese a sus errores”, etc., etc. ¿Cuáles eran esos errores? Nadie lo decía. Según no pocos necios, el error capital de mi gestión fue editar los clásicos. Para mí, es ése uno de los mayores orgullos, pero lo que todo el mundo sabía y todo el mundo callaba, es que mi error había consistido en no mostrarme dócil a la voluntad imperante. Bajo los despotismos, la rebelión, en cualquiera de sus formas, es el máximo pecado. La lesa majestad, tal era el error que me convertía en uno de los intocables de la India, un apestado de nuestra política...

Todavía, si me hubiese agachado al golpe, si hubiese aceptado *disciplinadamente*, como tantos otros, una Legación en Europa, el coro de alabanzas que me siguió en el Ministerio y poco después, no se habría interrumpido, habría seguido siendo el más grande intelectual de la república, el más probo funcionario, el más genial educador, el cerebro de la revolución, puesto en reserva en Europa... todo esto, si hubiera querido insinuar que en la crisis electoral del próximo cuatrienio, me hallaría Obregón a su lado, reconciliado...

Y, por fortuna, y para honor de nuestro pueblo, nunca falta alguien que ve claro y está dispuesto a sacrificarse por la verdad. El General Pineda,<sup>186</sup> que con toda su gran influencia me había

<sup>185</sup> Véase *supra* nota 94.

<sup>186</sup> Laureano Pineda Martínez (¿?). Nació en Juchitán, Oaxaca. Se adhirió al constitucionalismo y luchó a su favor en el centro del país. Defendió al régimen de Obregón frente a la rebelión delahuertista. Fue el ejecutor del fusilamiento de Manuel García Vigil.

apoyado en el Istmo, le dijo a Obregón en entrevista agria “que yo había ganado la elección en el Istmo y que si el interés que había en derrotarme, era motivado porque mi gestión en Oaxaca me haría peligroso para las elecciones del año veintiocho”.

Obregón, según supe, se puso rojo y no contestó. El General Pineda pidió su baja del Ejército y le fue aceptada; poco después, en una crisis gubernamental, lo llamaron y volvió al servicio. Lo encontré después, todavía de firme amigo en las elecciones del año veintinueve.

### LA ANTORCHA

... Hasta que una buena mañana y en respuesta a algún artículo de “La Antorcha” que no les gustó, declaró Gastélum a los periodistas que yo era un ingrato porque todavía andaba usando un auto de la Secretaría y, sin embargo, censuraba al gobierno. Ya no volví a ver a Gastélum y, por supuesto, mis dos meses de sueldo, indemnización legítima de cuatro años de trabajo infatigable, nunca me los pagaron.

Con motivo de los artículos que la Secretaría publicaba y por no sé qué modificaciones que hizo Gastélum en el decorado de uno de los edificios escolares que yo más quería, el de por Santo Tomás y Tacuba, que convirtieron en Escuela Normal, contra mis instrucciones, rompí abiertamente con el Ministerio que había creado. Escribí en mi Revista<sup>187</sup> que me daba toda mi obra educativa la impresión de un piano caído entre salvajes; uno

<sup>187</sup> *La Antorcha. Revista hispanoamericana* se publicó durante dos épocas, la primera en 1924-1925 y la segunda en 1931. Su postura combativa se evidencia en las líneas posteriores que siguen al encabezado “NUESTROS COLABORADORES” en un ejemplar de 1931: “Esta revista, por el carácter de sus campañas, no ha querido comprometer la colaboración de los escritores más distinguidos del Continente aunque la acepta con satisfacción si es ofrecida. Nuestras columnas están abiertas para todo el que tenga algo importante que decir. Procuraremos publicar lo que otros no se atreven. De un modo especial aspiramos a ser tribuna de los escritores nuevos que exige la hora iberoamericana”.



le abriría la tapa, otro le arrancaría una tecla, el de más allá golpearía unas notas, *todo lograrían hacer con el piano menos ponerse a tocarlo*. Y, en efecto, aquella maquinaria complicada, eficaz y poderosa, hubiera requerido buena fe, ya que no talento. Y no se preocupaban de mantenerla andando sino de discutir quién la había hecho.

Al principio me dolía cada cambio operado en los planes o en el detalle, como si me profanasen la novia. Se trataba de la obra de mi vida y de un bello instrumento de la cultura nacional. Verlo estrujado, prostituido, era desgarrador. Sin embargo, procuré no tratar cuestiones educativas en mi Revista.

... Y en tanto “La Antorcha” quebraba casi, el país, entregado a los festejos de la toma de posesión de Calles, me volvía la espalda sin miramientos. Amigos fieles me aconsejaban un viaje a Europa. Gabriela Mistral me escribió desde Italia instándome a que saliera de un país entregado sin remedio a los asesinos. Blanco Fombona me escribió desde Madrid, ofreciéndome su Castillo de Francia, para una temporada de reposo. Este gran Rufino Blanco Fombona<sup>188</sup> se había hecho mi amigo por la campaña contra Gómez y por su hermano, que estuvo una temporada entre nosotros. Seguía con atención Fombona mis discursos y trabajos, y un día me mandó una carta regañándome. Me dejé regañar porque era yo Ministro y porque no sabía si Fombona o yo estábamos en lo justo. El enojo de Fombona se debió a no sé qué palabras mías en que tímidamente acusaba a Bolívar porque su Congreso de Panamá no tuvo un carácter muy claro de hispanoamericanismo. No había yo estudiado a fondo la cuestión en aquella época, y, en cambio, Fombona es autoridad bolivariana; así es que me tragué la píldora, le hablé de otra cosa, y seguimos de amigos...

<sup>188</sup> Rufino Blanco Fombona (1874-1944). Escritor y político venezolano. Estuvo encarcelado en varias ocasiones por su oposición sistemática contra lo que consideraba injusto. En este tenor, enfrentó mediante de las letras y la acción política al régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez, que se prolongó de 1908 a 1935, lo que le ocasionó un largo exilio en tierras europeas, que finalizó al morir el dictador.

Y hubo algo que para mí fue consuelo; a medida que en México, por causa del terror callista, se me cerraban todas las puertas, los grupos mejores de la América del Sur empezaron a mostrarme una consideración y un interés que antes no habían dado al Ministro. Es claro que la deferencia era resultado de la labor hispanoamericanista que tuvo resonancia, por ejemplo, en la edición de los clásicos; pero de todas maneras era grato y era noble el gesto de abrir las puertas de aquellas patrias hermanas, al que había sido declarado por la Mistral, el novio de la América Latina. Plumas de cieno han propalado la especie de que yo gasté en hacerme propaganda por el sur. Nunca podrán demostrar el gasto de un solo centavo dedicado a propaganda ni en el sur ni en el norte. La mejor propaganda son las obras, y esto no lo entienden los estériles, los impotentes. Nuestra labor había trascendido como un empuje de creación y de optimismo. En el vacío continental ella brilló, como estrella solitaria. Ningún otro funcionario había hecho hasta entonces nada semejante en favor de la solidaridad espiritual del continente. Ni Rodó,<sup>189</sup> ni Manuel Ugarte<sup>190</sup> tuvieron la ocasión de poner en obra, lo que tan generosamente predicaban, y a mí me había cabido la fortuna de poder cumplir algo de lo que tantos han soñado. Eso explica la facilidad con que después, me he movido por el continente ganándome la vida, lo que ya es triunfo para un desterrado. Y nada tiene que ver todo esto con la leyenda de que llené los cargos de Educación con extranjeros. Más extranjeros visitaron después a la universidad en giras de conferencias, que durante mi tiempo. Y no porque la Universidad se haya liberalizado, sino porque se

<sup>189</sup> José Enrique Camilo Rodó Piñeyro (1871-1917). Escritor uruguayo cuyo ensayo titulado *Ariel* (1900) fue de gran influencia para despertar en Vasconcelos, y en sus compañeros ateneístas, la identidad hispanoamericanista que intentó proyectar en su labor al frente a la SEP.

<sup>190</sup> Manuel Baldomero Ugarte (1875-1951). Escritor y político socialista argentino. Visitó México en tiempos de Madero y dictó una conferencia en la que apeló por la unidad hispanoamericana, frente a la amenaza estadounidense. Continuó su gira por América Latina emitiendo severos juicios contra la postura imperialista de Estados Unidos ante sus pares latinoamericanos.



crearon en México institutos pagados por la Colonia española, secundando un movimiento que viene de la Argentina. Lo que yo gasté en ocupar a extranjeros se limita a los casos de las tres o cuatro personas que ya he mencionado, las cuales ganaron los sueldos modestísimos que ya he revelado: diez pesos diarios o sea cinco dólares Haya de la Torre, y veinticinco pesos diarios Gabriela Mistral. Más gastó, según entiendo, la Secretaría de Educación para llevar de nuevo a Haya al país, no obstante que lo abandonó cuando quedó patente que no podían utilizarlo en mi contra.

### INTENTO CISMÁTICO

... Coludido con Morones organizó Calles un asalto a la Iglesia de la Soledad; oficiales y policías disfrazados de paisanos expulsaron al cura, golpearon a las beatas y el templo quedó clausurado, para ser puesto una semana después en manos de un ex cura católico, un renegado extraído de una taberna que se prestó a hacer la comedia del cisma. Lo ungió el callismo de Obispo Cismático, lo subvencionó para que sostuviera la farsa.

“El Universal”, que era el diario de las familias, vio su oportunidad y empezó una campaña de tímida defensa de los católicos. La secundé gustoso denunciando el atentado como maniobra protestantizante, yankizante. A la par que en “La Antorcha”, abría campaña contra los protestantes adueñados de la Secretaría de Educación. Por su parte los católicos cometieron el error de izar bandera religiosa, en vez de buscar alianzas con los numerosos grupos revolucionarios que estaban contra el callismo.

Crearon la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, sociedad secreta de combate y sirvieron sin quererlo a los planes de Calles, que eran distraer al país con una contienda en que la Iglesia debilitada, empobrecida desde la Reforma, llevaba la de perder.



Revelando sin prudencia su juego, Calles obsequió en esos días cien mil pesos a la Young Christian Association, y le entregó la dirección de los Institutos oficiales de Cultura Física. El Estadio, entretanto, amenazaba ruina por haberse quedado inconcluso.

Otras obras de la Secretaría padecieron por suspensión del trabajo antes de tiempo. En Educación se ensañaba el rencor pequeño de Calles. El nuevo Ministro,<sup>191</sup> un sujeto insignificante, se había querido ganar la opinión dedicando elogios a mi labor en el discurso inaugural de sus tareas. Calles lo llamó por teléfono, le dijo que eran excesivos los elogios, y todo el párrafo relativo fue tachado en la versión que se dio a la prensa.

Y mientras el nuevo Ministro que entró sin un peso, levantaba casa propia a los pocos meses de tomar posesión, el gobierno, en sus declaraciones, presumía de austeridad administrativa y de moralización para contener los derroches de la administración obregonista. Los derroches más denunciados eran los que yo había hecho fabricando en la capital escuelas decentes. El callismo ofreció intensificar la educación rural, así como ilustrar a los indios, pero suprimió a los maestros misioneros, y volvieron los indios a quedar en abandono, y convertidos nada más en asunto de propaganda oratoria.

Como Subsecretario de Educación habían nombrado a un arqueólogo de formación smithsoniana,<sup>192</sup> reivindicador de lo

<sup>191</sup> José Manuel Puig Casauranc (1888-1939). Médico, político y escritor campechano. Diputado por Veracruz (1912-1922) y Senador por su estado natal (1924). En 1930, tras su paso como secretario de Educación callista, se desempeñó como gobernador del Distrito Federal. Dirigió el periódico *El Demócrata*. Entre sus trabajos reflexivos sobre México destacan *Esfuerzo educativo en México* (1928) y *El proceso del sentido histórico y social de México* (1936).

<sup>192</sup> Manuel Gamio (1883-1960). Antropólogo nacido en la Ciudad de México. En 1917 organizó la Dirección de Antropología. Entre 1918 y 1921 llevó a cabo la primera investigación integral entre la población del valle de Teotihuacan. Entre otras responsabilidades, fungió como subsecretario de Educación en 1925 y director del Instituto Indigenista Interamericano desde su fundación en 1942 hasta que Gamio murió.

indígena, disgustado de lo español y que se había distinguido por su hostilidad subterránea a mi gestión de Ministro. Entró asegurando que me exhibiría. Pidió los expedientes de compras de material de construcción; se pasó un mes averiguando precios, leyendo contratos, pero en lugar de descubrirme robos, le halló un negocio sucio a su propio Ministro... Tanto hablaba Calles de moralizar, que el nuevo Subsecretario vio su oportunidad. Su Ministro andaba ausente por el norte y Don Gamio, Subsecretario, se presentó al acuerdo con las pruebas del peculado de su superior. Calles no le contestó y se quedó irritado. Aquel tonto, en vez de llevarle mi condena, le denunciaba a su colaborador y cerebro, al que le hacía los discursos y le reía los chistes sobre el tapete verde de las partidas oficiales del póker...

—¡Qué bruto es éste! —comentó Calles.

Y pocos días después el Subsecretario se vio obligado a renunciar. Víctima de su credulidad. Era hombre honesto y estorbaba...

### LA SANTA CROCE<sup>193</sup>

... Hacemos nosotros en México mucho alarde con nuestra cerámica indígena que no es indígena sino colonial y, sin embargo, no contamos en nuestro Museo una sola colección de vasos griegos y etruscos, como las que abundan en los Museos de Norteamérica, ya no digo en las grandes ciudades de Europa. Una colección de este género, sin embargo, cuesta menos que los derroches personales de un solo general de nuestro glorioso ejército. No habiendo yo contado con dinero para formar colecciones nacionales, menos para hacer un Museo digno, me había conformado en los últimos tiempos de mi gestión, con la compra de cinco mil pesos de reproducciones fotográficas de documentos y

<sup>193</sup> Tras su fracaso electoral en Oaxaca, Vasconcelos emprendió un largo viaje que lo llevó a Cuba, España, Portugal, Italia, Turquía y Hungría.



obras de arte de Italia. La colección, cuidadosamente recopilada por el Cónsul Arturo Pani,<sup>194</sup> competente en la materia, llegó después de mi salida del Ministerio, y seguramente fue a dar a manos ignorantes que no sabrían qué hacer con ella, aparte de venderla o repartirla como inútil. Nos merecemos, pues, nuestra incultura y la decadencia de nuestras artes populares que hace tiempo carecen del soplo que viene de arriba y es el único que puede reanimarlas, pues es un disparate suponer que el pueblo inventa por sí solo las formas del arte.

### SALÓNICA

... En una de las agencias de barcos trabé conversación con unos sefarditas a quienes escuché por primera vez su lengua castellana arcaica perfectamente comprensible. Durante toda mi travesía había estado mandando colaboraciones semanarias para “El Universal”. En Madrid me habían comprometido los nacionalistas Filipinos a iniciar en México campaña de prensa a favor de la independencia de las Islas que fueron casi nuestras. Había cumplido, sin que mis artículos despertaran el menor eco en una población dedicada a contemplar el talento incomprensible de sus generales para la destrucción. El contacto con los sefarditas me inflamó, y me puse a escribir anunciando que la Secretaría de Educación de México, una vez barrido el salvajismo callista, tomaría a su cargo la defensa del idioma español entre los sefarditas repartidos por el Mediterráneo y por Turquía. Los franceses nos han estado robando esas provincias de nuestra cultura, instalando en ellas colegios, propagando sus diarios y sus libros. Con tenacidad conservan, sin embargo, su castellano tradicional los

<sup>194</sup> Arturo Pani Arteaga (1879-1962). Ingeniero nacido en Aguascalientes. En 1918 comenzó su trayectoria diplomática en el consulado de Amberes. Posteriormente, pasó a Génova y Milán (1919-1923). Al año siguiente, estuvo en Francia. Representó a México en el Consejo de las Naciones de 1925. Fue fundador de la revista *Arquitectura*.

sefarditas, y lo obvio sería que a falta de España que ha perdido su sentido imperial, México que fue la cabeza nueva del antiguo Imperio, tomase a su cargo la tarea poco costosa de repartir libros y publicaciones, entre estas colonias que supieron resistir la absorción del turco.

## VIENA

... Al día siguiente conocí a la ama de casa, o sea la suegra; una viejecita de poca talla, casi trigueña, alemana del sur, muy afable. Extremaba sus sonrisas porque nos entendíamos apenas, mediante unas cuantas palabras en francés. Se trataban con afecto suegra y yerno.

Después de un almuerzo en familia, Iso me sacó a la calle.

—Vamos a hacer su primera visita en la legación de su país, —afirmó.

Y como yo protestara: —¡No sé ni quién es el Ministro!— Iso aconsejó:

—No sea intransigente; ya todo está previsto; lo están esperando; confíe en mí.

El Encargado de Negocios, un sonorense emparentado con Obregón, me resultó persona muy simpática; me comprometió a comer con él al día siguiente. Y me enseñó los periódicos de México. Acababan de clausurar el colegio militar.

—No le perdonan a los muchachos su decencia —expliqué—; fueron todos delahuertistas; estudian para soldados, no para asesinos, y es natural que se rebelen contra estas situaciones de la hora.

Nuestro Encargado ya no estaba a gusto en Viena no hablaba alemán y quería que lo trasladaran; creo que acabó por renunciar. Ninguna persona de decoro estaba satisfecha con aquel gobierno. Rápidamente en el servicio público sólo fueron quedando los sin honor, indiferentes a la mácula de callismo.



Satisfecho el protocolo, con la visita de mi Legación, Iso empezó a llevarme venciendo siempre mi resistencia, por todas las oficinas públicas. Allí donde la puerta decía privado, Iso, apartando ujieres, entreabría y asomaba los anteojos; se escuchaba en seguida una exclamación afectuosa y entrábamos: el Ministro de Educación, el de Sanidad, el de Gobierno, a todos saludamos, concertando visitas a escuelas y hospitales. En una de esas visitas practicada de improviso, el Ministro, Iso y yo nos sentamos a la mesa de un hospicio y pudimos comprobar que la comida era excelente. Nunca he visto gobierno mejor que el de Viena de aquellos días. No se formará idea exacta el lector si digo que era un gobierno socialista, porque en otros sitios el socialismo es o ha sido cosa distinta. En Viena gobernaba entonces, la clase media profesional. Estaba el erario arruinado por la pérdida de tanto territorio, y, sin embargo, nunca estuvieron mejor atendidos los niños pobres, nunca se hizo obra mejor de asistencia pública, de construcción de casas para obreros. Y los funcionarios casi no cobraban sueldos. El abogado de nota, el médico famoso desempeñaban los Ministerios y seguían atendiendo a su clientela para vivir.

—Obsérvelos usted, —decía Iso— y verá que algunos han tenido que mandar poner doble suela al calzado.

El servicio público era tarea de abnegación y la desempeñaban los más honestos y más inteligentes.

Las escuelas que visité eran grandes, adecuadas, lujosas, con servicios de médico, de dentista, de baños y de comedor; textos de primera calidad, profesorado perfecto. Me dejaban entristecido por la comparación que inevitablemente hacía con mis pobres escuelas de la época obregonista que fueron, sin embargo, las mejores escuelas que nuestro país ha tenido en toda su lamentable historia.

## VENECIA

Otra vez clase de pintura, clase de arquitectura; horas enteras en el relicario bizantino que es San Marcos. Dolor en el patio del anexo Palacio de los Duxes porque no pude construir en el edificio del Ministerio de Educación una escalera con descansos y estatuas al aire libre por el estilo de la que allí se mira. Paseos por el malecón de los mástiles; ascensión al Campanile; poesía de las horas marcadas por el reloj de la plaza, cuyas campanadas martillaban dos figuras de bronce; ensoñaciones prolongadas, en la mesa de los cafés del soportal de abajo. Misterio de los vericuetos que tienen cada uno una historia; presunción de los palacios sobre los canales. Puente de Miguel Ángel, a cuya entrada se venden rayas de queso parmesano aromado, como no lo hay igual en el mundo; vinos deliciosos, atmósfera de aventura gastada, porque se ha hecho la ciudad lugar de cita de todas las parejas acomodadas de Europa.

## EL HOMBRE PONE... Y EL DIABLO DESCOMPONE

... La Secretaría de Educación, por la misma época, gastaba en folletos y libros de propaganda callista lo que yo no había podido gastar en escuelas. El personal de maestros misioneros fue recortado y todo el presupuesto quedó encogido, pero miles y millones se gastaron en pagar artículos y libros dedicados al relato de los proyectos educativos del gobierno. En mi tiempo no se había hecho más propaganda que la que se deriva de la acción misma y de la obra; ahora, suprimida, falseada la obra, buena parte del presupuesto se dedicaba a pagar a propagandistas, en tanto que la prensa del país recogía la versión oficial de que yo había derrochado el dinero de la nación en pagarme propaganda en el extranjero... La versión sigue corriendo, pero nunca nadie ha podido aducir la menor prueba de ella. En cambio, busque



cualquiera la Bibliografía de la época, y hallará artículos callistas de paga desde Buenos Aires hasta “The Nation” y de Nueva York al “Manchester Guardian”.

Ya Charito a su llegada de México, me lo había advertido:

—Se están dedicando a minar tu obra, a calumniarte. Pero tú tienes la culpa, Pitágoras. —Solía llamarme así recogiendo un apodo que circulaba entre los amigos y estudiantes—. Tú tienes la culpa por tonto. A ver; yo vi en México muchos edificios que tú hiciste para escuelas, pero no hallé por ninguna parte una casa tuya. ¿Por qué no te hiciste tu buena casa?...

—Te equivocas, tengo mi casa.

—Ah, sí, ya sé; una casita allá, por Tacubaya; lo que yo te digo es una casona como las que se hacen en tu país todos los grandotes, los generales... Tú fuiste muy tonto, convéncete... Y ni te lo agradecen...

Por lo menos, eran más leales aquellas palabras de mi amiga de la derrota, que lo que andaba escribiendo en los periódicos de México y de América, una de las más cercanas colaboradoras de mi actuación educativa y que por entonces gozaba de gran autoridad. Contra los datos de la estadística y la fama pública que reconocía el desastre de la educación nacional, la enorme poetisa respaldó con toda su fama la tesis de que yo había sido apenas un iniciador y que *era ahora, bajo el callismo, cuando en verdad, la escuela penetraba en las masas*. Y lo curioso es que, a la nueva propagandista, mi ex colaboradora, no la tomaban en cuenta en el gobierno callista, le guardaban el rencor de todo lo que había sido parte de mi propia administración. ¿Qué es lo que la movía para la adulación no solicitada? Tenía ella en ese momento recursos propios abundantes, protección de su país y colaboraciones bien pagadas. Una ocasión en que nos volvimos a ver, me insinuó que conservara la paz con los rufianes educativos mis sucesores, por defender un sueldito que le pasaban a una secretaria suya, mexicana que la acompañaba en Europa...

Charito, alguna vez, me mostró uno de estos artículos, penosos porque se pretendía combinar en ellos dos reactivos opuestos: el elogio de mi gestión, y la consagración de los que la desbarataban...

—Mira a tus amigos —expresó Charito.

En los diarios de México, uno a uno y según se hacía patente la decisión del gobierno de desacreditar mi labor, fueron asomando todos esos rencores emboscados, todos los despechos y envidias que meses antes y cuando mi obra era indiscutible, reverenciada, no se hubiera atrevido a manifestarse. Ahora recapacitaban y decían: que había yo sido derrochador, que había creado desorden. Ni una palabra, en cambio, en contra de los que se estaban enriqueciendo a costa de la educación. Menos aun admitía nadie, con franqueza, las causas de mi alejamiento del país. Existía empeño de buscarle motivos pueriles a mi enojo, ya que nadie osaba reconocer que me apartaban de la situación reinante causas patrióticas hondas. Publicó en esos días un periodiquero, la extraña tesis de que yo estaba amargado por las ingratitudes de mi antiguo personal. Es decir, trataban de disimular mis ataques a Calles y su administración, echándome encima la supuesta ingratitud de mis ex asociados. Contesté en uno de mis artículos semanarios que nada tenía contra ninguno de mis antiguos colaboradores; elogí, al contrario, calurosamente, al General Figueroa, mi antiguo subsecretario, y lo hice sin escrúpulos porque él también, por su honradez política, se hallaba apartado del callismo. Y manifesté que mi enojo era contra el régimen, no contra mis amigos. Y que nada me importaba, en todo caso, la gratitud personal, ni había motivo para que nadie la tuviese, puesto que no me había dedicado a hacer favores a los amigos, sino a servir al país que era en todo caso el ingrato, no los pobres muchachos poetas o artistas que se habían visto obligados a servir algún puesto dentro de la infamia callista.

Y, por supuesto, la relativa tolerancia de que disponía para escribir en el diario principal de México se veía constantemente



recortada, no por censura oficial sino por el temor muy legítimo de los propietarios del diario, temor a un atentado del gobierno. Constantemente advertía que frases enteras eran tachadas, antes de pasar al linotipo. Me resultaban de este modo opiniones tibias, castradas, allí donde había yo puesto ira justiciera. Preferible era, por más franco, el sistema de la dictadura española, que mantenía un censor en cada diario, y no aquella hipocresía que no procesaba periodistas, pero a todos los tenía cogidos por el terror del atropello, el asesinato del personal y la agresión económica solapada, la ruina de la empresa periodística no sometida. El ambiente de mentira en que se vive en México, desde entonces, no reconoce otra causa. Se acostumbra el público a ver que el ladrón es proclamado honesto y acaba por creer que es cosa normal irremediable, el robo del funcionario.



DISCURSO PRONUNCIADO  
EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN  
DEL NUEVO EDIFICIO DE LA SECRETARÍA

Los habitantes de la ciudad de México recordarán la montaña de escombros que llenaba el lote formado por la antigua calle del Reloj, hoy 4ª de la República Argentina, la 9ª de la Perpetua, hoy de la República de Venezuela y parte de la calle de San Ildefonso. Se había derruido el antiguo edificio de la Escuela Normal de Mujeres, y no se había logrado reemplazarlo en los últimos diez años. En el fondo de un gran patio inconcluso se alojaba la Escuela de Maestros, sin salida decorosa para la calle, oculta entre el hacinamiento de los muros derruidos y de la obra sin comenzar. La extensión del sitio era tentadora; todo el que miraba aquello debía pensar: ¿Por qué no se hará aquí una gran casa, como las que hacían nuestros mayores en la época de Tolsá, en la época en que se sabía construir? Y se reflexionaba en seguida en la ruindad de las construcciones llamadas modernas, en la arquitectura porfirista que angostó las puertas señoriales, que redujo el vasto corredor español a un pasillo con tubos de hierro, en vez de columnas y lámina acanalada, en lugar de arquería; todo ruín como la época; y contrastando con todo esto veíamos los corredores de la antigua Escuela de Jurisprudencia, y pensábamos: “poder construir ahora una obra así, con altos arcos y anchas galerías, para que por ellas discurren hombres”; “construir con amplitud, construir

con solidez”, y estos pensamientos de erigir una obra en piedra coincidían con los otros de construir una organización moral, vasta y compleja: La Secretaría Federal de Educación Pública; y unos y otros pensamientos se fueron combinando, y a medida que el proyecto de creación del Ministerio de Educación Pública cristalizaba en leyes y reformas constitucionales, el proyecto de este edificio también tomaba cuerpo rápidamente. En efecto, era necesario alojar la nueva Secretaría de Estado en alguna parte, y aunque los ricos de los barrios elegantes de la ciudad, incitados por el afán del lucro, se apresuraron a ofrecer en venta sus casas, yo las hallé tan inútiles que para deshacerme de importunos, dije una vez a un propietario introduciéndolo al aula mayor de la Universidad Nacional: “Mire usted, su casa cabe en este salón; no nos sirve”. Así era en verdad, puesto que nosotros necesitábamos salas muy amplias para discurrir libremente, y techos muy altos para que las ideas puedan expandirse sin estorbo. ¡Sólo las razas que no piensan ponen el techo a la altura de la cabeza! Pero después de tamañas jactancias nos decíamos aterrados: ¿Y cómo vamos a poder construir un palacio, si estamos padeciendo la miseria de diez años de guerra; si el porfirismo con todas sus riquezas no pudo dar a la Secretaría de Educación más que un entresuelo de una casa señorial, y todavía después, el señor Carranza arrojó de ahí a los educadores, porque ni de un entresuelo los juzgó dignos? Y el peso de esta tradición funesta nos hacía sentirnos tímidos, y vacilábamos hasta que el otro polo del entusiasmo, la fuerza del odio nos hizo exclamar: pues bien, precisamente porque ellos no pudieron, nosotros, que no somos como ellos, sí vamos a poder. Y entonces, sin más estímulo que mi confianza en la revolución, fui a ver al Jefe del Ejecutivo y le hablé de edificar un palacio y recibir la sorpresa de que le parecía muy sencillo y viable el proyecto. En seguida el Secretario de Hacienda, con igual optimismo, puso a mis órdenes veinticinco mil pesos semanarios para materiales y rayas. Hay que advertir que en aquella época la pobre Universidad Nacional casi no tenía



presupuesto propio, y hubo necesidad de violar la ley carrancista, que manda que todas las obras federales las haga la Secretaría de Comunicaciones, y directamente emprendimos la obra, cargando los gastos a una partida de la citada Secretaría de Estado; y gracias a la fe de los revolucionarios, y al espíritu de progreso que late en la conciencia nacional, por los mismos días en que la constitución se reformaba, comenzamos a escarbar cimientos y el edificio fue creciendo sin detenerse ni un solo día y sin que careciésemos una sola vez del importe anticipado de las rayas y la misma Contraloría (ese otro estorbo, importado de la Unión Americana por extranjeros ignorantes al servicio del carrancismo), nos ha mostrado en este caso una diligencia y eficacia que honra a sus actuales jefes. Además de los arreglos administrativos, fue necesario resolver acerca de la dirección técnica de la obra, y al efecto hablé con ingenieros de reputación, que vieron los escombros, hicieron gestos de desaliento y prometieron estudiar proyectos; pero como no se trataba de estudiar, sino de hacer, busqué un hombre de acción y lo encontré en la persona del señor ingeniero don Federico Méndez Rivas, autor de este edificio desde sus cimientos, y de cuyos méritos da fe la obra misma; no pudiendo menos de agregar que, alguna vez, mirándolo trabajar con ímpetu ordenado y certero, al frente de seiscientos hombres, que a diario cumplían con puntualidad y eficacia su labor, me acordé del general Joffre, que cuando contemplaba el acierto tenaz de algún oficial competente, se llenaba de júbilo y le enviaba un beso de entusiasmo.

Al practicarse el examen del terreno se vio que la parte libre comprendía todo lo que hoy ocupa este patio del frente, la fachada principal y el cuerpo de la derecha, que son nuevos desde los cimientos y existía ya el patio grande del fondo, inconcluso, y las dos alas también incompletas de la Escuela Normal de Varones. Examinados los planos antiguos se vio que en aquel tiempo se había pensado dividir las dos construcciones, la de la antigua Escuela de Jurisprudencia y la proyectada, con un salón de actos

intermedio que hubiera dejado al nuevo edificio casi sin patio. Se ha corregido este error ligando los dos patios con la hermosa galería descubierta que hoy miramos y creando uno nuevo y hermoso. En el estilo general de la obra no se pudo proceder con libertad, porque fue necesario adaptar la nueva construcción a las líneas generales de su anexo más antiguo. No se pudo, por lo mismo, hacer un proyecto totalmente nuevo, pero sí se corrigió en buena parte el antiguo edificio sustituyendo la pesada cornisa por la que hoy le adorna y levantando todas las ventanas de la planta baja. Como la línea de la fachada había sido diseñada en forma irregular porque anteriormente la manzana estaba ocupada por dos edificios, el de la Escuela Normal de Señoritas y una casa particular, y se había dejado un saliente en la parte sudoeste, tuvimos que abrir nuevas cepas para colocar todo el frente sobre una sola recta. El corredor nordeste del patio de Jurisprudencia tuvo que ser destruido para reconstruirlo en forma más sólida, ligándolo con el nuevo edificio, y así por el estilo, no sólo se construyó una casa nueva, sino que se reparó y mejoró la antigua adyacente. Comenzaron los trabajos formales el 15 de junio de 1921, y se han concluido al año casi de comenzados, lo cual establece un verdadero ejemplo de rapidez, en un país tan amante del ocio, que no conforme con las innumerables fiestas religiosas y civiles tradicionales, todavía exige que cada partido que llega al poder invente fiestas y lutos que son pretextos para continuar la holganza. Sin embargo, justo es decir que no hubo aquí pereza, y justo es también hacer constar que los planos, los materiales, la ejecución, todo lo que aquí se ve es obra exclusiva de ingenieros, artistas y operarios mexicanos. No se aceptaron los servicios de un solo operario extranjero, porque quisimos que esta casa fuese, a semejanza de la obra espiritual que ella debe abrigar, una empresa genuinamente nacional en el sentido más amplio del término —inacional no porque pretende encerrarse obcecadamente dentro de nuestras fronteras geográficas, sino porque se propone crear los caracteres de una cultura autóctona hispanoamericana!



Algo de esto quise expresar en las figuras que decoran los tableros del patio nuevo, en ellas: Grecia, madre ilustre de la civilización europea de la que somos vástagos, está representada por una joven que danza y por el nombre de Platón que encierra toda su alba. España aparece en la carabela que unió este continente con el resto del mundo, la cruz de su misión cristiana y el nombre de Las Casas, el civilizador. La figura azteca recuerda el arte refinado de los indígenas y el mito de Quetzalcóatl, el primer educador de esta zona del mundo. Finalmente en el cuarto tablero aparece el Buda envuelto en su flor de loto, como una sugestión de que en esta tierra y en esta estirpe indoibérica se han de juntar el Oriente y el Occidente, el Norte y el Sur, no para chocar y destruirse, sino para combinarse y confundirse en una nueva cultura amorosa y sintética. Una verdadera cultura que sea el florecimiento de lo nativo dentro de un ambiente universal, la unión de nuestra alma con todas las vibraciones del universo en ritmo de júbilo semejante al de la música y con fusión tan alegre como la que vamos a experimentar dentro de breves instantes, cuando se ligen en nuestra conciencia los sonos ingenuos del canto popular entonado por los millares de voces de los coros infantiles, y las profundas melodías de la música clásica revividas al conjuro de nuestra Orquesta Sinfónica. Lo popular y lo clásico unidos sin pasar por el puente de lo mediocre.

La ejecución de los tableros esculpidos se debe al cincel de don Manuel Centurión, que hoy trabaja en concluir una magnífica fuente de cantería que ha de ornamentar el patio antiguo.

Para decorar el remate de la fachada se ideó un grupo —ejecutado por Ignacio Asúnsolo—, de la inteligencia, que es Apolo, la pasión, que es Dionisios, y la suprema armonía de la Minerva divina que es la patrona y la antorcha de esta clara dependencia del Poder Ejecutivo de la República.

Para la decoración de los lienzos del corredor, nuestro gran artista Diego Rivera, tiene ya dibujadas figuras de mujeres con trajes típicos de cada Estado de la República, y para la escalera



ha ideado un friso ascendente que parte del nivel del mar con su vegetación tropical, se transforma después en el paisaje de la altiplanicie y termina en los volcanes. Remata el conjunto un vitral de Roberto Montenegro, en que la flecha del indio se lanza a las estrellas. Los salones del interior serán decorados con dibujos fantásticos de Adolfo Best, y así sucesivamente cada uno de nuestros artistas contribuirá con algo para hermostrar este palacio del saber y el arte. Y al hablar de los artistas que han contribuido a levantar esta obra, sería injusto no mencionar a los canteros que han labrado las columnas y las cornisas, las estatuas y las arcadas, puliendo cada piedra con esmero que da al conjunto una especie de unción como de templo. Y es porque todos los que aquí laboraron han puesto en la obra su corazón, como si presintiesen que en esta estructura moderna no se va a fomentar el saber egoísta que es privilegio de una casta, sino la acción esclarecida que beneficia a todos los hombres por igual, es decir, con preferencia para los humildes y necesitados, puesto que sólo con esta preferencia se puede conseguir una relativa igualdad. Menciono a los canteros que durante un año han repetido aquí la música discordante y creadora de sus cinceles, música a cuyo son complejo se levantaron las catedrales y los palacios que dieron a este país, lo que no tiene ningún otro del continente, una arquitectura poderosa y noble y autóctona. Recuerdo también a los albañiles y a los peones y a los carpinteros y a los útiles plomeros, a todos los seiscientos y tantos hombres que durante un año han puesto aquí sus manos impregnadas de ansia creadora y me parece que sus almas se elevan a la región del espíritu y nos ofrendan esta obra que ellos ya concluyeron y presentan su ejemplo de tenacidad y abnegación para que se les imite en esa otra obra de los que van a trabajar en esta casa, obra también generosa y ardua, y que nunca se podrá decir que está concluida.

Heredamos unas ruinas y un mal proyecto, y no quisimos hacer ceremonia alguna cuando se colocó la primera piedra, porque sólo la última piedra es orgullo de los fuertes y sólo sobre ella



levantaremos cantos. Hemos trabajado procurando responder en cada detalle a la transformación moral que se ha operado en la República apartándonos del pasado inmediato y pensando en el destino propicio para poder levantar un edificio símbolo, como este que veis ahora de proporciones nobles; sólido y claro como la conciencia de la revolución madura.

La casa material está concluida, pero el edificio moral se perfila apenas y sus lineamientos están ya contenidos en los rasgos de la estructura de esta casa, cuya distribución corresponde al plan educativo que ha comenzado a regirnos. Cada uno de los tres departamentos esenciales en que se subdivide este Ministerio ocupa su sitio adecuado. En el ala derecha está el Departamento Escolar, desde donde van a dirigirse casi todas las escuelas del país. El Departamento de Bibliotecas cuenta con sus oficinas y su almacén, y en los bajos dispone de local para una biblioteca moderna de más de diez mil volúmenes, todos realmente útiles, y de sistema eficaz, no como el de nuestras antiguas instituciones donde sólo la polilla tiene acceso a la letra impresa. Una sala anexa se dedicará especialmente a biblioteca infantil de tipo norteamericano, con colecciones de estampas, fotografías y mapas para la instrucción y el recreo de los niños. Estarán estos salones abiertos de tarde y noche para todos los que sufren sed del espíritu y contendrán, además, colecciones de duplicados para hacer préstamos a los que gusten de tener por compañero el libro en la soledad, y todo este servicio será el modelo para las bibliotecas semejantes que ya se han ido fundando en todo nuestro territorio. Por su parte el Departamento de Bellas Artes dispondrá de las oficinas necesarias y de una sala de música y un gimnasio con baños, para el servicio de los empleados del Ministerio, tanto para hombres como para mujeres, pues es menester que todas las personas que trabajen en esta Secretaría de Estado se sientan educadores y eduquen con el ejemplo ajustando sus cuerpos a ejercicios y aseo y forjando sus almas con noble conducta y alto pensar. Al hablar de conducta he dicho noble y no precisamente

austera, sino generosa y libre, porque no son las disciplinas severas la norma de los tiempos nuevos, sino la acción dichosa y audaz.

Gloria en la tierra, mientras se acerca el tránsito. Ya es tiempo, mexicanos. En cuatro siglos de encogimiento y de mutismo, la raza se ha hecho triste de tanto refrenarse y de tanto cavilar, y ahora se suelta a las empresas locas de la acción que es dolor o contento, victoria o yerro, pero siempre gloria. Hay un ritmo de danza en el tiempo, como si la era del baile se estuviese anunciando, la humanidad pugna por ser libre, tan libre y feliz como lo es el alma, sin las trabas que la vida social impone, porque no sabe acomodarse a la ley jubilosa del corazón. En estos instantes solemnes en que la nación mexicana, en medio de su pobreza dedica un palacio a las labores de la educación del pueblo, hagamos votos por la prosperidad de un Ministerio que ya está consagrado por el esfuerzo creador y que tiene el deber de convertirse en fuente que mana, en polo que irradia. Y finalmente que la luz de estos claros muros sea como la aurora de un México nuevo, de un México espléndido.



CONFERENCIA LEÍDA EN EL  
“CONTINENTAL MEMORIAL HALL” DE WASHINGTON

La educación en México.  
¿Qué es educar?

Educar es preparar al individuo para determinado propósito social. Los hombres han sido educados para ser buenos frailes, buenos artesanos, y últimamente para ser buenos ciudadanos; unas veces son las condiciones sociales, otras veces la escuela, pero siempre encontramos que el propósito de la educación es modelar a los hombres para el desempeño de una función social.

Las escuelas monárquicas se proponían formar buenos súbditos; las escuelas teológicas, buenos sacerdotes; los despotismos se empeñan en crear soldados, y solamente los pueblos civilizados procuran formar buenos ciudadanos, es decir, hombres y mujeres libres, capaces de juzgar la vida desde un punto de vista propio, de producir su sustento y de forjar la sociedad de tal manera que todo hombre de trabajo esté en condiciones de conquistar una cómoda manera de vivir. Éste es el tipo de hombre que tratamos de crear en México y ése ha sido el propósito de nuestra reforma educacional. Teniendo, pues, en cuenta claramente el propósito que antecede, examinemos los métodos que estamos poniendo en práctica para cumplirlo.

## EL MEDIO

Escritores y educadores del viejo tipo científico expresaron con frecuencia la opinión de que nuestro pueblo, particularmente el indio y la clase trabajadora, constituían una casta irredimible, supuesto que, siendo el hombre un producto de la herencia y el medio, el mexicano auténtico no tenía esperanza de redención, porque su ángulo facial no correspondía a tales o cuales normas propias del tipo escocés o noruego y además, las circunstancias ambientes en que se verificaba su desarrollo eran de la peor clase. Pero estos mismos teóricos solían afirmar asimismo que toda esta población oprimida era totalmente incapaz de derrocar el despotismo militar y económico de Porfirio Díaz, el de la mano de hierro. Y, sin embargo, sucedió que Porfirio Díaz, y todo su ejército y todos los aristócratas y oligarcas de su época fueron derrotados en el campo de batalla, a la vez que sus métodos de gobierno caían en completo descrédito. Desde entonces nos hemos dicho, recordando el Evangelio, más que las largas contradicciones y obtusas afirmaciones de la pedantería científica, que todos los hombres son hijos de Dios y que todas las razas son o pueden llegar a ser aptas. Algunas sobresalen en determinadas aptitudes y otras se distinguen por aptitudes diversas; pero importa al progreso y mejoramiento del mundo que todas las razas y que todos los hombres sobrevivan y conquisten libertad económica y política, a fin de que puedan lograr la expresión total de sus almas. De suerte que, apartándonos de las hipótesis sociológico-científicas y provistos de una buena dosis de sentido común y con algo de inspiración cristiana, nos hemos dicho a nosotros mismos: este medio que nos rodea es un obstáculo para la salvación del pueblo. Sí, la ciencia tiene razón hasta este punto; pero de ello solamente se deduce que es necesario transformar el medio, y, en contradicción con las ideas spencerianas que ven en el hombre un producto del medio que lo rodea, hemos adoptado la doctrina formulada hace más de cien años por Simón Bolívar



cuando dijo, refiriéndose al porvenir de las naciones latinas de este continente: “Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”. Creemos que hoy, como ayer, el hombre puede convertir el medio a sus aspiraciones, ya que la civilización, desde sus comienzos, no es otra cosa que la victoria periódica del hombre sobre las circunstancias que lo rodean. En consecuencia, estamos empeñados en cambiar la vieja organización social para dar lugar al crecimiento de un futuro mejor.

## EL ANTIGUO RÉGIMEN

Todo el mundo sabe lo que México era antes de la Revolución: un país cuya extensión es una cuarta parte de los Estados Unidos de América, con quince millones de habitantes, doce de ellos analfabetos, pobres y oprimidos, y todos manejados políticamente por un solo hombre y económicamente por un centenar de familias. La riqueza pública de todo género, las tierras, los depósitos minerales, todo había sido liberalmente repartido por Porfirio Díaz entre protegidos y asociados, nacionales y extranjeros. Nada se había reservado para la colonización, y aun el mexicano aborigen se encontraba incapacitado para comprar tierra laborable, porque el gran terrateniente no la vendía. Tampoco podía establecerse un pequeño negocio, porque las grandes empresas no permitían trabajar en condiciones equitativas. Al mismo tiempo, los políticos de la época de Porfirio Díaz decían: “¿Qué objeto tiene educar a las masas? Si aprenden algo, exigirán mayor salario y más libertades, y esto trastornará las condiciones sociales. De suerte que es mejor dejarlos como están y, si es necesario, que perezcan, pero que se salven la situación existente y la paz y el crédito de México”. La explotación y la tiranía continuaron sin freno, a tal punto que uno de los protegidos de Porfirio Díaz, un conocido ganadero, logró adueñarse de casi todas las tierras del estado de Chihuahua, una superficie equivalente a la mitad

de Francia, y después de haberse aprovechado de las tierras y del ganado construyó casas y las rentó a la gente, conservando sobre ellas la propiedad. Y después de construir las casas compró los molinos de harina y logró que se dictaran leyes de impuesto que lo protegieran contra la competencia de los productores de harina de otras regiones de México, y de esta manera pudo vender el pan al precio que le convino; lo mismo hizo con la cerveza, con la carne y con la sal. Y si Porfirio Díaz, su amo, hubiese permanecido más tiempo en el poder, no hay duda que aquel rico propietario habría logrado explotar el aire respirable, con el pretexto de algún procedimiento higiénico científico para purificarlo y venderlo en las ciudades. Con esta educación a la vista, yo pregunto a cualquier educador norteamericano: ¿Qué habría aconsejado usted para salvar a un pueblo de tan cruel explotación? Pregunto a cualquier ciudadano americano, ciudadano de verdad. ¿Qué haría usted si no pudiese ser agricultor en su propio país, si todas las tierras de los Estados Unidos estuviesen en poder, por ejemplo, de mil familias, que no las labrasen o las labrasen insuficientemente, en tanto que la mayoría del pueblo casi perecía de hambre? “Impónganse contribuciones fuertes sobre el latifundio”, ya sé que ésa sería la respuesta. Pero si se pretende decretar contribuciones es necesario, primeramente, conquistar el poder de los terratenientes para ponerlo en manos del pueblo. Cuando algunos de nuestros enemigos nos proclaman bolcheviques, siempre podemos contestar con los hechos: “En realidad somos un Estado feudal que trata de modernizarse”. En verdad estamos tratando de implantar un régimen agrario semejante al que existe en Ohio, en la Nueva Inglaterra o en las Dakotas. Y si Kansas, con sus millares de cultivos feraces, es bolchevique, entonces también nosotros deseamos serlo. Volviendo al asunto educativo, diré que estamos procurando transformar el medio que nos rodea para que pueda producir hombres mejores; estamos cambiando el régimen agrario para poder tener no simplemente habitantes, sino ciudadanos y hombres. Y no vacilo en afirmar que la base de nuestro sistema educacional reside en una



mejor distribución de la propiedad y de los productos del trabajo. Una resolución justa del problema económico es el primer paso de la reforma educativa. Sí, nuestra finalidad es, como lo he definido anteriormente, crear hombres libres y no esclavos.

## NUESTROS MÉTODOS

La Revolución, transformada en gobierno, está empeñada en resolver los problemas económicos del país. El pueblo elige sus funcionarios y dicta sus propias leyes; el promedio del bienestar material del pueblo ha mejorado sensiblemente; sin embargo, nuestro progreso es lento, porque trabajamos en medio de las ruinas y los errores de siglos de mal gobierno y de los últimos diez años de guerra. A pesar de ello, una poderosa corriente moral mantiene alerta las conciencias, y puede afirmarse que cada quien se da cuenta de las exigencias del momento y se apresta al cumplimiento del deber. Así se explica que gentes que casi tenían olvidados los deberes del Estado, por lo que hace a educación, presten actualmente todo su apoyo a un gobierno que por la voz del presidente Obregón, el más distinguido general de la Revolución, ha proclamado la necesidad de licenciar soldados y reclutar maestros, de cerrar cuarteles y abrir escuelas. Millares de soldados han regresado ya a la vida civil y millares de maestros trabajan como soldados del progreso en las ciudades y en los distritos rurales, y aun en las más remotas comarcas indígenas, centenares de misioneros, con carácter oficial, y otros como voluntarios, trabajan entre los ignorantes para enseñarles a leer y escribir, buenas costumbres y métodos de trabajo más eficaces. Estos maestros misioneros preceden el trabajo de la escuela y lo preparan y ya han logrado despertar el interés de toda la población en favor de la educación pública.

Con el objeto de dar mayor impulso a la campaña educacional fue necesario reformar la Constitución con el fin de crear un

Ministerio federal de Educación Pública. Este Ministerio tiene facultades para crear y sostener toda clase de instituciones educativas en cualquiera región del país, colaborando con los Consejos de educación de los distintos estados de la Unión o procediendo independientemente, según sea más conveniente y práctico.

El presupuesto de que dispone el Ministerio ha sido durante el presente año de algo más de cuarenta y nueve millones de pesos, o sea cerca de veinticuatro millones de dólares. Para dar una idea de lo que esta cantidad representa entre nosotros bastará recordar que la mayor suma destinada a educación pública en los tiempos de Porfirio Díaz, es decir, hace solamente doce años, fue de ocho millones de pesos, o sean cuatro millones de dólares; después Madero aumentó esta suma a doce millones de pesos, pero Carranza la redujo a menos de seis, de modo que el actual gobierno ha subido el gasto de poco menos de seis millones que pagaba Carranza a los cuarenta y nueve del presupuesto actual. Por supuesto, los gobiernos locales, hoy como antes, continúan dedicando sumas anuales para el sostenimiento de sus propias escuelas, celebrándose cada año los convenios correspondientes para asegurar la colaboración de las autoridades federales y las locales en materias escolares. Los sueldos de los maestros se han duplicado y en muchos casos triplicado, habiéndose logrado establecer el salario mínimo de tres pesos diarios para cada maestro, no obstante que el mínimo anterior era, a veces, menor de un peso por día. Al mismo tiempo se ha tratado de fortalecer el decoro de los maestros y el sentimiento de su propia responsabilidad, concediéndoles, en la generalidad de los casos, el derecho de elegir candidatos para las jefaturas de departamentos y dirección de escuelas, pues hemos juzgado que si nos hemos dedicado a educar hombres libres debemos empezar por hacer maestros libres. Lo que equivale a decir: páguese a los maestros lo más que sea posible y permítaseles que se organicen según su propio saber y experiencia, un saber y experiencia que será superior, por lo



menos, al criterio del político o de los consejos ejecutivos que en otras partes manejan los colegios.

## EL PROBLEMA DE LA INFANCIA

Junto con la necesidad de mejorar las condiciones económicas y sociales de los maestros hemos tenido que afrontar el problema de las necesidades del niño. Naturalmente no nos hemos preocupado mucho por los hijos de los ricos, puesto que sus padres pueden atenderlos y el deber del Estado consiste en ayudar a los que lo necesiten, mostrándoles preferencia. Nuestras antiguas instituciones educativas, aunque limitadas en número, se hallaban perfectamente organizadas conforme a los más modernos métodos pedagógicos; pero en nuestro esfuerzo de reconstrucción la realidad nos ha obligado a hacer a un lado un sinnúmero de bellas teorías.

Por ejemplo, teníamos escuelas de niños anormales en las que se practicaban exámenes cuidadosos, anotados en registros que después servían para formar conclusiones generales más o menos triviales. Tuvimos que acabar con estos lujos de dudosa utilidad inmediata, y con excepción, por supuesto, de los sordomudos y ciegos, que asisten a planteles especiales, reunimos a todos los niños en el mismo tipo de escuela primaria y en todas ellas establecimos el desayuno escolar, gratuito para los pobres. De esta manera lo que ahorramos en médicos lo gastamos en pan; la experiencia nos ha demostrado que una buena ración matinal es mucho más eficaz que el médico para curar la debilidad del carácter y la lentitud del pensamiento. Subsiste, por supuesto, el servicio médico, que practica visitas periódicas a las escuelas; pero tratamos de hacer comprender a los médicos que no nos importa mucho que aconsejen a los niños ni que nos remitan largos informes escritos, sino que la nación les paga para que curen. El médico, antiguamente, se ocupaba en rece-

tar drogas que en la generalidad de los casos el niño no podía comprar; hoy aplica directamente el tratamiento y el resultado es que estamos a punto de desterrar las enfermedades de la piel, que antes se consideró imposible combatir dentro de la escuela. Nuestro servicio dental gratuito se está extendiendo a todas las escuelas, y a medida que disponemos de fondos establecemos en cada escuela, también gratuitamente, baños, estanques de natación y campos de recreo. En realidad nuestros planes son tan amplios que acaso sean censurados por pretender abarcar demasiado; pero de todas maneras debo hacer constar que los maestros —hombres y mujeres— que participan en nuestra obra tienen la convicción de que no sólo desempeñan una función cívica, sino que trabajan en una especie de moderna cruzada para la elevación y liberación de los espíritus y el mejoramiento de los cuerpos de sus semejantes; por eso el fervor que ponen en su obra es un fervor religioso y la recompensa que reciben no está ni en el dinero ni en los ascensos, sino en el sentimiento apostólico, en el goce místico que los anima y sostiene.

#### LAS TRES DIVISIONES DEL MINISTERIO

Al principio fue una especie de inspiración pitagórica. “Lo que está bien, nos dijimos, debe responder a número y medida”, y en tal virtud resolvimos dividir el ministerio en tres grandes ramas. Después la experiencia nos ha demostrado que anduvimos acertados. La labor educativa de todo el país está subdividida de la siguiente manera: *Primero, escuelas; Segundo, bibliotecas; Tercero, bellas artes.*

#### ESCUELAS

La educación primaria, laica y obligatoria fue decretada en México hace más de sesenta años. Desde entonces los padres están obligados a mandar a sus hijos a la escuela; pero en un gran número de lugares no han existido escuelas. El gobierno de Díaz estableció algunas buenas escuelas en las principales ciudades —entre ellas varias Normales— para la educación de los



maestros. Estas escuelas nos han servido mucho, principalmente porque de ellas hemos tomado el núcleo de maestros hábiles que actualmente utilizamos. El error fundamental que se había cometido era no mandar maestros a los distritos rurales. En la actualidad pagamos mejor sueldo a los que prestan sus servicios en las regiones distantes del país, y procuramos enviar allá lo mejor de nuestro personal.

En la escuela elemental se enseña la lectura y la escritura y, además, cursos breves de historia, geografía y aritmética. También sostenemos un pequeño número de maestros viajeros de trabajos manuales, que visitan los pequeños poblados para enseñar elementos de carpintería, herrería y agricultura. De esta suerte aplicamos el principio que norma nuestra enseñanza desde la escuela elemental hasta la universitaria, y que puede condensarse en lo siguiente: *Enseñanza elemental y educación técnica.*

La escuela elemental se establece en las pequeñas ciudades; en los distritos rurales su equivalencia se encuentra en la escuela rural. Varias de las regiones más distantes están pobladas por indios que no conocen el castellano; naturalmente empezamos por enseñarles este idioma, y tan pronto como aprenden pueden pasar a la escuela elemental de tipo ordinario, o a la secundaria, después a la profesional, siempre que llenen los mismos resultados que se exigen del resto de la población. Recientemente se ha escrito mucho acerca de la mejor manera de educar a los indios de pura raza, siendo numerosos los partidarios de la creación de escuelas especiales de indios; pero siempre he sido enemigo de esta medida porque fatalmente conduce al sistema llamado de la *reservación*, que divide la población en castas y colores de piel, y nosotros deseamos educar al indio para asimilarlo totalmente a nuestra nacionalidad y no para hacerlo a un lado. En realidad creo que debe seguirse, para educar al indio, el método venerable de los grandes educadores españoles que, como Las Casas, Vasco de Quiroga y Motolinía, adaptaron al indio a la civilización europea, creando de esta suerte nuevos países

y nuevas razas, en lugar de borrar a los naturales o de reducirlos al aislamiento. No concibo que exista diferencia alguna entre el indio ignorante y el campesino francés ignorante o el campesino inglés ignorante; tan pronto como unos y otros son educados, se convierten en auxiliares de la vida civilizada de sus países y contribuyen, cada uno en su medida, al mejoramiento del mundo. Por esta razón no he hablado del problema indígena, sino simplemente del problema de la ignorancia que se agrava por la indiferencia y aun, a veces, la crueldad de los que teniendo educación y riqueza no hacen nada eficaz en beneficio de sus semejantes.

Después de dos años de educación elemental tenemos la escuela superior, que abarca cuatro años, y después de los seis años de primaria el alumno que puede hacerlo pasa a los colegios preparatorios y en seguida a la profesional. Los colegios preparatorios son más de veinte, situados en diferentes partes del país, siendo el principal el que está agregado a la Universidad Nacional de México; pero el proyecto de la Secretaría de Educación es concentrar sus esfuerzos en las cuatro grandes universidades de la ciudad de México, de Guadalajara, de Yucatán y de Monterrey. Sin embargo, aún más urgente que el problema de la universidad es para nosotros la transformación de nuestras antiguas escuelas de artes y oficios en modernos institutos técnicos. En ellos deseamos educar peritos mecánicos, industriales de todo género y trabajadores en las artes de la ciencia aplicada, con la esperanza de reducir de esta manera la carga del proletariado profesionalista, que constituye entre nosotros una verdadera calamidad pública. A fin, pues, de suprimir el parasitismo y de aumentar el número de los productos de riqueza, nos proponemos establecer, por lo menos, una escuela técnica moderna en cada uno de los grandes centros de población.



## LAS UNIVERSIDADES

Se ha dicho en México que nuestro departamento no es muy amigo de las universidades, y esto es verdad si nos referimos a las universidades de tipo antiguo. Hemos tenido dos clases de universidades de tipo antiguo. Hemos tenido dos clases de universidades de este género. Tuvimos las universidades literarias, que heredamos de los españoles, en las cuales se educaban poetas y gramáticos, tipos sociales muy agradables, pero poco útiles. El segundo género de universidad antigua es la universidad científica, fundada en las doctrinas darwinianas, la sociología positivista y el individualismo liberal. Estas universidades produjeron tipos poco agradables, pero también inútiles. La base de todas sus enseñanzas era la teoría de que el progreso produce fatalmente una clase afortunada que, por poseer mayores dotes, representa la selección de la especie y tiene, por lo mismo, el derecho, casi sagrado, de explotar y someter a su dominio a los ineptos. Tales doctrinas quedaron burladas por la Revolución y por la vida misma, y así es que cuando nos tocó organizar la vieja universidad, en donde Spencer y Leroy Beaulieu habían sido los amos, tuvimos que preguntarnos: ¿Qué vamos a hacer ahora con toda esta desacreditada jerga científica? La respuesta nos había sido ya sugerida por el pueblo en sus días de angustia y de fe, y a la pregunta de “¿cuál es la verdadera ciencia?”, contestamos: “la que es capaz de servir para la dicha de todos los hombres, no la que los divide en castas de aptos e ineptos, de blancos y negros, de civilizados y no civilizados”. La verdadera ciencia reside en la antigua, profunda y venerable sabiduría cristiana que proclama la igualdad de todos los hombres y el derecho pleno de todos los seres a la libertad, a la dicha y a la vida, cualesquiera que sean sus respectivas capacidades. Las diferencias entre los hombres no son intrínsecas y dependen, por lo demás, de la vocación particular, pues si el tipo rubio de Gales es capaz de producir un buen ingeniero mecánico, el indio azteca que pinta su loza

puede llegar a ser un buen artista, y ¿quién puede decir cuál de los dos es más importante en una verdadera civilización? Procuramos, pues, en nuestras universidades cultivar una ciencia que conquiste el bien, no solamente el bien teórico, sino el bienestar económico de todos los hombres. Para lograrlo impartimos enseñanzas de carácter científico, práctico y útil, que conviertan a cada uno de nuestros alumnos en productores de riqueza, que sustituya a los profesionales de la antigua especie, que por lo común vivían para la política o la burocracia, mientras que nuestros recursos naturales quedaban vírgenes. Hemos aumentado cursos de ingeniería mecánica, de electricidad, de mecánica aplicada y de industrias agrícolas, y a todo este ejército de productores se les enseña que el propósito de la civilización no es crear grupos selectos que exploten a las mayorías (eso es barbarie oriental), sino crear hombres aptos y fuertes que trabajen para levantar el nivel de los que se encuentran escasamente dotados. La aptitud de todo género, al servicio de la colectividad, eso entendemos por civilización, y cualquiera otro tipo de ella lo clasificamos simplemente como barbarie. No por eso pretendemos desconocer la importancia de las individualidades excepcionales, de los genios del arte y del pensamiento; por el contrario, los invocamos reclamando su aparición y su auxilio; pero no podremos reconocerlos si no nos exhiben la marca legítima del genio, que es la capacidad de trabajar para los demás en la clara manera desinteresada tolstoiana y cristiana. De otra suerte, producir y acumular cualquier especie de energía para beneficio propio es codicia, en tanto que el genio es una extraordinaria capacidad de dar.

En materia de cuotas de estudios hemos restablecido en nuestras universidades el viejo sistema español de cursos gratuitos, porque los medios del conocimiento deben estar a disposición de toda persona; pero, por supuesto, debe hacerse una excepción con respecto a aquéllos que deben contribuir para los gastos de la educación. En nuestras universidades los ricos tienen que pagar sus cursos.



## LAS BIBLIOTECAS

Durante siglos hemos tenido en México varias bibliotecas importantes y venerables. Existe la Biblioteca Nacional de México, que tiene cerca de medio millón de volúmenes y manuscritos de raro valor. Existen también las bibliotecas de Guadalajara, Puebla y de otros estados; pero todas estas instituciones fueron organizadas conforme a sistemas que hacen de las bibliotecas una especie de archivos en que el libro parece ocultarse del público en lugar de ofrecerse al lector. Tratamos ahora de imitar las admirables bibliotecas norteamericanas, y en tal virtud, sin cambiar mucho las viejas instituciones celosas de sus tesoros, la Secretaría de Educación ha estado creando centenares de pequeñas bibliotecas populares que se han distribuido por todo el país. “La biblioteca —decimos a los maestros— es el complemento de la escuela. Después de que se aprende a leer, es necesario saber lo que debe leerse y disponer de libros. Una buena biblioteca puede substituir a la escuela y aún algunas veces superarla. Una buena biblioteca es una universidad libre y eficaz. Es tan importante crear bibliotecas como crear escuelas. Para muchas cosas no hay necesidad tan útil como media docena de libros buenos”. Para organizar estas bibliotecas hemos dispuesto colecciones de cincuenta, de cien, de quinientos, de mil, de cinco mil y de diez mil volúmenes. El tipo número uno de biblioteca elemental se compone de cincuenta volúmenes, que se hacen circular en una caja de madera que puede ser acarreada a lomo de mula, a fin de que llegue a las regiones adonde no alcanza el ferrocarril. El tipo número dos de biblioteca de cien volúmenes se destina a pequeños poblados y representa el tipo elemental de biblioteca fija, y según la importancia de lugar y los fondos de que se dispone establecemos salones de lectura de mayor capacidad. Por supuesto, no hemos podido construir todavía edificios a propósito, pero siempre hemos logrado disponer de la mejor sala del palacio municipal de los pueblos y allí establecemos la biblioteca,



poniendo nosotros los libros y el empleado que la atienda. Por regla general, el maestro de la localidad, mediante un sobresuelo, desempeña las funciones del bibliotecario, manteniendo el salón abierto durante las últimas horas de la tarde y encargándose de prestar los libros a los hogares.

Para formar la colección nos regimos por el valor intrínseco del libro y su importancia práctica. Nuestras colecciones contienen volúmenes de Platón, Esquilo, uno o dos clásicos romanos; después, Dante y Shakespeare y media docena de clásicos españoles, como Lope de Vega y Cervantes y entre los modernos, Goethe, Ibsen, Shaw, Pérez Galdós, Romain Rolland, Tolstoi y Tagore; agregamos a esto unos cuantos libros sobre cuestiones sociales, compendios de historia universal, un compendio de la geografía de Reclus y manuales de manufactura e industria; hasta la fecha hemos establecido más de dos mil bibliotecas de este género; entre ellas veinte que funcionan diariamente en la ciudad de México, con más de mil volúmenes cada una. En todas nuestras bibliotecas mantenemos una colección especial de libros infantiles.

#### EL DEPARTAMENTO EDITORIAL

Con el objeto de surtir nuestras propias bibliotecas, y también con el fin de propagar la buena lectura en español, el Departamento de Educación sostiene talleres de imprenta relativamente grandes, en los que se editan libros escolares que se distribuyen gratuitamente. En el año de 1922 se hicieron cuatrocientos mil libros de lectura y esperamos que esta cifra llegue a un millón en el año entrante, ya que la maquinaria recientemente adquirida nos pone en condiciones de hacerlo. Estamos traduciendo algunos de los textos de francés e inglés de las escuelas secundarias, a fin de que todos los textos lleguen a manos de todos los estudiantes en español; al mismo tiempo estamos preparando la edición de manuales para ferrocarrileros, electricistas y otras



industrias. Para la propagación de la alta lectura el departamento editorial, asesorado por la Universidad, ha editado una serie de clásicos en la forma ya mencionada, habiéndose publicado en el año más de doscientos mil volúmenes, empastados, de Homero, Platón, Eurípides, Dante y Esquilo. Todos estos libros los mandamos gratuitamente a las universidades de México y Sudamérica, a las escuelas Normales, secundarias, primarias y bibliotecas escolares. Además, una buena parte de las ediciones se vende al público a precio de costo.

#### LA REVISTA “EL MAESTRO”

Con el objeto de difundir conocimientos, la Secretaría, por iniciativa del presidente Obregón, inició la publicación de la revista *El Maestro*, que sale mensualmente y cuyo tiro es de sesenta mil ejemplares, que se reparten gratuitamente entre las escuelas, maestros de México y de la América Latina. La propaganda política y la religiosa están excluidas de la publicación; pero se imprimen en ella artículos literarios, científicos, higiénicos, históricos, geográficos y de interés general. Procuramos que los artículos se distinguan por las ideas y conocimientos que imparten más bien que por la forma literaria. Frecuentemente lo escrito en la revista toma la forma de simples lecciones o narraciones geográficas o históricas, tomadas de los mejores autores mundiales, y resúmenes sobre cuestiones interesantes del día. La revista no acepta anuncios, para quedar libre de las consecuencias naturales de este género de patronato.

#### DEPARTAMENTO DE BELLAS ARTES

La creación del Departamento de Bellas Artes como rama independiente de nuestro sistema educativo implica un cambio

considerable en el régimen de nuestras escuelas. El cambio tuvo que verificarse a pesar de la oposición de algunos maestros que se creyeron afectados por la reforma. Se trata de la enseñanza del canto, dibujo y gimnasia en nuestras escuelas públicas. Con frecuencia había sufrido una dolorosa impresión escuchando los cantos corales y contemplando los horribles dibujos tomados de cromos, en la mayoría de las escuelas de todas partes del mundo. Naturalmente comprendía que un buen maestro no puede ser al mismo tiempo un buen músico y un buen pintor de paisajes, pero teníamos centenares de buenos músicos y de hábiles artistas cuyos servicios nadie ocupaba una vez que salían de nuestro Conservatorio de Música o de la Escuela de Bellas Artes; así es que resolvimos aprovechar este personal haciéndoles dar clases de música y de dibujo en las escuelas primarias. Tal grupo de maestros artistas lo hemos puesto a trabajar independientemente de las autoridades de la enseñanza escolar normal, porque en materia artística solamente el artista puede juzgar y no debe subordinar su criterio ni al del maestro normal ni al de ningún enciclopedista. De igual suerte hemos formado un cuerpo especial de profesores de gimnasia, dirigido por peritos en esta materia, y las tres ramas de maestros no reciben sus programas de enseñanza de los maestros normalistas, sino que forman sus planes ellos mismos, discutiéndolos previamente en las juntas que periódicamente se celebran con las autoridades escolares de enseñanza general. Y a la censura que frecuentemente formulan de que un músico o un pintor carentes de educación pedagógica no pueden enseñar porque desconocen la metodología del dibujo o de la música, respondemos que preferimos la música a la metodología de la música y el dibujo a la metodología del dibujo. Y a la observación de que la injerencia de tres series de maestros en la escuela primaria, dependientes cada uno de una dirección especial, puede destruir la unidad de la educación, contestamos que, en efecto, quedará destruida la autoridad enciclopédica del maestro de escuela o del director del plantel; pero que, en cambio, la unidad se logra en la



conciencia del alumno, que libremente escoge, como en la vida, los elementos que le proporcione la escuela para formar sus conceptos del mundo.

Los resultados del nuevo sistema han quedado demostrados en los conciertos públicos que dan millares de niños en nuestros parques y en los cuales, con acompañamiento de bandas y orquestas, se entonan canciones nacionales, españolas y latinoamericanas, con una afinación y un gusto exquisitos que rara vez pueden verse superados en el teatro. Estos festivales se dan los domingos en los parques o en los patios abiertos de las escuelas, y han constituido un éxito tan rotundo que ahora nos dedicamos a extender el sistema por todo el país.

Juntamente con la educación musical escolar nos dedicamos a establecer orfeones populares en todas las ciudades de importancia. En la ciudad de México hemos dividido la población en dieciocho cuarteles y en cada uno de ellos se sostiene un centro nocturno para la enseñanza del solfeo, del canto coral y de la música, habiéndose formado orfeones de mil voces en cada uno, y todos los domingos, en los teatros y cinematógrafos se dan conciertos y conferencias en los que toman parte poco más de veinte mil personas que no asisten allí sólo como espectadores, sino como creadores activos de alguna forma de belleza.

Para el desarrollo de la cultura física estamos organizando algunos centros, como ya he dicho antes; pero todavía no podemos alabarnos de haber logrado éxito. En el año entrante esperamos disponer de mayores recursos para seguir desarrollando estos trabajos.

## NUESTRO TIPO DE ESCUELA PRIMARIA

La división de la Secretaría en tres grandes ramas se manifiesta en la organización de la escuela primaria tipo, que se ha estado estableciendo recientemente, y en cuyos edificios, próximos a terminarse en la ciudad de México, se han hecho arreglos para alojar

las dependencias de los tres departamentos dividiendo la construcción en cuartos de clases, de biblioteca y sala de conferencias y proyecciones cinematográficas, que ocupan el centro de las construcciones; en el fondo un anfiteatro abierto para las masas corales y bailes colectivos al aire libre; todavía más al fondo, con vista al anfiteatro, se abre un estanque de natación común para las dos alas del edificio; a uno y otro lado del estanque se levantarán los gimnasios. De esta manera los tres departamentos se combinan y completan eficazmente. Cuando no podemos construir una sala especial de conferencias, la biblioteca sirve también de sala de conferencias y de exhibiciones cinematográficas. Asimismo procuramos dotar a cada escuela de talleres para trabajos manuales efectivos, y de esta suerte esperamos formar no solamente escuelas, sino centros sociales para el servicio del vecindario en el desarrollo de la cultura. Además, en virtud de los cursos nocturnos estas escuelas sirven para la educación no sólo de los niños, sino también de los adultos.

#### EL PROPÓSITO FINAL

Una verdadera educación no es completa si le falta el aliento que sólo puede engendrar un gran propósito, un alto ideal. La conquista de la libertad y del bienestar económico, de las comodidades físicas y aun del lujo no puede colmar la aspiración humana. El fin último de la vida es algo que trasciende y que supera a los más importantes propósitos sociales, y esto nos obliga a meditar en el objeto verdadero de la vida y en lo que deberemos hacer así que hayamos conquistado la riqueza y el poderío. Por esto, una y otra vez procuramos recordar a los niños mexicanos la existencia de un alto propósito al que todo debe sacrificarse, ya que no sólo se trata de que el hombre sea libre y que produzca riqueza y la consuma dichosamente, sino de que cada hombre contribuya a la superación de la vida misma en el universo. México comparte con



las más avanzadas naciones el deber de mejorar el mundo creando tipos más perfectos de vida, y si alguien cree que pudiera haber exageración en esto que afirmo y se me pregunta que si quiero decir que México ha de contribuir con algo original para la civilización del mundo, contestaré decididamente que sí, no obstante que adivino la sonrisa que pudiera acompañar a la pregunta. En efecto, ¿qué nación posee en mayor grado que México fuentes de originalidad en su tradición, en su estirpe y en su ambiente? Y, sin embargo, el caso de México no es un caso aislado; México es solamente una de las veinte naciones de la misma sangre y lengua, separadas ahora, pero que tarde o temprano habrán de juntarse. Se unirán porque el sentimiento de raza es más vigoroso aún que el patriotismo. El patriotismo, sobre todo el patriotismo nacional, frecuentemente se deriva de causas políticas o geográficas, que son causas artificiales o simplemente materiales. El sentimiento racial, en cambio, procede de hondas diferencias espirituales y acaso obedece a los designios profundos de la Providencia, que hace diferentes a los hombres para multiplicar y enriquecer la expresión del alma humana. He ahí por qué el verdadero progreso del mundo requiere que ninguna raza imponga a otra sus rasgos particulares, puesto que la diversidad de aptitudes y de gustos hace la vida más intensa y rica. En nuestra gran región del mundo, en la bendita América Latina, tenemos la obligación de forjar una nueva y más amplia expresión del espíritu latino, y el que pretenda estorbar este poderoso movimiento ideal estará matando el progreso y aniquilando la vida. Imagino un futuro muy próximo en que las naciones se fundirán en grandes federaciones étnicas. El mundo estará dividido entonces en cuatro o cinco grandes poderes, que colaborarán en todo lo que es bueno y es bello; pero expresando lo bueno y lo bello cada uno a su manera: la raza inglesa en el norte, la iberoamericana en el sur, los rusos y los japoneses en Asia, y todo este vasto agregado de pueblos se sentirá unido en el común propósito de dar expresión al contenido del alma, a fin de que por medio del

conocimiento y la alegría conquiste, en definitiva, la salvación. Enseñamos, por lo tanto, en México no sólo el patriotismo de México, sino el patriotismo de la América Latina, un vasto continente abierto a todas las razas y a todos los colores de la piel, a la humanidad entera para que organice un nuevo ensayo de la vida colectiva; un ensayo fundado no solamente en la utilidad, sino precisamente en la belleza, en esa belleza que nuestras razas del Sur buscan instintivamente, como si en ella encontraran la suprema ley divina. Y tal tendencia moderna de organizar los pueblos en federaciones étnicas no es peligrosa, como lo son comúnmente los nacionalismos, porque sus propósitos son espirituales y reconoce desde el principio la necesidad de que cada alma sobreviva y colabore en la obra común del espíritu. Es más amplia que el nacionalismo y prepara el advenimiento de ese internacionalismo futuro que ha de establecer la verdadera fraternidad social; el amplio internacionalismo que ha de construir, sobre las ruinas de imperialistas y explotadores, un nuevo mundo inspirado en el amor de todos los hombres y todas las tierras, en el amor de las montañas y los ríos, de los árboles y las estrellas, de las obras todas de la divina Creación.



Esta edición en formato electrónico del  
**La creación de la Secretaría  
de Educación Pública**

terminó en 2011, y es un excelente colofón a una de las tareas primordiales del INEHRM, la divulgación de la historia de México con la edición de libros.

Y es que ahora y desde un servidor electrónico, aspiramos a que conserves este libro y se convierta en un reflejo que habrá de multiplicarse a disposición de quienes aman la lectura y buscan satisfacer la curiosidad por nuestra historia y, por qué no, para ser utilizado en tareas y consultas escolares de todos los niveles.



*Un ejemplar de la edición impresa se puede consultar  
en la Biblioteca de las Revoluciones de México,  
Plaza del Carmen núm. 27, San Ángel,  
Delegación Álvaro Obregón, 01000, México, D. F.  
Horario de atención: Lunes a viernes, 9:00 a 18:00 horas  
[bibliotecainehrm@sep.gob.mx](mailto:bibliotecainehrm@sep.gob.mx)  
Teléfono 3601-1000, exts. 68315 y 68323  
<http://biblioteca.inehrm.gob.mx/>*

Este libro recoge los recuerdos que plasmó José Vasconcelos en torno a la Secretaría de Educación Pública, a noventa años de que la fundó. Se trata de una selección de sus apuntes autobiográficos, de páginas con carácter anecdótico, que revitalizan la memoria y reconstruyen, con su inigualable estilo, la odisea que emprendió nuestro “Ulises criollo” en pos de la enseñanza.

Su contenido evoca los días en que se puso en marcha la iniciativa que logró transformar de manera radical el escenario educativo nacional. Es también una oportunidad para regocijarse con las vivencias, de primera mano, de uno de los intelectuales mexicanos más recordados, principalmente por la acción que ejecutó desde la dependencia por él concebida. Por eso, repican con firmeza las palabras de Alonso Lujambio, actual Secretario de Educación: “...el frondoso árbol que comenzó a crecer bajo su égida nos ha ofrecido, en cada una de las generaciones cobijadas a su sombra, un hálito de esperanza que se manifiesta en el progreso de la patria”.

Lo innegable es que las memorias de Vasconcelos son parte de la historia de México. Acercarnos a ellas, en remembranza de los tiempos idos, se torna en una experiencia única, que no merece ser desdeñada.

CARLOS BETANCOURT CID

